

Bravo Murillo, Juan, 1803-1873

El pasado, el presente y el porvenir de la hacienda pública / por Juan Bravo Murillo.

Madrid : S. Martín y Jubera editores, 1865 (Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-Mudos y de Ciegos)

Vol. encuadernado con 6 obras

Signatura: FEV-AV-M-03574 (2)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

162 MARTIN Y RUBERA: EDITORES.

EL PASADO,

EL PRESENTE Y EL PORVENIR

DE LA HACIENDA PUBLICA

EL PASADO,

D. JEAN BRAVO MURILLO.

EL PRESENTE Y EL PORVENIR

DE LA HACIENDA PUBLICA.

MADRID.

IMPRESA DEL COMANDO DE PUEROS-REPOS Y DE CUBOS.

Calle de Tava. 102 y 104.

1865.

EL PASADO,
EL PRESENTE Y EL PORVENIR
DE LA HACIENDA PÚBLICA.

S. MARTIN Y JUBERA: EDITORES.

EL PASADO,

EL PRESENTE Y EL PORVENIR

DE LA HACIENDA PUBLICA

POR

D. JUAN BRAVO MURILLO.

MADRID.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.

Calle del Turco, núm. 11.

1865.

S. MARTIN Y JUBERA : EDITORES.

EL PASADO,

DE LA HISTORIA Y EL PORVENIR

DE LA HACIENDA PUBLICA

por

D. JUAN BRAVO MURILLO.

MADRID.

SE AGENTA EN EL COLEGIO DE SORDO-MUROS Y DE CIEGOS.

Calle del Torco, núm. 11.

1885

INTRODUCCION.

I.

No se crea que, al hablar del *pasado* de la Hacienda pública de España, me propongo hacer la historia de ella, arrancando desde los principios de la Monarquía. El *pasado* á que me refiero es el inmediato, el que se enlaza con el *presente*, el pasado cuyas consecuencias ha tocado la generacion actual, y de las cuales aún se tocan ó mas bien se sufren algunas: lo que existia cuando se adoptó lo que hoy existe y el estado de la Hacienda pública producido por el nuevo sistema hasta el dia, esto es sus bases, sus fundamentos, porque bajo los mismos fundamentos y bases puede la administracion pública adoptar y seguir muy diferentes rumbos y ofrecer muy diversos resultados: el pasado que comprende desde fines del siglo anterior hasta la época actual.

Aquel período se subdivide naturalmente en dos, porque en ese tiempo han regido dos sistemas de admi-

nistracion de la Hacienda pública esencialmente diversos, que difieren en sus bases mas fundamentales; el que existió hasta la abolicion del diezmo y el establecimiento del actual, y este último. Respecto del primer periodo nos limitaremos á indicar las bases en que descansaba el, para nosotros, ya antiguo sistema; las reglas que, como fundamentales, se seguian en cuanto á la administracion pública y principalmente en cuanto al uso del crédito; las consecuencias que de esto se produjeron, y la situacion de la Hacienda al introducirse la grande, transcendental y provechosísima innovacion producida por el actual sistema tributario. En cuanto al segundo, presentaremos un ligero bosquejo del resultado que ha ofrecido (muy vario á causa principalmente de las frecuentes vicisitudes políticas) la Hacienda pública, examinando algo mas prolijamente la administracion que ha existido desde mediados de 1858 hasta principios de 1863, precedente y causa natural, en mi sentir, de la situacion actual, ó sea del *presente* de la Hacienda pública.

diferentes tiempos y ofrecer muy diversos resultados: el pasado que comprendiese fines del siglo anterior hasta la época actual.

El *presente* es conocido de todos, pero no por todos es apreciado de la misma manera. Triste condicion

de la humanidad, ver unos las cosas de muy diferente modo que otros! ¡Triste efecto de la pasión política, que, con mas especialidad y mas ostensible y notablemente que ninguna otra causa, hace que aparezca blanco para unos lo que para otros aparece negro!

Nuestras observaciones acerca del presente de la Hacienda pública tendrán dos objetos principales: primero, bosquejar la situación actual como realmente es: segundo, apreciarla debidamente. La consecución del primer objeto es tarea fácil: los documentos oficiales, las manifestaciones del Gobierno, y los datos públicos, incuestionables y generalmente conocidos bastan para ello, si se procede con imparcialidad y buena fé. El logro del segundo es sumamente difícil por el motivo que se ha indicado, porque, en el sentir de unos es muy acertado, conveniente y oportuno, conduciendo á felices resultados, un camino que, en el sentir de otros, ha de terminar en un abismo; procediendo aquellos y estos de buena fé, con el mas profundo convencimiento, con recta intención y animados del mas vehemente deseo de la prosperidad general. Con esa buena fé, con ese convencimiento, con ese deseo, que no eximen ciertamente de la facilidad de errar, y además con la frialdad é imparcialidad que nos produce la total carencia de aspiraciones políticas

y la persuasión de que serian hasta ridiculas, imparcialidad que aleja algun tanto el error, procederemos en nuestras apreciaciones.

III.

El *porvenir* de la Hacienda pública se divide tambien naturalmente en *porvenir* próximo y *porvenir* remoto. La claridad con que el uno y el otro se presentan al ojo observador, están, en mi sentir, en razon inversa de la distancia: el *porvenir* próximo mucho más oscuro que el remoto. El velo que encubre al primero es para mi impenetrable. Creo que solo se puede augurar de él condicionalmente, anunciándolo como feliz ó como lamentable, segun sea la direccion y el rumbo que se adopten y se sigan desde luego, segun se resuelvan las cuestiones de actualidad. El presente lleva dentro de si el germen del *porvenir* inmediato.

El *porvenir* remoto aparece á mi vista mucho menos oscuro: lo veo próspero y floreciente, porque una era de prosperidad normal, estable y duradera es lo que corresponde á la civilizaci6n general, que vá en constante aumento; á la marcha universalmente emprendida, la cual, si bien incurriendo en muchos desaciertos que las pasiones de todo género hacen

inexcusables, es una marcha de progresivo adelanto. Aunque el porvenir inmediato fuese desventajoso y funesto (yo lo deseo sumamente próspero y feliz), ese estado sería pasajero: las desgracias, las calamidades de todo linaje, la catástrofe tendrían necesariamente reparacion. Sobre las ruinas de un sistema desastroso y desordenado se estableceria necesariamente otro sistema de regularidad y concierto. El edificio de la Hacienda pública no puede subsistir por mucho tiempo tal como está y en la forma en que se halla: preciso me parece que se reforme, no en partes subalternas, sino en partes esenciales: indispensable opino que es edificar mucho, demoliendo mucho. La demolicion puede hacerse artistica, metódica y ordenadamente: si no se hiciere así, la estrepitosa ruina del edificio, que se derrumbará en fuerza de su propio desnivel, hará necesaria la nueva construccion.

IV.

Al examinar la situacion de la Hacienda pública desde 1859 á 1863, calificar los actos y disposiciones que han caracterizado á la administracion de ese tiempo y presentar los resultados que, en mi sentir, debia producir necesariamente, mis apreciaciones han de

ser muy diversas de las apreciaciones del que ha dirijido, en el ramo que dá materia á estas observaciones, aquella administracion, el Sr. D. Pedro Salaverria; habiendo de aparecer de una manera muy ostensible esta divergencia, cuando me ocupe, mas ó menos directamente, en alguno de los puntos que aquel toca en la publicacion que ha hecho en el próximo pasado Diciembre, refutando la mia anterior sobre DEUDAS AMORTIZABLES Y CERTIFICADOS DE CUPONES.

No se entienda que me propongo contestar en el presente Opúsculo al Sr. Salaverria: mi intento y mi deseo es hacerlo mas adelante: ésta publicacion versa sobre la materia y tiene el objeto que anuncia su título, objeto de interés del momento en alguno de los puntos que comprende. Creo, sin embargo, que debo vindicarme, ya que menciono aquel folleto, de cierta imputacion que en él se me hace.

Inoportuno, y por supuesto destituido de todo fundamento y, en cierto modo, alevoso, cree el señor D. Pedro Salaverria que fué el suponer yo en mi citado Opúsculo, al mencionar la administracion llamada por mi *de los cinco años*, que era origen y causa de acontecimientos no ventajosos; proponiéndose defenderla y manifestando que fué *aludida*, en su juicio, *fuera de lugar*, y *destruir un cargo que, al lanzarlo,*

dice, debiera haber sido demostrado con el previo raciocinio de su fundamento, siquiera para quitarle el aspecto de una sorpresa. Encuentra el Sr. Salaverría la alusion hecha fuera de lugar, con aspecto de sorpresa, y el cargo injustificado en lo que, al exponer en mi citado Opúsculo los motivos de su publicacion, dije en los párrafos siguientes:

«No hay que cerrar los ojos á la luz: la situacion (no la considero políticamente sino en cuanto la de la Hacienda pública influye en la general) es crítica y apurada; debiendo reconocerse y siendo digna de elogio la abnegacion de los beneméritos patricios que, tomando á su cargo en tales circunstancias la direccion de los negocios públicos, arrostran grandes dificultades y peligros.» — «Véanse muy de cerca, si es que no se tocan ya, los resultados de la administracion de los cinco años, y se necesitan muy fuertes y muy eficaces remedios para contener la progresion del mal y evitar el cataclismo que nos amenaza.»

Repitiendo las palabras que el inmortal Cervantes puso en boca de Juan Haldudo el rico, uno de los personajes que figuran en las aventuras de su inimitable D. Quijote, diré que «quiero acrecentar la deuda para acrecentar la paga,» y recordaré otros cargos, fundados en cálculos y raciocinios muy extensos y deta-

llados, que podrán ser erróneos, por mas que me parezcan exactos y verdaderos, y cuyos cargos, aunque ya antiguos, debo creer que no han tenido la fortuna de llegar á noticia del Sr. Salaverría. Hace dos años que vió la luz pública el primer volumen de mis Opúsculos, y hace un año que la vió el segundo. No se presentaria ciertamente para el Sr. Salaverría el cargo que tan enérgicamente procura rechazar, no se presentaria, digo, bajo el aspecto de una sorpresa, y habria reconocido además con evidencia que yo no podia proponerme darle semejante aspecto, si hubiera tenido ocasión de echar una rápida ojeada sobre los Opúsculos tercero del primer volumen y sexto del segundo, ó si alguno de sus amigos le hubiese llamado la atencion acerca de los puntos que mas directa é inmediatamente le conciernen. El primero de los dos citados Opúsculos lleva por titulo LA DESAMORTIZACION, y el segundo APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA UNION LIBERAL. Examinanse casi exclusivamente en aquel, y muy principalmente en este, las disposiciones relativas á la desamortización y á la aplicación de sus productos; expónense los datos en que, á mi parecer, deben fundarse los cálculos, y se enuncian los resultados que, en mi sentir, deben esperarse de aquella inversión; resultados que son pre-

cisamente los contrarios de los que se promete su autor. Como muestra y como resumen de lo que, muy extensa y minuciosamente, se expone sobre el asunto en uno y otro opúsculo, insertarémos á continuacion algunos trozos de ellos.

En el primero de dichos Opúsculos (tomo I, páginas 310 y siguientes), despues de hacer detenidas reflexiones acerca de la aplicacion que se ha dado al producto de la desamortizacion, se dice: «Resta, pues, únicamente examinar si la inversion del precio producirá los medios de satisfacer las obligaciones que se contraen.—«La inversion se realiza, dicese, en objetos reproductivos: el resultado de esta inversion será el aumento de la riqueza pública y el aumento consiguiente de las rentas: de este modo se obtendrán medios abundantes para satisfacer las nuevas obligaciones.»—Sin negar la posibilidad de que esto suceda, los cálculos que pueden hoy hacerse racionalmente, á mi parecer, no conducen á ese resultado.»

Se refieren seguidamente los objetos de la inversion, examinándolos, calificándolos detalladamente y exponiendo los que, en mi sentir, deben estimarse reproductivos y los que no lo son; se ofrece el resultado de mis apreciaciones, de mis cálculos y de mis creencias acerca de los aumentos de rentas públicas y

por consiguiente de ingresos que deben esperarse, y los de obligaciones y gastos consiguientes, y se hace de todo ello la deducción que á mi me parece necesaria, diciendo: «Por esto creo que, aún cuando haya aumen-
»to en los ingresos, no será tan grande como otros
»esperan: por esto temo que, contando con el que
»tengan también las obligaciones ordinarias, no alcan-
»cen los recursos para atender á ellas y á las que im-
»pone la desamortización, verificada de la manera en
»que se realiza.»

«Si se hubiera adoptado y seguido otro sistema,
»haciéndose la inversión (exceptuó los bienes que cor-
»responden al Estado) en la compra de títulos de la
»deuda existente, al cambio del mercado, convirtien-
»do estos títulos en inscripciones que se hubiesen dado
»y se diesen á los dueños de los bienes, el efecto ha-
»bria sido y sería del todo diferente y muy beneficioso.
»Sin aumentar la deuda, una parte cuantiosa de la
»existente estaría en manos que no pudieran enage-
»narla; de lo cual sería consecuencia natural el aumen-
»to del valor, no pudiendo calcularse la cifra á que
»habría llegado y llegaría.»
«Aún mas provechosa bajo de otros aspectos, si
»bien menos propia para elevar el precio de la deuda,
»habría sido la inversión en acciones y obligaciones de

»ferro-carriles, en cuyo interesante asunto se ocupa-
»ron las Constituyentes no mucho tiempo despues de
»discutir la ley de 4.º de Mayo. Esta inversion no ha-
»bria disminuido la cifra de la deuda sacando de la
»circulacion una parte de ella; pero tampoco la ha-
»bria aumentado, y habria sido provechosísima para
»el clero, para los pueblos y para los establecimien-
»tos dueños de los bienes, teniendo tambien una ren-
»ta mucho mayor que el rendimiento de dichos bienes,
»y asegurada con el camino respectivo, finca de pin-
»gües productos en la actualidad, con esperanza de
»darlos mayores cada dia. A este término pueden aún
»llegar los pueblos, sustituyendo, prévia la autoriza-
»cion que previene la ley, á las inscripciones de deuda
»pública que reciben, las acciones ú obligaciones de
»aquella clase.»

»Concluiré recordando lo que he manifestado al
»comenzar. Al principios de 1858, hallándose suspen-
»sas las leyes de desamortizacion, aproveché la opor-
»tunidad que se me presentó para exponer mis opinio-
»nes sobre la materia. No se pensaba entonces en alzar
»la suspension. Lo que dije en aquella época, y lo que
»dejo expuesto ahora en el presente Opúsculo, dá á
»conocer cual habria sido mi voto respecto de la desa-
»mortizacion, si entonces se hubiera tratado de ella;

«cual es hoy mismo mi opinion respecto de los resultados, realizándola de la manera que se realiza.»

«Esta opinion es de poquísimo valor. Deseo que mis cálculos sean erróneos, y los resultados tan prósperos y tan felices como generalmente se espera. Si por desgracia no lo fueren tanto, y se advirtiere que lo habrian sido en el caso de adoptar otro sistema, podré decir en todo tiempo: *quantum potui, feci*.

En el segundo de los dos mencionados Opúsculos (Tomo II, páginas 376 y 377), se dice: «Es respetable para mi el juicio de los que hallan provechosa la inversion hecha del producto de la desamortizacion. Por mas que yo lo considere errado, reconozco que puede estar el error de mi parte. El tiempo convertirá en hechos incontrovertibles los unos ó los otros cálculos, no pudiendo buscarse sino en aquellos hechos la demostracion completa, la evidencia de cuales son los acertados, y debiendo por lo tanto esperarse la prueba práctica y decisiva, como si se esperase la sentencia inapelable de un Tribunal infalible.»

«Felices son de todo punto los que no vén los desventajosos resultados que otros temen, si no han de sobrevenir, porque no les atormenta el temor de males imaginarios. Mas felices que los segundos son tambien los que no vén aquellos resultados, aunque

»hayán de sobrevenir, porque no les aflige tampoco
»ningun temor. Imprevisión, error de cálculo puede
»únicamente atribuírseles: la intencion queda á salvo,
»habiendo obrado con el mejor deseo. Pero si bájo de
»este aspecto estarán libres de censura, aunque yer-
»ren, no podría negárseles, si acertasen, la gloria de
»haber producido un bien inmenso; ni podrán ellos
»mismos, en el caso contrario, sustraerse al pesar de
»haber causado males de gravísima entidad y trascen-
»dencia. Sucedería lo primero si continuasen en pro-
»gresivo y notable crecimiento (lo que debería recono-
»cerse como efecto de la inversion dada al producto
»de la desamortización) la riqueza y las rentas públi-
»cas, pudiendo decirse entonces que se había cumpli-
»do el anuncio de regenerar la Nación: y sucederá lo
»segundo en el caso contrario, habiéndose disminu-
»do, sino extinguido absolutamente, la esperanza de
»adelanto, agotada con poco fruto la especie de reser-
»va que constituían los bienes amortizados, cuya acu-
»mulacion ha sido obra de los siglos. El Ministerio de
»UNION LIBERAL y los hombres públicos que lo han
»apoyado, han producido á la nación, al adoptar las
»disposiciones encaminadas á realizar la desamortiza-
»cion de la manera en que se ha verificado, mayores y
»mas trascendentales bienes materiales, ó mayores y

«mas trascendentales males del mismo género, que
«todos los hombres públicos que les han precedido en
«la direccion de los destinos del pais.»

En los párrafos preinsertos se manifiesta bien claramente (y esto puede decirse que es el tema obligado de los dos Opúsculos), si bien salvando ante todo la rectitud de intencion y respetando el juicio de los que han creído y creen lo contrario, que, á mi parecer, la senda financiera que ha seguido la administracion de los cinco años, conduce á un término funesto, el cual naturalmente ha de parecerme cada dia mas próximo, estimándolo cercano, si no se tocaba ya, en el momento de dar á la prensa mi anterior publicacion. Esta asercion era como la consecuencia de las premisas asentadas en mis Opúsculos, premisas que yo tenia y tengo por verdaderas: no fué una estocada á traicion; no fué una alevosia; no fué, ni pudo ser una alusion hija del propósito de causar sorpresa, cuyo aspecto solo ha podido tener para quien desconociese los fundamentos, anterior y públicamente expuestos, de aquella asercion.

Ahora debo ser mas explicito. La administracion de los cinco años, en la parte rentística, bajo cuyo aspecto la he creído y créo de resultados desventajosos, es obra del Sr. D. Pedro Salaverria, quien así lo

declara, siendo ésto evidente para todos. La responsabilidad moral si la hubiere, recaerá sobre él; la gloria, si resultare, la reclamará para si con derecho. Cuando he dicho, pues, genéricamente que el Ministerio de UNION LIBERAL y los hombres que lo han apoyado, han producido, al realizar la desamortizacion como la han realizado, mayores bienes materiales, ó mayores males del mismo género, que todos cuantos les han precedido en la direccion de los negocios públicos, me he referido muy especial, concreta y directamente al Sr. D. Pedro Salaverria, quien, con razon, asume sobre si la responsabilidad de la gestion administrativa de la UNION LIBERAL, cuya administracion, sin sus larguezas, sin sus concesiones á todos los demás Ministros ó, mas bien, sus excitaciones, probablemente habria sido menos dispendiosa.

Quando quiera que manifestémos nuestra disidencia respecto del Sr. Salaverria, y nuestras apreciaciones contrarias á las suyas, combatiendo las aseveraciones de su referida publicacion, procurarémos hacerlo cortesmente, no devolviendo injuria por injuria, y cuidando de no faltar á lo que creémos que exige nuestro propio decoro. Por ésto no responderémos á la excitacion que envuelven algunas provocaciones que nos parece hallarse fuera del circulo que marca la cortesania,

:

limitándonos á protestar contra ellas y rechazarlas, reputándolas poco dignas.

Como correspondiente á las provocaciones de aquel género, citaremos, por via de ejemplo, lo que manifiesta el Sr. Salaverria calificando el medio del préstamo nacional forzoso, que propuse yo en el Opusculo referido para sacar al Tesoro de su situacion apurada y auxiliar á las compañías de ferro-carriles. Extraña que *antes de sugerir la idea de ese préstamo, no hubiera indicado otra que está mas en armonia con los antecedentes de la cuestion*, á saber, la venta de los buques y material de construccion, de las máquinas y pertrechos acumulados en los arsenales, de los cañones, fusiles y otros articulos que existen en los parques y maestranzas, adquiridos durante los cinco años; de los sillares que forman los bastiones y casa-matas de la Mola y de Santoña, si pueden venderse á la Europa que no descuida sus armamentos, y de los desmontes, terraplenes y obras de arte de las carreteras, si hallasen comprador.

Quando se usa de tales armas; quando se emplea semejante lenguaje; quando, en lugar de convencer, se procura ridiculizar; quando al severo raciocinio se sustituye el insulto, acabando así de patentizar que ha sido una sangrienta ironía el decir, pocas páginas

antes, que el adversario fué en cierto tiempo *distinguido superior*, llamándole además *eminente hombre de estado* y diciendo poco despues que se le *tiene en el mas alto concepto*; el provocado, volviendo por su decoro, no debe contestar á increpaciones de esta índole, dejando al imparcial y recto juicio de las personas dotadas de buen sentido el calificar si ha consultado á su propia dignidad quien trata con tal desprecio y falta de cortesía á su contendedor, el cual no incurre ciertamente en un exceso de suspicacia al considerarse comprendido entre los tímidos á quienes en otro lugar de su publicacion apostrofa el Sr. Salaverria, llamándoles *espíritus apocados, pilotos inexpertos, no acostumbrados á conducir la nave en dias de vendaval y de cerrazon, que si navegaron alguna vez, solo cruzaron playas serenas y horizontes despejados.... marinos de salon, que vieron las cartas pintadas y la aguja náutica moverse en algun gabinete de Fisica recreativa.* ¡El señor Salaverria, explotando sin plan la mina de la desamortizacion hasta apurarla, nadando, mientras ha durado lo pingüe de esa explotacion, en la abundancia con los recursos que ella le ha proporcionado, sin cuidarse de preparar otros para cuando se agotase, ha corrido los temporales y sufrido las borrascas que se corren y se sufren al pasear en una góndola

por el lago de Venecia! El Sr. Salaverria, creyendo que el punto del empréstito forzoso no merecia discusion, sino que era bastante arrojar sobre el que acariaciaba aquella idea una grande masa de ridiculo, ha convertido un debate serio y grave en una especie de riña de mujerzuelas. El medio indicado podrá ser estimado por algunos como inconveniente ó inoportuno; por nadie como absurdo y ridiculo, pues muchas veces ha sido adoptado, y muchas mas habrá de serlo. Cuando el Sr. Salaverria calificó tan despreciativamente aquel medio, sin duda se hallaba muy distante de sospechar que el Ministerio habia de presentar á las Córtes un proyecto de ley para que se adoptase. El proyecto se retiró y se ha modificado; pero los hechos de proponerlo el Gobierno, elegir el Congreso de los Diputados una comision totalmente favorable, y presentar esta, por unanimidad, un dictámen acogiéndolo, librarian en todo caso á este pensamiento de la nota de ridiculo.

Ya que, aunque incidentalmente, se ha recordado la descortés calificacion de mis indicaciones que hace el Sr. Salaverria, me será permitido manifestar el error y la patente inexactitud en que ha incurrido al asentar que yo he propuesto que se den valores del Tesoro público en pago de lo que se exigiese para las grandes empresas. «Llevado (dice, ha-

«blando de mí y de mi propuesta) por la necesidad de
«propinar un remedio á los males de la situación do-
«blemente difícil del Tesoro público y de las grandes
«empresas industriales..... enuncia la idea de un em-
«préstito forzoso y nacional, entregándose en pago
«valores del Tesoro público.—¡ Peregrina idea presen-
«tar al Tesoro público agobiado por un lado con el
«peso de inmensos é inestinguibles descubiertos, y
«acumular sobre él la inmediata y directa responsa-
«bilidad de subsidios para empresas particulares! » Pe-
regrina y repugnante y absurda en sumo grado seria
en efecto esta idea, que benévolamente nos atribuye
el Sr. Salaverria; pero debemos á la Providencia el
favor de habernos conservado hasta ahora el sano jui-
cio, librándonos de la perturbacion completa de él
que habria sido necesaria para pensar y consignar se-
mejante despropósito. «Para sacar (decíamos en el
Opúsculo sobre Amortizables y Certificados) «para
«sacar al Tesoro de su situacion apurada y auxiliar
«las Compañías de ferro-carriles..... no se deberia va-
«cilar en imponer una especie de empréstito forzoso y
«nacional con estos objetos, obligando á las clases que
«debieran tomar parte en él á entregar paulatinamen-
«te sus respectivas cuotas, recibiendo en pago respecti-
«vamente valores del Tesoro ó de aquellas empresas.»

Parécenos bastante, para vindicarnos de una tal imputacion, el solo recuerdo de las palabras que se acaban de trascribir, y que toda reflexion seria innecesaria y hasta cierto punto ofensiva, al buen juicio del lector.

PARTE PRIMERA.

El pasado de la Hacienda pública de España.

SECCION PRIMERA.

BASES Y ESTRUCTURA DEL EDIFICIO RENTISTICO ANTERIOR AL ACTUAL SISTEMA TRIBUTARIO. — ADMINISTRACION PÚBLICA EN AQUELLA ÉPOCA. — ABUSO DEL CRÉDITO Y SUS RESULTADOS.

I.

Indicando en la introduccion lo que el *pasado* de la Hacienda pública habia de comprender, he manifestado que no trato de hacer la historia de ella. El hablar con referencia á épocas remotas sería aparentar una erudicion de que carezco, incurriendo necesariamente en grandes inexactitudes, y sería además estéril para todo fin práctico y de utilidad. No carece absolutamente de ella el recuerdo del estado de la Hacienda y de los elementos que la constituian en los tiempos inmediatamente anteriores al establecimiento del sistema tributario que hoy rige, por el cual se introdujeron nuevos é importantes impuestos, conservando y mejorando algunas de las rentas existentes á la sazón.

Constituian, por regla general, el sistema económico en la citada época las erogaciones y los tributos y subsidios establecidos de antiguo, siendo pocos y de muy corto rendimiento los introducidos de nuevo, y habiendo anteriormente ido desapareciendo otros de diferente indole y de diversas denominaciones, que, ya con el carácter de ordinarios, ya con el de extraordinarios, existieron en tiempos remotos.

Dió causa á la indicada desaparicion, en mi sentir, la afluencia de metálico, grande para aquel tiempo, traído perenne y sucesivamente á España de sus recientemente descubiertas posesiones en América, lo cual creó asimismo que produjo la inmovilidad indolente y perezosa que ha caracterizado á nuestra administracion desde aquel tan feliz como mal aprovechado descubrimiento hasta principios del siglo actual, pues, segun he dicho en otro lugar, (1) «preciso es reconocer que desde los Reyes Católicos hasta nuestros dias no ha habido administracion en España.»

La base del anterior sistema tributario era el diezmo, de cuya prestación participaba el Estado en virtud de concesiones de la Iglesia á los Monarcas, habiendo llegado á ser muy considerable aquella participacion, que consistia principalmente en las tercias reales, el noveno y el excusado. El resto de la prestación decimal y el producto de las considerables propiedades de las iglesias y del clero, constituian la dotacion de este y de aquellas.

(1) Tomo I de estos Opúsculos, pág. 255.

Las principales rentas públicas, además de lo que el Estado percibía del diezmo, consistían en las siguientes: aduanas; efectos estancados, que lo eran el tabaco, la sal, el papel sellado, los documentos de giro, el salitre, el azúfre y la pólvora; rentas provinciales y agregadas; puertas; aguardiente y licores; indulto cuadregesimal; azogue y plomo; paja y utensilios; subsidio industrial y de comercio; frutos civiles; diez por ciento de partícipes; penas de cámara; lanzas y medias annatas; arbitrios de amortización; minas; montes; casas de moneda; giros sobre Ultramar; ramo de protección y seguridad pública; propios; pósitos, y otras muchas de menor importancia, siendo escasísima la de algunas de ellas. Estos eran los principales impuestos generales. En la Corona de Aragon, esto es, en Aragon, Cataluña, Valencia y Mallorca, existía la contribución del catastro, equivalente y talla, que producía sobre 31 millones.

El sistema antiguo de impuestos rigió en toda su pureza, con los episodios de las innovaciones introducidas por las Cortes de 1812 y 1820 y por el Ministro de Hacienda Garay en 1817, las cuales fueron de muy corta duración, hasta el año de 1824, en que se amplió y modificó a propuesta del Ministro Ballesteros, habiéndose establecido en 1829 algunos nuevos tributos.

H.

En el período a que nos referimos principalmente, y desde mucho tiempo antes, la administración eco-

nómica fué mirada con el mayor abandono. Hablando con propiedad, se debe decir que no hubo administración. No se estableció, ni siquiera se ensayó, impuesto alguno nuevo: no se procuró mejorar los establecidos; y excusado es decir que casi nada se hizo para el aumento de la riqueza pública. Afectada la propiedad rústica con la prestación decimal, carga llevadera en los primitivos tiempos, enorme y pesadísima en los posteriores, no era posible que sobre ella se impusiese ninguna otra contribucion importante. La de paja y utensilios que pesaba en parte sobre los que pagaban diezmo, era, y habia de serlo por necesidad, insignificante y de cortísimo rendimiento: se hizo consistir primero en 20 y despues en 48 millones. La de frutos civiles era de producto mas escaso: rendia de 12 á 16 millones. Las aduanas, las puertas, los efectos estancados, producian, considerado el resultado de todas estas rentas en conjunto, mucho menos de la mitad de lo que producen en el dia. En 1817, los ingresos, esto es, el producto de todas las rentas, no alcanzaban, ni con mucho, á cubrir los gastos, que, en el presupuesto formado por el señor Garay, se fijaron en 714 millones aproximadamente. En 1820, segun el presupuesto de las Córtes, los gastos consistian en cerca de 703 millones, computando los ingresos solo en 530. En 1828 el presupuesto de gastos se redujo á 557 millones, calculándose los ingresos en 540.

Acerca del impuesto del diezmo y la primicia, que habia decrecido y decrecia progresiva y considera-

blemente, se han formado muchos y muy diversos cálculos: el mas general y mas verosímil dá por resultado, en principios de este siglo, un producto de 350 á 400 millones.

III.

Los exigüos productos de tan insuficiente y desconcertado sistema rentístico no alcanzaron nunca para hacer frente á todos los servicios públicos cual estos lo requerian.

Las remesas de numerario de nuestras posesiones de América, que, unidas á ellos, hubieran bastado en algun tiempo para llenarlos, sirvieron en aquel tiempo para el sostenimiento de guerras y para otros objetos diversos de los que reclamaba el servicio público: para atender á los inmensos gastos, que, en el reinado del Sr. D. Carlos IV, pesaron sobre el exhausto erario, no alcanzaron, y despues se extinguieron con la pérdida de la mayor parte de nuestras posesiones. Así que, unos de aquellos servicios se hallaban de todo punto desatendidos; otros se llenaban solo en parte é incompletamente.

El alto clero disfrutaba de pingües rentas: la dotacion del clero parroquial y benefical no era excesiva, en lo general, siendo hasta mezquina é insuficiente la del mayor número de los individuos comprendidos en aquellas clases.

La mas grande parte de las rentas públicas se aplicaba, como era de toda necesidad, al sostenimiento

del ejército y de la marina, la cual decayó, casi hasta reducirse á la nulidad, por efecto de la pérdida de las Américas y de tantas otras desgracias y calamidades de fines del pasado siglo y principios del actual.

La administracion rentística estaba confiada á los Intendentes, quienes conocian tambien en parte, y en parte los Acuerdos de las audiencias, estos y aquellos bajo la autoridad superior del Consejo de Castilla, de los poquísimos negocios que se agitaban correspondientes propiamente á la administracion civil, como las cuestiones que surgian sobre abastos, sobre propios ó arbitrios, sobre pósitos y otros asuntos de este género. No habia, en realidad, como se ha dicho, administracion pública; por cuyo motivo el personal de empleados civiles administrativos era cortísimo, y corto de consiguiente tambien el gasto que ocasionaba.

La administracion de justicia, en cuanto á los Tribunales superiores, era atencion del Estado, el cual pagaba los sueldos de los Magistrados y dependientes de los Consejos supremos y de las Audiencias: el de los Alcaldes mayores ó Corregidores y sus subalternos se pagaba por los pueblos con el producto de sus propios y arbitrios; gasto este último no universal ni grande, porque solo en los pueblos de alguna importancia, y solo para ellos, no para otros que formasen partidos judiciales, como en el dia, habia Corregidores ó Alcaldes mayores, y porque no habia promotores fiscales dotados. Eran nombrados por el juez en cada caso, así como los asesores por el alcalde, que era el juez ordinario en el pueblo en que no habia

Corregidor, y tanto los unos como los otros devengaban honorarios, sin disfrutar sueldo ni otra retribucion.

No habia mas establecimientos de enseñanza que las Universidades, algunas cátedras de filosofía y de latinidad en ciertos conventos de religiosos, y algunas tambien de la última clase, esto es, de latinidad, en muchos pueblos, y en la mayor parte de estas escuelas de primeras letras. Tal cual universidad tenia participacion en diezmos ó pensiones de mitras, cuyas rentas se hallaban destinadas á la dotacion, mas ó menos cumplida, de las cátedras, dotacion que solo alcanzaba á algunas de estas en ciertas universidades: la demás enseñanza ó era gratuita, como la que se daba en los conventos, ó se retribuia por los mismos alumnos, ó se costeaba por los pueblos.

Las vias de comunicacion estaban de todo punto desatendidas, habiéndose por motivos especiales abierto algun otro canal y tal cual carretera, y atendiéndose á la reparacion de estas últimas con el producto de los portazgos que, á veces, ni aun se aplicaba integramente á tan interesante objeto.

Otros muchos servicios públicos, pues de los que se acaban de mencionar se ha hablado por vía de ejemplo, se hallaban insuficientemente ó de todo punto desatendidos; siendo por todas las indicadas causas sumamente deplorable el aspecto que presentaba la administracion pública.

IV.

Tal fué la administracion económica, en particular, y la civil, en lo general, que hubo hasta el establecimiento del actual sistema tributario; debiendo considerarse como tentativas, por desgracia infructuosas, para mejorar la primera, las disposiciones adoptadas por las Córtes de 1812 y 1820 y por el Gobierno del Rey á propuesta de D. Martin de Garay en 1817, y como interinas las que se dictaron, ya bajo el régimen actual, con motivo de la abolicion definitiva del diezmo; habiéndose iniciado realmente desde la introduccion de este nuevo régimen la verdadera administracion civil.

Las Córtes adoptaron, en efecto, disposiciones encaminadas á establecer un sistema económico fundado en bases diferentes; pero estas disposiciones, como todas las demás que adoptaron, fueron anuladas al restablecerse el Gobierno absoluto. El Ministro de Hacienda D. Martin de Garay tuvo, en 1817, el noble arrojo de proponer y la fortuna de conseguir que se estableciese la contribucion directa; pero al año siguiente fué derogada esta disposicion, que no pudo resistir al embate de los que sentian lastimados por ella sus intereses, y cuya conservacion habria en todo caso exigido sustanciales modificaciones en cuanto á la prestacion decimal, pues, conservándose la última tal como existia, era racionalmente imposible

gravar á la propiedad rústica con ningun otro impuesto de entidad.

Abolido definitivamente el diezmo en el régimen político actual, se estableció en su lugar, y rigió por espacio de algunos años, la contribucion llamada de culto y clero. Fuera de esta disposicion, ninguna otra se adoptó que alterase sustancialmente el sistema tributario hasta el establecimiento, en 1845, del que hoy rige.

Pero en cuanto á la gobernacion del Estado, en cuanto al régimen de los pueblos, en cuanto á todos los demás ramos de la administracion civil, realmente se dictaron progresivamente importantísimas disposiciones y se atendió en cuanto era posible, desde la inauguracion del actual sistema político, á servicios hasta entonces completamente desatendidos y á la mejora de otros. Creóse la enseñanza provincial; reformóse la local y la universitaria; cuidóse, en cuanto la escasez de recursos lo permitia, de la conservacion y mejora de las vias de comunicacion, y se atendió muy principalmente, como lo mas esencial de todo, á la administracion provincial y municipal, encargada respectivamente á los Ayuntamientos y Diputaciones provinciales y á la Autoridad superior de la respectiva provincia, ó sea el Jefe político.

Para completar la sucinta relacion que nos hemos propuesto hacer del estado económico en el periodo

que venimos recorriendo, resta únicamente indicar, pues no harémos otra cosa que indicarlo, el uso ó, hablando mas propiamente, el abuso que se hizo del crédito público, y los resultados que este abuso produjo.

Asombra el recordar las cuantiosas y multiplicadas deudas que se contrajeron en el reinado del Sr. don Carlos IV, á fines del pasado siglo y principios del actual; asombra el reflexionar sobre la entidad de las obligaciones que se impusieron á la Nacion; asombra el considerar la multitud y diversidad de los medios que se emplearon para gravar al Estado con aquellas obligaciones. Contratáronse abiertamente muchos empréstitos, lo cual era, obrando con mas ó menos acierto y prudencia, hacer uso directo del crédito; y se usó además, aplicándolos á las atenciones públicas, de capitales que no pertenecian al Gobierno, ni fueron entregados voluntariamente por sus dueños, como fianzas, depósitos, caudales venidos de América y otros muchos de semejante índole.

Las inmensas atenciones que las guerras y otras calamidades y vicisitudes de todo género acumularon sobre el Estado en aquellas épocas, á cuyas atenciones no habria sido posible hacer frente en ningun tiempo con recursos ordinarios, y mucho menos con los que producía una administracion muy desatendida, hicieron que el Gobierno echase mano de semejantes recursos, comenzando á imponer un tan exorbitante gravámen sobre la Nacion. La época, aun mas calamitosa, si bien gloriosísima, que inmediatamente sobre-

vió, la de la guerra de la Independencia, no fué propia para disminuir aquella carga, sino mas bien para aumentarla. Fué tan imposible atender al pago de los intereses de las antiguas deudas, como el contratar nuevos empréstitos. En otra forma, se aumentaron las obligaciones: contrajéronse á favor de los pueblos cuantiosas deudas por el importe de los subsidios de todo género que prestaban, ya exigidos, ya ofrecidos voluntariamente en fuerza del mas ardiente patriotismo.

Las Cortes de 1820 á 1823 dictaron disposiciones encaminadas á la regularizacion y mejora y al pago de la deuda pública, habiendo contratado algun empréstito nuevo que las circunstancias hacian indispensable; pero tales disposiciones no produjeron efecto, pues fueron anuladas, como todos los demás actos de las mismas, incluso el reconocimiento del empréstito contratado y realizado.

Restablecido el Gobierno absoluto, la deuda pública continuó por algun tiempo completamente desatendida, ofreciendo un verdadero caos. Ofrecíalo siempre aun después que se trató de atenderla en parte, habiéndola clasificado en muchas y muy diferentes categorías, como lo dá á conocer el simple recuerdo de algunas de ellas. Reconocianse vales consolidados y no consolidados; láminas de deuda sin interés y con interés á papel; intereses de vales, documentos interinos, y otra infinidad de clases.

En los últimos tiempos del reinado del Sr. don Fernando VII se aumentó considerablemente la deuda

pública. Para pagar sus intereses, como se pagaron puntualmente los de la que, según los últimos arreglos los devengaba, se contraían casi periódicamente nuevas obligaciones, contratándose nuevos empréstitos, viviéndose en realidad de ellos.

Tal era el estado de las cosas en cuanto al crédito y á la deuda pública cuando se restableció, en 1834, el nuevo régimen político. Sobrevino la guerra civil, que exigió grandes sacrificios. Los recursos naturales y ordinarios, que ni aun alcanzaban para atender á las obligaciones corrientes, claro es que no podían ser suficientes para llenar aquellas obligaciones extraordinarias. Encargado el Conde de Toreno del Ministerio de Hacienda, obtuvo, en 1835, autorización de las Cortes para contratar un empréstito de 400 millones, reconociendo el que autorizaron las de 1820 á 1823 y había sido anulado, según queda dicho. Contratose, en efecto, el empréstito de los 400 millones, y con su producto se hizo frente á las apremiantes atenciones del momento; habiendo sido dicho empréstito el último que se contrajo en esa forma hasta mucho después del arreglo de la Deuda pública.

Consumido el empréstito mencionado de los 400 millones, que se había contratado en el año de 1835, no era posible adoptar, aunque se hubiera querido, los medios antes empleados para sobrellevar la inmensa carga que, por razón de la deuda pública, pe-

saba sobre la Nacion. Se venia casi annualmente contrayendo, segun queda antes indicado, una nueva deuda, pues aquella atencion era muy superior á los recursos naturales y ordinarios. El continuar adoptando aquel medio habria sido siempre desacertado; las circunstancias calamitosas, además, que affligian á la Nacion, empeñada en una sangrienta y desastrosa guerra civil, y trabajada por una revolucion politica, lo hicieron imposible, viéndose por tanto el Gobierno en la triste necesidad de suspender el pago de los intereses en 1836, anunciándolo asi á las Córtes el Ministro de Hacienda, D. Juan Alvarez Mendizabal. Tratando por incidencia de este acontecimiento en el Opúsculo que recientemente he publicado sobre CERTIFICADOS DE CUPONES Y DEUDAS AMORTIZABLES, dije que el partido politico que estaba al frente del Gobierno en aquella época, *tenia que lamentar una grande desgracia y una grande fatalidad*, manifestando, como prueba de ello, entre otros hechos, el de que, *en 1836, dominando ese partido politico, se interrumpió el paga de los intereses de la deuda*. En el ya mencionado folleto que ha publicado el Sr. D. Pedro Salaverria impugnando algunos asertos de aquel Opúsculo, extraña y rebate enérgicamente aquella apreciacion, exclamando: «¿Qué falta de razon para atribuir á desgracia y fatalidad de un partido acontecimientos que habrian sobrevenido cualquiera que fuese la administracion que entonces manejase los negocios públicos!» Al ver seriamente consignado, y con tal apariencia de convencimiento, este raciocinio, estamos á

punto de dudar de la integridad de nuestras facultades intelectuales. El Sr. Salaverria extraña, hasta el grado de prorumpir en aquella sentida exclamacion, que se atribuya á fatalidad y desgracia del partido que dominaba en una época dada, el haber ocurrido en la misma época la suspension del pago, porque esta suspension habria sobrevenido aunque hubiera entonces existido otra administracion. Mi modo de ver es y ha sido siempre el contrario: precisamente porque la suspension de pago en 1836 no provino de culpa, ni de falta de aquella administracion; precisamente porque la produjeron sucesos y circunstancias insuperables para todas las administraciones y todos los partidos; precisamente porque *cualquiera que fuese la administracion que entonces manejase los negocios públicos*, habrian sobrevenido aquellos acontecimientos y tenido lugar la suspension del pago, he dicho, y creo haber consignado una verdad de sentido comun al decirlo, que fué *fatalidad y desgracia* de aquella administracion el haber ocurrido en su tiempo tan inevitable suceso, el estar aquel partido al frente de los negocios públicos cuando ocurrió: bien así como se tiene por grande fatalidad y desgracia de un individuo el pasar por la inmediacion de un edificio en el momento en que se desploma y quedar sepultado entre sus ruinas, por lo mismo que aquel individuo no produjo el desplome, proveniente de causas físicas de todo punto independientes de su voluntad, que lo determinaron en aquel momento dado.

La suspension del pago de los intereses de la deuda

da que tuvo lugar en 1836, habria sobrevenido del mismo modo cualquiera que hubiese sido la fraccion ó el partido político que se hubiese hallado al frente del Gobierno: fué un acontecimiento absolutamente inevitable, determinado en aquella época dada por las circunstancias políticas de la Nación, pero que siempre, un poco antes ó un poco despues, habria ocurrido, á no haberse variado de antemano, en los últimos años del Gobierno absoluto, radical y profundamente la administracion pública. La carga que habria producido, no ya el cumplimiento íntegro, que nunca habia tenido lugar, de las obligaciones que imponia la deuda pública, sino de los intereses que se pagaban en los años anteriores al de 1836, era muy superior á los recursos existentes, y aun á los posibles, en mi sentir, de la Nación. Para reconocerlo así, basta recordar que en 1851, al hacerse el arreglo de la deuda, la existente de todas clases, según los estados de la Contaduría, sin comprender las de Ultramar y Oficios enagenados, que fueron exceptuadas y reservadas para otro arreglo ulterior, ni las que teniamos á favor de otras naciones, y habiéndose amortizado desde 1836 algunos miles de millones, entregados en pago del precio de bienes nacionales, ascendia á doce mil millones próximamente.

No se atribuya al nuevo régimen político la suspensión del pago de los intereses ocurrido en 1836, ni aun á las apuradimas y extraordinarias circunstancias que produjo la guerra civil. Estas circunstancias precipitaron ciertamente la catástrofe y la deter-

minaron en aquella época dada ; pero la catástrofe, que sin la guerra civil se habria tal vez evitado con aquel nuevo sistema de gobierno, habria sobrevenido necesariamente, aun continuando el antiguo, porque el medio de contraer cada año, ó muy frecuentemente, un nuevo empréstito y una obligacion mas para satisfacer los intereses de la deuda, ya se conoce que habia de tener un término y que no podia ser indefinido, debiendo aumentar la carga hasta un punto tal, que ya no fuese posible sobrellevarla.

Consumido el empréstito de los 400 millones contratado en 1835, la falta de pago de una parte de las obligaciones, el abandono de algunos servicios, y los contratos de anticipo, fueron los medios, además de lo que producian las escasas rentas públicas, de atender al cumplimiento de las obligaciones mas indispensables y perentorias: anticipaciones que en el año de 1844 fueron convertidas por el Sr. Mon á diferentes tipos, que produjeron el tipo comun de 35 por 100, en deuda consolidada del 3 por 100.

VII.

La deuda pública no figuró primitivamente entre las obligaciones generales del Estado, ó sea en los presupuestos, porque tenia señalados arbitrios especiales para cubrir sus obligaciones. El importe de estos arbitrios en lo antiguo, me es desconocido. En 1824 se consignaron 80 millones para la deuda pública, que se satisfacian del importe de los arbitrios que

al efecto se señalaron. En 1829, se aumentó esta consignacion con la contribucion *extraordinaria* de pa-
ja y utensilios, que se impuso para pago de las nue-
vas obligaciones contraidas entonces con Francia é
Inglaterra, ó sea los 28 millones en que fué aumen-
tada. En el mismo año 1829 se aumentaron tambien
los impuestos para dotar la Caja de Amortizacion (Deu-
da pública), y se formó su presupuesto especial, que
consistió en 172.978,826 reales, para regir desde 1.º
de Enero de 1830, cuya consignacion se habia de pagar
por el Tesoro, en donde debia ingresar el importe de
todos los arbitrios señalados para la deuda pública.
Desde entonces figuró esta en los presupuestos gene-
rales del Estado.

SISTEMA TRIBUTARIO ESTABLECIDO EN 1845, Y ESTADO DE LA HACIENDA PÚBLICA COMO RESULTADO DE ÉL.

En 1845 propuso á las Cortes el Sr. Ministro de
Hacienda D. Alejandro Mom, y aprobaron aquellas el
sistema tributario que hoy rige. Es éste un verdadero
sistema, homogéneo, y cuyas partes guardan relacion
unas con otras, no una aglomeracion de tributos in-
connexos, como lo era el sistema rentístico anterior.
La principal novedad que por él se introdujo
fué el establecimiento de las contribuciones de in-
muebles y de consumos. La de inmuebles, que es
el primero y mas cuantioso de todos los tributos, base

y fundamento de los otros, se pudo establecer una vez suprimido el diezmo, con el cual era incompatible toda contribucion territorial importante. No solo se pudo, sino que se debió, porque la riqueza inmueble, que es la primera y la mas sólida de las riquezas, debe por lo mismo sufrir la primera y la mas cuantiosa de todas las imposiciones. La contribucion de inmuebles, que grava la propiedad, el cultivo y la ganaderia, se fijó, al tiempo de establecerla, en 300 millones, habiéndose propuesto que fuese de 350 millones, cuota que sufrió impugnación, fundándose esta en las circunstancias de introducirse el impuesto de nuevo y de no ser posible, por la falta de estadística y de los convenientes datos, ajustarse exactamente á las reglas de equidad para su repartimiento. Poco despues se rebajó á 250 millones. En el año de 1849 volvió á fijarse en los 300 millones, y despues sucesivamente, y en tres diversas ocasiones, se subió, primero á 350, luego 400 y últimamente á 430 millones, que es su cuota en el dia.

Al inaugurar un nuevo sistema de tributos, no se debian olvidar los consumos, porque, despues de la riqueza territorial, el consumo es acaso lo primero que debe sufrirlos, pues si bien toda exaccion es sensible, acaso la que menos afecta de todas, y menos mal se sobrelleva, es la que se demanda sobre él, por cuya razon se halla generalmente admitida en toda Europa.

Además del establecimiento de las imposiciones nuevas que se han referido, se procuró mejorar y su-

jetar á reglas claras y precisas todas las demás, en cuanto esto era posible hacerlo de pronto, quedando necesariamente mucho que ir haciendo sucesiva y paulatinamente, pues si en esta obra no debe cesarse nunca, porque nunca se llega al complemento y á la perfección, mucho menos podría creerse que se habia llegado, cuando no podia hacerse mas que poner, por decirlo así, la primera piedra del edificio.

El nuevo sistema tributario correspondió á las esperanzas que pudieran haberse concebido con sólido fundamento. Si alguno se prometia que, con solo establecerlo, se iba á pasar inmediata y repentinamente del estado de penuria al de abundancia, cesando de pronto todos los apuros y conflictos, ese tal, ciertamente, quedó defraudado en sus deseos. Semejante resultado no podia seguramente esperarse; ni debió jamás prometérselo, ni créo que se lo prometió, al mismo autor del sistema tributario. Se disminuyeron en mucho, pero no cesaron de todo punto los apuros y los conflictos. Nunca habria sucedido, pues esto no era posible, por las razones indicadas; pero mucho menos cuando las ocurrencias y vicisitudes políticas y las calamidades de todo género, que se sucedieron sin interrupción, aumentaron extraordinariamente las atenciones públicas. Habiendo siempre un déficit, mayor ó menor, no alcanzaron jamás los ingresos para satisfacer todas las obligaciones: nunca estuvieron en

realidad nivelados los presupuestos. Figuraba en el de gastos, como principal atención, el importe de los intereses de la deuda; pero figuraba nominalmente, porque nunca se pagaron, ni se pudieron pagar. En 1845, al establecer el sistema tributario, resultaba de los pronósticos y cálculos del Sr. Ministro de Hacienda el sobrante de unos 40 millones, proponiéndose aplicar esta cantidad á las atenciones de la deuda para cuyo arreglo pidió y obtuvo autorización. Creyendo yo que no era oportuno proceder á su arreglo en aquel tiempo y en aquella forma, anuncié que no se haría uso de la expresada autorización, y así se verificó, pues, no mucho tiempo después, uno de los sucesores del Sr. Mon en el Ministerio de Hacienda la resignó ante las Cortes.

No era posible en tales circunstancias, continuando la suspensión del pago de los intereses de la deuda, hacer uso del crédito de una manera directa: á los medios directos suplieron los indirectos. Se recibían las anticipaciones que permitía la extensión que podía darse á la deuda flotante, recurso necesario aun en el caso de no haber déficit, y se contraían en realidad deudas, creando acreedores forzados, por que se dejaba de pagar una parte de sus sueldos y asignaciones al Clero y á todos los empleados activos y pasivos y pensionistas, de lo cual ha procedido la mayor parte de la actual deuda del personal, que es una de las diversas clases de deuda que reconoce el Estado.

ADMINISTRACION DE LOS TRES AÑOS, O SEA DE 1850,
51 Y 52.—ESTADO EN QUE QUEDÓ LA HACIENDA, Y EL
QUE TUVO HASTA JULIO DE 1854.

Desempeñaba yo, en Agosto de 1849, el Ministerio de Fomento, llamado entonces de Comercio, Instrucción y obras públicas, no entrando en mi pensamiento, como no entraba en el de nadie, que yo pasase al de Hacienda, el cual, habiendo el Sr. D. Alejandro Mon hecho dimisión de él, se me confió interinamente en 19 de aquel mes, y en propiedad en 31 del mismo. En el corto plazo que medió entre una y otra fecha, tomando los conocimientos y reuniendo los datos mas indispensables, que facilitaron las direcciones respectivas, acerca del estado de la Hacienda, manifesté al Consejo de Ministros, que lo deseaba vivamente, cual era la situación financiera, y cual era mi opinion acerca de las disposiciones que deberían adoptarse para lo sucesivo.

Aunque la especie de memoria en que consigné los datos y enuncié mis opiniones, se inserta en el IV volumen de estos Opúsculos, que se halla en prensa, no debe omitirse su reproducción en este lugar, que es ciertamente el mas propio, porque ella da á conocer cual era el estado de la Hacienda en aquella epoca. Véase aquí.

Al dignarse S. M. confiarme interinamente el despacho del Ministerio de Hacienda, el Consejo de Ministros manifestó su deseo de que le enterase acerca del estado de aquel departamento, y hoy tengo la honra de informarle sobre ello, así para corresponder al indicado deseo, como porque lo considero conveniente hasta tal punto, que ni la circunstancia de la interinidad debiera dispensarme de hacerlo.

Este informe tiene por objeto manifestar sumariamente:

- 1.º El estado del Tesoro y su déficit en 31 del corriente.
- 2.º El estado de la Hacienda y su déficit en 31 de Diciembre de este año.
- 3.º Los medios de sobrellevar la situación hasta 1.º de Enero de 1850.
- 4.º El sistema que podrá adoptarse desde 1.º de Enero de 1850 y los medios de plantearlo.
- 5.º Las disposiciones complementarias y auxiliares del nuevo sistema.

I.º

Estado del Tesoro y su déficit en 31 del corriente.

Recaudacion que se calcula habrá en el mes de Agosto.	100.000,000
Obligaciones de todos los presupuestos que resultaron sin cubrir en las provincias por fin de Julio último, cuyo importe afecta la recaudacion, descontadas las remesas hechas á las provincias para auxiliar el pago de estos saldos.	43.000,000
Liquido para las obligaciones que deben cubrirse en Agosto.	57.000,000
Librado sobre los fondos de Agosto.	116.363,000

Déficit.	59.363,000
Cantidades que faltan para acabar de cubrir en	
Agosto una mensualidad de todos los presu-	
puestos.	45.573,000
Cantidades que deben facilitarse á los diferentes	
presupuestos para cubrirles sus saldos totales	
— por fin de Agosto, suponiendo ya satisfechas á	
cada uno las sumas expresadas en la partida	
anterior.	114.359,000
<hr/>	
Total déficit en fin de Agosto.	219.295,000
<hr/>	

NOTA.

Los pormenores de todas estas partidas aparecen, con el total déficit, en los estados presentados por la direccion del Tesoro.

2.º

Estado de la Hacienda y su déficit en 31 de Diciembre de este año.

El presupuesto de ingresos para el presente año asciende á 1,372.774,518 rs., y el de gastos á 1,372.774,154, de modo que debiera resultar un sobrante en los ingresos de 364 rs. ó, mas bien, segun los datos de la contaduría general del Reino, de 10.895,364 rs., en razon á ciertos créditos que no se pagan inmediatamente por las cajas del Tesoro, importantes dicha cantidad. Sin embargo, los gastos en fin de año excederán á los ingresos en 298.689,411 rs., como se ve por la demostracion siguiente, cuyos datos han sido extraidos de los estados detallados que han presentado las Direcciones generales de rentas y la Contaduría general del Reino.

000,000.00 INGRESOS.

El total, segun el presupuesto, es de. 1,372.774,518

Recaudado en fin de Julio. 635.848,303

Resta por recaudar. 736.926,215

De esta última cantidad solo puede contarse con 583.477,914 reales, por las causas que á continuacion se expresarán.

000,000.00 GASTOS.

El total, segun el presupuesto, es de. 1,372.774,154

Pagado hasta fin de Julio. 692.896,779

Resta por pagar. 679.877,375

Descontando los créditos que no se pagan por las cajas del Tesoro, importantes. 10.895,000

Quedan por pagar. 668.982,375

Esta suma, sin embargo, ha de recibir los notables aumentos siguientes:

1.º Por la cantidad en que las urgencias de la guerra civil hicieron aumentar el pedido del ministerio de aquel ramo, y de que se llevó segunda cuenta. 57.409,567

2.º Por la suma aplicada á pagar los atrasos del material del ministerio de Comercio, Instruccion y obras públicas, cuyo gasto está autorizado por la ley de presupuestos. 360,000

3.º Por valores del Tesoro dados en pago de obligaciones. 91.845,638

4.º Por anticipacion de los Sres. Rothschild y Baring de Lóndres. 29.172,685

Resultan por pagar.	850.470,465
Y no ascendiendo los ingresos mas que á	583.477,914

Resultará á fin de año un déficit de	266.992,551
Y si á este déficit se añade lo que será necesario para completar el pago de las clases pasivas, importante:	31.696,860

Resultará definitivamente el expresado déficit de	298.689,411
---	-------------

Las causas de este déficit, segun los datos prestados por las Direcciones generales de rentas, Contaduría general del Reino y Direccion del Tesoro, son unas relativas á los ingresos y otras á los gastos.

Causas relativas á los ingresos.

Ya queda dicho que de los 736.926,215 reales que quedan por recaudar para completar el presupuesto de ingresos, solo puede contarse con 583.477,914 reales, cuya baja, que asciende á 157.838,956, es debida á haber presupuestado:

En contribuciones directas, sobre lo calculado por la Direccion, un aumento en los ingresos de	22.911,043
En contribuciones indirectas un aumento de	14.000,000
En aduanas, contando con la reforma de los aranceles, que aun no se ha verificado:	58.022,800
Otro aumento en rentas estancadas de	15.315,610
Otro id. en loterías de	1.040,151
Otro aumento en los sobrantes de las cajas de Ultramar, sin haberse dado principio á las reformas que debian prepararlas, consistente en	46.549,352
Igual al	157.838,956

230.470.038
110.771.888

Causas relativas á los gastos.

Consisten estas en los pedidos de segundas cuen- tas de varios acreedores del Tesoro ; en lo que falta para completar el total haber de las cla- ses pasivas, y finalmente, en el aumento que ha tenido el presupuesto de gastos por giros, valores del Tesoro pendientes de pago en fin de Julio último, y anticipaciones recibidas que deben pagarse con los productos futuros, cuya suma asciende á	140.850,455
Déficit total en fin de año.	298.689,411

3.º

Medios de sobrellevar la situacion hasta 1.º de Enero de 1850.

Hecha ya una breve reseña del déficit del Tesoro en fin del presente mes, del que tendrá en 31 de Diciembre, y de las causas que lo han producido, preciso es ocuparse en los medios de acudir á la actual situacion hasta llegar á la permanente y normal que ha de principiari en 1.º de Enero de 1850.

El Consejo no debe esperar combinaciones ingeniosas, ni recetas empíricas para salir del estado presente, agravando el porvenir. Convencido de que el enorme déficit que resulta es un mal inevitable en estos momentos, parece que su atencion debe dirigirse á atenuarlo, valiéndose para cubrir, hasta donde pueda, el presupuesto de gastos, de los medios empleados hasta ahora, aunque en la menor escala posible; cuidando de que nada se malverse ni desperdicie; y de que los productos se distribuyan con la preferencia que el interés público requiera, y con la igualdad que recomienda la justicia. Y para evitar sobre este punto hasta la mas

leve sospecha de parcialidad, el mismo Consejo debiera acordar la distribucion de los fondos, á cuyo fin el que suscribe acompaña un estado de la cantidad recaudable hasta fin de Diciembre, y del importe de cada una de las obligaciones que restan por cubrir hasta la misma fecha.

Es cuanto parece que puede hacerse respecto de la situacion transitoria que ha de concluir en 1.º de Enero de 1850; porque recurrir á un empréstito, ni el gobierno está autorizado para ello, ni este medio seria hoy (no me lo parece) fácil, provechoso ni oportuno, puesto que las condiciones serian demasiado onerosas, comparado el precio de nuestros efectos públicos con el orden y tendencia á la prosperidad que reinan en España; y puesto que solo serviria para cubrir mezquinamente una necesidad del momento con mayor daño del porvenir, para hacer más difícil la reforma de la Hacienda, y para desvirtuar acaso un poderoso elemento para emprenderla y llevarla mas adelante á cabo. Auxilios que pueda prestar el Banco de San Fernando; anticipos sobre los derechos de aduanas, ya del extranjero, ya del comercio de los pueblos donde se establezcan los depósitos, son en todo caso medios preferibles, por ahora, á los de un empréstito.

4.º *Sistema que podrá adoptarse desde 1.º de Enero de 1850, y medios de plantearlo.*

El principio fundamental, el que debe presidir á todo arreglo de la Hacienda pública, consiste en que los gastos se nivelen con los ingresos, ó lo que es lo mismo, que los presupuestos del Estado sean una verdad. De este modo se pueden calcular de antemano los servicios que han de cubrirse; la nacion se halla mejor servida y á menor precio; cesa la ansiedad de los que perciben haberes del Tesoro, porque su suerte es menos precaria; el gobierno puede exigir de los funcionarios el exacto cumplimiento de sus deberes, y el crédito público adquiere un incremento inmenso, por-

que se sabe entonces que hay recursos bastantes para cumplir las obligaciones nacionales. Por otra parte es preciso mantener constantemente este nivel, y para que así sea, si ocurriere un gasto extraordinario, ha de cubrirse por un medio tambien extraordinario, sin tocar jamás al presupuesto ordinario. Este medio extraordinario se encuentra siempre en un estado cuando el presupuesto ordinario basta para satisfacer todas las obligaciones comprendidas en él.

Sentados estos principios, y considerando que, aunque el déficit actual es de unos 300 millones, quedará probablemente reducido á 200, hecha la reforma de los aranceles, la de los gastos de Ultramar y algunas otras, parece preciso (sin perjuicio de mayor exámen) disminuir el presupuesto de gastos de 1830 en la cantidad de 200 millones, porque no será prudente ni posible gravar con ella á los pueblos. Además, es de esperar que reformas administrativas, basadas sobre los principios de templanza en la imposicion, para no tocar á los capitales productivos; justicia en la reparticion y distribucion de las cargas y fondos públicos; economía en los gastos; fidelidad y sencillez en la recaudacion; orden severo en la contabilidad, y rapidez en todos los actos administrativos, faciliten desde luego la rebaja de los 200 millones en el presupuesto de gastos, sin notable alteracion de los servicios públicos, y preparen el pais para suministrar sin esfuerzo en adelante mayores sumas, que la administracion le devuelva con réditos crecidos.

Consentida esta rebaja por el Consejo, el cual debe tambien señalar la que deba hacerse en particular á cada servicio, resta proceder al completo y no parcial arreglo de la Hacienda pública. El estado en que se encuentra su organizacion, debido en parte á falta de sistema fundado en verdaderos principios, en parte á no haberse conformado á las nuevas instituciones políticas, hace imposible toda reforma parcial, que, sobre poco eficaz, solo serviria acaso para aumentar los entorpecimientos.

A tres pueden reducirse las bases de esta reforma:

1.ª Centralizacion bien entendida de los fondos del Estado.

2.^a Reforma de la contabilidad, conciliando en ella la precisión con la rapidez, y llegando al punto de que la cuenta de administración presentada por el gobierno á las Cortes, sea anualmente comprobante de las de recaudación y distribución sometidas al fallo del tribunal mayor.

3.^a Simplificación y mayor unidad en la administración de la Hacienda pública en las provincias, introduciendo como elemento de la recaudación general al Banco de San Fernando, bajo pactos ventajosos á los intereses del Estado, y á los de aquel establecimiento, que el gobierno se halla en el caso de proteger y fomentar.

Trascendentales son sin duda estas bases, pues que encierran el gérmen de una reorganización completa, pero son precisas si ha de cesar de una vez la incertidumbre que agobia á nuestro crédito, la justa alarma de los acreedores del Estado, y la imposibilidad de atender á las mejoras materiales y morales del país en la extensa escala que debiera hacerse. El gobierno puede afortunadamente adoptar, dentro del círculo de sus atribuciones, casi todas las medidas que han de ser consecuencia de las expresadas bases; y si el Consejo de Ministros cree dignas estas de ser sometidas á la aprobación de S. M., habrá que principiar á trabajar sobre ellas sin dilación ni descanso, á fin de que en 1.^o de Enero de 1850 quede planteado todo el sistema.

Reformada la Hacienda, será cuando habrá crédito y podrán hacerse sin dificultad empréstitos, si convinieren, para obras reproductivas; entonces, y solo entonces, es cuando podrá pensarse en el arreglo de la deuda, cuyos trabajos deben irse preparando desde ahora; entonces será cuando podrá acaso destinarse alguna suma en los presupuestos para ir pagando los atrasos, y entonces tendrá recursos el país para atender, sin apuros y sin tocar al presupuesto ordinario, á una ocurrencia imprevista y extraordinaria, como guerra ú otra semejante.

Si el Consejo adopta estas ideas, urgentísimo es ocuparse desde luego:

1.^o De la reforma de los presupuestos de ultramar, á fin de que den el sobrante calculado en 100 millones para este año, pe-

ro que no ha podido realizarse por falta de la expresada reforma.

2.º De hacer en los presupuestos de la península la rebaja necesaria para que aparezcan nivelados los gastos con los ingresos, cuya rebaja se calcula por ahora en 200 millones.

3.º De preparar inmediata é incesantemente los arreglos relativos á la organizacion de la administracion de las rentas públicas, á la centralizacion de los fondos del Estado, á la contabilidad, y después, y sobre estas bases, al de la deuda pública, nombrando para ello las comisiones que fueren necesarias.

5.º

Disposiciones auxiliares y complementarias del nuevo sistema.

De estas disposiciones hay unas que tienen por objeto disminuir el presupuesto de gastos, y entre ellas deben contarse como principales el arreglo de las clases pasivas; la revision de las clasificaciones, con la prudente y justa reduccion de las pensiones de los cesantes, jubilados y retirados; la colocacion de los cesantes que lo merezcan, y la agregacion al culto y clero, previa la autorizacion competente, de un gran número de memorias, aniversarios, obras pías, etc., que en su estado actual ó redundan en provecho de pocos, haciendo así muy desigual la condicion de los individuos del clero, ó no están aplicados sus fondos segun la mente de los fundadores. El producto de estas fundaciones y otros medios que podrán adoptarse al mismo fin, disminuyendo la cuota asignada al clero en la contribucion de inmuebles, cultivo y ganadería, dejará libre una parte de esta contribucion para ser aplicada á las demás atenciones del Estado.

Otras disposiciones tendrán por objeto el aumento de los ingresos: tal será, por ejemplo, la represion del contrabando, sobre cuyo punto habrán de reformarse las disposiciones vigentes cuando se publique la nueva ley de aranceles.

Otras habrá finalmente que, al mismo tiempo que contribuirán al aumento de la riqueza imponible, podrán acaso acrecentar direc-

tamente los ingresos del presupuesto. En este caso podrán hallarse las que se mediten y adopten dirigidas á utilizar y sacar mas provecho que hasta aquí de los bienes baldíos y de propios en beneficio del Estado y de los pueblos.

Acaso los medios propuestos para sacar á la Hacienda pública del abatido estado en que se encuentra parecerán sencillos y aun triviales, pero si no hay otros que adoptar, su sencillez los realza.

Madrid 29 de Agosto de 1849.—JUAN BRAVO MURILLO.

NOTA.

La precedente exposición, en cuanto á los datos, era el resultado de estados oficiales y muy detallados, de los cuales se dió igualmente conocimiento al Consejo de Ministros.

II.

Excedería visiblemente los límites del presente Opúsculo el hacer una minuciosa reseña de la administración de la Hacienda pública en los años de 1850, 51 y 52. Este trabajo, que no correspondería á mi objeto y en el cual no podría yo ser imparcial, está ya hecho. En el año de 1855 publicó mi amigo el Sr. D. José Sanchez Ocaña la RESEÑA HISTÓRICA SOBRE EL ESTADO DE LA HACIENDA DURANTE LAS ADMINISTRACIONES PROGRESISTA Y MODERADA, y en esa excelente producción se halla expuesta con exactitud y con entera verdad, al paso que con mas extensión que las demás, la gestión de aquella administración económica, manifestando, de una manera muy clara y perceptible, sus resultados.

Así que, me limitaré á meras indicaciones, no calificando, sino recordando sencillamente los actos mas principales, y esto para demostrar lo infundado de algunas apreciaciones que muy recientemente se han hecho de ellos.

III.

La gestion de la Hacienda pública en los tres años mencionados fué el cumplimiento y la realizacion de lo que en la memoria referida se hallaba expresado, indicado ó subentendido. Ocupó, en primer lugar, al Ministro de Hacienda la fijacion de los aranceles de aduanas con arreglo á la ley que habian votado en aquel año las Córtes á propuesta del Sr. Mon. No fué esto ciertamente obra exclusiva del Ministro de Hacienda: lo fué del Consejo de Ministros, en el cual se examinaron, partida por partida, las propuestas de la Direccion del ramo, y se establecieron prudencialmente, y en consideracion á lo que sugeria, mas bien que la ciencia, el buen juicio, los derechos de arancel.

Creóse bien pronto la Junta de clases pasivas, que se ha conservado: establecióse la Direccion de lo contencioso, que despues no se ha considerado necesaria, restableciendo la Asesoría de Hacienda que antes existia: se introdujeron en las aduanas los empleos periciales, planteándose las correspondientes enseñanzas para que se formasen convenientemente los jóvenes que deberian en lo sucesivo desempeñarlos:

se fijaron nuevas zonas aduaneras, y se dictaron reglas para la organizacion, el régimen y el servicio de los carabineros de costas y fronteras, procurando mejorarlo; y en el año de 1852 se estableció el puerto franco de las Islas Canarias.

Apenas hay renta importante que no fuese objeto de alguna modificacion ó reforma con el fin de mejorarla. Se dictaron disposiciones acerca de la contribucion de inmuebles: por dos veces se hicieron supresiones y variaciones en las tarifas de la de consumos: se reformó radicalmente el impuesto sobre el papel sellado y efectos de timbre: la sal fué objeto de especial cuidado. Se rebajó el precio de algunas clases de cigarros, de los cuales, partiendo del consumo de los años anteriores, habia existencias para muchos.

Se dispuso la recogida de las pesetas columnarias, que circulaban con abundancia en ocasiones de conflicto y apuro, siguiéndose de esto grandes perjuicios, por la circunstancia de hallarse la mayor parte de ellas gastadas y borrosas. Mas adelante se emprendió y llevó á cabo la de la calderilla que corria en el Reino de Valencia, no sin vencer dificultades hasta de orden público; y por último la de la calderilla catalana, lo que exigió mayores desembolsos y anticipaciones, y ofrecia dificultades inmensas, por su abundancia, y por el grandísimo fraude á que daba lugar la circunstancia de tener un valor nominal muchas veces mayor que el valor real y efectivo. Se preparaba tambien, y quedaron pendientes estos trabajos preparatorios

cuando cesó aquel Ministerio, la recogida de la moneda macuquina de Puerto Rico.

Se dictaron la ley de Contabilidad; la del Tribunal de Cuentas; la del arreglo de la deuda pública; las de las deudas del material del Tesoro, del personal y de la flotante; la de delitos de contrabando y defraudación; las del Banco de San Fernando y otras muchas que sería ocioso referir; y se creó en fin la Caja de Depósitos, establecimiento nuevo, que en ningún tiempo se había conocido, y que tan pingües resultados ha producido y produce.

Se estableció la real y verdadera publicidad, aplicándola efectivamente á todo cuanto en la administración y en el manejo de la Hacienda pública era susceptible de ella; publicidad que hasta entonces se blasonaba mucho, se reconocía como convenientísima, se decía ser esencial en el régimen constitucional, estaba en boca de todos, pero que no existía en la realidad. Por primera vez y mensualmente se publicó en la *Gaceta* la distribución de los fondos públicos á cada ramo y ministerio respectivo, la recaudación de los impuestos y rentas, comparada con la del año anterior, el movimiento de las clases pasivas, y hasta el importe de la deuda flotante y las operaciones que se practicaban respecto de ella. Creada la Caja de Depósitos, se publicó también semanalmente un estado expresivo de los ingresos y de las devoluciones de la semana.

IV.

Efecto de todas las indicadas disposiciones y de las economías que se introdujeron, fué la nivelación de los presupuestos; nivelación efectiva, verdadera, real y positiva, pudiendo decirse que, en los tres años de 1850, 51 y 52, se cubrieron los gastos, ó sea las obligaciones consignadas en el presupuesto respectivo, con los ingresos propios y naturales de los mismos años, y aun resultó algún sobrante.

Lo que se acaba de indicar no parece exacto al señor D. Pedro Salaverria, quien, exponiendo en el folleto que publicó en el próximo Diciembre, del cual se ha hecho ya mencion, el resultado final de los presupuestos de 1850 á 1858, habiendo sido el de los tres primeros el siguiente:

	INGRESOS.	GASTOS.	DÉFICITS.
Por el ejercicio de 1850.....	1.272.219.996	1.282.178.807	9.958.811
Id. de 1851.....	1.257.420.371	1.397.159.284	139.738.913
Id. de 1852.....	1.349.113.860	1.402.635.826	53.521.966

Manifiesta despues que *corresponde explicar...
 »los varios recursos de un órden especial que entra-
 »ron como elementos muy esenciales de su dotacion,
 »que si bien por un lado son menos valor del déficit
 »que arrojaron, por otro expresan bien *á donde habria*
 »llegado el déficit si las atenciones se hubieran cubierto

» sin aplazamientos ó sin descuentos ; si los recursos de la
 » desamortizacion y el producto de emisiones de renta
 » consolidada, el fondo de sustitucion del servicio militar
 » y otros medios, no hubieran entrado en cuenta para
 » acudir á obligaciones que nosotros (habla el señor
 » Salaverria), hemos procurado atender con el produc-
 » to de las contribuciones, rentas y recursos perma-
 » nentes.»

Como comprobante de esta manifestacion, consig-
 na, año por año, las partidas que, á su modo de
 ver, constituyen aquellos recursos de un orden espe-
 cial, presentando de ello un estado con el titulo de
 « *ESPLICACION de los recursos extraordinarios y aplaza-*
 » *miento de obligaciones, sin lo cual hubieran aumentado*
 » *los déficits de presupuestos en las sumas siguientes:* »

La parte respectiva á los tres años es esta:

1850.

Reales vellon.

Por mesadas descontadas á las cla- ses activas y pasivas.	75.296.854	}	91.889.079
Por obligaciones realizadas de com- pradores de bienes del clero. . . .	3.397.686		
Por producto de la negociacion ex- traordinaria de obligaciones de compradores de bienes de la Orden de San Juan.	13.194.539		

1851.

Por mesadas descontadas á las cla- ses activas y pasivas.	75.296.854	}	108.993.192
Por obligaciones realizadas de com- pradores de bienes del Clero. . . .	16.805.030		
Por negociacion extraordinaria de obligaciones de compradores de bienes de la Orden de San Juan. .	16.891.308		

1852.

Realizado por el descuento gradual impuesto sobre los sueldos.	31.698.202	}	51.360.488
Por obligaciones de compradores de bienes del Clero secular y equivalencia de ventas hechas a papel de la deuda.	19.662.286		

Califiquemos las partidas mencionadas, que el señor D. Pedro Salaverria asienta que son aumento de déficit. La primera de ellas consiste en las mesadas que no se pagaron á las clases activa y pasiva en los años de 1850 y 1851, conservando el derecho á su percibo y aplazando el pago, cuyo importe, tanto en el uno como en el otro año, fija el Sr. Salaverria en 75.296,854 rs. vn. Por grande que sea la competencia del Sr. Salaverria, no alcanza su autoridad á producir, con voluntad ó sin ella, el aumento de cantidades, convirtiendo, por el solo hecho de comprenderlas en un estado, en verdaderas y positivas las imaginarias. Aquellas mesadas importaron poco mas de 34 millones en 1850 y de 35 en 1851, no los 75 que supone el Sr. Salaverria. En la RESEÑA HISTÓRICA, ya citada, de D. José Sanchez Ocaña, haciendo un minucioso análisis del presupuesto de 1850, se dice (página 188) sobre este punto:

« Pero por la misma razon que en este análisis re-
 » bajo la partida procedente de créditos atrasados, au-
 » mento á las obligaciones naturales del año, como
 » gasto propio del mismo, el importe de la mesada
 » que se aplazó á las clases activas, y las dos á las

»pasivas, que segun la liquidacion del presupuesto
»importaron:

»La mesada de las
»clases activas. 12.764.505 12 }
»Las dos de las } 34.267.744 30.
»clases pasivas. 21.503.239 18 }

En el análisis del presupuesto de 1851 (pág. 228)
se hace el aumento por igual motivo, de 35.117.119
reales vellon.

Siendo el que se ha expresado, segun se expone
en la *Reseña* con entera exactitud y con sujecion á
las CUENTAS GENERALES, el importe de las mesadas no
pagadas en 1850 y 1851, admira la equivocacion en
que ha incurrido el Sr. Salaverria, haciéndolas subir á
75.296.854 rs. en cada uno de dichos años. Ha moti-
vado sin duda la equivocacion esta circunstancia.
Aunque la partida está detallada (1) en las CUENTAS

(1) Hé aquí la indicada partida detallada, segun consta en
el presupuesto de 1851 y en la cuenta general definitiva del
mismo, página, 395.

Bajas.	Reales vellon.
1. ^a Por una paga de las clases activas. . .	13.100.045
2. ^a Por dos de las pasivas que devengan haber.	22.017.074
3. ^a Por cuatro de los acreedores por habe- res caducados.	1.992.382
4. ^a Por seis de los que lo eran por heren- cia en línea recta y de marido á mujer.	9.961.918
5. ^a Por diez á los acreedores por herencia de diversas clases ó por otras causas. . .	28.225.435
BAJAS TOTALES.	75.296.854

GENERALES, y en el presupuesto, en otro lugar de ellas y en la RESEÑA, aunque con propósito y para objeto bien diferente, se encuentra englobado con el importe de dichas mensualidades, y formando con él una sola partida, el de las mensualidades procedentes de los atrasos por derechos caducados. Hé aquí (página 212 de la RESEÑA) la partida:

»Bajas de las mensualidades á las cla-
»ses activas y pasivas que deven-
»gan haberes corrientes, y de las
»procedentes de los atrasos por de-
»rechos caducados. 75.296,854.

Es por tanto evidente que la partida de 75.296.854 que, en cada uno de los años de 1850 y 1851, sin diferencia—¡cosa extraña!—de un solo maravedí, figura en los estados formados por el Sr. Salaverria como aumento de déficit, consiste real y efectivamente, prodúzcalo ó no, (se recordará la demostracion de que no lo hubo en aquellos años) en 34.267.744-30 en el de 1850, y 35.117.119 en el de 1851. Estas cantidades se han considerado como aumento, en su totalidad, en los minuciosos análisis que se han hecho en la RESEÑA, de los respectivos presupuestos de gastos; pero en este punto se ha procedido con error. Tal aumento no procede en la totalidad de aquellas cifras, sino en la parte que se ha producido ó produzca, si aun no se han satisfecho del todo, (las obligaciones que se aplazaron) un gravámen, un pago que se haya hecho ó deba hacerse. Ahora bien, sabido es que los haberes atrasados han constituido la deuda del

personal, y que el valor del papel que representa esta deuda, tomando el precio medio del tiempo que ha trascurrido hasta el día (es probable que no sea mucho mayor en lo sucesivo), no ha llegado ciertamente á la quinta parte de su valor nominal. Así pues, los 70 millones próximamente á que ascienden las mensualidades aplazadas de 1850 y 1851, han causado al Estado un gravámen que, de seguro, no llega á 15 millones; siendo esta, de consiguiente, la cantidad que, por el aplazamiento de dichas mensualidades, se habria debido y se debe fijar como aumento del presupuesto de gastos de aquellos años.

Asienta igualmente el Sr. D. Pedro Salaverria que es aumento de déficit, en 1852, el importe del descuento que sufrieron los empleados activos y pasivos, que ascendió á 31.698.202 rs. vn., figurando por lo tanto esta cifra, como tal aumento de déficit, en los estados ó cuentas que ha formado respectivas á dicho año y á todos los demás en que hubo descuento. Fué este una reduccion de los sueldos, con pérdida del derecho á la parte de ellos que se rebajaba, sin obligacion del Estado á pagarlos en tiempo alguno; resultando de ello una disminucion efectiva de las obligaciones y de los gastos públicos, igual al importe del llamado descuento, esto es, de la rebaja ó reduccion de los sueldos. Siendo esto así, no se concibe ciertamente—no lo concibo yo—cómo y bajo qué fundamento se puede considerar aumento de déficit la parte de los sueldos que se rebajó en 1852; que no se ha pagado, ni se debe pagar; que ni ha sido, ni es, ni

ha de ser nunca una obligacion del Estado. Frecuentemente se hacen rebajas y aumentos de sueldos en los presupuestos: tal clase, tales empleos, dotados, por ejemplo, con 20.000 rs., suben á 24.000 ó bajan á 16.000; á los que disfrutaban 8.000 se les señalan 6.000 ó 10.000: el importe, mayor ó menor que el anterior, en que se fijó para lo sucesivo el sueldo, el gasto, es la obligacion del Estado; y sería hasta ridículo, si el presupuesto se nivelaba con la variacion, decir que resultaba un sobrante, en el caso de aumento, porque tales obligaciones eran antes menores, ó que resultaba déficit, en el caso de rebaja, porque eran mayores. Para convenir en este punto con lo que impremeditadamente sin duda (le hago esta justicia) asienta el Sr. D. Pedro Salaverria, preciso me seria abandonarme al mas horrible escepticismo, y reconocerme y confesarme falto de sentido comun hasta la estupidez.

Las demás partidas que, en los años de 1850, 51 y 52, asienta el Sr. Salaverria, que fueron recursos extraordinarios, debiendo considerarse su importe como déficit de aquellos años, son las que, en los presupuestos de ingresos de los mismos, se comprendieron por obligaciones realizadas de compradores de bienes del Clero, y por negociacion de obligaciones de compradores de bienes de la Orden de San Juan, añadiendo, en la última de estas partidas, respecto del año de

1852, que fué tambien por equivalencia de ventas hechas á papel de la deuda. Ya se hace cargo el Sr. Salaverría de que en los presupuestos ordinarios de gastos de 1850, 51 y 52, como en los de los años sucesivos, se comprendieron algunos que, en su tiempo, han sido objeto de los presupuestos extraordinarios. Sin entrar en el examen, para fijar su importe, de las atenciones que se hallan en ese caso, y examen que nos daría por resultado la compensacion, si no en el todo, en mucha parte de los déficits que halla el Sr. Salaverría, y por consiguiente la desaparicion de ellos, nos limitaremos á consideraciones de otro género.

Las partidas, cuyo examen nos ocupa, de los tres años de 1850 á 1852 inclusive, forman un total de 69.950.849 rs. vn., á saber: 39.865.002 rs. por bienes del Clero Secular y equivalencias á metálico, y los 30.085.847 rs. restantes, por los de la Orden de San Juan de Jerusalem. Concediendo pues lo que establece el Sr. Salaverría, resultaria, por este concepto, en los presupuestos de los mismos tres años un déficit de poco mas de 23 millones en cada uno; pero los ingresos á que se refieren aquellas partidas no son ciertamente ni deben considerarse como extraordinarios, sino como recursos propios de aquéllos años, los cuales de consiguiente deben estimarse ordinarios. Véase lo que respecto de la partida de 13.201.415 reales 14 mrs., por obligaciones de bienes del Clero, en- dosadas al Banco español de San Fernando, que figuraba en el presupuesto de ingresos de 1850, se dice;

analizando dicho presupuesto (páginas 185 y 186) en la RESEÑA del señor Sánchez Ocaña. Podrá en efecto decirse respecto de la primera de dichas partidas (la de los 13.201.415-14), que no representa el producto ó rendimiento de un impuesto ó de una renta perpétua y estable, sino una de las 14 anualidades que aun restaban de las veinte en que se habían de pagar los bienes del Clero Secular vendidos en la época de 1841 á 43; pero fácil es reconocer que un producto de catorce años de duración, los doce primeros casi en la misma cuantía, no puede ser calificado de extraordinario, por mas que la expectativa de su extincion exigiese de la previsión del Gobierno pensar en los medios de sustituirlo cuando hubiese de desaparecer. Las razones indicadas (pues no se hace mas que una indicacion de algunas de las muchas que pudieran aducirse) para demostrar que el producto en cada año de las obligaciones de compradores de los bienes del Clero vendidos desde 1841 á 1843, no fué un ingreso extraordinario, sino ordinario, se habrian podido estimar bastantes para sostener que constituia un ingreso de la misma clase, esto es, ordinario, el producto de la negociacion de obligaciones de compradores de bienes de la Orden de San Juan, y aun se habrian podido exponer, en cuanto á los últimos, razones especiales, fundadas en los derechos que respecto de ellos tenia el Estado. Sin embargo de esto, se consideró desde luego y se ha considerado despues como un ingreso extraordinario. Bajo tal concepto, fi-

guró en el presupuesto la cantidad de 30 millones; y en la RESEÑA HISTÓRICA (páginas 209, 226, 280 y otras) se consideró del mismo modo; aunque en el análisis y en el resumen del respectivo al año de 1851 no se rebajó lo realizado por dicho concepto del ingreso propio y natural del presupuesto ordinario, por estimar sobrada y excesivamente compensado este ingreso que hubo en aquel año, y que se consideraba no propio de él, con el producto de los sobrantes de Ultramar, por cuyo concepto se debió presuponer en el mismo año mucha mayor cantidad, y no figuraba partida alguna.

Tratando, por último, de la *equivalencia de ventas hechas á papel*, por cuyo concepto se encuentra efectivamente en el presupuesto de 1852 una partida de ingresos, bajo el nombre de *fondo de equivalencia*, cuyo fondo habia existido desde que comenzó la venta de bienes nacionales, aplicándose á los gastos públicos y estimándose como un ingreso ordinario del año respectivo, nos limitaremos á decir que no alcanzamos razón alguna que pueda aducirse seriamente para defender que no debiera tener, que no tuviera en realidad aquel carácter.

Pero—lo repetiremos—aunque las partidas mencionadas se debieran estimar déficit de los presupuestos de los tres años, el déficit, por ese concepto, consistiria en 70 millones próximamente; á cuya cantidad agregada la de 12 millones, quinta parte, también aproximada, de los 69 millones y pico que importaron las mesadas no pagadas y aplazadas en 1850 y 1851,

pues, según queda demostrado, ni procede mayor aumento por este motivo á las obligaciones de aquellos dos años, ni procede absolutamente ninguno por la rebaja de haberes que, con pérdida del derecho á percibirlos, se hizo en el año 1852; resultaría la de 82 millones, que serian, en el supuesto indicado, el déficit, por los enunciados conceptos, de los presupuestos de los tres años, correspondiendo á cada uno de ellos 27 millones no cabales. Pero ni este déficit, que seria en todo caso insignificante, ni el que resulta de la liquidacion de los presupuestos de los tres años según las cuentas, que tampoco es muy grande, ni otro menor, hubo realmente en dichos años, como está demostrado, y se pasa á recordar; y no se funda esta demostracion en que las liquidaciones estén mal formadas; no en que en las cuentas haya error, omision, ni inexactitud de ningun género, pues en ellas se debieron comprender y se comprendieron los ingresos y los gastos de los respectivos años, los derechos realizados y los pagos hechos en los mismos; sino en que, debidamente analizados esos ingresos y esos gastos, aparece visiblemente que hay muchos que no son propios de los mismos años; y descartando los de esta clase, computando exclusivamente los que son propios de cada presupuesto, y comparando los pagos con los derechos, resulta que no hubo déficit alguno, sino sobrante.

La demostración indicada está hecha muy cumplida y aun profusamente. En los análisis de los presupuestos de los años de 1850, 51 y 52 (sección 3.^a de la mencionada *RESEÑA HISTÓRICA*) emprendió esta obra el Sr. D. José Sánchez Ocaña, y la desempeñó tan satisfactoriamente, que ninguna dificultad, ninguna duda, ningún escrúpulo puede asaltar á quien, con imparcialidad y buena fé, inquiera la verdad acerca de la completa exactitud de los raciocinios que hace, de las consecuencias que deduce, y de los resultados que arrojan los presupuestos de dichos tres años.

Aquellos resultados, producto de minuciosas demostraciones fundadas en datos indisputables, oficiales y públicos, á cuyas demostraciones nos referimos en un todo, los consignó el Sr. Sánchez Ocaña (páginas 278 y siguientes) en cuatro resúmenes. En el 1.^o presenta, y este es el título del mismo, el *Resultado general de dichos presupuestos* (los de los tres años) *según las cuentas*. El 2.^o resumen ofrece el resultado de aquellos presupuestos según se redactaron definitivamente, se pusieron en ejecución y se realizaron, comprendiendo de consiguiente los créditos concedidos durante su ejercicio, cuyo resultado fué un déficit de 224 millones y pico, acerca de lo cual se dice (página 282) lo siguiente:

«El exceso ó déficit de los presupuestos de los

«tres años fué el ya citado de 224.498.224-33, ha-
 «biéndose satisfecho, con cargo á los mismos presu-
 «puestos, mayor cantidad que la de este déficit, pro-
 «cedente de descubierto anteriores al año de 1850,
 «que, como tantas veces se ha dicho, traen su ori-
 «gen del de 1843; en cuyo defecto, y en medio de
 «haberse satisfecho también los créditos respectivos á
 «los arreglos de las Deudas pública y atrasada del Te-
 «soro, considerados ya aquí obligaciones ordinarias,
 «como otras inmensas cantidades por gastos extraor-
 «dinarios; despues de todos estos aumentos de gastos,
 «hubiera, todavía, resultado sobrante de los ingresos
 «de los mismos tres años, y así como así á las

Es, en efecto, evidente que las cantidades paga-
 das en los tres años, por obligaciones de años anterio-
 res, ascendieron á mayor suma que la de los 224 mi-
 llones y pico, y que de consiguiente, comparados los
 ingresos con los gastos propios de aquellos años, no
 hubo déficit.

El *resúmen* 3.º lleva por título: «*COMPARACION*;
 «*segun las cuentas, entre los ingresos y gastos ordinarios*
 «*y propios y naturales de los tres años de 1850 á 52 y*
 «*los que no lo fueron, comprendiendo en los últimos las*
 «*obligaciones que, aunque aplazadas y no pagadas, lo*
 «*eran naturales de los mismos años, y descartando los*
 «*gastos extraordinarios, y los procedentes de atrasos re-*
 «*sultantes de las liquidaciones de fin del año de 1849,*
 «*para que resulte exacta la COMPARACION ENTRE SOLO*
 «*LOS INGRESOS Y LOS GASTOS ORDINARIOS Y PROPIOS Y NA-*
 «*TURALES DE CADA AÑO;*» y dá por resultado un so-

brante de 88 millones y pico, haciéndose en seguida lo siguiente:

«Por este tercer estado la parece asimismo, que, descartados de lo pagado los 382.471.815 rs. 15 mrs. 10 cts. procedentes, 231.471.041 rs. 1 mrd. 10 cts. los atrasos de fin de 1849, y los 151.000.801 reales 4 mrs. restantes de los gastos extraordinarios, hubiera resultado un sobrante entre los ingresos y gastos propios y naturales de los mismos años, en cantidad de 88.622.067 28

«Esto en el supuesto de que se hubiesen pagado las mesadas aplazadas á las clases activas y pasivas, pues si se hubiese prescindido del pago, y optado por el aplazamiento, que ha tenido lugar en cantidad de 69.351.522 12

«el sobrante en este caso hubiera ascendido á 157.973.590 6

«Esto en medio de haberse aumentado las obligaciones ordinarias con el importe de los intereses y amortización de las Deudas pública y atrasada del Tesoro.»

«Por último, el resumen 4.º, con la manifestación que se hace á continuación del mismo, es como sigue:

COMPARACION entre los ingresos y gastos ordinarios y extraordinarios de los años de 1850, 51 y 52, descartando solamente en los gastos lo invertido en el pago de obligaciones atrasadas, anteriores á la época de los referidos Presupuestos, y fijando el resultado que dá la comparacion entre los gastos y los ingresos, aun comprendiendo los extraordinarios, propios de los mismos presupuestos.

AÑOS.	GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.		GASTOS.</	
-------	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	---------	--	-----------	--

«Queda por esta demostracion justificado que, si
»los ingresos obtenidos, como propios y naturales de
»los tres años se hubiesen exclusivamente aplicado á
»las obligaciones propias y naturales tambien de los
»mismos años, entre las que figuran las Deudas pú-
»blicas y atrasada del Tesoro, y con inclusion además
»de las extraordinarias, que importaron por sí solas
»los 151.000,801 rs. 4 mrs. que hemos visto en el
»estado anterior, todavía se hubiera obtenido un so-
»brante de 6.972,789 rs. 2 mrs.»

Tan sólida, tan clara, tan evidente es la demos-
tracion de que en los años de 1850, 51 y 52 se aten-
dió á los gastos que exigió el cumplimiento de las
obligaciones, tales como se habian fijado y propias
de aquellos años, con los recursos propios tambien de
los mismos años, y que de consiguiente no hubo dé-
ficit.

No se aplicó, es verdad, una parte de aquellos
recursos á extinguir ó *engajar*, como anuncié en las
Cortes que me lo proponia, el déficit preexistente,
el importe de la deuda flotante. En esta parte—debo
confesarlo—no se realizaron mis pronósticos, ni se
cumplieron mis promesas, debiendo someterme y so-
metiéndome sobre este punto al juicio de los hombres
pensadores, imparciales y de buena fé, quienes deben
pesar las ventajas que habria producido la extincion
de aquella deuda con las que haya traído la inversion
que se dió á los recursos que exijia su pago.

La deuda flotante, que en su mayor parte se lleva-
ba en 1849, y se llevó en 1850, en gravosísimos giros,

to político de 1854 no se introdujo ninguna alteración esencial en el sistema rentístico: ninguna ley se dictó, ni se expidió decreto alguno que produjera la variación de sus bases, ora suprimiendo algunas de ellas, ora introduciendo otras nuevas. Las diversas administraciones que existieron en ese período, estuvieron sujetas, como lo están todas, á las vicisitudes políticas y á los efectos que estas producen siempre respecto de la Hacienda, adoptando cada cual las disposiciones que estimaba mas útiles en la marcha ordinaria de la administracion, y habiendo alguna de ellas, mas bien por efecto de acontecimientos políticos que de causas financieras, atravesado circunstancias apuradas; pero el sistema rentístico, lo repetimos, se conservó sin alteración, y los resultados pueden decirse que en sustancia fueron los mismos.

El presupuesto de 1853 se liquidó con el pequeño déficit de 26.806.260 reales, y el de 1854 con el mas insignificante aún de 8.972.434; si bien en este último año hubo, el ingreso extraordinario de 73.516.468 rs. por sustitución del servicio militar y por el préstamo forzoso decretado en 1.º de Mayo del mismo. En el año de 1853, fuera del importe de las obligaciones de compradores de bienes del Clero y fondo de equivalencias, lo cual no debe calificarse de ingreso extraordinario, no hubo mas que el de 5 1/2 millones escasos, por venta de acciones de carreteras y de títulos del 3 por 100 que poseia el Tesoro.

DEL ESTADO DE LA HACIENDA POR CONSECUENCIA DEL MOVIMIENTO POLÍTICO DE 1854. Desde mediados de 1854 la Hacienda pública ofreció un aspecto muy desfavorable. Primeramente el estado de revolución, que duró algunos meses; después la agitación de los ánimos, que duró muchos más, hasta el grado de poderse decir que, por espacio de dos años, fué esta la situación de la sociedad, y entre tanto la supresión de uno de los mas importantes impuestos, produjeron una alteración esencial, radical, profunda y de muy trascendentales efectos en el sistema económico y en sus resultados. Las Juntas de las provincias que, como habia sido de costumbre en semejantes casos, se constituyeron tan luego como en ellas se tuvo conocimiento de la insurrección, abolieron la contribución de consumos, y las Cortes confirmaron esta supresión, estableciendo después un impuesto nuevo bajo el nombre de *derrama*, que no podia suplir al de consumos. Así es que para llenar el vacío que esta supresión dejó, hubo que recurrir á diversos expedientes que todos podian considerarse como interinos ó preparatorios de otros á los cuales se vino á parar, á saber, los empréstitos, pues se decretaron dos, el uno ostensible y manifesto, y el otro encubierto y disfrazado. Fué el primero el de los 500 millones, autorizado

por la ley de 22 de Febrero de aquel año, el cual se realizó en 31 de Mayo y 17 de Diciembre de 1856; y fué el segundo la ley de 1.º de Mayo de 1855, ó sea la ley de desamortizaciou, que aumentó desde luego, aunque fué dictada con el fin opuesto, la deuda pública, y cuyo efecto, habiéndola modificado muy sustancialmente, ha venido á ser un *empréstito continuo*. Parece—lo hemos dicho en otro lugar—que los autores de ella trataron de engañarse á sí mismos. Poco despues de haberla dictado, se decretó se impuso el préstamo forzoso de 230 millones, reintegrables con los productos de la desamortización, y además de su importe y de 13 $\frac{1}{2}$ millones que se hicieron efectivos por los vencimientos de aquel año, se negociaron en el mismo obligaciones de compradores de bienes nacionales de los años sucesivos por 65 millones. No sorprende por tanto que en el año de 1855 resultase un sobrante de mas de 39 millones, y en el de 1856 de mas de 9 millones, habiéndose aplicado á las atenciones públicas en el primero las referidas cantidades, y en el segundo 260 millones por la primera negociacion del empréstito de 500 millones, verificada en Mayo, y por el primer plazo de la segunda, realizada en Diciembre de aquel año. Por todas estas causas, el estado de la Hacienda pública fué deplorable en los años de 1855 y 1856. Muy diverso habria sido ciertamente, si al producto de la desamortización, esto es, al precio de los bienes que se desamortizaban y se vendian, se hubiese dado el destino que disponia la ley de 1.º de Mayo de 1855.

Cumpléndola fielmente, la desamortización habría podido estimarse por unos contraria y por otros (conforme á dos principios de derecho, pero se habría juzgado por todos conveniente para el desarrollo y aumento de los intereses materiales, y lo habría sido en realidad. La inversión de la mitad del producto de los bienes de que podía disponer el Estado (exceptuada, en el primer año, la parte necesaria para cubrir el déficit del mismo) en la amortización de la deuda pública consolidada (la otra mitad debía invertirse en obras públicas), del 80 por 100 del producto de los de propios, y del total producto de los de beneficencia y de instrucción pública, que es lo que la citada ley de 1.º de Mayo disponia, habría reducido inmensamente la deuda pública; i habría elevado su precio, facilitando con grande ventaja el uso del crédito, á el cual se debería haber recurrido en caso de necesidad ó de conveniencia; habría proporcionado medios, empleándolos acertada y prudentemente, para atender con provecho, á las obras públicas; y habría conducido grandemente á la mejora, lenta, pero estable, de todos los ramos de la riqueza pública, y de consiguiente del bienestar y prosperidad general.

II.

Las administraciones que existieron desde las jornadas de Julio de 1856 hasta mediados de 1858 trataron de remediar en lo posible el mal y mejorar la situación de la Hacienda. Encargado de la dirección

de ella, en la primera de aquellas administraciones, el Sr. D. Pedro Salaverria, tenia ya preparado, según manifiesta, el decreto del restablecimiento de la contribucion y del consumos. Lo realizó su sucesor, dando así el primero y mas importante paso para la mejora de aquella situacion.

El presupuesto de 1857 se liquidó con el insignificante déficit de 636,318 reales, cosa no extraña habiendo ingresado de extraordinario, por la negociacion del resto del empréstito, 240 millones, y por el fondo de la sustitucion del servicio militar, mas de 52. El presupuesto de 1858, prescindiendo de las causas que hubiesen podido producir en él tan desventajoso resultado, se liquidó con el considerable déficit de 115 millones, á pesar del ingreso extraordinario de mas de 93 millones por negociacion de acciones de obras públicas y sustitucion del servicio militar.

ADMINISTRACION DE LOS CINCO AÑOS.—ESTADO DE LA HACIENDA EN TIEMPO DE ELLA Y DE LAS ADMINISTRACIONES SUCESIVAS HASTA LA ACTUAL.

I.

Al bosquejar el cuadro de la Hacienda pública, durante la administracion de los cinco años y por efecto de ella, enuestras reflexiones, si tienen sólido fundamento, y habrán de conducir á demostrar que carece absolutamente de él la persuasión que mues-

tra el Sr. D. Pedro Salaverría de haber sido aquella administracion acertada, cual ninguna otra, y provechosa y fecunda en resultados altamente beneficiosos. Profundamente convencido de esto, sin duda, reconoce por exclusivamente suya (y no sufre en ello violencia de ningun género, antes bien se complace en manifestar los medios que se le han concedido y la libertad con que ha obrado) la responsabilidad de aquella administracion en la parte rentística.

«Llegamos, dice en el folleto mencionado, al tratar de la administracion de los cinco años, llegamos al punto deseado de nuestra publicacion, y sentimos el tener que hacer la apología de actos que nos pertenecen. El público nos dispensará lo que en ello haya de inmodesto, pero nadie como uno mismo puede dar cuenta satisfactoria de lo que por su iniciativa se realizó en tan largo periodo administrativo.

«Es de nuestro deber consignar una declaracion necesaria. El manejo de la Hacienda constituye una especialidad que releva á los demás miembros del Gobierno de aquella responsabilidad que en otros asuntos alcanza á la colectividad de los Ministerios. Por nuestra parte hemos disfrutado una plenísima confianza de nuestros dignísimos compañeros, y jamás hemos hallado en ellos el menor óbice á cuanto creímos conveniente proponer y hacer.

«Somos deudores á los Cuerpos legislativos de la acogida mas benévola que ministro puede obtener de aquellos; y si censura y responsabilidad es de impu-

»tarse á nuestra administracion, de nadie mas que de
»nosotros mismos es aquella.»

Sobrado motivo tenia el Sr. Salaverria para demandar al público dispensa de lo que en su publicacion hubiese de inmodesto, habiendo tanto que, aunque se emprenda su lectura con la persuasion de que el autor tiene de sí muy grande idea, todavia causa extrañeza y sorpresa. Quién, creyéndose el mejor conformado y mas hermoso de los hombres, dijese que lo era mas que Adonis; quién, estimándose dotado de facultades físicas superiores á las de todos los demás, manifestase que sus fuerzas eran mayores que las de Hércules; quién, reputándose adornado, mas que otro alguno, de grandes conocimientos científicos, se proclamase mas sábio que Minerva, no tendrian tan elevada idea de sí propios, bajo aquellos conceptos, como la que el Sr. Salaverria, nuevo Narciso, enamorado de sí mismo por su aptitud y suficiencia, á semejanza de aquel que lo estaba por su hermosura y belleza, muestra tener de sí, como administrador de los caudales del Estado, cuando (página 6 del citado folleto) exclama:

«¿Cómo habríamos nosotros de escuchar sin correctivo los actuales juicios del Sr. Bravo Murillo sobre los resultados de la Administracion de los cinco años, cuando podemos exhibir los hechos de una gestion limpia como los resplandores de la probidad, fecunda como los gérmenes de la riqueza, levantada como los sentimientos de la nacion que hemos administrado?»

De buen grado dejaríamos al Sr. Salaverría entre esos resplandores, gérmenes y sentimientos, sin hacer la mas ligera observacion, para que no se sospechase siquiera que tratábamos de turbar el inefable gozo que experimenta en su extática beatitud, si no creyésemos indispensable, una vez que se ha recordado el trozo que se acaba de insertar de su publicacion, hacer algunas indicaciones acerca del espontáneo é inmotivado blasonar de la limpieza de su gestion. No habiéndole puesto nadie—á nuestra noticia no ha llegado—en el caso de manifestarlo en defensa propia, el proclamarse recto y probo es proclamarse adornado de una cualidad que debe ser comun, que todos deben tener, que se supone en todos, siendo, por desgracia, quien no la tenga una triste excepcion de la regla general: á no decirse que, al hacer el señor Salaverría tal protesta de la pureza de su administracion, reclama una especie de privilegio respecto de todas las demás administraciones. Tan extraño é injustificable proceder tiene para nosotros una causa conocida, la vanidad, que ciega y ofusca: quien hubiese de juzgar de la pureza de aquella administracion únicamente por las encarecidas manifestaciones que hace su autor, no teniendo convencimiento de ello por otro lado, sin duda recordaria el sabido proverbio: *excusatio non petita*..... ó creeria al menos que la calumnia habia clavado su venenoso diente en la reputacion del autor de semejantes protestas. En la matrona, cuya honestidad ninguno hubiese negado ni disputado, seria impertinente, y para los que no tu-

viesen la convicción de su recato seria sospechoso, el continuo y espontáneo blasonar de él.

II.

Que la administracion rentística de los cinco años fué desembarazada; que por la confianza que al señor Salaverría concedieron los demás Ministros y la acogida que mereció á los Cuerpos colegisladores, tuvo completa libertad de accion, lo manifiesta él mismo y es indudable; habiéndosele ofrecido campo muy ancho para su iniciativa. Mas aún: la direccion que dió á los negocios económicos el Sr. Salaverría, la gestion administrativa de la Hacienda pública, fué casi decisiva respecto de la politica del Ministerio de la Union liberal, y la determinó en cuanto á muchos puntos. Ni la guerra de Africa, ni la expedicion de Méjico, ni la anexion de Santo Domingo habrian tenido lugar si no hubieran existido los recursos extraordinarios que proporcionaba la desamortizacion; hechos que son los que mas señalan y dan á conocer la politica de aquel Ministerio. Todos ellos pertenecen—es verdad—á la politica exterior; porque la interior, si se exceptuan los grandes y muy trascendentales actos relativos á la desamortizacion, puede decirse que fué la negacion de toda politica, como se ha expuesto y, á mi parecer, demostrado en el Opúsculo titulado: APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA UNION LIBERAL.

III.

En cuanto á la marcha ordinaria de la administracion, nada tenemos que oponer á la de los cinco años, ni será de consiguiente objeto de especiales observaciones. Por efecto de esa marcha, si no hubiera existido otra causa muy especial y extraordinaria, el estado de la Hacienda pública no habria variado notablemente, en mejor, ni en peor.

Tampoco habria variado esencialmente, ni sobre ello por tanto recaerán nuestras observaciones, en virtud de las disposiciones adoptadas para obtener la mejora y el aumento de las rentas públicas, sobre cuyo punto véase aquí, reasumido por el mismo Sr. Salaverría (página 80 del referido folleto) lo que se ha hecho en los cinco años. Preguntando si los administradores que hoy aparecen como sus críticos, habrian sacado incólume el sistema de los impuestos despues de tantas contradicciones: « ¿ Se hubieran mantenido, » dice en seguida, durante cinco años en la brecha » de la tribuna sin perder ni un solo real de lo que formaba la renta del Estado, acreciéndola todos los » dias, ya con reformas en la contribucion de consumos, ya con modificaciones en la del subsidio, en el » papel sellado; trayendo á contribucion la trasmision » de los bienes muebles, obteniendo por ferro-carriles » rendimientos de alguna importancia hasta formar un » total de ingresos de 2.134.000.000 rs.? » Estas disposiciones, fuera de la relativa al establecimiento del

impuesto sobre los ferro-carriles, que asciende á 16 millones, son reformas, no esenciales, de las rentas ya establecidas, ligeros retoques para obtener algo mayor producto de los respectivos tributos, disposiciones todas ellas no de grande importancia, nacidas de proyectos aprobados con facilidad, por no haber sido objeto de leyes especiales, sino de artículos intercalados en los presupuestos.

La aprobacion de ellos, en fin, precediendo la discusion ordinaria, habiéndolos presentado oportunamente, sometiéndolos al exámen de los Cuerpos colegisladores, y sosteniendo, sin pedir autorizaciones, el debate á que han dado lugar, tampoco ha podido producir una variacion esencial en el estado de la Hacienda. Reconocemos el mérito que en ello ha contraído el Sr. Salaverría; pero creemos, y lo creemos muy sinceramente, que todos los Ministros de Hacienda, todos absolutamente, sin excepcion alguna, habrian contraído el mismo mérito si se hubiesen hallado en circunstancias iguales; si las apasionadas discusiones políticas y sus perniciosos efectos no hubiesen impedido á veces el entrar, á veces el continuar en la de los presupuestos; si todos los Ministros de Hacienda hubiesen merecido á los Cuerpos legislativos tan benévola acogida como la de que (por efecto sin duda del paréntesis que produjo respecto de aquellas apasionadas discusiones políticas la eleccion hecha con arreglo á las listas rectificadas fuera del período que marca la ley electoral) se reconoce deudor el Sr. Salaverría. Lo hemos dicho en otro lugar: no ha habido,

ni concebimos que pueda haberlo, Ministerio alguno que no haya deseado y desee muy verdadera y eficazmente la discusion de los presupuestos.

Ha presentado además el Sr. D. Pedro Salaverria en los cinco años, y conseguido que se aprobasen, varios proyectos de leyes de crédito, sosteniendo su discusion y procurando con empeño hacerlas prevalecer, como que en la ejecucion de las disposiciones contenidas en estas leyes ha consistido lo esencial, lo que verdaderamente caracteriza su administracion, y la distingue de todas las demás. Estas leyes de crédito son principalmente las relativas á la desamortizacion é inversion del producto de los bienes; inversion que constituye el hecho culminante de la administracion del Sr. Salaverria, que la caracteriza, como se acaba de decir. Ellas han producido una variacion esencialísima, radical, de suma trascendencia, en la Hacienda pública; tan esencial, tan radical, de tanta trascendencia, que afecta al estado social de la nacion y ha de influir muy sensible y profundamente en su porvenir: en ellas se reasume la administracion de los cinco años; y en ellas y en la rectificacion de las listas electorales la politica interior del Ministerio de Union liberal. Sobre este punto, por lo tanto, habrán de recaer principalmente nuestras observaciones.

IV.

Al tratar el Sr. D. Pedro Salaverria, defendiendo sus actos administrativos, de las disposiciones adop-

tadas, á propuesta del mismo, sobre desamortizacion, y de la suspension de las leyes primitivas acerca de este asunto, parece que escribe una novela. Manifiesta (página 10) que son mal juzgadas por mi aquellas leyes, «cuya ejecucion, dice, hemos tenido la honra de consumir, *aunque en la inversion de los productos no hayamos seguido completamente el pensamiento de 1855:*» y exponiendo la situacion de la Hacienda cuando por tercera vez fué llamado á dirigirla, formando parte del Ministerio de 1858, asienta (página 76) que:

«Era de necesidad llevar á cabo la desamortizacion general, objeto de leyes, suspensas solo mientras se obtuviera el acuerdo de las potestades que debian intervenir en su ejecucion.»

De admirar es ciertamente, en cuanto á lo primero, la manera en que se expresa el Sr. Salaverria. El espíritu en que se dictó la ley de 1.º de Mayo de 1855, el pensamiento que presidió á su formacion—ya lo hemos dicho—fué el atender muy directa y muy eficazmente á la amortizacion de la deuda, en primer lugar, y á las obras públicas, en segundo. Aunque á este espíritu se contravino desde luego, afectando los productos de la desamortizacion al reintegro del préstamo forzoso de 230 millones, y aplicando á las obligaciones de aquel año los vencimientos del mismo, consistentes en 13 $\frac{1}{2}$ millones, y 65 millones mas por la negociacion de vencimientos sucesivos, segun queda recordado, todo lo cual asciende á 308 $\frac{1}{2}$ millones, el producto total de las ventas, exceptuada la

mitad de los bienes correspondientes al Estado, cuya mitad se aplicaba á obras públicas, debía invertirse en la amortizacion de la deuda consolidada. Con arreglo á esta disposicion y en fiel cumplimiento de ella, se debiera haber invertido en la compra y extincion de deuda pública algunos miles de millones, porque algunos miles de millones importa el producto de la desamortizacion, el precio de las ventas, entregado en parte, y en parte, consistente en obligaciones y pagarés negociados ó negociables; y la totalidad de este producto, exceptuando solo la parte, relativamente pequeña, que se habia de aplicar á obras públicas, segun queda expuesto, debia tener aquel destino. Pues bien: todo lo aplicado á la amortizacion de la deuda pública en los años de 1859 á 1862 inclusive, ascendió á 48.400.689 rs., habiéndose aplicado á otros muy diferentes objetos, en virtud de disposiciones dictadas á propuesta del Sr. Salaverria, aquellos miles de millones. ¡ Y esto dice el Sr. Salaverria que es *no haber seguido completamente, en la inversion de los productos, el pensamiento de 1855!* En el presupuesto del primer semestre de 1863, se aplicaron á igual objeto 6.500.000 rs.; en el de 1863 á 1864, se aplicaron 16 millones, y en el respectivo al año de 1864 á 1865, que fué definitivamente propuesto por el Sr. Salaverria, aunque habia sido presentado por uno y modificado por otro de sus dos últimos antecesores, no se hizo aplicacion de cantidad determinada.

No menos extraña y sorprendente es la manera en que se ha expresado el Sr. Salaverria respecto del

segundo punto. Todos los que no tengan conocimiento propio ó recuerdo exacto de lo ocurrido en el asunto de que habla, y vean consignado sencilla y formalmente por una persona tan caracterizada, y tan práctica en la materia, que *las leyes de desamortizacion estaban* (en Julio de 1858) *suspensas solo mientras se obtuviera el acuerdo de las potestades que debian intervenir en su ejecucion*, creerán que el acuerdo de aquellas potestades era necesario para la ejecucion de dichas leyes en todas sus partes, pues se habla indistinta é indeterminadamente, ó que solo estaban suspensas en la parte que requeria el acuerdo de las diferentes potestades, y creerian sobre todo que no se alzó, total ni parcialmente, la suspension hasta que se obtuvo aquel acuerdo. Sabido es, sin embargo, lo que ha ocurrido en el asunto. En 23 de Setiembre de 1856 se dictó el Real decreto que mandó suspender, hasta que se resolviera lo que correspondiese en la forma conveniente, la venta de los bienes del Clero secular; decreto que refrendó el Sr. Salaverria, quien, sin duda, recordaba esta disposicion y habia olvidado otra posterior, al expresarse en los términos mencionados. Esta otra posterior fué la contenida en el Real decreto de 14 de Octubre del mismo año, refrendado por el Duque de Valencia, suspendiendo, desde aquel dia en adelante, la ejecucion de la ley de desamortizacion de 1.º de Mayo de 1855, y disponiendo en su consecuencia que no se sacase á subasta finca alguna de las que dicha ley ordenaba poner en venta, ni se aprobasen las que se hallaban pendientes. Tal era el esta-

do de las cosas cuando entró á dirigir los negocios públicos en 1858 el Ministerio de que formó parte el señor Salaverria, presidido por el general O'Donnell, quien refrendó el célebre decreto de 2 de Octubre de aquel año, por el cual se mandó continuar la enagenacion de los bienes de propiedad del Estado y los pertenecientes á manos muertas de carácter civil declarados en estado de venta por la ley de 1.º de Mayo de 1855. La suspension de la de los bienes eclesiásticos no se alzó por el mencionado Real decreto: se alzó la suspension de la venta de los bienes de carácter civil, cuya venta no se habia suspendido, ni podido suspenderse por falta de acuerdo de las dos potestades, pues solamente debía intervenir en ella la potestad civil. La enagenacion de los bienes eclesiásticos, para la cual era legalmente necesaria la concurrencia de la potestad espiritual, continuó en suspenso y fué objeto del nuevo convenio que se celebró con la Santa Sede. Tan evidente es la inexactitud con que se expresa el Sr. Salaverria al manifestar que las leyes de desamortizacion se hallaban *suspensas solo mientras se obtuviera el acuerdo de las potestades que debian intervenir en su ejecucion.*

V.

Lo que se acaba de exponer constituye en realidad una digresion respecto del asunto principal en que vamos á ocuparnos. Entremos ya en el exámen de él, y entremos concienzuda é imparcialmente, sin pasion, con entera buena fé.

¿Ha sido provechosa y de favorables resultados, ó ha sido inconveniente y de resultados desventajosos, la inversion que se ha dado al producto de la desamortizacion? El Sr. D. Pedro Salaverria, á propuesta del cual se acordó esa inversion, muy diferente, como se ha expuesto, de la que previno la ley de 1.º de Mayo de 1855, la cree provechosísima y fecunda en resultados ventajosos: yo la creo, por el contrario, perjudicial y preñada de resultados lamentables.

Si esta fuese una disputa teórica, que solo pudiese interesar á los que la sostienen, que versase sobre una materia indiferente para la nacion, y cuyos resultados, cualesquiera que estos fuesen, no la afectasen en nada, yo no aduciria, por cierto, consideracion alguna: me limitaria sencillamente á consignar mi opinion, á enunciar mi modo de pensar, esperando muy tranquilo del tiempo y de los hechos el desengaño, la confirmacion de mi juicio, si acierto por desgracia, ó la demostracion de mi error. Pero la divergencia no es teórica, sino muy práctica: los resultados del uno ó del otro cálculo interesan, porque han de afectar profundamente á la nacion, y el contribuir á la ilustracion del asunto me parece convenientísimo, porque si las consideraciones que se aduzcan, se estiman acertadas, podrán precaverse y evitarse en parte los males.

Los hechos son bien conocidos. La ley de 1.º de Abril de 1859 concedió al gobierno créditos extraordinarios por la suma de dos mil millones, cuyos créditos han sido ampliados por otras leyes posteriores

hasta tres mil millones próximamente. Esta cantidad ha sido invertida ya en su mayor parte, habiéndose contraído compromisos para invertir el resto en no lejanos plazos.

¿Ha sido acertada y provechosa—preguntamos de nuevo—la inversion? En mi sentir, ha sido desacertada en la esencia y en la forma: en la esencia, porque el producto de los bienes no ha sido aplicado, sino en una parte relativamente pequeña, á objetos reproductivos: en la forma, porque ni en cuanto á la manera, ni en cuanto al tiempo, ha sido conveniente y oportuna la aplicacion. Si conseguimos demostrar estas dos proposiciones, habremos llenado cumplidamente nuestro propósito.

VI.

La inversion del producto en venta de los bienes desamortizados no ha sido acertada en la esencia, porque solo en una parte, relativamente pequeña, ha recaído en objetos reproductivos.

Examinemos ante todo, á fin de que tengan sólido fundamento las observaciones que hagamos, cuales han sido los objetos de la inversion. Los presupuestos extraordinarios del año 1859 y de los posteriores lo dán á conocer. Véase el estado ó resumen de ellos, contenido en la memoria que el Sr. Ministro de Hacienda ha leído al Congreso de los Diputados al presentar, en 22 de Marzo próximo pasado (1865), los presupuestos correspondientes á 1865-1866.

«Hasta fin de Enero último, se dice, los presupuestos extraordinarios han ofrecido, á »contar desde 1859, el siguiente resultado;

INGRESOS.

	Reales vellon.
Productos de la desamortizacion.	4.276.778.617,07
Producto liquido de la emision de billetes del Tesoro.	393.298.001,68
Idem de la negociacion de obligaciones de compradores de bienes naciona- les del vencimiento del primer semestre de 1865.	109.068.655,77
Ingresos especiales para carreteras.	2.739.512,42
Derechos de aduanas por material de obras públicas.	204.727.854,68
Subvenciones de ferro-carriles.—Parte con que contribuyen las provincias. Ejercicios cerrados.	506.181 30.090.184,89
Fondo de la sustitucion del servicio militar (1859).	30.949.593,30
Suman los ingresos.	2.048.158.600,81

Suman los ingresos. 2.048.158.600,81

PAGOS.

Gastos afectos al producto de las ventas.	38.604.027,50
Amortizacion de billetes del anticipo de 230 millones, y del decretado en 19 de Mayo de 1854.	37.204.869,49
Idem de los creados por la ley de 1.º de Abril de 1859.	431.909.136,18
Idem de deuda consolidada y diferida.	71.001.266,36
Gastos extraordinarios / Ministerio de Gracia y Justicia.	56.747.131,28
del material, compren-	261.079.888,99
didos en las leyes de 1.º	497.056.251,33
de Abril de 1859, 7 de	46.450.939,71
Abril de 1861 y 25 de	4.070.446.716,46
Mayo de 1863.	40.757.175,86
Ferro-cariles.	443.311.630,10
Derechos de aduanas por material de obras públicas.	204.727.854,68
Minoracion de ingresos.	133.996.766,34
Ejercicios cerrados.	23.855.460,90
Canal de Isabel II.	3.958.760
	3.001.107.875,18

Déficits suplidos por el Tesoro. 952.949.274,37

Los datos que suministran el estado ó resumen precedente y algunos otros, oficiales tambien, conocidos é irrecusables, dán á conocer la importancia del producto obtenido casi en su totalidad (hay algunas otras partidas que no podemos determinar, lo cual favorece nuestros cálculos) por la venta de los bienes desamortizados, y los objetos de su inversion. Hablaremos separadamente de los productos y de la inversion.

PRODUCTOS.

Reales vellon.

1.º La primera partida que figura en el precedente resumen (ingresos) y la cual, por lo tanto, debe tambien ocupar el primer lugar en el presente, es la siguiente: *productos de la desamortizacion*. 1.276.778.617,60

2.º Figura tambien, por la *negociacion de obligaciones de compradores de bienes nacionales del vencimiento del primer semestre de 1865*, la partida de. 109.068.655,77

A dichas partidas deben agregarse:

3.º Por el préstamo forzoso de 230 millones (produjo, segun expresa en su folleto el Sr. Salaverria 231.224.525 rs.) de-
1.385.847.273,37

Reales vellón.

Suma anterior. 1.385.847.273,37
 cretado en 1865, rebajando de aquella cantidad la de 37.205.869,49 que, según dicho resumen (pagos), se han invertido después del 1.º de Enero de 1859 en la amortización de billetes de dicho anticipo y del de-
 cretado en 1854. 194.006.655,51

4.º El importe de las obligaciones de compradores de bienes nacionales que vencían en 1855, importantes 13.638.775, y de la negociación de vencimientos sucesivos para obtener 65 millones, todo lo cual se aplicó en aquel año á las atenciones del Tesoro. 78.638.775

5.º Por resultas del anticipo de 230 millones, lo cual ingresó en 1856, según manifiesta igualmente el Sr. Salaverria. 800.122

6.º Importe de los billetes hipotecarios, de los cuales se ha negociado ya una parte y se ha-
 brá de negociar el resto para cubrir los déficits del Tesoro. 1.300.000.000

Total. 2.959.292.825,88

Los datos oficiales indicados nos dan á conocer que los productos hasta hoy obtenidos de la desamortizacion han ascendido á dicha cantidad: tres mil millones próximamente. Mayor es sin duda alguna el que ha dado: en los años de 1856, 1857 y 1858 han sido aplicadas á las atenciones públicas comprendidas en los presupuestos, ya ordinarios ya extraordinarios, considerables cantidades de aquella procedencia: en solo el año de 1858 lo fueron mas de 70 millones; pero creyendo que una parte de estos ingresos—es evidente que no se hizo así respecto de la totalidad—se aplicó á objetos reproductivos, y no juzgando de grande interés descender en el momento al exámen de las Cuentas generales, para entresacar y fijar con exactitud el importe de la parte que tuviese aquella aplicacion, no hacemos aprecio de tales productos.

Veamos ahora qué parte de los 2.959.292.825,88 se ha invertido en objetos reproductivos, analizando para ello los objetos de la inversion, expresados en la parte del resumen inserto que determina los gastos hechos ó sea los pagos:

Conócese á primera vista, sin que sea necesario hacer para ello reflexion alguna, que no son objetos reproductivos los comprendidos en las partidas 1.^a, 2.^a y 3.^a de dicho resumen, á saber: *gastos afectos al producto de las ventas—amortizacion de billetes del anticipo de 230 millones y de los dos posteriores.*

La partida 6.^a, *ferro-carriles*, comprende: *Estudios de ferro-carriles.—Subvenciones á metálico.—Intereses de obligaciones.—Amortizacion de obliga-*

ciones. De estas partidas, ó sea los gastos que ellas representan, pueden considerarse como reproductivos, aunque indirecta y remotamente, los comprendidos en la 1.^a, 2.^a y 4.^a, estudios, subvenciones á metálico (las que se dán en papel, ó sea en obligaciones del Estado para ferro-carriles, no figuran en los presupuestos) y amortizacion de obligaciones, que es la devolución paulatina del capital; pero la partida referente al pago de intereses ni merece aquella calificación, ni debiera figurar en el presupuesto extraordinario. Son objeto de este los capitales que se reciben, sea cualquiera la forma de levantarlos; pero el pago de los intereses es una obligación permanente que debe ser comprendida en el presupuesto ordinario. La misma razón que se haya tenido para comprender este pago en el presupuesto extraordinario, hay para comprender igualmente en el mismo presupuesto el pago de los intereses de las deudas consolidada y diferida, de la flotante y de todas las clases de deuda. Se debe por tanto deducir de los rvn. 143.344.630,40, que para ferro-carriles figuran en el mencionado resumen, todo lo respectivo—y es mucho—al pago de intereses, pero sin descender á este exámen y limitándonos á la observacion que se acaba de hacer, consideraremos como reproductiva en su totalidad aquella partida.

La partida 7.^a, *derechos de aduanas para el material de ferro-carriles*, figura igualmente en los ingresos y es una entrada por salida.

Las partidas 8.^a y 9.^a, *minoracion de ingresos y*

ejercicios cerrados, comprenden pagos que tienen por objeto llenar vacíos, atender á gastos cuyo pago no se ha hecho ó se ha hecho con anticipaciones. Lo que hubiera en aquellos gastos de reproductivo, si algo habia, está necesariamente computado en alguna de las partidas que comprenden gastos de esta clase.

Lo comprendido en la partida 5.^a, *amortización de deuda consolidada y diferida*, se ha invertido evidentemente en un objeto reproductivo. Lo mismo es aumentar ingresos que disminuir gastos. La amortización de deuda disminuye la obligación de pagar el interés. El importe, por consiguiente, de la partida 5.^a ha tenido en su totalidad inversion reproductiva.

Ha tenido tambien inversion reproductiva el gasto ó pago que comprende la partida 10.^a y última, *canal de Isabel II*.

La han tenido igualmente en una parte considerable, pero no en el todo, las cantidades comprendidas en la partida 4.^a, *obligaciones del material de los Ministerios*. Necesario es hablar separadamente respecto de las de cada uno de ellos, á fin de poner de manifiesto cuales merecen aquel concepto.

De los gastos extraordinarios del material de los Ministerios son reproductivos casi en su totalidad los de Fomento, que ascienden — es verdad — á la suma de 1.070 millones, mayor que el importe de las cantidades, todas juntas, gastadas en el material extraordinario de los demás Ministerios; pero lo son solo aquellos gastos, y aun en ellos, examinándolos detalladamente, á cuyo examen no descendemos, se ha-

harían comprendidos algunos que no son ciertamente de esta clase, porque ya se conoce desde luego y á primera vista que no lo son generalmente los que se invierten en la conservacion y reparacion de carreteras, construcciones civiles y otros del mismo género. De los gastos para construcciones civiles muy pocos serán; si hay algunos, los que merezcan la calificacion de reproductivos: á los de conservacion y reparacion de las carreteras ¿por qué título y en qué concepto se podría darles semejante calificacion? Es extraordinario y reproductivo el costo de la construccion de una carretera, como el de un ferro-carril, como el de un canal, como el de un puerto; pero terminada la construccion, el gasto que ocasiona su conservacion y su reparacion es ordinario, porque es permanente, es de todos los años; no es reproductivo de una manera diferente de como lo son—ya se esclarecerá mas este punto—otros muchos gastos del presupuesto ordinario, y el de que se trata, por lo tanto, ni puede estimarse especialmente reproductivo, ni ha debido ser objeto del presupuesto extraordinario, en el cual sin embargo ha figurado constantemente y figura, siendo de grande cuantia su importe total. Tal vez se sostendrá lo contrario: tal vez se pretenderá dar el carácter de reproductivas á todas ó algunas de las cantidades gastadas en el material de los demás Ministerios; con especialidad las respectivas al de Marina, manifestando en cuanto á estas últimas que contribuyen á sostener y aumentar el comercio, al acrecentamiento de las fuerzas productivas y, por

lo tanto, de la riqueza y de las rentas públicas; y exponiendo respecto de los objetos de la inversión de dichas sumas en todos los Ministerios, la grande conveniencia de los unos, la necesidad de los otros y la importancia de todos para el engrandecimiento de la nación.

Lo interesante de todas esas inversiones, la altísima conveniencia de las unas, la necesidad de las otras, lo santo y sagrado de muchas, lo reconocemos, sin suscitar sobre ello la menor duda; pero ninguna de estas circunstancias puede influir para calificar de reproductiva ó no reproductiva la inversión. Nada hay, en lo mundano, en lo terrenal, en la asociación civil, en lo que no pertenece á la religion, nada hay tan interesante para el sostenimiento y la conservación de la sociedad política, como la administración de justicia y la fuerza armada; nada tan importante, tan necesario como estas dos instituciones, nada tan santo, tan sagrado como la primera. ¿Se ha dado sin embargo por alguien y alguna vez á los gastos que exige el sostenimiento de aquellas dos altísimas instituciones el carácter de gasto reproductivo? Atendiendo á los goces que nos proporciona, á los bienes, á la riqueza que trae la conservación del orden público, sin el cual no hay goces, bienes, riqueza, ni aun sociedad, el pago de los gastos que exigen aquellas dos instituciones debería ocupar el primer lugar entre los gastos reproductivos. No se comprende sin embargo en esta calificación: reproductivo ó no reproductivo, bajo el aspecto y en el sentido en que se habla, se

estima en los estados el gasto que produce, de una vez ó gradualmente, desde luego é inmediatamente ó pasado algun tiempo, pero siempre y en todo caso directa y materialmente, aumento de riqueza ó materia imponible, y de consiguiente acrecentamiento de las rentas públicas. En aquel otro sentido, atendiendo á que el mantenimiento del orden social y la observancia de las reglas establecidas para la administración pública conducen al aumento de la riqueza—mejor dicho—á que haya riqueza, y de la materia imponible, y de las rentas públicas, apenas se encontrará en los presupuestos, lo mismo el extraordinario que el ordinario, partida alguna de gasto que no sea eminentemente reproductivo. Para la conservación del orden público, y para proteger la seguridad individual, pudiendo cada individuo dedicarse tranquilamente al trabajo, fuente de la riqueza, se han establecido y se sostienen el ejército, la guardia civil, la policía, multitud de funcionarios; para mantener á todos en el goce de sus derechos, castigar los delitos y corregir las faltas se sostiene la administración de justicia; para reprimir el contrabando, sin lo cual no habria renta de aduanas, se sostiene á los carabineros de costas y fronteras; para recaudar el producto de aquella renta, el de las estancadas y el de todas, ejecutando y poniendo en práctica las reglas establecidas para la administración de cada una de ellas, según su clase, se sostienen multitud de oficinas y de empleados. La Marina contribuye ciertamente al acrecentamiento de las rentas públicas protegiendo el

comercio, pero no contribuyé mas directa y especialmente, ni aun tan directa y especialmente como la conservación del orden moral y material, esto es, la conservación de la sociedad, que no habria sin la administración de justicia y la fuerza armada; como la administración y recaudación misma de los impuestos, sin la cual, —excusado es decirlo— no habria rentas públicas. Así pues como no se comprende en los gastos que en los presupuestos se denominan *reproductivos* los que exige el sostenimiento de aquellas instituciones, no se puede tampoco comprender en los de esa clase los que han tenido por objeto el acrecentamiento de la Marina. Los gastos del material del Ministerio de Marina, como los del material de todos los demás Ministerios que autorizaron las leyes de 4.º de Abril de 1859, 7 de Abril de 1861 y 25 de Mayo de 1863, (excepto los de reparación de carréteras) se han podido llamar y se llaman con propiedad *gastos extraordinarios*, y han podido figurar y han figurado en los presupuestos extraordinarios, porque han tenido y tienen por objeto llenar atenciones públicas en grande cuantía y muy prontamente, lo cual no puede hacerse, ni aun corresponde rigurosamente hacerlo en el presupuesto ordinario; pero *gasto extraordinario* no es lo mismo que *gasto reproductivo*; el gasto extraordinario, como el ordinario, puede ó no ser reproductivo. Si, por efecto de un terremoto ó de cualquiera otra causa, desaparece ó se arruina un edificio destinado al servicio público (para oficinas por ejemplo) de absoluta necesidad, y se

juzga indispensable la construcción de otro ¿se calificará de reproductivo el costo de esta construcción? Así examinados, analizados y clasificados los objetos de la inversión de las partidas que figuran como gastos ó ramos en el resumen tantas veces mencionado, se deduce que las que representan gastos que merecen la calificación de reproductivos, son las siguientes:

	Reales vellón.
1. ^a Para amortización de la deuda consolidada y diferida.	71.001.266,36
2. ^a Para material del Ministerio de Fomento.	1.070.446.716,46
3. ^a Para ferro-carriles.	143.311.630,10
4. ^a Para el canal de Isabel II.	3.958.760

Dichas partidas componen la cantidad de 4.288.718.372,92, cuya cantidad—y no toda ella ciertamente—es la que se ha invertido en objetos reproductivos. El importe del precio de los bienes desamortizados ya entregado, y de las obligaciones suscritas por los compradores de aquellos bienes pasa, como se ha expuesto, de tres mil millones, no llegando de consiguiente á la mitad de esta suma, pues excede poco de la tercera parte, lo que ha tenido una inversión reproductiva. ¿No está pues justificada la asercion de que solo en una parte relativamente pequeña ha sido reproductiva, y por lo tanto ha sido desacertada é inconveniente en la esencia?

Se dirá que cuando se trata de calificar la administración de los cinco años y la inversión que propuso se diese y se ha dado á los bienes que habian de venderse, comparándola con el producto, no se debe computar el que se habia obtenido anteriormente, cuya aplicación se acordó y se realizó en tiempo de otras administraciones. La observación no nos parece oportuna, porque si bien respecto de la aplicación anterior no puede tener responsabilidad de ningún género la administración de los cinco años, debió tomar en consideración el hecho de haberse realizado de la manera en que se realizó para determinar la inversión de lo que restaba, para ser tanto mas inflexible en procurar una inversión reproductiva al precio ulterior de las enagenaciones.

Peró aun aceptando de una manera absoluta la objeción indicada, y no tomando en consideración, en todo ni en parte, la inversión realizada en tiempo anterior al advenimiento de la administración de los cinco años ¿cuál es el resultado? Que del producto de la desamortización deberán rebajarse las partidas siguientes:

	Reales vellon.
1. ^a Por el anticipo de 230 millones, deduciendo el importe de los billetes pagados después de 1. ^o de Enero de 1859.	194.006.655,54
2. ^a Por las obligaciones de 1855 y las negociadas en aquel	194.006.655,54

	Reales vellon.
Suma anterior.	194.006.655,51
año.	78.638.775
3.ª Por resultas del anticipo de 230 millones.	800.122

Total 273.445.552,51,
cuya cantidad rebajada de la de 2.959.292.825,88,
que es el producto total obte-
nido hasta el día de la des-
amortizacion, queda este redu-
cido á 2.685.847.273,37;

siendo de consiguiente menos—mucho menos—de la
mitad lo que se ha invertido en objetos reproduc-
tivos.

La verdad es que, habiendo contribuido á este re-
sultado, primero los mismos legisladores de 1855, y
después todas las administraciones que han existido
desde aquella época, cual mas, cual menos, lo inver-
tido en objetos verdaderamente reproductivos del pre-
cio obtenido por entregas realizadas ó por obligaciones
de los compradores de los bienes vendidos, no llega si-
quiera á la tercera parte; habiendo sido la que mas que
todas las otras juntas ha procurado este resultado la
administracion de los cinco años, como quiera que, no
solamente lo ha procurado de propósito, sino que lo ha
hecho el objeto final de su sistema, estimándolo como
un grandísimo beneficio, como el medio eficaz y uni-
co de regenerar á la nacion.

¿Necesitaremos repetir que de todo lo expuesto se deduce evidentemente que la inversión ha sido des-
acertada é inconveniente en su esencia?

VII.

No fué menos desacertada é inconveniente en la
forma, esto es, atendido el tiempo y la manera en
que se ha realizado, no habiendo precedido el plan
que debió formarse con anticipación; habiéndose fal-
tado manifiestamente á solemnidad é importancia en
puntos de grandísima importancia, y habiéndose pro-
ducido males muy graves y de muy funesta trascen-
dencia.

Por la ley de 1.º de Abril de 1859 se señalaron
al Gobierno créditos extraordinarios por la suma
de dos mil millones de reales, realizables en ocho años,
á contar desde 1.º de Enero próximo anterior, asig-
nándose (artículo 2.º) de dicha cantidad:

Al Ministerio de la Guerra. 350 millones.

Al de Marina. 450

Al de Gracia y Justicia. 70

Al de Fomento. 4.000

Al de Gobernación. 70

Al de Hacienda. 60

En el artículo 3.º se dispuso que el crédito de ca-
da Ministerio se distribuyese en el citado número de
años entre los servicios que expresaba la relación ad-
junta á la ley: en el artículo 4.º se prescribió que el
Gobierno presentase á las Cortes, con el presupuesto

de 1861, la distribución detallada de las diferentes obras y servicios á que se hubiese de destinar el crédito abierto á cada Ministerio; y en el artículo 40 se ordenó que el Gobierno diese cuenta anualmente á las Cortes de la inversión de los fondos en esta ley expresados, y del progreso que las obras y servicios á que se consagraban, hubiesen tenido en el año.

Aunque ese fué el señalamiento total de los créditos para los ocho años, quedaron no obstante limitados dichos Ministerios, á no contraer, en cada uno de los mismos años, obligaciones por mayores cantidades que las que, á buena cuenta, se les fuese autorizando á invertir por las respectivas leyes de presupuestos.

De las prescripciones que se acaban de indicar en cuanto al tiempo de duración de los créditos, su distribución detallada entre los diferentes servicios, y la cuenta anual que habia de darse á las Cortes de la inversión de los fondos, no se ha cumplido ninguna. No se ha cumplido la última: no ha dado el Gobierno cuenta á las Cortes de la inversión de los fondos y del progreso de los servicios que éstos fondos tenían por objeto. Si se dijere que lo ha hecho al presentar los presupuestos, los cuales suministran aquellos datos, responderemos que si en ellos se expresa lo que se debe invertir en el año, y se puede deducir á veces lo que se ha invertido los años anteriores en determinados objetos, no consta, ni se puede deducir el progreso que hayan tenido tales obras y tales servicios; y responderemos además que no es esa la manera de cumplir una disposición que se

dictó sabiendo bien que se debían presentar anualmente los presupuestos, y que no se habría ciertamente dictado en el caso de creer que lo que se exigía había de resultar de ellos. La ley sin embargo pedía aquellos datos de una manera mas especial y concreta.)

20 No se cumplió la importantísima prescripción de presentar á las Cortes, con el presupuesto de 1861, la distribución detallada de los objetos á que se hubiese de destinar el crédito abierto á cada Ministerio. Si se hubiera presentado á las Cortes esa distribución y hubiera sido conocida, es mas que probable que se hubiese variado, remediándose ó evitándose muchos males.

21 No se han cumplido por último—y esto es lo mas importante y trascendental—las prescripciones contenidas en los artículos 1.º y 2.º, las de que los créditos concedidos por el primero y asignados por el segundo de dichos artículos á cada Ministerio, se realizasen en ocho años. En armonía con estas disposiciones está la ya mencionada del artículo 10, que manda dar anualmente cuenta del progreso que en el año tuviese cada servicio. Lo que respecto de las disposiciones de los artículos 1.º y 2.º ha ocurrido, no ha sido dejar de cumplir la ley, como se ha hecho respecto de las otras prescripciones; ha sido infringirla directa y expresamente, como después se verá.

22 La ley concedió al Gobierno créditos extraordinarios por la suma de dos mil millones, realizables en ocho años... destinados á los servicios que, por ramos, se expresan detalladamente, y asignándose

la cuota respectiva á cada Ministerio, cuya cuota —excusado es decirlo— habia de realizarse en los ocho años, segun la distribucion que se fuese haciendo en cada una de las respectivas leyes de presupuestos. Pues bien: ¿es conciliable la existencia de plan meditado para la distribucion de los créditos en ocho años, es conciliable esta distribucion con el hecho de pedir, á los dos años de señalados los créditos que se debian realizar en ocho, aquella ampliacion? Una ampliacion, nada menos que por 467 millones de reales, se concedió por la ley de 7 de Abril de 1861 para algunos de los mismos objetos para los cuales se habian concedido los dos mil millones; y otra ampliacion, nada menos que de 351 millones, se concedió tambien por la ley de 25 de Mayo de 1863 para carreteras de primero, segundo y tercer orden; en junto 818 millones, de los cuales se señalaron 50 al Ministerio de la Guerra, 250 al de Marina, 30 al de Gracia y Justicia, 47 al de Fomento, y 17 al de la Gobernacion.

Tenemos ya créditos totales señalados para los ocho años hasta en cantidad de 2.818 millones de reales, de los cuales solo se concedió autorizacion para invertir ó comprometer 2.430.853.509 rs. 62 céntimos, con imputacion á dichos señalamientos, por las respectivas leyes de presupuestos de 1859 á 1864-65 inclusive, sin poder excederlos, á menos que, con arreglo á lo dispuesto en la ley de contabilidad, se concediesen suplementos de crédito. Y tenemos tambien noticia de los pagos ya verificados por cuenta de estos

créditos á los respectivos Ministerios, desde 1859 á fin de Enero de 1865, en cantidad de 1.912.538.403 reales 63 céntimos, segun resulta de la exposicion ó memoria con que el Sr. Ministro de Hacienda ha presentado los presupuestos de 1865-1866, á la cual tantas veces nos hemos referido; pero carecemos de un dato aun mas importante, el que demostrase á cuanto ascienden las obligaciones contraidas durante los seis años y un mes, que es la época á que se contraen los pagos verificados, por lo respectivo á los Ministerios de Guerra, Marina, Gracia y Justicia, Gobernacion y Hacienda: no así respecto del de Fomento, pues segun declaración hecha en el Congreso de los Diputados por el Ministro de Hacienda, en la session del día 15 de Marzo último, (1) las obligaciones contraidas ó créditos comprometidos por servicios dispuestos y obras en ejecucion del mismo Ministerio de Fomento, ascienden ya por sí solas á la enorme cantidad de 1.859.308.370 rs. vn.

Sin tener este conocimiento por completo, y faltando el de las obligaciones contraidas por los demás Ministerios, sugiere reflexiones bien tristes la comparacion entre los créditos señalados á los mismos para los ocho años y los autorizados á invertir á cuenta de dichos créditos en seis años y medio, causando asombro el exceso de obligaciones contraidas, solo por el de Fomento, y la cuantía de los pagos realizados hasta fin de Enero último. Veámoslo.

(1) Diario de Sesiones del Congreso, número 51, páginas 1.020 y 1.021.

MINISTERIOS.	CRÉDITOS señalados para ocho años. <i>Reales vellon.</i>	CRÉDITOS autorizados, para invertir a cuenta, en los presupuestos de 1859 a 1864-65 inclusive. <i>Reales vellon.</i>	OBLIGACIONES contratadas durante el ejercicio de dichos presupuestos. <i>Reales vellon.</i>	PAGOS a cuenta, ejecutados desde 1859 hasta fin de Enero de 1865. <i>Reales vellon.</i>
Ministerio de la Guerra..	400.000.000	320.500.000	No consta su importe.	261.070.888 99
— de Marina..	700.000.000	663.958.208		497.056.251 53
— de Gracia y Justicia..	100.000.000	80.270.000		56.747.131 28
— de Gobernacion..	87.000.000	79.860.000		16.450.939 71
— de Fomento..	1.471.000.000	(1) 1.249.163.114 62		1.070.446.716 46
— de Hacienda..	60.000.000	37.102.187	Tampoco cons- ta su importe.	10.757.173 86
TOTALES..	2.818.000.000	2.430.833.509 62	No consta.	1.912.538.103 65

(1) En estos 1.249 163.114,62, están comprendidos ya los 40 millones de crédito supletorio que, para carreteras de primer orden, acaban de aprobar las Cortes.

Aquí hay que hacer dos clases de comparaciones: la una con relacion á los señalamientos totales de los 2.818 millones para invertir en ocho años; la otra respecto de los créditos abiertos y autorizados en los presupuestos de 1859 á 1864-65, que abrazan el periodo de seis años y medio.

En cuanto á la primera, los señalamientos, para los ocho años, á los Ministerios de Guerra, Marina, Gracia y Justicia, Gobernacion y Hacienda importan rs. vn. 4.347.000.000:

los pagos, ejecutados hasta fin de Enero último, por los mismos cinco Ministerios. 842.091.387,17;

y suponiendo que los señalamientos hechos no se excedan por obligaciones contraídas y á contraer dentro de dicho periodo, todavia faltará pagar la diferencia, que consiste en. . . . 504.908.612,83

En cuanto á la segunda comparacion, los créditos abiertos y autorizados á cuenta, en las respectivas leyes de presupuestos y para los seis años y medio, á los referidos cinco Ministerios ascienden á reales vellon. 1.181.690.395:

los pagos ejecutados hasta fin de Enero último á. 842.091.387,17;

y suponiendo tambien que las obligaciones contraídas en este periodo no excedan de las can-

tidades presupuestas, pero lleguen á ellas, faltará todavía pagar la diferencia de. 339.599.007,83

Si llevamos estas mismas dos comparaciones á solo el Ministerio de Fomento, cuyas obligaciones contraídas hasta el día nos son ya conocidas, resultará:
Primero: Que ascendiendo los créditos señalados para ocho años á la cantidad de rvn. 1.471.000.000
y las obligaciones contraídas á. 1.859.308.370,
se han excedido los señalamientos para los ocho años en. . . 388.308.370

Segundo: Que ascendiendo las obligaciones contraídas á los ya referidos rvn. . 1.859.308.370
y los pagos ejecutados hasta fin de Enero último á. 1.070.446.716,46,
falta todavía pagar, por solo las obligaciones contraídas hasta el día. 788.861.653,54

Y tercero: Que ascendiendo los créditos abiertos á cuenta, y cuya inversion ha sido autorizada en los presupuestos de 1859 á 1864-65, á la cantidad de reales vellon. 1.249.163.114,62
y las obligaciones contraídas hasta el día á la citada cantidad de los. 1.859.308.370,
se han excedido los créditos legislativos en. 610.145.255,38

Ahora bien, bajo las hipótesis que hemos establecido, tendremos, en cuanto á la primera comparacion ó sea de los créditos señalados para los ocho años y los pagos hechos y por hacer: que ascendiendo los primeros á rvn. 2.818.000.000 y siendo los pagos ejecutados hasta fin del mes de Enero último. 1.912.538.103,63

y el exceso que habrá que pagar tambien por obligaciones contraidas y á contraer de los Ministerios de la Guerra, Marina, Gracia y Justicia, Gobernacion y Hacienda, á.	504.908.612,83	
y lo que falta todavia que pagar por las obligaciones contraidas ya por el de Fomento.	789.861.653,54	
	<hr/>	

En junto.	3.206.308.370	3.206.308.370,
-------------------	---------------	----------------

la diferencia de mas sobre los créditos para los ocho años será la que ya se expresó de los.		388.308,370
--	--	-------------

Y en cuanto á la segunda comparacion, esto es, entre los créditos abiertos y autorizados en las leyes de presupuestos de 1859 á 1864-65 y los pagos realizados y por realizar, resultará lo siguiente:

—Importe de los créditos abiertos á los seis Ministerios en las leyes de presupuestos para los ocho años. 2.430.853.509,62
Idem de los pagos ejecutados hasta fin de Enero de 1865. 1.912.538.103,63

Idem de la diferencia entre los pagos hechos y las obligaciones contraidas, si no exceden estas de las cantidades presupuestas, respecto á los Ministerios de la Guerra, Marina, Gracia y Justicia, Gobernacion y Hacienda.	339.599.007,83	
---	----------------	--

Idem de la diferencia tambien entre los pagos hechos y las obligaciones contraidas por el Ministerio de Fomento.	788.861.653,54	
	<hr/>	

En junto.	3.040.998.765	3.040.998.765
-------------------	---------------	---------------

Y, por tanto, el exceso de las obligaciones contraidas, comparadas con las presupuestas, es el de.		610.145.255,38
--	--	----------------

¿No se vé claramente, por las comparaciones que preceden, la grande cantidad de millones en que están excedidos ya en el día por el Ministerio de Fomento los señalamientos que para los ocho años le fueron hechos por las leyes de 1.º de Abril de 1859, 7 de Abril de 1861 y 25 de Mayo de 1863? ¿No resulta tambien que, aun suponiendo que las obligaciones contraídas ya y que se contraigan por los otros cinco Ministerios, con cargo al total señalamiento de los ocho años, no excedan de los mismos señalamientos, están consumidos ya, además de los 2.818 millones que por dichas leyes fueron asignados, otros 388.308.370 reales, pues que llegan hasta 3.206.308.370 los que están comprometidos? ¿No es probable tambien el acrecentamiento de ese exceso, cuando, por lo respectivo solamente á Marina, se consta que se están debiendo aún seis y media de las siete fragatas blindadas que con cargo á estos créditos se han adquirido, (1) siendo de creer que se hallen en igual caso otros muchos servicios?

¿No queda asimismo demostrado que, si se consideran los 2.430.853.509 rs. 62 cénts., que han sido los autorizados á invertirse únicamente por las respectivas leyes de presupuestos de 1859 á fin de Junio de 1865 con imputacion al señalamiento total de los 2.818 millones, y se comparan con los pagos ve-

(1) Afirmacion del Sr. Ministro de Hacienda en la sesion del 15 de Marzo de 1865. *Diario de sesiones del Congreso*, número 51, página 1.314, 2.ª columna.

rificados hasta fin de Enero último, aumentando á ellos *el exceso* de las obligaciones contraídas hasta el día por el Ministerio de Fomento, que son ya conocidas, y el exceso tambien que se supone respecto á las obligaciones contraídas por los otros cinco Ministerios, bajo el concepto de que no excedan de los créditos abiertos en los mismos presupuestos—sin duda los excederán,—se han comprometido obligaciones por 610.145.255,38 mas que los referidos 2.430.853.509 reales 62 cénts., á que han debido quedar limitadas? ¿No se vé por todo ello con evidencia que, no tan solo están infringidas las leyes de presupuestos, sino tambien que las de 1.º de Abril de 1859, 7 de Abril de 1861 y 25 de Mayo de 1863, lejos de haberse cumplido, han sido igualmente contravenidas?

La distribucion en ocho años de los créditos concedidos, distribucion acordada en la ley que se dictó á propuesta del Gobierno, siendo por lo tanto imposible que éste no se hallase conforme con ella, ha debido hacerse para igual periodo de tiempo, y ha debido ser efecto de un plan muy meditado, en el cual se hubiesen detallado las obras públicas que habian de ejecutarse, los servicios que se habian de llenar, y lo que habia de gastarse en cada año, distribuyendo en los ocho los créditos que se pedían. Si este plan hubiera precedido, como debió preceder; si, ya que desgraciadamente no precedió, se hubiese formado despues de dictarse la ley, haciendo la distribucion que ella prevenia, no estarían ciertamente hoy, cuando faltan aún dos años

para los ocho, casi agotados los mas de los créditos por algunos Ministerios, y excedidos por otros en muchos millones de rs., pues ya se ha demostrado que exceden de 3.206 millones los derechos contraidos y los pagos realizados y á realizar, siendo por tanto necesario ampliar los 2.818 millones, hasta aquí señalados, en lo que baste para cubrir esos excesos, y para conseguir nuevos créditos en los futuros presupuestos.

Pero no es solamente la falta de cumplimiento de la ley, su violacion expresa, lo que tenemos que lamentar; tenemos que lamentar muy principalmente los funestísimos y muy trascendentales efectos de la increíble imprevision con que se ha procedido, de la falta de plan formado con anterioridad á la realizacion de los servicios, de no haber hecho prévia y convenientemente la distribucion de las cantidades que habian de invertirse en cada año. De esto ha resultado: primero, que se ha gastado mas—mucho mas—de lo que se pensó y se acordó gastar; segundo, que se ha gastado mas de lo que, obteniendo el mismo resultado, se hubiera debido gastar; y tercero, que se han adquirido necesidades, no por individuos determinados, sino por todas las clases, por la Nacion, que no podrán ser satisfechas en lo sucesivo, siendo por ello de temer muy desagradables consecuencias.

Que se ha gastado mas de lo que se pensó y se acordó gastar, queda demostrado: lo dán á conocer los hechos. Para hacerlo evidente basta uno solo de ellos;

el haber ampliado, á los dos años, los créditos que se habian concedido para ocho y siete millones. Que se ha gastado mucho mas de lo que hubiera debido gastarse obteniendo el mismo resultado, es asimismo evidente. No hablamos ahora de lo que se ha invertido en objetos no reproductivos: los gastos, hayan ó no tenido este objeto, han sido mucho mayores de lo que hubieran sido en otro caso. Se han ejecutado las obras y realizado los servicios con precipitacion: todo se ha hecho á un tiempo, todo á la vez. Si se hubiera verificado lenta y convenientemente, sobre consultarse á la solidez y perfeccion de los trabajos, se habria atendido grandemente á la economía en los gastos; se habrian ahorrado muy cuantiosas sumas. Los jornales han encarecido extraordinariamente, los materiales han escaseado y de consiguiente subido de precio, todo ha tenido aumento de valor. Que se han adquirido, en fin, necesidades que no podrán ser satisfechas, es no menos cierto, por desgracia, porque es una consecuencia necesaria de lo mucho que se ha gastado sin resultados proporcionales. El esclarecimiento de este punto gravísimo es propio de otro lugar, porque influye en el presente y ha de influir mas en el porvenir de la Hacienda pública. Basta, por el momento, indicar que cuando no se pueda gastar los 500 millones de extraordinario que, por término medio y sobre lo que producen las rentas públicas, se vienen gastando hace algunos años, habrá que sufrir una grande y muy trascendental

transformacion, en mi sentir, siendo de temer grandes conflictos.

Es por lo tanto innegable, y aparece claro como la luz, que la inversion del producto de los bienes desamortizados ha sido desacertada é inconveniente, atendido el tiempo y la manera en que se ha verificado.

Al asentar que la inversion dada al producto de los bienes desamortizados ha sido desacertada é inconveniente en la esencia y en la forma, no podia yo desconocer la trascendencia de mis palabras respecto de mí mismo; no podia desconocer á cuánto me expongo; no podia desconocer que me haré merecedor de severa y justísima censura, si mis reflexiones no son fundadas, si mis cálculos no son atinados. Aquí ha de haber necesariamente un miope ó un imprevisor: si mis pronósticos no se realizan, yo no podré eludir la nota de miope: si, por el contrario, se cumplen, y se reconoce que los resultados desventajosos que se toquen son efecto de las causas que yo señalo, será indudable, será claro como la luz del mediodia que la administracion de los cinco años ha sido imprevisora.

Las reflexiones, los cálculos que hoy se hagan, no sólo podrian excusarse, sino que, en rigor, son de todo punto inútiles para el resultado, porque, aciertese ó yérrese en ellos, sean verdaderos ó erróneos, el resultado ha de ser el mismo. Para este efecto,

por tanto, bastaría esperar el tiempo—no ha de ser ya mucho—que se tarde en ver, en tocar, en sentir esos resultados. Las reflexiones y los cálculos no son inútiles, sino por el contrario provechosísimos, para preveer los resultados, para precaverlos, si se reconoce que estos han de ser funestos. Hay, por lo tanto, grandísimo interés en reflexionar y calcular con acierto, porque, en el caso de hacerlo con error, se pueden causar muchos y muy graves males, precisamente cuando se trate de evitarlos.

Grande muestra dá, en mi sentir, de hallarse obcecado y dominado por una vehemente pasión quien no vea ya el principio—por desgracia no es hasta ahora mas que el principio—de esos tristísimos y lamentables resultados. Deseando yo ardientemente errar, para bien de mi patria, en tan fatídicos pronósticos, esperaría silencioso la demostración práctica que habrá de ofrecer el tiempo, si no creyese llenar un deber sagrado al someter mi juicio al ilustrado é imparcial juicio del público sensato.

IX.

A la desacertada é inconveniente inversión del producto de los bienes desamortizados ha contribuido mucho, en mi sentir, la abundancia de recursos de que ha podido disponer el Gobierno de los cinco años, provenientes de la grandísima afluencia de capitales á la Caja de depósitos. Sin esta exhuberancia de medios,

no se hubiera aplicado el producto de la desamortización, en su mayor parte, á objetos no reproductivos; ni se hubiera caminado tan de prisa; ni se habria procedido sin la prèvia formacion del plan mas econòmico que la meditacion hubiera sugerido; ni se habria dejado de hacer una severa distribucion de los recursos que habian de emplearse en cada año, sujetándose á ella estricta y rigurosamente.

Lo cuantioso de las imposiciones en la Caja de depósitos, que ha producido aquella grande abundancia de capitales de que ha podido disponer el Gobierno, tuvo origen en la falta, aunque transitoria, de empleo mas lucrativo para aquellos capitales. Abundaron un tiempo en España, por haber venido muchos del exterior, buscando colocacion ventajosa; habiendo despues, para conservar y aun acrecentar aquellas imposiciones cuando comenzaban á disminuir, aumentado el interés que se abonaba por ellas. La Caja de depósitos ha venido á ser para la administracion de los cinco años una especie de apéndice de la desamortización, porque la primera, si bien haciéndola degenerar, desnaturalizándola absolutamente, le ha proporcionado los medios de anticipar la inversión de los productos de la segunda. Así pues, aunque, al bosquejar la situacion de la Hacienda bajo aquella administracion, solo hemos examinado los actos relativos á la amortización, pues que estos actos la distinguen y caracterizan, hemos creido deber consagrar algunas frases á los relativos á la Caja de depósitos, porque este punto lo consideramos intimamente relacionado

con aquel otro, lo consideramos como un apéndice de él; según se acababa de decir.

Tocando incidentalmente, en el discurso que recientemente he pronunciado en el Senado (sesión del 6 de Abril de 1865), el punto de que se trata, dije lo siguiente:

«El Sr. Olivan consagró algunas palabras á tratar
»de la Caja de depósitos: no hizo mas que mencionarla, y S. S. con este motivo aludió á mi persona, por
»haber yo instituido ese establecimiento. El Senado
»me permitirá que yo responda á la alusión, y que,
»al hacerlo, déposite un ramo de flores en esa tumba.
»La Caja de depósitos, señores, se ha desnaturali-
»zado. Se estableció en el año de 1852, creando un
»establecimiento que no se había conocido nunca en
»España, nuevo, absolutamente nuevo: vuelvo á de-
»cir, no conocido nunca en España. Se fijaron sus
»reglas ó se expidieron sus reglamentos: la Caja em-
»pezó á marchar: era verdaderamente Caja de depó-
»sitos: después se ha convertido en Caja de préstá-
»mos pasivos. Dijo el Sr. Olivan, y dijo con mucho
»acierto, y han dicho otros, y ha reconocido el Go-
»bierno de S. M., que la Caja de depósitos puede
»producir un conflicto, porque un establecimiento de
»préstamos, que ha llegado á deber 2.000 millones y
»en el día debe 4.500 millones, poco mas ó menos,
»cuando vengan los acreedores á pedir el dinero, ha
»de sucumbir: la Caja de depósitos está expues-
»ta á desaparecer. Y esto, ¿por qué es? Porque
»se ha desnaturalizado. Esto, Sres. Senadores, no po-

»dia suceder nunca habiendo conservado la institucion
»como se creó: esto puede suceder hoy, porque es Caja
»de préstamos. Cuando se creó la institucion, el ma-
»yor interés que se abonaba por los depósitos era el 5
»por 100: el 3 por 100 consolidado producía algo mas
»del 6: por los depósitos exigibles á corta fecha ó á
»voluntad se abonaba el 3 por 100; por los depósi-
»tos necesarios, por los de plazo fijo que no bajase de
»un mes, y por aquellos cuya devolucion se exigia avi-
»sando con quince dias anticipados, se abonaba el 5 por
»100. Bueno, ¿Qué podia suceder? ¿Qué llevasen á la
»Caja de depósitos 2.000 millones, 4.000, 5.000? ¿Y
»qué importaba? ¿Qué importaba esto al Ministro de
»Hacienda? El dinero que se llevaba á la Caja de de-
»pósitos y por el cual debia abonarse el 5 por 100, lo
»llevaba á la Bolsa; compraba papel del Estado que
»daba un 6 por 100, y quedaba 1 por 100 en favor
»del Estado, 1 por 100 en favor de la Caja de depó-
»sitos, que era sobradísimo para responder á las
»eventualidades de una baja ó alza, mas ó menos
»pequeña. No podia por consiguiente ocurrir conflic-
»to. Cuando se ha convertido en una Caja de prés-
»tamos, pueden ocurrir los conflictos que se anun-
»cian y otros muchos.»

A defender los actos del Sr. D. Pedro Salaverría, relativos á la Caja de depósitos, consagró el Sr. Bermudez de Castro (D. Manuel) algunas palabras del discurso que pronunció, también en el Senado, al dia siguiente. Dijo: «Señores: voy á hablar de la Caja de depósitos,

«porque al tratar de ella se hizo un gravísimo cargo á
»la Union liberal. Se ha dicho que de la Caja de de-
»pósitos se ha abusado; que se ha desnaturalizado,
»se ha falseado su institucion hasta tal punto, que
»el señor Bravo Murillo dijo ayer que iba á hacer la
»oracion fúnebre de aquel establecimiento, á depó-
»sitar un ramo de flores sobre la tumba de esa insti-
»tucion.

»Señores: ¿y en qué ha variado la Caja de depó-
»sitos de como el Sr. Bravo Murillo la fundó en
»1852, con grande aplauso del país y mereciendo
»por ello muchas felicitaciones? En nada.

»El decreto orgánico del año 52, por el cual se
»creó la Caja de depósitos, tanto en su preámbulo co-
»mo en su parte dispositiva, daba á entender, ó por
»mejor decir, manifestaba claramente, y todo el mun-
»do lo comprende, que la Caja de depósitos se creaba
»para auxiliar al Tesoro, y se tenia mucha razon para
»crearla.....

»El Sr. Bravo Murillo quiso emanciparse de esa
»tutela, (la necesidad de recibir anticipaciones á subi-
»do interés) é hizo muy bien, creando la Caja de de-
»pósitos. En el preámbulo del decreto orgánico para su
»creacion, se dice que la Caja de depósitos hará sola-
»mente operaciones con el Tesoro: y en el art. 15 se
»dice que la Caja de depósitos hará operaciones sola-
»mente por ahora con el Tesoro. No habia pues esa
»alternativa, que S. S. nos decia ayer, de emplear los
»fondos de la Caja de depósitos en valores, en fondos
»públicos, para darles empleo ó ganar el 6 por 100,

»abonando el 5. No habia esa posibilidad por el decreto de su creacion, que era ley.—El objeto de S. S. »fué auxiliar al Tesoro con los productos de las imposiciones.

»Pues bien, señores; ¿qué se ha hecho desde entonces? S. S. salió del Ministerio á fines del 52: pasaron muchos años: ya en el de 58 los depósitos de la Caja ascendian á 400 ó 500 millones y estaba todo en el Tesoro, hasta que en los años 59 y 60, no sé si por casualidad ó por buena fortuna ó por habilidad, no lo quiero calificar, el crédito era ya tan grande que ingresaron en la Caja de depósitos capitales inmensos, hasta tal punto (y véase como la cuestión de la Caja de depósitos no es mas que una cuestión política, de crédito, de confianza), que el entonces Ministro de Hacienda tuvo que rebajar ó disminuir los incentivos que el Sr. Bravo Murillo, creador de la Caja, habia establecido para que entrasen en ella grandes capitales. Se daba entonces el 5 por 100 por depósitos á quince dias de aviso, y como el Banco (y hacia muy bien, y ojalá no hubiera salido de ese camino) descontaba al 5 por 100 todo el papel seguro que se le presentase al descuento, descontaba en seguida el papel de la Caja de depósitos; con lo cual se daba el caso raro de haber una cuenta corriente con interés del 5 por 100, porque, aunque fuera por un dia, se depositaba el dinero en la Caja de depósitos, se daba el aviso y en seguida se descontaba en el Banco.—Pues bien: el Sr. Salaverria bajó el interés, y únicamente subió el plazo último.

«Continuó así la Caja de depósitos: nadie se acordaba de sacar su dinero de ella hasta que vino un cambio de Gabinete, y entonces varió algo.»

La Caja de depósitos no se creó ciertamente para hacer especulaciones, sino para proporcionar á los particulares el medio de conservar con seguridad y con un módico lucro los capitales que no puedan ó no quieran aplicar á negociaciones activas, y para tener en ella los fondos, no disponibles en el momento, de los establecimientos del Estado, consultando al provecho de éste al mismo tiempo en lo uno y en lo otro; habiendo sido por lo tanto muy natural y acertado que, al crear la Caja, se dispusiera en sus reglamentos que no hiciese operaciones sino con el Tesoro. Pero esto podia variarse otro dia: las disposiciones entonces dictadas no imposibilitaban, en el caso, (en aquella época aparecia muy remoto) de que afluyesen á la Caja mas capitales de los que el Gobierno debiera aplicar á las atenciones públicas, la adopcion de otras dirigidas á utilizarlos de una manera no gravosa para el Gobierno. Esto se conseguiria empleándolos en renta del 3 por 100, que producía, al crearse la Caja, y produjo mucho tiempo después, mas de 6 por 100, siendo el 5 por 100 el interés máximo que la Caja abonaba. La misma proporcion, entre el interés de las imposiciones en la Caja de depósitos y el de la renta consolidada, se hubiera debido y se debe conservar siempre, evitándose así el peligro que, aunque remoto, conviene preveer, de verse el Gobierno en el caso de abonar interés por las imposiciones que afly-

yan á la Caja de depósitos y que no se apliquen á las atenciones públicas. Pero esto no puede tener lugar cuando la Caja de depósitos se ha desnaturalizado; cuando se ha convertido, como dije, y creo haberlo dicho con toda propiedad, en *Caja de préstamos pasivos*; cuando el interés de las imposiciones, como lo dispuso el Sr. Salaverria, es proporcionado al plazo, y algo mayor, cuando aquel era de nueve meses en adelante, que el producto de la renta consolidada, interés que ha llegado á elevarse hasta el 9 por 100, apelando á este medio los Gobiernos para ocurrir á los apuros del Tesoro. (1)

Es cierto que el interés de las imposiciones reembolsables á los quince dias del aviso dado para su de-

(1) Nota del tanto por 100 del interés que se ha abonado á las imposiciones hechas en la Caja de depósitos desde su creacion hasta la fecha, segun las disposiciones que, en diferentes épocas, se han dictado.

CONCEPTOS.	Real decreto de 29 de Setiembre de 1852.	Idem de 12 de Mayo de 1861.	Idem de 29 de Noviembre de 1864.	Real orden de 17 de Diciembre de 1864.	Idem de 21 de Febrero de 1865.
Depósitos necesarios.	5	3	3	3	3
Idem al contado.	3	1-50	1	1	1
Plazo fijo que no baje de un mes.	5	»	»	»	»
Id. de 1 á 4 meses.	»	3	3	4	»
Id. de 4 á 6.	»	4	4	4	»
Id. de 6 á 9.	»	5	5	5	»
Id. de mas de 9.	»	6	6	6	»
Id. de 4 á 9.	»	»	»	8	5
Id. de 9 á 12.	»	»	»	9	6
Id. de un año.	»	»	»	»	7
Id. aviso de 15 dias.	5	3	2	2	2
Id. de 30.	»	»	»	»	3
Id. de 60.	»	4	4	5	4
Id. de 90.	»	»	5	6	5

volucion se bajó por el Sr. Salaverria, según manifestó el Sr. Bermudez de Castro en su citado discurso, de 5 á 3 por 100; pero se conservó el 5 por 100 para las imposiciones á plazo de 4 á 6 meses, y se aumentó á 6 por 100, para las que excedieran de 9 meses.

No se alcanza—al menos no lo alcanzo yo—el mal que hallaba el Sr. Bermudez de Castro en la posibilidad de descontar en el Banco, á 5 por 100, las cantidades que se hubiesen impuesto en la Caja de depósitos á devolver con aviso previo de 15 dias, y de consiguiente con el mismo interés de 5 por 100. El que, al dia siguiente de haber hecho en la Caja una imposicion de esta clase, diese el aviso para la devolucion, y la descontase en el Banco, tambien al 5 por 100, podria tener en efecto una especie de cuenta corriente á ese interés, pero cuenta corriente nominal, no efectiva, en la cual, lejos de ganar, perdia, porque la Caja le abonaba 5 por 100, pagadero al tiempo de la devolucion, y el Banco descontaba á mismo 5 por ciento, pagado anticipadamente, ó descontado, que es lo mismo, al tiempo de hacer el descuento.

Es evidente, por lo tanto, y á todas luces innegable, que la Caja de depósitos ha degenerado; que dista mucho de ser lo que fué al crearse, lo que exige la indole de semejante establecimiento.

X.

La paz pública y la tranquilidad de que se ha disfrutado durante la administracion de los cinco años, y muy principalmente la desamortizacion y la inversion dada al producto de los bienes han contribuido grandemente al acrecentamiento de las rentas del Estado, las cuales se elevaron en tiempo de aquella administracion, segun el presupuesto general del Estado para el año de 1863-1864, que fué el último formado por ella, á mas de 2.000 millones. Ha continuado el movimiento ascendente, el progreso en que vienen las rentas públicas desde 1850, progreso que hasta cierto limite es natural, que habria existido en todo caso hasta ese limite, á no ser que la perturbacion del orden público lo hubiese impedido, pero que ha sido, en mi sentir, mucho mayor por aquella causa especial, por la desamortizacion y por la inversion dada á los bienes desamortizados.

Intimamente persuadidos de ello, hemos tratado extensamente de aquel asunto, creyendo que el examen de los actos relativos á la desamortizacion y á la inversion del producto, y la manifestacion de los efectos que esta inversion ha producido y debe producir, es el exámen de la administracion de los cinco años y del estado de la Hacienda pública en la misma época.

XI.

Las administraciones posteriores á la de los cinco años, las que han existido desde que cesó aquella hasta la desaparicion de la que precedió á la actual, casi pueden decirse una continuacion de ella; y no porque los que han dirigido la Hacienda pública tengan las mismas ideas rentísticas y crean que se deba seguir el mismo sistema, de lo cual no juzgo ni es objeto de mis observaciones, sino porque, trazada por la de los cinco años la senda que habia de seguirse, y habiéndose adelantado mucho en ella, habria sido preciso retroceder para no seguir el mismo rumbo, siendo de consiguiente casi forzoso el continuar en aquella direccion. Ninguna disposicion nueva de importancia se ha dictado respecto de la Hacienda pública, ni suprimiendo, ni aumentando, ni variando esencialmente tributo alguno. La misma estructura en los presupuestos; la misma division de ellos en ordinario y en extraordinario; los mismos objetos; la misma inversion (como que ya es propiamente la ejecucion de lo acordado, la continuacion de lo empezado) del producto de los bienes desamortizados.

Lo único notable que ha ocurrido en el periodo de que hablamos, es el haberse dictado, á propuesta del Gobierno, la ley de 26 de Junio de 1864, siendo precisamente Ministro de Hacienda, cuando se discutió y aprobó en los Cuerpos colegisladores y se sancionó, el

mismo que lo fué en los cinco años, el Sr. D. Pedro Salaverria; y el haberse presentado por este en la legislatura del mismo año un proyecto de ley, que fué aprobado por el Congreso de los Diputados y quedó pendiente en el Senado, aumentando en seis millones los 18 que se han aplicado anualmente á la extincion de la deuda amortizable.

La mencionada ley dispuso que el Gobierno entregaria al Banco de España desde luego las obligaciones de compradores de bienes desamortizados que obrasen en sus cajas, y, á medida que las adquiriese por ventas aun no formalizadas ó no realizadas, entregaria igualmente las necesarias hasta el completo de 1.700 millones; que sobre esta garantía emitiese el banco billetes hipotecarios por 1.300 millones; que diese desde luego al Tesoro 500 millones de reales efectivos, consignándose en la Caja de depósitos los billetes no correspondientes á esta cantidad, y que para su adquisicion concederia el Gobierno preferencia á los imponentes en la misma caja, y procederia despues á la negociacion de los que quedasen existentes: autorizándose además al Gobierno para emitir y negociar títulos de la deuda consolidada al 3 por 100 interior y exterior, en cantidad bastante á producir 600 millones de reales efectivos; debiendo aplicarse 450 millones á extinguir igual cantidad del descubierto del Tesoro por el déficit de 1859 y siguientes hasta fin de Junio de 1864, y 150 millones á prestar á las provincias de Ultramar los auxilios que fuesen indispensables. Asi que, por esta ley se concedieron recursos

por 1.900 millones; 1.300 de ellos sobre obligaciones de compradores de bienes desamortizados, y 600 sobre la emisión y negociacion de deuda consolidada que se autorizaba; cantidad necesaria para cubrir descubiertos y llenar atenciones de las provincias de Ultramar. Quedaban aún por reintegrar: primero, 115 millones, diferencia entre los 450 millones, á que la ley dispone que se aplique en parte la autorizacion para emitir títulos, y los 565 millones en que se dijo, al presentar el proyecto de dicha ley, que se calculaban los déficits de los presupuestos de 1859 y posteriores: segundo, sobre 60 millones de los gastos de la guerra de Africa, lo cual no se ha comprendido en aquellos presupuestos; y tercero, la deuda satisfecha á Inglaterra, importante, con sus intereses, sobre 54 millones, por cuyo concepto no se ha comprendido tampoco en ellos cantidad alguna. Al reintegro de estas cantidades, que elevarian (se manifiesta así en la exposicion con que se presentó el proyecto de ley) el déficit de aquellos presupuestos á 679 millones, no creyó el Gobierno que era necesario atender con los medios que propuso en el mencionado proyecto de ley, en consideracion á que se debía contar para disminuir aquel descubierto con 170 millones que aun se restan de la indemnizacion del Imperio de Marruecos, y 32 millones del Reino de Annam.

El Gabinete de que formaba parte el Ministro de Hacienda que propuso la ley de que se acaba de hacer mérito, cesó antes de haberse puesto en ejecucion dicha ley, habiéndole sucedido el Ministerio

actual, cuya administracion corresponde ya á EL PRESENTE DE LA HACIENDA.

RESULTADO DE LOS PRESUPUESTOS DESDE 1850 HASTA
EL PRESENTE.

Para terminar el ligerísimo bosquejo que nos hemos propuesto hacer de EL PASADO DE LA HACIENDA PÚBLICA, vamos á presentar el resultado de los presupuestos desde 1850 y de los años posteriores, pues los de este tiempo, ajustados en su formacion, en su ejecucion y en su liquidacion á la ley de contabilidad, lo ofrecen seguro de la gestion financiera en el periodo respectivo.

En el tiempo anterior á dicho año, los presupuestos—se debe decir así, pues se dirá con toda propiedad—lo eran solo en el nombre. Quedaban sin pagar muchas de las obligaciones previstas en ellos, al paso que se hacian pagos no comprendidos en los mismos; y respecto de su liquidacion, ni se hacia esta según se dispuso en aquella ley, ni se publicaba. La publicación de las cuentas generales del Estado se verificó por primera vez en España con posterioridad y á virtud de lo dispuesto en la ley mencionada.

Para exponer aquel resultado nos ajustaremos, en cuanto á los presupuestos desde 1850 hasta fin del ejercicio de 1861, á las cuentas generales definitivas; en cuanto al de 1862 y primer semestre de 1863, á

las provisionales respectivas, y en cuanto al del año económico de 1863 á 1864, á los presupuestos aprobados para el mismo año: advirtiendo que, al ofrecer este resultado, tanto respecto de los presupuestos ordinarios como de los extraordinarios, no calificamos los ingresos y gastos que figuran en uno ó en otro concepto; no sostenemos que sean en realidad ordinarios ó extraordinarios los que respectivamente se hallan con ese carácter comprendidos en los presupuestos; no juzgamos sobre ello, consignamos el hecho.

Innecesario nos parece advertir, pues se ha manifestado en otro lugar, que el déficit de los años 1850, 1851 y 1852, es el resultado de la liquidacion de aquellos presupuestos, esto es, de la depuracion y fijacion: 1.º, del importe de las atenciones que, segun el presupuesto del año respectivo, debieron ser satisfechas en él, y de las que realmente lo fueron: 2.º, del importe de los ingresos calculados, y 3.º, del importe de estos y de los pagos realizados, comparando lo uno con lo otro y dando á conocer el resultado. Así liquidados aquellos presupuestos, resultó el déficit que aparece en los estados, por haberse comprendido en dichos presupuestos obligaciones atrasadas, no propias de aquellos años. Descartado el importe de estas obligaciones, no resulta déficit, y no lo hubo por tanto en dichos años.

PRESUPUESTOS ORDINARIOS.

AÑOS.	INGRESOS. <i>Reales vellon.</i>	GASTOS. <i>Reales vellon.</i>	DÉFICITS. <i>Reales vellon.</i>	SOBRANTE. <i>Reales vellon.</i>
1850.	1.256.120.412,33	1.282.178.807,78	26.058.395,45	»
1851.	1.231.525.793,84	1.232.731.647,54	1.205.853,70	»
1852.	1.300.360.904,36	1.343.310.797,72	42.949.893,36	»
1853.	1.352.488.029	1.396.898.583,91	44.410.554,91	»
1854.	1.327.775.263,12	1.439.852.229,67	112.076.966,55	»
1855.	1.124.114.803,79	1.414.617.963,4	290.503.159,25	»
1856.	1.429.987.164,76	1.567.884.931,54	137.897.766,78	»
1857.	1.642.214.427,66	1.788.526.674,81	146.312.247,15	»
1858.	1.729.900.199,68	1.796.378.408,30	66.478.208,62	»
1859.	1.804.886.534,6	1.843.892.404,17	39.005.870,11	»
1860.	(a) 2.022.194.535,42	(b) 2.098.948.986,12	76.754.450,70	»
Idem deuda inglesa.	»	(c) 48.604.192,38	48.604.192,38	»
1861.	(a) 1.890.061.773,14	(b) 2.057.475.521,35	167.413.748,21	»
Año de 1862 y seis primeros meses de 1863.	(a) 2.751.175.087,20	(b) 3.066.457.885,73	315.282.798,53	»
Año económico de 1863-64.	2.078.638.000	2.075.053.404	»	3.584.596
TOTAL.	22.941.442.928,36	24.452.812.438,6	1.514.954.105,70	3.584.596
		Líquido déficit.	1.511.369.509,70	

(Véanse las observaciones a, b, y c, á la vuelta.)

(a) En los *ingresos ordinarios* de estos presupuestos, aparecen los que se han obtenido en los años de 1859, 1860, 1861 y 1862, por donativos para la guerra de Africa y por indemnizacion abonada á España por el Imperio de Marruecos, á saber:

Por los donativos.	Rs. vn.	37.821.869,72
Por la indemnizacion de Marruecos.	»	198.577.937,45
Total.	»	<u>236.399.807,17</u>

(b) En los gastos de los mismos años, están comprendidos tambien, en capítulo adicional del presupuesto de Guerra, por los ocasionados en la guerra de Africa Rvn. 298.060.429,62

(c) Los 48.604.192 rs. 38 cénts., pagados á Inglaterra en el año de 1860, por importe de pertrechos facilitados durante la guerra civil, no se comprendieron en las cuentas de presupuestos, sino que quedaron figurando como anticipacion del Tesoro; pero siendo un gasto efectivo, por esta razon se comprende en el presente resumen, con tanto mas motivo, cuanto el Gobierno acaba de proponer á las Cortes la formalizacion de 54.627.560 reales, á que asciende ya el capital é intereses de esta deuda.

PRESUPUESTOS EXTRAORDINARIOS.

AÑOS.	INGRESOS. <i>Reales vellon.</i>	GASTOS. <i>Reales vellon.</i>	DÉFICITS. <i>Reales vellon.</i>	SOBRANTE. <i>Reales vellon.</i>
1850..	16.592.225	»	»	16.592.225
1851..	33.596.338	164.427.637,45	130.831.299,45	»
1852..	51.360.488	59.325.029,3	7.964.541,3	»
1853..	56.311.966	33.877.773,30	»	22.434.192,70
1854..	129.002.842	25.898.310,32	»	103.104.531,68
1855..	367.383.114	37.786.772,22	»	329.596.341,78
1856..	412.934.377,50	259.600.170,90	»	153.334.206,60
1857..	371.038.883,16	190.928.819,65	»	180.110.063,51
1858..	139.313.399,72	187.901.389,2	48.587.989,30	»
1859..	218.418.497,81	218.418.497,81	»	»
1860..	361.133.321,94	378.383.610,72	17.250.288,78	»
1861..	429.604.403,59	752.623.248,90	323.018.845,31	»
1862 y seis primeros meses de 1863.	400.599.004,92	1.051.723.939,86	651.124.934,94	»
1863 á 1864.	538.669.348	538.669.348	»	»
TOTAL..	3.525.958.209,64	3.899.564.547,18	1.178.777.898,81	805.171.561,27
				<u>373.606.387,54</u>

Líquido déficit.

(Véanse las notas á la vuelta.)

NOTAS:

1.^a En los tres años de 1859 á 1861 inclusive aparecen ingresos líquidos que ascienden á 393.298.001 reales 68 céntimos, por billetes del Tesoro emitidos con arreglo á la ley de 1.^o de Abril de 1859.—Y de la misma manera en las cuentas definitivas de los presupuestos de dichos tres años, y en las provisionales del de 1862 y primer semestre de 1863, aparecen amortizados billetes del Tesoro en cantidad de 341.751.195.62.

2.^a En el presupuesto de 1863-64, se autorizó la emisión de billetes del Tesoro en cantidad de 176.297.248 reales vellón; y si la emisión no tuvo efecto, será déficit esta cantidad en la liquidación del mismo presupuesto, y de consiguiente aumento al líquido déficit antes expresado.

COMPARACION por años entre los ingresos y gastos totales, y el déficit ó sobrante que en cada uno de ellos aparece:

AÑOS.	INGRESOS TOTALES. <i>Reales vellon.</i>	GASTOS TOTALES. <i>Reales vellon.</i>	DÉFICIT. <i>Reales vellon.</i>	SOBRANTE. <i>Reales vellon.</i>
1850.	1.272.712.637,33	1.282.178.807,78	9.466.170,45	»
1851.	1.265.122.131,84	1.397.159.284,99	132.037.153,15	»
1852.	1.351.721.392,36	1.402.635.826,75	50.914.434,39	»
1853.	1.408.799.995	1.430.776.357,21	21.976.362,21	»
1854.	1.456.778.105,12	1.465.750.539,99	8.972.434,87	»
1855.	1.491.497.917,79	1.452.404.735,26	»	39.093.182,53
1856.	1.842.921.542,26	1.827.485.102,44	»	15.436.439,82
1857.	2.013.253.310,82	1.979.455.494,46	»	33.797.816,36
1858.	1.869.213.599,40	1.984.279.797,32	115.066.197,92	»
1859.	2.023.305.031,87	2.062.310.901,98	39.005.870,11	»
1860.	2.383.327.857,36	2.477.332.596,84	94.004.739,48	»
Idem deuda inglesa.	»	48.604.192,38	48.604.192,38	»
1861.	2.319.666.176,73	2.810.098.770,25	490.432.593,52	»
1862 y primer semestre de 1863.	3.151.774.092,12	4.118.181.825,57	966.407.733,45	»
Año económico de 1863 á 1864.	2.617.307.348	2.613.722.752	»	3.584.596
TOTAL.	26.467.401.138	28.352.376.985,22	1.976.887.881,93	91.912.034,71
Líquido déficit.			1.884.975.847,22	

(Véase el resumen á la vuelta.)

RESUMEN:

Reales vellón.

Es el líquido déficit, entre los ingresos y gastos totales, ó sean ordinarios y extraordinarios, desde el año de 1850 á 1863-64 inclusive.....	1.884.975.847,22
Es aumento á este déficit el que resultó de las liquidaciones del Tesoro por la época hasta fin de 1849, importante. . . .	108.209.716
Total déficit del Tesoro.	1.993.185.563,22

PARTE SEGUNDA.

El presente de la Hacienda pública.

SECCION SEGUNDA.

ASUNTOS QUE NOS PROPONEMOS EXCLARECER.

En la ejecucion del plan que nos hemos propuesto, EL PASADO de la Hacienda pública termina al cesar la administracion anterior á la actual, y EL PRESENTE comienza con esta última, comprendiendo, no solo la situacion rentística en estos momentos, en el dia de hoy, sino la que tiene desde aquella época y la que tendrá hasta que, por alguna causa especial, varie esencialmente, pues esencialmente ha sido, es y será la misma en el indicado periodo.

La misma esencialmente era tambien la víspera del dia en que cesó la administracion anterior y entró la actual á dirigir los negocios públicos, y por lo tanto la separacion que hacemos entre el PASADO y PRESENTE en aquel punto, en aquel dia, en aquel momento, es artificial y arbitraria; pero ¿en qué punto y con qué fundamento se haria entre aquellos dos periodos (y lo mismo entre el PRESENTE y el PORVENIR) una separa-

cion que fuese real, natural y verdadera? A los hombres no es dado establecer, no es dado conocer siquiera, en las cosas morales, ni en la mayor parte de las físicas, en las cosas que no son una mera creacion suya, el punto, si existe, que marque la línea divisoria entre dos periodos. Evidentemente hay una época en la vida del hombre, en la cual no se ha desenvuelto aún su razon, y otra época en la cual está en el pleno goce de sus facultades intelectuales; una, en que es j6ven, otra, en que ha llegado á la virilidad, otra, en que ha entrado en la vejez. Pues bien: buscad quien os señale el momento preciso en que el hombre entra en el completo ejercicio de su razon; en que llega á la juventud, á la virilidad, á la vejez. ¡Ah! ¡Lo buscareis en vano!

Para proceder con 6rden, al exponer el estado actual, EL PRESENTE, tal como lo creemos en realidad, tal como se presenta á nuestra vista, de la Hacienda pública y las observaciones, las consideraciones, las reflexiones que hemos de aducir, tendrán por objeto esclarecer los puntos siguientes:

- 1.º Gran descubierta del Tesoro público, y situacion en que este se halla y ha de estar por efecto de él.
- 2.º Considerable desnivel de los presupuestos y diferencia entre los recursos y las atenciones del Estado, por ser estas mucho mayores que aquellos; mal que se agrava con el resultado desfavorable de la balanza del comercio.
- 3.º Imposibilidad de continuar por mucho tiempo en una tal situacion:

4.º Funestos resultados que producirá la continuación indefinida en ella, y el no comenzar desde luego á poner el oportuno correctivo:

5.º Dificultades que se ofrecen para la aplicación del remedio:

6.º Remedios necesarios, aunque muy dolorosos, para precaver aquellos funestos resultados;

7.º Efectos de los remedios.

GRAN DESCUBIERTO DEL TESORO PÚBLICO, Y SITUACIÓN EN QUE ÉSTE SE HALLA; Y HA DE ESTAR, POR EFECTO DE ÉL

—

El presente de la Hacienda pública ha sido producido por el pasado de la misma, así como el porvenir de ella sería producido por el presente, si éste variase el rumbo seguido en el pasado, ó será producido por ambos, si se prosigue la misma marcha.

La situación financiera es hoy la misma esencialmente que la víspera del día en que entró á dirigir los negocios de la Hacienda pública la Administración actual. El enorme descubierto en que se halla el Tesoro público, por consecuencia del déficit de los años anteriores, aparece, con evidencia numérica, en las demostraciones que hemos ofrecido al terminar la exposición del PASADO DE LA HACIENDA.

Aquellas demostraciones se hallan comprobadas con datos oficiales, públicos é inconcusos, que se han reasumido en diferentes estados. El resultado, por

tanto, es exacto en su casi totalidad, y no puede menos de serlo; pero no lo es absolutamente en el todo, ni ha podido ser completo, porque respecto de una parte, aunque muy pequeña, los datos no son definitivos é invariables, y porque no ha podido comprender lo que arrojan algunos que todavía no son públicos, y que poseen el Gobierno y las oficinas ó funcionarios respectivos. En cuanto á los ingresos y á los gastos de los últimos años, nos hemos referido á las cuentas provisionales y á los presupuestos, y es sabido que en aquellas no se puede comprender todo lo que comprenden las cuentas definitivas, y que los ingresos y los gastos calculados en el presupuesto pueden y aun suelen tener, dentro de la mas estricta legalidad, alguna variacion.

La memoria ó exposicion que precede al proyecto de ley de presupuestos para 1865-1866, que el señor Ministro de Hacienda acaba de presentar á las Córtes, ha venido á suplir la falta, fijando algunas cifras que se habian estampado segun resultan de aquellos datos, y entre cuyas cifras y las que, refiriéndose sin duda á otros mas completos ó definitivos, ofrece el señor Ministro, aparecen algunas diferencias, en aumento del déficit en que se halla el Tesoro. Con arreglo, pues, á los datos que contienen la indicada memoria y los presupuestos presentados, procederemos á exponer sencillamente, como un hecho del cual habremos de partir en nuestras ulteriores consideraciones, la cuantía del descubierto del Tesoro; los recursos que, segun lo dispuesto en las leyes dictadas con este ob-

jeto, deben aplicarse á extinguirlo, y la situacion actual y futura del mismo en su consecuencia.

Constituyen el descubierto ó sea el pasivo del Tesoro, segun la referida memoria, las partidas siguientes:

Reales vellón.

1.^a El déficit (suplido por el Tesoro) que han ofrecido los presupuestos extraordinarios desde 1859 hasta fin de Enero último (1865). 952.949.274,37

2.^a El déficit de los presupuestos ordinarios desde 1850 á 1858, que importa. 414.584.269

3.^a El déficit de los mismos presupuestos desde 1859 hasta fin del ejercicio de 1863-64. 639.497.911

Total. 2.007.031.454,37

Acerca de las tres expresadas partidas que componen este total, se dice en la memoria lo siguiente:

«A extinguir estos déficits ha de aplicarse el líquido de los 582.280.000 rs. de billetes hipotecarios ya negociados, deducidos 130 millones que se destinaron á intereses y amortizacion de los mismos billetes, y el producto que obtenga el Tesoro de la negociacion de los 300 millones, cuando se eleve á ley el proyecto que se está discutiendo; de manera que la suma de suplementos quedará reducida á poco

»mas de 200 millones de reales, que pueden conlle-
»varse, hasta que se obtengan medios de saldo, con
»el importe de las imposiciones á largo hechas en la
»Caja de depósitos.

»Los déficits de presupuestos ordinarios, ya li-
»quidados, importan respectivamente 414.584.269
»reales desde 1850 á 1858, y 639.497.911 desde
»1859 hasta fin del ejercicio de 1863-64; en junto,
»1.054.082.180 reales.

»Para extinguirlos cuenta ya el Gobierno con una
»autorizacion de ley, de que hará uso oportunamen-
»te, á fin de obtener 600 millones de reales efectivos;
»pues si bien en esta suma se comprendian 150 millo-
»nes para atenciones de las provincias de Ultramar,
»no es hoy necesario darles tal aplicacion, y deben
»naturalmente tenerla á saldar los déficits posteriores
»á 1858, que al dictarse la ley de 26 de Junio se esti-
»maban en menor suma, y ahora, por efecto de la li-
»quidacion del último ejercicio, aparece que exceden
»de los 600 millones.

»Realizados estos, quedarán únicamente á extin-
»guir 454.082.180 rs., los cuales espera el Gobierno
»que podrán consolidarse, con notable ventaja, quan-
»do llegue el caso de que las Cortes acuerden lo que
»estimen respecto á las medidas que sobre Deuda pú-
»blica les serán presentadas en la época y sazón opor-
»tunas.

»En el descubierto expresado—de mas de dos mil
»millones—es evidente que no se han comprendido las
»anticipaciones que se hayan hecho para atenciones de

las provincias de Ultramar, ni las que, imputables al presupuesto del corriente año económico de 1864-1865, haya recibido el Gobierno, ya por imposiciones en la Caja de depósitos, ya en otra forma, en la parte en que el presupuesto no ofrezca medios naturales para saldar el descubierto que produzcan.

De los 1.900 millones, cuya negociación autorizó la ley de 26 de Junio de 1864, se habían de destinar 150 para anticipaciones á las provincias de Ultramar. Lo perentorio de estas atenciones, en el largo tiempo que ha transcurrido (mas de un año) desde que se presentó el proyecto que produjo aquella ley, en cuyo proyecto se pedían los 150 millones con dicho objeto, autoriza á creer que se habrán hecho anticipaciones, y ciertamente considerables, las cuales acrecentarán de consiguiente el descubierto del Tesoro; descubierto que indudablemente ha de haber aumentado tambien por el otro motivo indicado, siendo notorio que el interés de las imposiciones á largo plazo en la Caja de depósitos se ha elevado, durante cierta época, á 9 por 100, con lo cual se han obtenido cuantiosas sumas.

Es indudable, por lo tanto, que el descubierto del Tesoro es hoy mayor—considerablemente mayor—que el que arrojaba la liquidacion llevada á la época á que se refiere la memoria, que es, segun se expresa en ella misma, la de fin del ejercicio del presupuesto de 1863-64, no siendo posible otra mas reciente para los presupuestos ordinarios de los años anteriores, si bien, en cuanto á los ingresos y los pa-

gos hechos por cuenta de los presupuestos extraordinarios, se exponen los resultados hasta fin de Enero del corriente año.

No siendo conocida, sin embargo, la cuantía de ese mayor descubierto, prescindimos de él y, ateniéndonos á lo que resulta de la referida memoria, que es un dato oficial cuya exactitud no se ha puesto ni se puede poner en duda, asentamos que el descubierto del Tesoro pasaba de dos mil millones antes de aplicar, para extinguirlo en la parte equivalente, los billetes ya aplicados.

II.
Que por tal motivo, esto es, por hallarse el Tesoro en un descubierto tan considerable, su situación es y ha de ser apurada y difícil, se conoce á primera vista. Que lo es y será mientras no se extinga en su mayor parte ese descubierto, es bien obvio, tanto por el conflicto que puede producir la reclamación de los créditos que lo constituyen, cuanto porque su existencia dificulta naturalmente las negociaciones y eleva su interés: y que ha de serlo, al menos por algún tiempo, aun después de extinguido, es igualmente obvio, porque la pesada carga que para ello se ha de contraer, ha de hacer también mas difíciles y mas costosas aquellas negociaciones.

Esto, que para nosotros es evidente, y que creiamos serlo para todos, es una paradoja para el Administrador de los cinco años, quien sostiene que la si-

tuacion del Tesoro, lejos de ser grave, es ventajosa. «Reasumiendo (dice en el folleto ya mencionado, página 98) reasumiendo lo que respecto de la situacion financiera hemos indicado, aparece que aquella bajo ningun aspecto es ni lo grave ni lo peligrosa en que á los ojos de algunos aparece. La situacion tomaria esos caracteres, y los tomará de seguro, si se prosigue en el empeño que parece advertirse de gritar uno y otro dia, en una y otra parte, bajo todas formas, que estamos amagados de un cataclismo.» — «Aprensiones que se adquieren cuando uno se encuentra en plena salud, conducen á las veces y á la muerte.»

Lo mismo ha manifestado con repeticion en sus discursos parlamentarios, explanando en apoyo de tan singular y extraño modo de ver los fundamentos aducidos en el folleto, los cuales pueden reducirse á dos:

1.º Que hay en el Estado valores existentes que representan todo lo invertido, y por consiguiente las cantidades que han producido el descubierto, y además otros recursos, pues no están todos apurados:

2.º Que la situacion angustiosa del Tesoro era producida por la crisis metálica Europea, siendo consiguiente que variase aquella situacion tan luego como desapareciese la crisis.

En cuanto á lo primero, el Sr. Salaverría, agrupando las mejoras realizadas durante la administracion de los cinco años (dice en el folleto, página 83): «Se construyen multitud de carreteras: se mejoran

» los puertos: se restauran templos: los telégrafos y la
» iluminación de las costas se llevan hasta el extremo:
» los servicios todos son satisfechos con holgura: se
» crea la armada: al ejército se le dota de un vasto
» material: las fortificaciones se adelantan, y el acuar-
» telamiento y hospitalidad de las tropas también se
» mejora con la adquisición de nuevos edificios, y
» el utensilio que la administración tenía que comprar
» al cesar las contrata: finalmente, los caminos de
» hierro se concluyen en su mayor parte, y el Estado
» cumple religiosamente y en condiciones ventajosas
» las obligaciones de subvención que debía llenar. » » »

Y concretando poco después los objetos de aque-
llas mejoras, (dice, pág. 84): « Opónganle (á la indi-
» cada Administración) sus censores los aumentos de
» la Deuda pública; el uso de los recursos de la desa-
» mortización; hablen del despilfarro de miles de mi-
» llones que todos los días pregonan la pasión política
» ó el error de la ignorancia. La administración de los
» cinco años demostrará que todo está representado
» por valores existentes en el Estado, porque tales de-
» ben considerarse la marina construida, el material
» de guerra copiado, las carreteras abiertas, los
» puertos mejorados, las fortificaciones levantadas, los
» otros establecimientos creados, á los que ya no ten-
» drán que consagrar tantos recursos las administra-
» ciones que la sucedan. No están apurados los recur-
» sos de la desamortización; todavía subsisten casi en
» su integridad los de la propiedad eclesiástica; aún
» resulta en el Tesoro la mitad de los de la civil en las

«obligaciones suscritas por los compradores de esta
 «clase de bienes... Hemos dicho (pág. 85) que procuramos dotar el
 «presupuesto del Estado con rentas y recursos de un
 «orden permanente, suficientes á resistir las necesi-
 «dades de las obligaciones contraídas. Esto se habría
 «conseguido sin las complicaciones de las provincias
 «de Ultramar y las de la política general; y desde
 «luego podemos asegurar que en el momento en que
 «esas dificultades tengan término, el presupuesto de
 «España quedará tan sólidamente organizado como el
 «más regular de cualquier otro pueblo. Acerca del segundo punto, la crisis metálica de
 Europa, hablando de la situación financiera, asienta
 primero (pág. 85) que «al examinar una situación fi-
 «nanciera no son de confundir los dos aspectos que
 «puede tener, uno el que propia y exclusivamente se
 «refiere al Estado por su Hacienda, y otros el que
 «ofrezcan en su generalidad los negocios de la indus-
 «tria y del comercio; y que «la confusión de ambas
 «cosas puede ocasionar que se tome por mala una si-
 «tuación rentística que en sí sea buena, porque las
 «complicaciones del mundo mercantil sean las que
 «realmente obren en un momento sobre el conjunto
 «de las relaciones económicas. ¿Qué ocurre, pues, al presente (dice poco des-
 «pués, págs. 87) que algunos pueden estimar como
 «el hecho de una mala situación financiera por lo que
 «hace á la Hacienda del Estado ó á la Tesorería? Que hay una crisis monetaria universal que lleva

» en Inglaterra y Francia alternativamente el tipo de
 » los descuentos á 10 por 100, y aun á estos tipos se
 » restringen por otros medios las operaciones.
 » Que la banca particular en toda Europa, sobre las
 » mejores firmas y con las garantías mas sólidas, colo-
 » ca la moneda á interés de 12 y 14 por 100.
 » Que esa extraordinaria prima del dinero, que
 » nace de las demandas de metálico para el Norte de
 » América, donde el cambio llega á 230, y de las que
 » el comercio del Oriente pide á la vez, ocasiona que
 » las naciones que, como la nuestra, por diferentes
 » causas tienen al presente en su comercio exterior
 » una balanza desfavorable, se ven precisadas á sal-
 » darla en especies, y los cambios con este motivo
 » han venido á una depresión, que estimula y alimen-
 » ta el comercio del metálico hasta un punto antes
 » desconocido.
 » De estas premisas deduce (pág. 96) la siguiente
 » consecuencia: «La primera de aquellas complicaciones
 » (la crisis metálica) nos la ha de dar resuelta la
 » Europa. Si el metálico abunda en París y Londres,
 » y allí bajan los descuentos y el interés del di-
 » nero, si nuestros cambios se mejorarán, y en gran
 » parte las salidas del metálico disminuirán por la ce-
 » sación de la causa general.
 » Como una demostración de la exactitud de sus
 » apreciaciones, manifiesta el mismo Sr. Salazarria que,
 » en 31 de Agosto de 1864, podía resumirse el pasivo
 » del Tesoro en rs. vn. 4.973.443.044, si para extinguir
 » el cual contaba el Tesoro con 4.859.466.000; com-

poniendo esta suma 1.031 millones importe de los billetes hipotecarios, 26.466.000, valor de los azogues trasportados y á trasportar á Londres; 202 millones, resto de las indemnizaciones de Marruecos y Annam, y 600 millones, importe de títulos del 3 por 100 emisibles: asentando en seguida que, para conllevar la situación en las presentes circunstancias, venciendo las dificultades que de ellas nazcan, solo es necesario (página 93) «conducir los negocios tranquila y sosegadamente como debe hacerlo el que se encuentra en posición segura. Si hay capacidad para manejarlos, las dificultades, si se experimentan, son de fácil dominio: los conflictos no pueden llegar. Ahora, si se desconocen las formas propias de esta clase de operaciones, es fácil incurrir en obstáculos creados por la propia indiscreción y el arte con que uno mismo se conduzca.—Entregad, añade, la máquina mejor construida y mas bien ajustada á quien desconozca sus resortes; ó no producirá movimientos, ó causará un estallido que la descomponga.»

»Dada aquella masa de valores en el Tesoro; é importando lo que son sus obligaciones exigibles sobre 1.600 millones, porque, del saldo de la Caja de depósitos, los necesarios, importantes mas de 300 millones, no son de reintegro próximo ni perentorio; en el supuesto de no querer llevarlas á una renovación fácil, las soluciones son las que requiere una mera conversión de valores.»

»Se han complicado las cosas (pág. 94) por su defecto de procedimiento; pero con todo, aunque las

»operaciones tengan que ser mas costosas para el Estado, el Tesoro puede cubrir su pasivo con los valores y demás artículos de su activo que anteriormente hemos indicado.

»¿Cómo pues se quiere calificar de grave el estado de la Tesorería? ¿Se olvida que el reembolso por el Tesoro á sus acreedores pondria á estos en una situacion embarazosa no sabiendo qué hacer de sus fondos? ¿Se desconoce que el propio interés los traería por necesidad á volver con sus fondos al Tesoro, dándolos empleo sobre los valores que les ofreciera en negociacion?

»Repetimos (pág. 96) que el Tesoro tiene valores suficientes para responder de su pasivo; que cabe en el ejercicio natural de sus operaciones el conseguir la renovación de los compromisos que crea conveniente renovar; que cabe obtener nuevos fondos por el arte sencillo de su mismo crédito; y que en último resultado la liquidacion del pasivo es una simple conversion de valores, que puede y debe llevarse á cabo sin violencias ni grandes quebrantos.»

Ofenderíamos ciertamente la ilustracion y buen juicio de nuestros lectores, si descendiésemos á un examen prolijo y detenido de tan presuntuosos y sutiles razonamientos, y á demostrar la improcedencia de las deducciones que se hacen. Reduciendo aquellas aserciones á preguntas lacónicas y concretas, el buen sentido sugiere instantáneamente las adecuadas respuestas.

Pregunta. ¿No es cierto, no es un hecho inco-

testable que los aumentos de la deuda pública, los productos de la desamortización, y por consiguiente el descubierto del Tesoro, todo, todo está representado por valores existentes, porque tales deben considerarse la marina construida, el material de guerra acopiado, las carreteras abiertas, los puertos mejorados, las fortificaciones levantadas y los demás establecimientos creados?

Respuesta. Si el estar representado se estima lo mismo que el estar invertido, la asercion es de una verdad incuestionable y notoria. Conócese desde luego que lo uno es muy diverso de lo otro, y para el asunto que nos ocupa lo es aun más evidentemente. *Invertido* es lo que se ha gastado para la administracion, para la mejora y para la conservacion de un objeto; lo que está representado por el objeto es lo que vale en realidad, lo que se puede obtener por él, y esto ya se conoce que puede ser mas de lo invertido, lo invertido y menos de lo invertido. Conócese igualmente, sin necesidad de reflexion alguna, que los objetos en que se dice estar todo representado, algunos productivos y los mas de ellos improductivos, si bien tienen un valor intrínseco, si bien son de grande utilidad para el Estado, si bien llenan servicios que tal vez exigian antes crecidos gastos, y producen de consiguiente una verdadera renta, no tienen, en su mayor parte, un valor realizable; no pueden servir para la adquisicion de sumas efectivas, ni de consiguiente para extinguir ó aminorar el descubierto del Tesoro. ¿Qué objeto más interesante, mas santo, puede tener la inversion

de un recurso, de una cantidad cualquiera, que la reedificacion de un templo, de una iglesia parroquial, tal vez la única que hay en el pueblo ó distrito? ¿Podrá, sin embargo, decirse que el reedificante no se halla en descubierto del costo de la reedificacion, si se hizo con dinero tomado á préstamo, porque este dinero se halla *representado* por el templo reedificado, es decir, haya sido *invertido* en la reedificacion y ésta haya sido de sumo interés, muy laudable y hasta sagrada?

P.º ¿Puede considerarse angustiosa la situacion del Tesoro, cuando el Estado tiene aún grandes recursos; cuando no están apurados los de la desamortizacion; cuando todavia subsisten casi en su integridad los de la propiedad eclesiástica, y resulta en el Tesoro la mitad de los de la civil en las obligaciones suscritas por los compradores de esta clase de bienes?

R.º A su tiempo examinaremos la verdadera importancia de esos recursos, y el objeto que, en nuestro sentir, habrá de tener su aplicacion. Para el esclarecimiento del asunto de que tratamos, basta advertir que la propiedad eclesiástica, y la civil desamortizable que aun queda por vender (las obligaciones suscritas han sido ya en parte aplicadas, y lo serán muy pronto en el resto), no pueden servir tampoco para realizar en el dia cantidades con las cuales se solventase el descubierto existente, á no enagenar inmediatamente y al contado ó hipotecar aquellos bienes, variando en este punto la ley de la materia, habiendo en uno y otro caso de sufrir grandí-

simo quebranto y reduciendo á muy exiguas proporciones el rendimiento que se esperaba. *P.* ¿La situación angustiosa del Tesoro era (y de consiguiente ha seguido siéndolo y lo es todavía) aparente, porque no provenia del mal estado de la Hacienda pública, sino de la crisis monetaria universal, del encarecimiento del dinero en Europa; y por lo tanto debia estimarse que aquella situacion angustiosa del Tesoro fuese tan pasajera como la crisis monetaria que la producía?

R. Pues la crisis monetaria universal ha terminado: al encarecimiento del dinero en toda Europa, donde la Banca particular, sobre las mejores firmas y con las garantías mas sólidas, colocaba la moneda á interés de 12 y 14 por 100, ha sucedido la baratura, la baja del interés. Sin embargo, la situacion angustiosa del Tesoro Español ha continuado y continúa.

P. ¿La Europa nos habia de dar resuelta la complicacion que nacia de la crisis metálica, pues cuando el metálico abundase en París y Londres, y allí bajasen los descuentos y el interés del dinero, nuestros fondos se mejorarían, y en gran parte las salidas del metálico disminuirían por la cesacion de la causa general?

R. Pues la crisis ha cesado en Europa, y la cuestion no se ha resuelto para nosotros: el metálico abunda, hace algun tiempo, en París y en Londres: el interés actual del dinero en esas plazas es 4 por 100, ó algo menos. Sin embargo, nuestros cambios son sú-

mamente desfavorables (1), mucho mas desfavorables que al publicar su folleto el Sr. Salaverría, en Diciembre próximo pasado (de 1864), aunque en los meses posteriores hayan llegado á ser aun mas desventajosos que en la actualidad; y las salidas de metálico no han disminuido por la cesacion de aquella causa general, pues si han decrecido algo, ha sido por otros motivos.

P. ¿No tiene el Tesoro valores suficientes para responder de su pasivo?

R. Si á los títulos de la Deuda pública que produzca la emision que se haga de ellos, se llama valores del Tesoro, y al emitir esos títulos se llama tener valores, los tiene el Tesoro superabundantes, pingües, realizables en el momento: mas aún; está en su voluntad el producirlos ilimitadamente. Si, como la ley de 26 de Junio de 1864 ha autorizado la emision de títulos de la deuda consolidada del 3 por 100 bastantes á producir la cantidad efectiva de 600 millones, cuyos 600 millones cuenta el Sr. Salaverría entre los valores del Tesoro, se hubiérase autorizado ó se autorizase la emision, (sin fijar, como no se ha fijado en aquella ley, el tipo mínimo á que se pudiese realizar) en cantidad suficiente á producir dos mil millones, y se hiciese efectiva por este medio, como sin duda se haria, aquella cantidad, el Tesoro quedaria completamente desahogado, y podria estarlo por algunos años;

(1) En el dia de ayer (escribimos estas líneas en 6 de Mayo de 1865) se ha cotizado el papel

Sobre
) París á 5-3.
) Londres á 48-55.

habiendo para decir que habia obtenido este resultado con los *valores que tenia*, la misma razon que hay en la actualidad para decir que el Tesoro *tiene* entre sus *valores* 600 millones, importe de *títulos al 3 por 100 emisibles*; segun la mencionada ley.

Los valores que tiene el Tesoro, fuera de los futuros 600 millones procedentes de títulos, aun no emitidos (su licitacion se acaba de anunciar), son: 1.º las obligaciones suscritas por los compradores de bienes desamortizados, obligaciones negociables con un descuento proporcionado á los plazos, y que negociará el Gobierno (ya ha negociado algunas) para disminuir en parte el descubierto: 2.º, los bienes de la misma procedencia que aun quedan por vender: 3.º, los bienes eclesiásticos. De estos valores, los primeros, que lo son propiamente, fueron aplicados por la ley de 26 de Junio de 1864 para extinguir en 1.300 millones el descubierto del Tesoro, habiéndose despues destinado á otro objeto cierta porcion de aquellas obligaciones, y no siendo posible, de consiguiente, extinguir con las restantes la totalidad de los 1.300 millones. Los segundos y terceros consisten en bienes que se deben vender á largos plazos, y no son, por tanto, valores aplicables al pago de las obligaciones del dia.

P. ¿Se olvida que el reembolso por el Tesoro á sus acreedores pondria á estos en una situacion embarazosa, no sabiendo que hacer de sus fondos y obligándolos el propio interés, por necesidad, á volver con ellos al Tesoro?

R. El embarazo y el interés, que en efecto existirían en circunstancias normales, no existen en la actualidad, ni han existido hace algun tiempo. El dinero ha encontrado, y aun encuentra, colocacion segura á buen rédito. Aquel embarazo y aquel interés no han sido bastantes á evitar que se pidiese la devolucion de imposiciones en la Caja, por crecidas sumas, habiendo recurrido el Gobierno, para contener la extraccion y evitar grandes conflictos, al medio de elevar el interés.

Siendo evidentemente ineficaces los recursos que el Sr. D. Pedro Salaverria halla en el Tesoro para sostener que la situacion del mismo dista mucho de ser grave, fácil es conocer que solo el íntimo y profundo convencimiento de su grande superioridad pudo hacerle decir que, para conllevlarla, solo era necesario conducir los negocios tranquila y sosegadamente; que si hay *capacidad* para manejarlos, las dificultades son de fácil dominio, y los conflictos no pueden llegar; pero *si se desconocen las formas propias de esta clase de operaciones, es fácil incurrir en obstáculos creados por la propia indiscrecion.*

Desgraciadamente la situacion del Tesoro es y ha de ser angustiosa y apurada mientras no se extinga, ó se minore en gran parte, el descubierto en que se halla.

CONSIDERABLE DESNIVEL QUE EXISTE ENTRE LOS RECURSOS Y LAS ATENCIONES DEL ESTADO, POR SER ÉSTAS MUCHO MAYORES QUE AQUELLOS; AGRAVÁNDOSE ESTE MAL CON EL RESULTADO DESFAVORABLE DE LA BALANZA DE COMERCIO.

I.

Que los presupuestos se han hallado y se hallan en gran desnivel, está fuera de controversia racional. Lo primero, esto es, que lo han estado, es ya un hecho indiscutible: lo segundo, esto es, que lo están, nos parece demostrable hasta la evidencia.

No se tema que para esclarecer uno y otro punto hayamos de entrar en un exámen detallado y minucioso de los presupuestos, ni que las reflexiones que hemos de aducir hayan de fundarse en prolijos cálculos ó demostraciones numéricas, enojosas siempre, porque reclaman intensa atencion y ofrecen trabajo para depurar su exactitud. En cuanto á los ejercicios cerrados, y cuyas cuentas liquidadas han visto ya la luz pública, las reflexiones se fundan en hechos conocidos, en datos universalmente aceptados é irrecusables.

En cuanto á los ejercicios no terminados, cuyas liquidaciones nos son desconocidas, partiremos de datos que se asientan como exactos, y principalmente de los que ha suministrado el Gobierno.

Y en cuanto al presupuesto del año corriente y al proyecto del presupuesto para el año próximo, recien-

temente presentado á las Córtes, nos atenderemos á ellos mismos, considerando como hechos realizados los que son necesariamente cálculos, y examinándolos tales como ha sido aprobado el primero y presentado el segundo.

II.

Que los presupuestos vienen, hace años, en un desnivel considerable, habiendo excedido en mucho el importe de los gastos al de los ingresos, es notorio, y lo dán á conocer las cuentas generales del Estado. Los resúmenes de los resultados de los presupuestos, con arreglo á ellas, que hemos presentado, lo patentizan igualmente; pero aunque estos datos, cuya exactitud se comprueba cotejándolos con las cuentas, son sencillos, recordaremos otros, tambien irrecusables, y todavia mas sencillos.

El Sr. D. Pedro Salaverria, en su folleto, (página 92) manifiesta que el descubierto de los presupuestos hasta fin de 1858, comprendiendo el que proviene de las obras de la Puerta del Sol, importa 459.584.269 reales. En la memoria del proyecto de presupuestos para el próximo año económico se fija en 414.584.269 reales, sin hablar del respectivo á las obras de la Puerta del Sol. Siendo posible que el costo de estas obras se halle comprendido en el descubierto referente á los años posteriores al de 1858, que la misma memoria fija en mas de 600 millones, creemos deber asentar que el descubierto hasta aquella fecha consiste en la referida cantidad de 414.584.269 rs. vn.

El descubierto desde 1859 hasta fin del ejercicio de 1863-64 asciende, según la indicada memoria, á 639.497.914 rs. vn., es decir, que, en los seis años, los presupuestos han ofrecido aquel déficit, correspondiendo al año comun algo mas de 100 millones. ¿No es evidente, por lo tanto, que los presupuestos vienen, hace años, en constante y considerable desnivel?

En cuanto al descubierto de 1859 en adelante, el señor Salaverría asienta: 1.º (pág. 81) que el presupuesto de aquel año se saldó con un déficit de 39 millones: 2.º (pág. 82) que el de 1860 se liquidó con el de 11 á 12 millones: 3.º (pág. 83) que sin la privacion en que desde 1861 tuvo que encontrarse la administracion de los cinco años por causa de las dificultades que experimentaron, y aun experimentaban, las provincias de Ultramar, de las cuales se recibían en 1859 (página 90) 100 millones, debiendo esperarse de ellas ese recurso anual cuando entren en las condiciones de normalidad, que mas pronto ó mas tarde habrán de recobrar, mostraria *sus presupuestos en una nivelacion irrecusable*; y 4.º (pág. 92) que los descubiertos desde 1859 á fin de Junio de 1864 ascendían á 590 millones próximamente. Estos datos guardan conformidad con los que suministra la citada memoria y quedan recordados, pues si bien, según la memoria, ascienden á mas de 639 millones los déficits posteriores á 1858, y el Sr. Salaverría los fija en 590 millones, esto último era hasta fin de Junio de 1864, y la memoria nos revela el resultado de la liquidacion

del último ejercicio, esto es, hasta 31 de Diciembre del mismo año.

Por lo demás, aparece claro que el Sr. D. Pedro Salaverria, al asentar los datos que se han referido, se distrajo, ó padeció algun olvido que le ha hecho incurrir en una visible y manifiesta equivocacion; porque si el presupuesto de 1859 se saldó con un déficit de. 39 millones;

el de 1860 no acusó en su liquidacion mas que el de 11 á. 12, »

y los sobrantes de Ultramar, que faltaron en los cuatro años desde 1861 á 1864 inclusive (100 millones cada año), ascendian á. 400, »

— — — — —
Total. 451, »

no podian llegar los déficits de los años posteriores al de 1858 á 590 millones. La diferencia (139 millones, nada menos) no se puede explicar por aquellos datos.

Volviendo á lo principal del asunto que nos ocupa, habrémos de decir que de las observaciones precedentes, ó mas bien, de los datos oficiales, irrecuables, no puestos en duda por nadie, que se han recordado, resulta, con tan manifiesta como triste y desconsoladora evidencia, que los presupuestos del Estado vienen, hace años, en gran desnivel.

Verdad es que ese desnivel ha sido producido, en una parte considerable, por la falta de los recursos anuales que se recibian de las posesiones de Ultramar. Esta es una con-causa del acontecimiento gene-

ral, esto es, del total descubierto; pero el conocimiento de la causa, si bien debe servir para esperar que ella y sus efectos serán pasajeros, no puede hacer que desaparezcan la existencia del hecho y las consecuencias lamentables que ha producido y aun produce.

Hemos dicho que el descubierto total, el mal, en general, que deploramos, proviene de aquella causa, en una parte considerable, no en el todo; pues claro está, y no hay necesidad de indicarlo, que, consistiendo el descubierto en mas de dos mil millones, no puede dimanar en su totalidad de la falta de sobrantes de Ultramar que se fija en 400; que no habiéndose carecido de estos sobrantes sino desde 1861, no es tampoco posible que haya nacido de esa causa un descubierto de origen muy anterior, y que, aun sin la privacion de los 100 millones anuales que se recibian de Ultramar, los presupuestos de 1861 á 1864 no habrian estado en esa *nivelacion irrecusable* que el señor Salaverria asegura que habrian mostrado, porque el déficit que arrojan, segun los datos recordados, excede en mucho, como se acaba de indicar, de los 400 millones en que se estiman los sobrantes de Ultramar que han faltado desde 1861.

Los presupuestos vienen, hace años, en grande y constante déficit. La enfermedad no es aguda y por consiguiente de pronta terminacion, ora funesta, ora favorable: es crónica y de larga duracion, de duracion indefinida ¡ay! hasta que degenera, si no se aplica un remedio pronto y eficaz, en ayuda de fatal tér-

mino. El enorme descubierto en que se halla el Tesoro no lo ha producido un suceso accidental y funesto, como hubiera podido serlo una guerra, una hambre, una peste general y la consiguiente carestía; no lo ha producido una causa extraordinaria, y por lo tanto pasagera: es el resultado de la acumulacion de los déficits que, unos mas, otros menos, arrojan los presupuestos de muchos años, apareciendo muy justificada por desgracia la asercion de que los presupuestos vienen, hace años, en un desnivel considerable, por exceder en mucho los gastos á los ingresos.

III.

El mal, ya inveterado, la enfermedad crónica continúa: los presupuestos para el próximo año económico, cuyo proyecto ha presentado recientemente á las Cortes el Sr. Ministro de Hacienda, se hallan igualmente en gran desnivel, producido por exceder en mucho las obligaciones á los ingresos.

Lo que se acaba de asentar, se estimará por unos completamente inexacto y ageno de verdad, por otros destituido de fundamento y ni siquiera susceptible de prueba hasta que el trascurso del tiempo dé á conocer los resultados, y por consiguiente aventurado. Los presupuestos aparecen, se dirá, no ya nivelados, sino con un sobrante de mas de 4.400 millones de escudos (44 millones de rs.) el ordinario, y sin déficit alguno el extraordinario. Decir que estos presupuestos se hallan en déficit, y déficit considera-

ble, es decir que no hay en ellos exactitud, y tal asercion no se puede establecer sin demostrarla, sin aducir al mismo tiempo la prueba.

Pues esa apetecida demostracion, la cual se espera del transcurso del tiempo necesario para tocar los resultados, se puede hacer hoy — mejor dicho — la ofrecen los mismos presupuestos, cuya completa exactitud suponemos, y la ofrecen concluyente, á la par que sencilla.

Se ha dicho que *suponemos la completa exactitud de los presupuestos*, esto es, suponemos que tanto los ingresos como los gastos están calculados con precision y acierto, y que no surjan, durante el ejercicio, atenciones que exijan suplementos de crédito, cosa que puede suceder contra las mas fundadas previsiones y contra los mas ardientes deseos de la Administracion.

Al suponerlo así, no somos ciertamente escasos en concesiones. En una larga serie de años, los presupuestos de todos ellos (el resultado del de 1863-64 no es conocido) han tenido déficit, algunos muy crecido. Esos presupuestos, sin embargo, al presentarse sus proyectos, al discutirse y aprobarse, aparecian nivelados. ¿Habria temeridad en sostener que los presupuestos para 1865-66 han de ofrecer igual resultado, por mas que hoy se presenten perfectamente nivelados? En esta última expresion «*perfectamente nivelados*» habria cierta inexactitud, porque los presupuestos aparecen desnivelados en favor, pues resulta un sobrante de 4.447.445 escudos, si no se anuncia-

se ya en la exposicion ó memoria con que aquellos se han presentado, la aplicacion que habrá de tener ese sobrante, el cual se dice que «permitirá cubrir los »intereses que produzcan las operaciones necesarias y »convenientes á fin de saldar los déficits de anteriores »presupuestos, cuya acumulacion llegó á constituir »cierto embarazo para el Tesoro.» En efecto, el interés anual de los títulos de la deuda del 3 por 100 bastantes á producir 600 millones efectivos, para cuya emision está autorizado el Gobierno y que emitirá, habrán de absorber, y acaso con exceso, aquella cantidad.

Concedamos que el presupuesto ordinario se halle perfectamente nivelado; que los ingresos basten para cubrir las obligaciones; que no resulte déficit alguno; ¿qué es sino déficit todo el presupuesto extraordinario? Para cubrir las atenciones comprendidas en el de gastos ¿se propone en el de ingresos (con excepciones raras y de poquísima monta) algun recurso que no constituya una nueva obligacion para el Estado, una carga mas, y carga permanente? ¿Hay en él algun recurso, á no ser—volvemos á decirlo—tal cual pequeñez insignificante y que constituya una verdadera excepcion, que sea natural y propio del año y que no cause un gravámen constante para lo sucesivo? Y ¿á qué clase corresponden, de qué naturaleza son, por lo general tambien y exceptuando algunas, las atenciones que se cubren con aquellos recursos extraordinarios, comprendidas en el presupuesto de gastos extraordinarios? Son ordinarias, debieran estar

comprendidas en el presupuesto ordinario, y la falta de ingresos naturales para satisfacerlas es un verdadero déficit.

Conócese á primera vista que en la cantidad de 1.143.000 escudos, que en el presupuesto extraordinario de gastos figura para el servicio del Ministerio de Gracia y Justicia y para obligaciones eclesiásticas, todo ó casi todo ha de ser atencion ordinaria.

En lo aplicado al material de artillería y de ingenieros; al fomento de buques (en partida separada se aplican 2.600.000 escudos al fomento de arsenales); á establecimientos de Beneficencia y penales; á la construccion de edificios para Ministerio de Hacienda y adquisicion de máquinas por él; y hasta en los mismos ramos del Ministerio de Fomento (sirva de ejemplo la reparacion y conservacion de carreteras) ha de haber necesariamente mucho que no deba calificarse de gasto extraordinario.

Para intereses, amortizacion y premio de acciones del canal de Isabel II se aplican 1.061.096 escudos (mas de diez millones de reales), y por intereses y amortizacion de obligaciones del Estado para ferrocarriles 8.403.795 escudos (cerca de 85 millones de reales), lo cual es una obligacion ordinaria; siendo esto evidente, sin que sobre ello quepa duda racional, porque el pago de los intereses y la amortizacion constituye, desde el momento en que se recibe el capital que los devenga y que ha de irse amortizando en la forma convenida, una obligacion anual, permanente y por lo tanto ordinaria, pues pugna

lo extraordinario con lo perpétuo, ó duradero por largo tiempo; y la repugnancia crece de punto, si además de perpétua ó duradera por largo tiempo, la obligacion y de consiguiente el pago es constante, perenne, de todos los años, habiendo de pagarse en cada uno de ellos una cantidad fija.

A la doctrina que se acaba de asentar ha rendido culto el actual Sr. Ministro de Hacienda, cuando dice en la tantas veces citada memoria leída al presentar el proyecto de presupuestos para el próximo año económico: «Queda anteriormente expuesto que el del ejercicio de 1865-66, (el presupuesto) no solo se presenta nivelado, sino con un sobrante de mas de 44 millones de reales. Unido este sobrante al de 8 ó 9 millones que resultará en el crédito aplicable á amortizacion é intereses de la deuda del material del Tesoro..... contarémos con mas de 50 millones de reales disponibles para hacer frente á los intereses que se devenguen por consecuencia de las operaciones que han de producir la extincion de los descubiertos del Tesoro.

»Entre tanto que así sucede, no deben preocuparnos tales descubiertos, pues en realidad no existen desde el momento en que el *presupuesto ordinario del Estado cuenta con medios bastantes para cubrir los intereses del capital que representan.* En el desarrollo y las combinaciones del crédito, cuando las naciones apelan á él, basta para merecer una absoluta y general confianza, contar con renta permanente bastante para el pago de los intereses.

»La prosperidad creciente de la isla de Cuba y la
»esperanza de que muy pronto podrá dejar de suplir
»los considerables gastos que origina la ocupacion de
»Santo Domingo, daban derecho á traer al presupues-
»to del próximo año económico alguna cantidad como
»sobrante de sus cajas, la cual hubiera acrecido al
»excedente con que se ha presentado. El Gobierno
»se ha abstenido de ello, sin embargo, á fin de que
»los sobrantes disponibles de la isla de Cuba vengan
»al Tesoro en reembolso de las anticipaciones hechas,
»y se extinga tambien este descubierto.

»Para el ejercicio de 1866-67, aquellos sobrantes
»aparecerán en el presupuesto de ingresos, permi-
»tiendo holgadamente *el que se incorporen al ordinario*
»*de gastos los créditos para intereses y amortizacion de*
»*obligaciones del Estado por ferro-carriles y acciones*
»*del canal de Isabel II, con lo cual el extraordinario*
»*quedará concretado á las obras públicas y á los demás*
»*servicios propios del mismo*, atendidos con los produc-
»tos que vayan obteniéndose de la enajenacion de to-
»da clase de bienes desamortizados y de otros recur-
»sos transitorios que convenga aplicarles.»

»Si el presupuesto ordinario del Estado debe con-
»tar con medios bastantes para cubrir los intereses del
»capital que se reciba, esto es, de la deuda pública; y
»si en el año próximo venidero, por existir sobrantes
»de Ultramar, habrán de incorporarse á ese presupuesto
»ordinario de gastos los créditos para intereses y amor-
»tizacion de obligaciones del Estado por ferro-carriles
»y de acciones del canal de Isabel II, se reconoce que

estas atenciones son un gasto ordinario, son propias del presupuesto ordinario; y es muy de extrañar, pues forma gran contraste lo uno con lo otro, que se establezca esplicitamente ó se asiente esta máxima y que al mismo tiempo se contravenga á ella, colocando el gasto, el pago que producen aquellas obligaciones en el presupuesto extraordinario.

Dirémos en fin, para terminar sobre este punto, que si el pago de los intereses y amortizacion de los empréstitos, ó anticipaciones de cualquier género, (no desapareciendo desde luego) se estima gasto extraordinario, de aquellos que no desnivelan permanentemente el presupuesto, que no causan un déficit verdadero, efectivo y constante, si se califica como una perturbacion del equilibrio en que los presupuestos deben estar, producida por una causa extraordinaria y por lo tanto momentánea y pasajera, se habrán trastornado las nociones mas obvias y universalmente—me atrevo á decir—unánimemente admitidas en la materia; y se habrá sistematizado, legalizado y santificado la bancarrota, excitando á contraer empréstitos para pagar los intereses de otros empréstitos, haciéndolo así indefinidamente mientras se encuentre quien anticipe, sea cual fuere el precio, esto es, el tipo del interés, y estableciendo una especie de máquina de recibir anticipaciones sin fin.

Sin exajeracion alguna, ó mas bien, exajerando y aun faltando á la exactitud en el sentido contrario á nuestro convencimiento, se puede asegurar que, entrando en un exámen detallado de las partidas que

forman el presupuesto extraordinario de gastos presentado para el año próximo y los de los años anteriores desde el de 1859, se hallará que mas—mucho mas—de la mitad de lo comprendido en aquel, y mas de la tercera parte de lo comprendido en estos, corresponde á la clase de las obligaciones y gastos ordinarios; siendo esto mas indudable y mas claro respecto de aquellas atenciones que respecto de otras muchas comprendidas, por todos y en todos tiempos, en los presupuestos ordinarios.

¿Se pondrá ahora en duda la verdad y exactitud de nuestra asercion, á saber, que los presupuestos se hallan en déficit considerable; que de esta falta, la cual han tenido los anteriores, unos en mas, otros en menos, adolecen tambien los del año corriente y los presentados para el venidero? Concediendo—volvemos á decirlo—el completo acierto en los cálculos, su absoluta realizacion, y exactitud omnimoda en los presupuestos presentados, no se puede dudar que hay en ellos un crecido déficit; un déficit en cuantía de mas de la mitad del importe del presupuesto extraordinario de gastos; un déficit que, sin exajeracion alguna (es indudablemente mayor), no baja de 300 millones; un déficit proveniente de no alcanzar los ingresos para satisfacer una parte de las obligaciones ó atenciones que, hállense ó no comprendidas en el presupuesto de gastos ordinarios, son de este género y debieran haber formado parte de él.

forman el presupuesto extraordinario de gastos pro-
-cedido para el año próximo. IV. Véase el anexo núm. 1.
-El mal producido por el desnivel y constante dé-

ficit de los presupuestos, mal en si grave y de funes-
tas consecuencias, se hace todavia mas grave por la
circunstancia de sernos desfavorable la balanza de
comercio. Con la sola excepcion de un año, provinien-
do esta excepcion de causas especiales y muy ex-
traordinarias, la balanza de comercio acusa constan-
temente una diferencia considerable en favor de la
importacion respecto de la exportacion. Tratando en
el discurso que recientemente he pronunciado en el
Senado (sesion del 6 de Abril de 1865) de este asun-
to, el cual tiene, en mi sentir, grande importancia,
y hablando tambien de otro que la tiene igualmente y
que se halla íntimamente relacionado con aquel, la li-
bertad de comercio, enuncié, ligera é incidentalmente,
mis ideas acerca de ellos, diciendo: «El espejo, (habia
»dicho que hay un espejo para ver claramente la fiso-
»nomia de la Hacienda pública), el espejo, señores,
»es el resultado de las balanzas del comercio. Yo he
»visto algunas, no todas: solo he podido recorrer, por-
»que no he tenido á la mano las otras, las correspon-
»dientes á los años desde 1855 á 1862 inclusive (*El*
»*Sr. Ministro de Hacienda*: No hay mas.), las cuales
»ofrecen el resultado siguiente. Leeré solamente los
»números que indican millones ó centenas, omitiendo
»los de decenas abajo, para no molestar la atencion de
»los Sres. Senadores.

Diferencia definitiva á favor de la exportacion.

» Año de 1855. 235.602.169.

» El año de 1855, único que ofrece resultado favorable, fué excepcional, por motivos que todos los señores Senadores recuerdan: la guerra de Crimea produjo una grandísima exportacion, dando un gran valor á todos nuestros frutos.

» En los demás años, los resultados son estos:

Diferencia definitiva á favor de la importacion.

» 1856. 240.550.966

» 1857. 386.793.414

» 1858. 533.198.251

» 1859. 235.659.733

» 1860. 385.110.053

» 1861. 751.093.327

» 1862. 568.780.433

» Total á favor de la importacion. 3.401.186.177

» Se rebaja por la exportacion. 235.602.169

» Queda reducida la diferencia á. 2.865.584.008

» Rebatido esto (y cuidado, señores, que no nos verémos en otra) y suponiendo que siempre fuera lo mismo, que cada ocho años hubiera uno excepcional, rebájo los 235.602.169, y quedan 2.865.584.008 para los ocho años.

»El año comun de los ocho ofrece grande diferencia á favor de la importacion: el valor de ella sobre el de la exportacion asciende á 358.498.004.

»Hay que agregar á esta última cantidad, por los intereses de la deuda consolidada y diferida exterior, que, como saben los Sres. Senadores, se pagan en París y Lóndres, 84.288.000 rs. Hay que agregar además lo que se paga por las acciones y obligaciones de las empresas de ferro-carriles: y hay que agregar por último, el valor, de lo que se importa ó viene de contrabando.

»Teniendo en cuenta todo esto, créo que los señores Senadores juzgarán que me quedo corto, en vez de pecar de exajerado, al suponer que el dinero que sale anualmente de España, asciende á 500 millones: sé que es mucho mas; pero me limito á esta cantidad. Y ahora yo dejo á la conciencia de los señores Senadores, de todos los hombres públicos y de todos los españoles, decir qué vá á suceder en una Nacion de la cual salen todos los años 500 millones de reales para el extranjero. Aquí hay un hecho y un principio incuestionado é incuestionable; el hecho es el que acabo de manifestar al Senado; el principio es que las diferencias de las balanzas de comercio se saldan con dinero: no hay otra cosa con que saldarlas.

»Los productos extranjeros que se importan, se pagan con los productos nacionales que se exportan; pero cuando se importa mas que se exporta, como que no hay productos con que pagar aquello, es ne-

» necesario pagarlo con dinero. Este es un axioma en
» economía política, es un principio reconocido.

» «Ahora bien: ¿puede esto curarse con la panacea
» que cura todos los males, con la libertad de comer-
» cio? Para mi es muy sencillo: será una extravagán-
» cia—vuelvo á decir—será un achaque de la vejez;
» pero yo lo veo así, y lo digo como lo veo: cumplo
» con mi conciencia. ¿Qué dará la libertad de comer-
» cio en sus primeros años? Una inundacion; porque
» todo el que necesite un artículo cualquiera, sea
» quien quiera esa persona, aunque sea el Presidente
» del Senado, resolviendo únicamente la cuestion indi-
» vidual, vá, como es natural, á lo mas barato: de suer-
» te que todos se proveerán del género extranjero, que
» es mejor y mas barato. Por consiguiente, aunque el
» derecho sea módico, mientras dure la inundacion, el
» resultado será cuantioso, porque, como se importa
» mucho, se pagará muchísimo. ¿Pero no ha de tener
» fin, señores, el dinero en la nacion? ¿De donde sale?
» Si en lugar de 500 millones que salen hoy, salieran
» 1.000, 2.000, se veria pronto el término. ¿De dónde
» nos había de venir el dinero necesario para que esto
» fuera una mina inagotable, una fábrica de dinero sin
» fin, de modo que no se extinguiera nunca? Se ha
» de acabar pues, y cuando se acabase, como por des-
» gracia se acabaria pronto, muy pronto, no impor-
» tamos nada, porque los extranjeros no nos traen
» los géneros de balde, no nos los regalan; los traerán
» si, cuando haya, otros productos con que cambiar-
» los ó dinero en su defecto: no teniendo dinero, no

»traerán mas géneros que los correspondientes á los
»productos que puedan dárseles en pago.
»Vé el Senado que hoy son muy pocos, y serian
»menos en aquel caso; por lo cual vendriamos á pa-
»rar, despues de esa inundacion, á que la abundan-
»cia de medio año, de uno ó dos años, nos colocaría
»en la situacion mas miserable del mundo, en una si-
»tuacion que horroriza.»

En el discurso mencionado hice referencia á lo
que, acerca del punto de que se trata, habian mani-
festado, mas ó menos directamente, los Sres. Sena-
dores D. Luis Maria Pastor y D. Alejandro Olivan, á
quienes cité. Creyéronse, con este motivo, uno y otro
en el caso de hacer algunas explicaciones, por via de
rectificacion, y véase lo que manifestaron sobre el
asunto.

El Sr. Pastor. — «Rectificaré en primer lugar lo di-
»cho por el Sr. Bravo Murillo acerca de que yo conside-
»raba la reforma de los aranceles de aduanas como la
»panacea universal, y que hasta que llegue el libre-
»cambio no habrá felicidad. He dicho muchas veces, y
»el Senado lo ha oido, que el libre-cambio es el ideal
»de la ciencia, pero que en la práctica no aspiro á mas
»por ahora que á la reforma de los aranceles de adua-
»nas, y me contentaria con cualquiera de los aranceles
»de cualquiera otra nacion, inclusa la de Marruecos.

»Que el crédito es un mal; y para demostrarlo ha
»presentado S. S. las balanzas de aduanas (y esto
»es muy importante) de 1855 á 62. Si hubiera ido
»mas atrás, hubiera encontrado el mismo fenómeno

«desde que España es España, y lo mismo sucede en todas las demás naciones. Dice S. S.: importamos mas que exportamos: luego la diferencia es un saldo en contra. Esto es una equivocacion, que está desvanecida hace mas de cuarenta años. La balanza se hace del modo siguiente. Sale un buque, con valor de 100.000 duros, en direccion á Inglaterra, y se dice en la balanza: salida, 100.000 duros. Aquel buque se pierde; no llega nunca: falta este beneficio de 100.000 duros, porque no vuelve su equivalencia. Pero el buque no se pierde, llega á Inglaterra, y su cargamento se realiza con un 10 por 100 de beneficio, lo que le hace ascender á 110.000 duros. El corresponsal de Londres escribe, diciendo: he vendido los géneros en 110.000 duros; y el mandatario le contesta: mándemelos V. en efectos de ese país. Vienen los 110.000 duros, que, recargados con los fletes y portes, aparecen en la importacion por 120.000. ¿Hemos perdido esa diferencia de 20.000 duros? No señores; al contrario: se han ganado 10.000. Además, los fletes se pagan aquí, y es un beneficio mas. De consiguiente, sin venir un real, al contrario, teniendo que dar dinero todavía, hay esa diferencia en la balanza. Pero esto es una cosa ya demostrada, vulgar, que Smiht dijo ya el año 70 del siglo pasado. Si pudiera entretenirme mas, yo lo demostraria con muchos ejemplos al Senado.»

El Sr. Olivan.—«Que nosotros proponemos la libertad de comercio. No, señores; yo no creo que

»la ciencia económica sea la única lumbrera para re-
»solver todos los problemas sociales: es lumbrera, sí,
»pero es la luz que quema, si uno se acerca mucho á
»ella: lo que es menester que los Gobiernos la tengan
»presente, como ha dicho el Sr. Bravo Murillo, como
»ha indicado el Sr. Ministro de Hacienda, y como he-
»mos dicho nosotros. Nuestras palabras no han sido
»bien comprendidas: nosotros no queremos revolucio-
»nes en la Hacienda; queremos reformas lentas, pau-
»latinas, templadas, prudentes, que son las que pro-
»ducen el bien. No hemos pedido la libertad de co-
»mercio. Yo no soy libre-cambista: profeso opiniones
»templadas respecto á la ciencia económica, como las
»profeso en política y en administracion. No soy exa-
»gerado en mis ideas. No digo esto porque lo sea el
»señor Pastor, antes al contrario. El Sr. Pastor pro-
»fesa la doctrina económica, porque la conoce mejor
»que yo; pero yo, que puedo ser discípulo de S. S.
»en estas materias, y en ello me honro mucho, me
»mantengo en el terreno de la práctica. S. S. podrá
»ser mas doctrinario: yo soy mas práctico....

»El Sr. Bravo Murillo habló tambien de los aran-
»celes y de la libertad de comercio. Repito lo que ya
»he dicho: nosotros no hemos querido que se abran
»las puertas de par en par, sino que se hagan las re-
»formas convenientes al pais y á la produccion, pues
»sin ellas la produccion se ahoga. Esto es lo que he-
»mos querido, y lo que de seguro quiere el Sr. Bravo
»Murillo y todo hombre de gobierno; es decir, que los
»aranceles estén como deben estar. Si el Sr. Bravo

» Murillo me prueba que los aranceles están perfecta-
» mente, como deben estar, quemo mis libros y retiro
» mi raciocinio.....

» Las balanzas que ha leído el Sr. Bravo Murillo,
» ¿qué prueban? Prueban que en España hay una
» gran extraccion de dinero todos los años.

» Y pregunto yo: ¿se opone S. S. á que aprove-
» chemos una ocasion de traer dinero á nuestro país?
» ¿Y cómo lo traemos? Lo que hay que hacer única-
» mente es favorecer, promover, aumentar la produc-
» cion en España para que, en lugar de enviar dinero,
» remitamos efectos, productos, y en cambio reciba-
» mos dinero. ¿Y es esto lo que podemos nosotros ha-
» cer hoy en el estado angustioso en que nos encon-
» tramos? No; nosotros necesitamos 2.000 millones, y
» no tenemos de dónde sacarlos. Pues traigámoslos
» del extranjero á un interés proporcionado: vengan en
» barras de plata ó de oro, y con este dinero tendré-
» mos al menos para que el Tesoro esté desahogado y
» salga de deudas interiores que son las mas apre-
» miantes, aunque contraigamos una deuda exterior
» perpétua, que se amortizará cuando el Estado tenga
» recursos para ello.

» ¿Se cura todo con la libertad de comercio? pre-
» guntaba el Sr. Bravo Murillo, haciendo tristes vati-
» cinios, cual otra *Casandra*, pero cuya voz oigo siem-
» pre con respeto y consideracion. Y se contestaba
» S. S.: No. Pues nosotros tampoco proponemos esa
» libertad de comercio.»

Las indicaciones sobre la materia que nos ocupa, hechas respectivamente por el autor del presente Opúsculo en su discurso, y por los Sres. Pastor y Olivan al rectificar, dán á conocer los puntos en que las diversas opiniones difieren y aun son opuestas, y los objetos esenciales de la controversia. Para fijarlos aun más determinadamente, y proceder sobre sólidas bases en el exámen del asunto, (á cuyo completo esclarecimiento no es permitido aspirar, habiéndolo de tratar brevemente, pues se toca por incidencia lo que ha dado materia y la ofrece para muchos volúmenes) conviene recordar algunos datos, á mas de los recordados en el mencionado discurso.

El resumen contenido en el siguiente estado suministra todos los que, en nuestro sentir, pueden considerarse de interés:

RESÚMEN, en reales vellón, de los valores de la exportación y de la importación en el comercio general con Europa, Africa, América y Asia.

AÑOS.	EXPORTACION.	IMPORTACION.	MATERIAL para obras públicas, importado.		DIFERENCIAS en favor de la exportación.		DIFERENCIAS en favor de la importación.	
	<i>Reales vellón.</i>	<i>Reales vellón.</i>	<i>Reales vellón.</i>	<i>Reales vellón.</i>	<i>Reales vellón.</i>	<i>Reales vellón.</i>	<i>Reales vellón.</i>	
1855.	1.259.363.492	1.023.761.323	No consta.	235.602.169	»	240.550.966		
1856.	1.063.617.110	1.304.168.076	No consta.	»	»	386.793.414		
1857.	1.168.581.599	1.555.375.013	No consta.	»	»	533.198.251		
1858.	971.359.814	1.504.558.065	No consta.	»	»	235.659.733		
1859.	1.026.032.988	1.261.692.721	97.506.738	»	»	385.110.053		
1860.	1.098.203.445	1.483.313.498	242.148.168	»	»	751.093.327		
1861.	1.269.500.460	2.020.593.787	244.605.146	»	»	568.780.433		
1862.	1.110.532.270	1.679.312.703	214.544.094	»	»			
Totales.	8.967.191.178	11.832.775.186	798.804.146	235.602.169		3.101.186.177		

En el preinserto resumen se ha expresado determinadamente, en casilla separada, el importe del material para obras públicas introducido en cada uno de los años de 1859, 1860, 1861 y 1862, únicos en que se ha consignado ese importe en las balanzas. El valor del material importado en los demás años nos es desconocido, no apareciendo este dato en ellas. No llegó el del importado en 1859 á 100 millones; siendo evidente que el del introducido en los cuatro años anteriores debió de ser mucho menor, porque es notorio que en 1855, 1856, 1857 y 1858 se hizo poquísimo en ferro-carriles y demás obras públicas. Suponiendo, sin embargo, que fuera el de 100 millones en cada uno de dichos cuatro años, y añadiendo 400 millones á los 798.804.146, valor del material para obras públicas importado en los cuatro años siguientes, resultará un total de 1.198.804.146, correspondiendo al año comun de los ocho, 149.850.518,25.

Hemos fijado, aun calculándolo con exajeracion en lo respectivo á cuatro de los ocho años, el valor del material de obras públicas importado en ellos, no porque esta importacion no produzca los mismos resultados que la de todas las demás mercancías, y constituya en la balanza un desnivel perjudicial, sino porque, habiendo de disminuir á medida que se vayan concluyendo las obras públicas, si bien habrá de continuar en parte aun despues de terminarse aquellas de todo punto, puede considerarse este desnivel accidental y extraordinario en mucha parte, y por lo tanto de menor trascendencia y menos funesto influjo en

la situación estable, permanente y normal de la Hacienda pública.

Recordaremos ahora, presentándolo de una manera perceptible con claridad y á la simple vista, el importe total, en los ocho años trascurridos desde 1855 á 1862 inclusive, de la exportacion y de la importacion en general; de las diferencias en favor de la importacion, ó sea el exceso de ésta respecto de la exportacion; del material importado para obras públicas, aumentando, á lo que consta en las balanzas de comercio, 100 millones por cada uno de los cuatro años de 1855 á 1858 inclusive; y expresando, en fin, lo que corresponde, por cada concepto, al año común de los ocho que comprende dicho periodo.

Total de la exportacion en los	
ocho años.	8.967.191.178.
Corresponde al año comun. 7. .	1.120.898.897,25.

Total de la importacion en los	
ocho años.	11.832.775.186.
Corresponde al año comun. 7. .	1.479.096.898,25.

Total de las diferencias en el	
mismo periodo á favor de la	
importacion, rebajada la que	
hubo en 1855 á favor de la	
exportacion.	2.865.584.008.
Corresponde al año comun. 7. .	358.198.001.

Total del material para obras	
-------------------------------	--

públicas importado en igual período, suponiendo que ascendiese á 400 millones el introducido en cada uno de los cuatro primeros años. . . . 4.198.804.146.
Corresponde al año común. . . . 449.850.518,25.

Asentados los datos precedentes, que son de todo punto exactos, harémos algunas reflexiones; aunque no ciertamente—preciso es repetirlo—las que, por su gravedad é importancia exige el asunto, para indicar los funestos resultados del desnivel producido en la balanza de comercio por el exceso de la importacion respecto de la exportacion, y los que produciria el libre cambio.

La tésis que se acaba de establecer, se cree por muchos, no sólo errónea, sino extravagante; habiéndose manifestado en algunos diarios de la Côte, que mis reflexiones son improcedentes; que la balanza de comercio es cosa desacreditada; que el sostener las doctrinas que yo profeso es retroceder. Mis aserciones se han estimado por algunos, no ya infundadas de todo punto, sino fútiles, extravagantes, calificando como un retroceso, como una *antigualla*, lo que sobre esta materia expuse en mi reciente citado discurso. Interpretándolas de cierta manera, las ideas enunciadas en mi discurso merecerían, en efecto, la califica-

cion de fútiles, extravagantes y hasta ridículas: entendidas y aplicadas como se deben entender y aplicar, las creo fundadas, sólidas y verdaderas. Si ésta convicción es errónea, mi obcecación es ciertamente grande. Séame permitido indicar las razones que me hacen sostenerla, refutando las que se aducen de contrario. Posible es que mis ideas sean erróneas; pero son sinceras, y de ellas tengo profundo convencimiento.

El que *importemos mas que exportamos*, dijo el Señor Senador D. Luis María Pastor, según se acaba de recordar, ser *una equivocación que está desvanecida hace mas de cuarenta años*. El dinero es una mercancía como las demás, y es al mismo tiempo, en la cantidad equivalente al valor, en el momento dado, de cada cosa, de cada objeto de comercio, el signo representativo de ese valor, pudiendo de consiguiente cambiarse por todos aquellos objetos, lo cual facilita grandemente el comercio, que, en último resultado, es el cambio de un objeto por otro.

Considerado el dinero, esto es, la plata y el oro amonedados, como una mercancía, la importación y la exportación son y han de ser necesariamente iguales la una á la otra, y la balanza de comercio no puede arrojar diferencia alguna entre las dos, ó sea, exceso respecto de ninguna de ellas. Esta es una verdad inconcusa, que dán á conocer la ciencia y el buen sentido. Las mas profundas y sublimes exploraciones de la ciencia y las mas sencillas inspiraciones del sentido común producen, de consuno y con entera conformidad, el íntimo y profundo convencimiento de esta máxi-

ma: «La exportacion ha de ser, en último término y definitivamente, igual á la importacion.» En tanto que haya que exportar, se importará: si se disminuye la primera, se disminuirá la segunda: si se acaba-se del todo aquella, se acabaria del todo ésta. Si la importacion fuera mayor que la exportacion, ó al contrario, las naciones de las cuales procediera el exceso, los dueños de las mercancías que constituyeran este exceso, no recibirían el precio ó cambio de ellas: aquel exceso seria — en el efecto, aunque no lo fuera en la intencion — un donativo, un regalo; y el comercio no se alimenta de regalos. Considerada la moneda bajo este aspecto, la balanza de comercio no tiene objeto, ni aun significacion: ha de estar necesariamente en el fiel: no es posible que se incline á ninguno de los dos lados, y es incuestionable, evidente, axiomático, que *no se importa mas que se exporta, ni se exporta mas que se importa.*

Pero considerada la moneda bajo el segundo aspecto, esto es, como una mercancía universal que se puede cambiar por todas las demás mercancías, como el signo representativo, en la cantidad equivalente (cantidad que determina la ley general de la oferta ó la demanda) del valor de todos los objetos de comercio, la balanza de comercio puede arrojar, y comunmente la arroja, diferencia entre la exportacion y la importacion, esto es, entre la exportacion é importacion de las mercancías que no son dinero; y se dice con toda exactitud, siendo esta locucion técnica, que la balanza de comercio es favorable á la exporta-

cion, si se ha exportado mayor valor en mercancías *no moneda* que el importado; y, por el contrario, se dice que es favorable á la importacion, si el valor de las mercancías *no moneda* importadas es mayor que el de las exportadas. En este sentido, el decir que se importa mas ó menos de lo que se exporta, no es, no puede ser una equivocacion, ni desvanecida, ni por desvanecer. Si es ó no de interés para la prosperidad de las naciones, si tiene ó no influencia en el aumento ó disminucion de la riqueza pública el hecho de ser la balanza de comercio favorable ó contraria, no es objeto del exámen del momento: lo que actualmente nos ocupa es el exámen de si hay ó no equivocacion en decir que la balanza de comercio sea favorable ó desfavorable; y queda superabundantemente demostrado, á nuestro parecer, que no hay equivocacion y que no puede haber sido desvanecida hace cuarenta años, ni antes ni despues.

En uno de los dos casos que, por via de ejemplo, recordó el Sr. Pastor, como lo hacen muchos economistas, para probar que el resultado que ofrece la balanza de comercio, no se puede considerar como seguro, es esto exacto, cierto, ciertísimo, en cuanto á no llegar á su destino una parte de las mercancías que hayan salido de una nacion dada. Si se pierde, con su cargamento, el buque en el cual se conducian, claro es que no pueden llegar al punto á que iban dirigidas ni á otro alguno, claro es que no pudieron ser materia de cambio ni objeto de comercio, y claro es que la exportacion, en el resultado, en los efec-

tos, será menor que lo que aparezca de la balanza. Pero de lo que acontece en este caso, que es excepcional, que puede tener lugar, y lo tiene, lo mismo proporcionalmente respecto de las mercancías que se exporten de un punto que respecto de las que se exporten de otro, de una que de otra nacion, y que por lo mismo debe estimarse como si no existiera, pues está compensado, se deduce la consecuencia de que la exportacion es, en realidad, siempre, en todos los países, menor de lo que aparece en la balanza de comercio.

Otro ejemplo, dándole grande importancia, considerándolo una demostración perentoria, adujo tambien el Sr. Pastor, como lo aducen tambien muchos economistas. «El buque, dijo, llega á Inglaterra, y su »cargamento se realiza con un 10 por 100 de beneficio, lo que hace ascender los géneros (el valor de »los que conducía era, en el punto de la exportacion, »100.000 duros) á 110.000 duros. El corresponsal »de Lóndres escribe diciendo: he vendido los géneros »en 110.000 duros; y el mandatario le contesta: »mándemelos V. en efectos de ese pais. Vienen los »110.000 duros, que, recargados con fletes y portes, »aparecen en la importacion por 120.000 duros. ¿He- »mos perdido esa diferencia de 20.000 duros? No, se- »ñores: al contrario: se han ganado 10.000 duros. Ade- »más, los fletes se pagan aqui, y es un beneficio mas. »De consiguiente, sin venir un real: al contrario, te- »niendo que dar dinero todavia, hay esa diferencia en »la balanza. Pero esto es cosa ya demostrada, vulgar, »que Smiht dijo ya el año 70 del siglo pasado.»

Semejante raciocinio es en parte exacto y verdadero, y en parte es infundado á todas luces: el hecho es incuestionable, pero la aplicacion que se hace y la consecuencia que se deduce son de todo punto improcedentes.

Es indudable que las mercancías que se traen á un país dado, en retorno de las que han salido de él, tienen generalmente en aquel país mayor valor que el que tenían las exportadas, en cambio de las cuales se han obtenido; de lo cual se deduce que, suponiendo dos naciones igualmente florecientes, y perfectamente iguales los resultados de las balanzas de comercio de la una respecto de la otra, esto es, que ambas tengan, ó absoluta ó proporcionalmente, la misma exportacion y la misma importacion, ésta, en ambas, debe ser mayor que la exportacion, sin que de ello pueda deducirse que la balanza de comercio ofrece un resultado desventajoso. Pero ¿se puede, por Dios santo! explicar de este modo el exceso de la importacion sobre la exportacion que ofrece nuestra balanza? ¿Hay razon para sostener que ésta mayor importacion es una ganancia, un beneficio producido por el mayor valor de las mercancías obtenidas en cambio de las exportadas y que se importan en retorno? En los años de 1858, 1861 y 1862, en los cuales el exceso de la importacion sobre la exportacion ha pasado respectivamente de 530, 750 y 560 millones, ¿puede éste considerable exceso haber sido ganancia obtenida en el retorno?

La exportacion, en el año común de los ocho, as-

cienda á rs. vn. 1.120.898.897,25, y la importacion á 1.479.096.898,25, segun queda expuesto. ¿Se concibe siquiera la posibilidad de que, en cambio de mercancías por valor de 1.120 millones, se hubiesen obtenido mercancías por valor de 1.479 millones, es decir, un beneficio de cerca de 30 por 100? A la diferencia, en el mismo año comun, á favor de la importacion respecto de la exportacion, diferencia consistente en 358.198,004, segun queda sentado tambien, se debe agregar, como igualmente se ha dicho, para fijar la salida del numerario, ó sea del oro y de la plata amonedados, el importe de los intereses de la deuda exterior y de las acciones y obligaciones de ferro-carriles que se pagan en el extranjero, y el valor de la importacion que se hace sin pagar derechos (por defraudacion ó contrabando), debiendo rebajarse el valor de la exportacion del mismo género, la cual es ciertamente inferior en mucho: siendo evidente, que la salida ha excedido, y no poco, de 500 millones anuales. ¿Serán estos 500 millones beneficio obtenido, ganancia habida en el cambio de las mercancías exportadas, cuyo valor ha sido el de 1.120 millones? La exportacion de mercancías *no moneda* por valor de 1.120 millones ¿habrá producido una importacion de mercancías de la misma clase, esto es, de objetos de comercio *que no sean moneda* (lo mismo son para el asunto cuyo esclarecimiento nos ocupa las barras de plata ú oro disponibles para la acuñacion) por valor de 2.000 millones? Hay una circunstancia, digna de notarse, la cual dá á conocer que el verdadero valor de

la importacion es mayor, mucho mayor (no es posible fijar en cuanto) que el que aparece de la balanza de comercio, y que no lo es el de la exportacion. Esta circunstancia es la evaluacion de los objetos de comercio. A los que se exportan, se dá generalmente el valor que en realidad tienen, por no haber interés alguno en minorarlo: á los que se importan se dá, por el contrario, mayor valor del que en realidad tienen, habiendo en ello grande interés, pues son muchos los artículos por los cuales se pagan los derechos de arancel *ad valorem*.

Las consideraciones expuestas presentan como inconcuso y fuera de toda duda el gran desnivel, por ser mayor la importacion que la exportacion, que arroja la balanza de comercio, y la considerable salida anual de numerario que aquel desnivel y las otras causas indicadas exigen. El darlo así á conocer, sean provechosos, perjudiciales ó indiferentes los efectos de ello, ha sido nuestro objeto.

VII.

Accediendo á mi ruego una persona, á la cual estoy ligada por estrechos vínculos de tierna y afectuosa amistad, y la cual profesa en la materia que nos ocupa ideas que difieren de las mías, cuyo ruego se dirigia á que me hiciese, en brevísimó resúmen, una manifestacion de su juicio acerca del valor y de los efectos de la Balanza de comercio, lo hizo en los términos siguientes:

:

«La plata y el oro son mercancías como cualesquiera otras, y su precio ó valor de cambio está sujeto á la ley de la oferta y del pedido; esto es, que cuando abundan, valen poco, y mucho cuando escasean.

«La plata y el oro amonedados tienen por consecuencia la circunstancia de poderse cambiar por todo género de mercancías, lo que facilita las permutas. Esta cualidad hizo creer en lo antiguo que la riqueza consistía en tener mucha plata y oro.

«En tal creencia se dió mucha importancia en las naciones á tener favorable la balanza de comercio, esto es, á exportar mas mercancías que las importadas, para recibir el saldo en oro y plata.

«Este es un error reconocido desde el tiempo de Hume y Smith, y se le tiene ya por todos los economistas como una vulgaridad. Una nación que no tuviese mas que minas de oro y plata, perdería siempre en sus cambios con las demás, segun ese sistema, y sin embargo, tendría, no haciéndolos, cosas que le sobrarian, y carecería de otras necesarias.

«Hay mas; la abundancia desmedida de moneda de oro y plata puede perjudicar á una nación, porque los precios de las cosas se establecen por la unidad monetaria, y de consiguiente si el dinero abunda, hay que pagar mas caras las demás cosas, como los jornales, por ejemplo, y vienen abajo las industrias por la competencia que hacen otras naciones que, por no tener tanta moneda, pueden dar mas baratas sus producciones.

»Esto nos sucedió con el descubrimiento de América, de que daría testimonio Carlos V, si viviese.»

Que la plata y el oro son mercancías como cualesquiera otras, y que, *amonedados*, tienen, por convencion, la circunstancia de poderse cambiar por las mercancías de todo género, lo reconocemos, y queda asentado como incontestable, siendo, en nuestro sentir, evidente que aquellos metales, *amonedados ó no*, están sujetos, como todos los objetos de comercio, como todo lo que puede ser materia de cambio, á la ley de la oferta y del pedido.

Ha sido, en efecto, un error el creer, como se ha creído en lo antiguo, que la riqueza consiste en tener exclusivamente oro y plata; de modo que para poder decir que una nación tiene riqueza propia sea necesario que su suelo produzca esos metales en abundancia.

Establecidos estos principios que—lo repetimos—son, en nuestro sentir, inconcusos é incontestables, creemos que las dos siguientes deducciones, la primera de las cuales nació de aquel error, y la segunda ha nacido del desvanecimiento del mismo error, deducciones enteramente opuestas la una á la otra, son igualmente erróneas: primera, que la importacion de mercancías *no moneda*, mayor que la exportacion de mercancías de la misma clase, ó, lo que es lo mismo, el tener la balanza de comercio desfavorable en este sentido, sea siempre y en todo caso perjudicial; segunda, que no lo sea nunca; que en cualquier caso sea esto y deba estimarse indiferente.

Que es errónea la primera de aquellas dos deducciones, se demuestra con una reflexion sencillísima. Si el tener la balanza de comercio desfavorable fuera siempre y en todo caso perjudicial, el país que tuviera una grande producción de plata y oro, siendo escasa é insuficiente la de otros artículos que necesitase, no se hallaría nunca, no se podría hallar en un estado floreciente, porque para obtener los artículos de que careciese habia necesariamente de dar en cambio plata y oro. Suponiendo por un momento cierta la deducción cuya falsedad se está patentizando, supongamos tambien dos naciones cuyas balanzas de comercio estén equilibradas respecto de todos los objetos de comercio menos el hierro y el oro; que cada una de ellas produzca en abundancia uno de estos artículos (y carezca absolutamente del otro; que los cambien, dando y recibiendo reciprocamente oro y hierro: la que exporte hierro, deberá estimarse rica y floreciente, aunque su producción sea muy pequeña, y la que exporte oro, se deberá estimar pobre y miserable, aunque la producción de él sea inmensa, porque sus balanzas de comercio han de arrojar forzosamente un resultado, favorable la de la nación que exporte hierro, y desfavorable la de la nación que exporte oro. Sin necesidad de reflexion alguna se conoce que esto es absurdo. La plata y el oro son mercancías: lo mismo es producir esta mercancía que producir otra, en cambio de la cual se pueda obtener. Lo que interesa á una nación es que su suelo ó su industria produzcan, ya en uno ya en

muchos artículos, un sobrante de lo que necesite para su propio consumo, que pueda convenientemente exportar, y con cuyo producto pueda adquirir los artículos de que carezca y los cuales le sean necesarios.

Que es asimismo errónea la segunda de las dos deducciones, á saber, que siempre y en todo caso sea y deba estimarse indiferente que la balanza de comercio ofrezca un resultado desfavorable, nos parece fácilmente demostrable. Por regla general, es perjudicial aquel resultado: el no serlo, como no lo es en ciertos casos, según queda demostrado, constituye la excepcion de aquella regla.

En una nacion que carece absolutamente de minas de oro y plata, ó en la cual es mezquina é insignificante la producción de estos metales, si la balanza de comercio le es contraria, si entre la importacion y la exportacion hay en realidad una diferencia á favor de la primera que haya de saldarse en dinero, se ha llegado ya ó se ha de llegar próximamente á la decadencia, á la pobreza y á una situacion aflictiva. Hemos dicho—*si hay en realidad*,—porque el exceso en la importacion que provenga de ganancia obtenida en el cambio, claro es que no ha de pagarse con dinero ni con otras mercancías: el desnivel que produce en la balanza es aparente.

¿Cuál puede ser, cual ha de ser necesariamente el resultado de una exportacion anual de numerario (ya se ha dicho que para el objeto del exámen que nos ocupa, lo mismo son el oro y la plata amonedados que en barras) en una nacion que no produce esos

metales en cantidad igual á la que se exporte? Que la exportacion ha de terminar, porque el oro y la plata que haya en aquella nacion, por grandes que sean los tesoros que posea, se han de acabar; qué, habiendo de limitarse la importacion á lo que se pague, ora con productos agrícolas ó industriales, ora con plata ú oro, habrá de disminuir necesariamente, pues to que ha de faltar la parte que se pagaba con dinero, disminuyendo tambien este. Efectos necesarios de ello serán: que el dinero, ó mercancía sujeta, como todas, segun se ha dicho, á la ley general de la oferta y de la demanda, escaseará, y por consiguiente aumentará su precio con relacion al de la propiedad, al de los jornales y al de todas las demás mercancías ú objetos de comercio del mismo pais: que el comercio exterior é interior decrecerán: que las transacciones todas se dificultarán y se disminuirán; viniendo, por consecuencia de todo ello, á la postracion y la miseria. Siendo cierto que *la abundancia desmedida de moneda puede perjudicar á una nacion, porque, si esta abunda, hay que pagar mas caras las demás cosas, como los jornales, por ejemplo, y vienen abajo las industrias*, es no menos cierto que *la suma escasez perjudica, aún más intensa y sensiblemente, en el sentido contrario, según queda expuesto.*

Para los efectos y en los casos que se han indicado, y con las explicaciones que se han dado, creemos que el resultado de la balanza de comercio tiene verdadera y aun grande importancia, y que tal conviccion no debe estimarse una vulgaridad.

VIII. El presente Opúsculo no es un tratado teórico. Ni al esclarecer el punto que ahora nos ocupa, ni en el exámen y dilucidacion de otros alguno, hacemos una exposicion científica de doctrinas abstractas. Nos proponemos patentizar la realidad en lo presente, y demostrar las consecuencias que lo presente ha de producir. Hablamos de España; indicamos lo que á España creemos que ha sido, es y será ventajoso ó perjudicial; y examinamos hechos concretos; exámen esencialmente práctico. Todo lo que, al hablar de la balanza de comercio, queda expuesto, se dirige á demostrar que el resultado que arroja en los ocho años transcurridos desde 1855 á 1862, inclusive (y debe creerse que posteriormente háya sido y en la actualidad sea esencialmente el mismo) es desventajoso para España; porque conduce á una situacion desfavorable. España no produce; ni posee colonias que produzcan plata ú oro en la cantidad necesaria para saldar la diferencia que, á favor de la importacion, arroja su balanza de comercio. De oro no se han descubierto minas explotables; no hay produccion alguna, porque no merecen este nombre los granos que, con trabajo sumo y expuesto á quedar sin suficiente remuneracion, se encuentran entre las arenas de algunos rios. De plata se han descubierto muchas, y algunas se hallan en explotacion; pero la cantidad que producen

de aquel metal es, para una nacion, muy pequeña; es, para el objeto de que se trata, insignificante. Si España produjese en abundancia plata ú oro, y no fuese mayor que la cuantía de este producto el exceso de la importacion sobre la exportacion de las demás mercancías, ningun mal habria en pagar con plata ú oro ese exceso, ningun perjuicio resultaria de ello: pagarlo con dinero seria lo mismo que pagarlo con otra produccion agricola ó industrial; pero no siendo así, el numerario irá disminuyendo, puesto que para pagar aquél saldo, y los intereses de la deuda y de las acciones y obligaciones de ferro-carriles, há de salir de España anualmente una considerable cantidad de dinero, y á medida que el numerario disminuya, irá decreciendo la importacion, hasta que se reduzca á la cuantía de la exportacion de las mercancías *no moneda*, la cual, por desgracia, es y ha de ser reducida mientras (yo no alcanzo el medio de lograrlo, aunque no niego la posibilidad) no se obtengan con mayor baratura algunas de las actuales producciones, ó haya otras exportables. Por *desgracia*, se ha dicho, porque el reducirse la importacion será un mal de muy funestos resultados. Es de desear que tanto la importacion como la exportacion de las mercancías *no moneda* sean grandes: la cuantía de ellas es el barómetro de la prosperidad de una nacion.

Ocorre naturalmente una objecion á lo que dejamos expuesto. Si todo lo asentado fuera cierto, si el

resultado de la balanza de comercio fuese realmente el que aparece, y si de ello hubieran de seguirse los funestos efectos que se anuncian para lo futuro, los estaríamos, hace ya tiempo, sufriendo, y precisamente la riqueza pública ha tenido progresivo aumento en los ocho años en que aquel resultado es conocido, y se cree, y se dá por supuesto, que en los posteriores ha sido y es esencialmente el mismo: precisamente este periodo constituye la época de la mayor prosperidad de España desde principios del siglo y aun antes; nuestro

Para desvanecer esta objecion, que tiene grande apariencia de solidez, no es posible aducir datos, porque los desconocemos, y aun creemos que no los hay: habrémos de fundarnos en cálculos que tenemos por exactos, y que sin duda serán universalmente calificados del mismo modo.

La balanza de comercio no ha ofrecido en todas épocas, á nuestro juicio, el mismo resultado; no ha podido ofrecerlo. Mientras España recibia de sus posesiones de América remesas de oro y plata, la diferencia entre la importacion y la exportacion, á favor de la primera, diferencia que indudablemente existia, se saldaba, y podia saldarse sin inconveniente alguno, con aquel dinero. Esta afluencia de metálico traído de América—sea dicho de paso—produciendo, como se observa oportunamente en el precedente inserto (página 196), la baratura del dinero y el encarecimiento de los jornales, fué causa de que la produccion de España, así agrícola como industrial, se hiciese mas

en cantidades muy considerables, y esto ha producido un grandísimo aumento en la importacion. En parte es conocida con entera exactitud, y en parte es calculable la cuantía de esa introduccion. En virtud de la ley que al efecto votaron las Córtes constituyentes, se negoció en 1856 el empréstito de 500 millones efectivos, habiéndose realizado la entrega de aquella suma, segun se convino, en el mismo año y en el de 1857. Esta es la parte conocida: la calculable es la del dinero que ha venido á España en cambio de acciones y obligaciones de ferro-carriles. Que lo traído para este objeto ha sido mucho, que asciende á miles de millones, creemos que no se negará, ni se pondrá en duda por nadie: el importe fijo y determinado nos es desconocido en el momento, no siendo de interés el averiguarlo.

Por los motivos indicados, la introduccion de numerario en España ha sido grande en el período de los ocho años y en los posteriores; y habiendo abundado, en su virtud, los medios de pago, la importacion ha podido ser mucho mayor que la exportacion; explicándose por esta causa, y comprendiéndose muy bien, cómo ha podido y puede ocurrir que la diferencia entre la importacion y la exportacion, á favor de la primera, la cual ha de producir escasez y empobrecimiento, tenga lugar en una época de prosperidad.

Las reflexiones que se han hecho acerca de los efectos que debe producir la diferencia entre la exportación y la importación, el exceso de esta última, suponen la realidad de esta diferencia, la exactitud del resultado que arroja la balanza de comercio. Creemos que la importación es aun mayor, porque una considerable parte de ella, la que se hace de contrabando ó por fraude, se oculta, no figura en la balanza; pero suponiendo que, por motivos que desconocemos y en cuya existencia no creemos, el resultado de la balanza no deba tenerse por exacto, se deduciría de ello que no se puede asegurar que la importación sea mayor que la exportación: ¿habrá quien sostenga y crea sinceramente que la balanza se inclina hacia el lado opuesto, que la exportación es mayor que la importación? ¿Habrá quien así lo piense, tomando en cuenta, no solo la importación que se realiza legítimamente, sino la que tiene lugar por fraude ó de contrabando? ¿No se conoce á primera vista que no es así? Pues si no es así, debiendo tenerse de ello una persuasión firmísima y estimarlo como evidente, si lo mas que se pudiera suponer, y aun esto sin fundamento alguno y, no solamente contra el resultado de la balanza, sino contra la convicción universal, es que la importación de mercancías sea igual á la exportación, necesario es calcular los efectos y las consecuencias de la salida anual de numerario que inde-

fectiblemente ha de realizarse por otros motivos y bajo de otros conceptos, la que tiene lugar para el pago de los intereses de la deuda y de las acciones y obligaciones de ferro-carriles que se verifica en el exterior. Los de la deuda exterior solamente ascenden hoy á 85 millones; agregando el importe, hoy tambien, de los correspondientes á ferro-carriles, es seguro que el total no bajará de 200 millones. Esta obligacion va en aumento, y dentro de poco habrá que pagar seguramente, por uno y otro concepto, mas de 300 millones. La salida anual y constante de una cantidad considerable, como lo es para España la de 300 millones, producirá al cabo de no mucho tiempo, si continúa, los funestos efectos que se han indicado.

No los produciría si, equilibrada respecto de las demás mercancías la balanza de comercio, hubiese en España una producción, agrícola ó industrial, que pudiera exportarse convenientemente en la cantidad equivalente á la de aquellos pagos. En la actualidad no la hay, no la conocemos: quien indicara el medio de obtenerla, medio seguro y practicable, mereceria bien de la patria.

La nivelacion que deseamos, el equilibrio de la balanza de comercio, la igualdad entre la importacion y exportacion de toda clase de mercancías, inclusa la del dinero, ó del oro y la plata, que es una mercancía como las demás, se obtiene de dos modos: disminuyendo la importacion, ó aumentando la exportacion en el grado necesario para que la una sea igual á la otra. De estos dos medios de llegar á la igualacion, el

provechoso, el apetecible, y el que por lo tanto deseamos, es el segundo: solo en el caso de que este segundo medio no fuese asequible y, en cuanto no se pueda llegar á obtener, se debe adoptar el primero. La cuantía de la importacion, cuando hay equilibrio, es el barómetro—lo hemos dicho—de la prosperidad de un pais: la abundancia y el bienestar serán grandes cuando lo fuere la importacion, serán tanto mayores cuanto mas cuantiosa fuere aquella.

XI.

A otra objecion, no menos especiosa, aunque en la apariencia tambien irrefragable, debemos responder. Un pais, se dice, una nacion no puede perder en el comercio, y de consiguiente en el cambio que haga de mercancías; ora dé dinero en pago de las que recibe, ora otra clase de ellas, á menos que alguno de sus habitantes pierda; porque es imposible de comprender que España, por ejemplo, sea perjudicada en sus intereses, y que no lo sea persona alguna de las que residen y comercian en España. Ahora bien: en el cambio de mercancías que hacen recíprocamente dos naciones, ninguno de los individuos que comercian pierde por recibir, en retorno de lo que envia, valores que no sean metálicos: el comerciante que hace una remesa de valor de cien mil duros y recibe en cambio otra de valor de ciento diez mil, gana lo mismo recibéndola en barras de plata ú oro, en dinero, que recibéndola en azúcar, en aceite, en vino, en

lana, en seda, en algodón ó en lienzo, si estas mercancías valen igual cantidad; siendo excusado decir que está todavía mas distante de perder si valen mas. Es por lo tanto indiferente de todo punto recibir en pago dinero ú otra clase de mercancías, y lo es de consiguiente que la balanza de comercio sea favorable ó contraria, pues que en todo caso se hace un comercio igualmente lucrativo.

Esto se dice, y se dice con entera exactitud: esto es ciertísimo, indudable; pero no se trata de averiguar si resulta pérdida ó ganancia de que la importacion de mercancías consumibles, *no metálico*, sea mayor ó menor que la exportacion: lo que se examina es si un pais no productor de plata ú oro, esto es, no poseedor de minas de estos metales, en el cual la importacion de mercancías *no metálico* es anual y constantemente (en cierto período pues perpétuamente es imposible) mayor que la exportacion, está ó no en via de decadencia; si ha de llegar forzosamente á la pobreza y escasez, simultáneas con el decrecimiento de la importacion. Esto puede acontecer ganando todos los individuos que hagan el comercio, y ganando de consiguiente la nacion á que pertenezcan (la nacion es la universalidad de los individuos que la componen); recibiendo, en cambio de los valores ó mercancías que envien al extranjero, valores ó mercancías que valgan mas. Este mayor valor es valor que se consume y desaparece prontamente, y el dinero que se ha dado en cambio de él, no se consume sino muy lentamente y muy tarde; y á pesar de reci-

bir mayores valores, el dinero irá necesariamente disminuyendo, escaseando y subiendo de precio. El rico poseedor de un capital en plata ó oro, que, comprando por menos de su valor, por la tercera parte de él ó la mitad, mercancías de consumo para el uso mas benéfico, para el suyo propio, de su familia, de sus amigos, de una casa de beneficencia, invierta en ello aquel capital, ha ganado sin duda — esto es claro, — considerada la operacion mercantilmente y aplicando las doctrinas de la Economía política para depurar si ha hecho un negocio perjudicial ó beneficioso, porque ha recibido, en cambio de su capital metálico, mercancías de otro género que valen mucho mas; pero es igualmente indudable y evidente que habrá de quedar reducido á la indigencia.

En el comercio y cambio de mercancías entre dos naciones, no pierde ciertamente ninguna de ellas, sea la importacion mayor ó menor que la exportacion; pero se disminuye el capital nacional en aquella en que es mayor, no por la importacion, sino porque se consume mas de lo que se produce; siendo así la mayor importacion, no la causa, sino el signo de aquel fenómeno. Los que hacen inmediatamente el cambio, los comerciantes, no pierden, sino, por el contrario, ganan; y — lo que es mas — la ganancia suele estar en razon directa de la pobreza general. Los que pierden son los consumidores, cada uno de los cuales (salvas algunas excepciones) vá sufriendo una disminucion de su capital, resultando de ello la disminucion general, ó sea la reduccion del capital nacional; y no porque en el

cambio entre exportacion y la importacion se pierda —volvemos á decirlo—sino porque el capital de los particulares consumidores, y de consiguiente el capital nacional, se vá disminuyendo; porque se produce menos de lo que se consume. Ganando mucho, ganando inmensamente en un cambio, puede disminuirse y aun desaparecer por completo un capital, y caerse de consiguiente en la miseria. Si el capital, ora sea el primitivo, ora adquirido en cambio de aquel y considerablemente aumentado, se consume y desaparece en todo ó en parte, claro es que en todo ó en parte se hace pobre quien lo poseia.

XII.

La refutacion de las dos objeciones de que nos hemos hecho cargo, exijia alguna detencion, porque se presentan con fundamento aparente. Aun se hace otra, que no merece una contestacion seria. «Suponed, se dice, (combatiendo hasta con el ridículo el sistema de la balanza de comercio) suponed que un negociante francés exporte á Ultramar un cargamento de cincuenta mil francos; suponed que su venta y sus compras sean tan felices que traiga en retorno mercancías cuyo valor se eleve á doscientos mil francos. Esta operacion es brillante. Sin embargo, consultad la balanza del comercio: ésta indica en la columna de las exportaciones cincuenta mil francos; en la de importaciones doscientos mil francos; y prueba así que hemos perdido ciento cincuenta mil francos. Un acon-

tecimiento funesto podia cambiar estos cálculos. Si por efecto de la tempestad hubiesen caído al fondo del mar los doscientos mil francos de mercancías, no se inscribirían en la columna de las importaciones, y la de exportaciones demostraria que habíamos ganado cincuenta mil francos.» Este caso es posible: con la variación de una ú otra circunstancia habrá ocurrido algunas veces; más para deducir que el resultado de la balanza de comercio no se puede estimar como un dato exacto, apreciable para ningún efecto, es necesario suponer que aquel caso ocurre constantemente; que ocurre á los comerciantes que exportan de una nación para otra, y no á los que exportan de ésta para aquella; que ocurre á tantos que tenga la influencia bastante para falsificar, no en una cantidad relativamente pequeña, sino muy sensible y muy esencialmente, el resultado de la balanza; que constituya, no una excepcion, sino la regla general. ¿Se puede discurrir seriamente acerca de la cuantía de la importación y la exportación; acerca de si el exceso de la primera sobre la segunda, proviene del beneficio obtenido en el cambio de mercancías ó de que realmente sea mayor; acerca de los efectos que debe producir el exceso; se puede discurrir suponiendo aquel caso como regla general para el país en que la importación es mayor que la exportación, y no para los demás? Concretándonos á España, pues—lo repetimos—no es nuestro propósito hacer reflexiones puramente doctrinales y abstractas ¿será acertado suponer que, no en un caso, sino generalmente; no en un año, sino en los

ocho cuyas balanzas de comercio hemos examinado, se hayan obtenido en los cambios con las demás naciones beneficios fabulosos, beneficios bastantes para producir en una exportacion que por término medio, esto es, en el año comun de los ocho, ha sido de 1.120 millones, una ganancia de 358 millones? ¿No es evidente que en esta última cantidad, en que consiste la diferencia entre la importacion y la exportacion, ha de haber una parte, y considerable, que no sea beneficio obtenido en el cambio, si bien hay otra parte que lo es? ¿Puede haber quien, reflexionando un poco, no adquiriera de esto un íntimo y profundo convencimiento? No insistiremos mas sobre ello: tal objecion no requiere, como se ha dicho, una respuesta seria.

XIII.

Fijemos bien, para terminar nuestras observaciones acerca de la balanza de comercio, qué es lo que entendemos por *balanza desfavorable*, y cuándo y cómo creemos que lo sea, pues no es cierto que, «por haberse de pagar en último resultado las mercancías con mercancías, pues ningún país puede suministrar á los demás de una manera constante otra cosa que sus propios productos, y las importaciones, para que el comercio sea provechoso—y no siéndolo no se haría,—han de ser mayores que las exportaciones, ó lo que es lo mismo, se ha de recibir siempre del exterior un valor superior al que se haya remitido, «no

es cierto, decimos, que «esto sea lo que muy ridiculamente se ha llamado *balanza desfavorable*, tanto mas desfavorable, cuanto mas lucrativo sea el comercio que se hace con el extranjero.»

Se reconoce que la moneda tiene para el que la recibe la ventaja, sobre toda otra mercancía, de procurarle por un solo cambio todo lo que pueda desear; pero de esta ventaja hacemos abstraccion, y consideramos la plata y el oro lo mismo que cualquiera otra mercancía. Lo que en toda nacion debe apetecerse y, en cuanto sea posible, debe procurarse muy eficazmente, es que haya en ella producciones, sean las que fueren, bastante abundantes y bastante baratas para que se puedan exportar convenientemente en la cantidad que exija el pago de las que la nacion necesite importar. Que las producciones exportables consistan en metales preciosos, que consistan en frutos, que consistan en manufacturas, es completamente igual: lo esencial, lo interesante para la prosperidad de un pais, es que se produzca en él, por lo menos, tanto como lo que se introduzca de otro pais; que no se consuma mas de lo que se produce. Si así sucede, *la balanza es favorable*: si, por el contrario, exporta menos de lo que trae del extranjero, si produce menos de lo que consume, *la balanza es desfavorable*; en este sentido, y del modo y para los efectos explicados, entendemos y sostenemos que puede ser, y que interesa mucho saber si es, *favorable ó desfavorable*.

Say, quien fulmina contra los que estiman que se debe tomar en consideracion el resultado de la balan-

za de comercio la siguiente sentencia: «El sistema
»(1) de la balanza de comercio es una antigualla que
»no ha podido prevalecer sino en un tiempo en que se
»ignoraba cual era la naturaleza de las riquezas y
»cuales los procedimientos que las hacen nacer, cuyo
»sistema acusa por consiguiente la ignorancia de
»aquellos que lo sostienen todavía, á quienes no hay
»nada que responder como no sea: *estudad la Economía*
»*politica,*» habia expuesto antes una doctrina, que es
realmente la misma que nosotros, partidarios del sis-
tema de la balanza de comercio, tal como lo hemos
explicado y para los efectos que hemos enunciado,
tenemos por incuestionable, y creemos que encierra
la verdadera fórmula de lo que debe procurarse en
una nacion, del término á que constantemente se debe
caminar, porque comprende lo que realmente inte-
resa y conviene á todo pais, y en qué caso y por qué
medios se habrá logrado. «La sola causa, habia dicho
»antes en el mismo tratado, la sola causa que pue-
»de ocasionar una importacion constante de metales
»preciosos, es el acrecimiento constante de prosperi-
»dad interior. Esta importacion es un efecto de la
»opulencia, y no la causa. Sed ricos, y no carecereis
»de nada; ni de mercancías, ni de plata: sed pobres,
»y todo os faltará. Ahora bien ¿cuáles son las princi-
»pales fuentes de riqueza de la nacion? Vosotros las
»conoceis, Señores: es sobre todo la industria agri-
»cola y manufacturera; es el comercio interior: de
antes de la revolución, como lo es ahora, y como lo será siempre.
(1) Cours complet d'Économie Politique.

» suerte que es principalmente nuestro estado interior,
» cuando éste estado es próspero, el que nos procura
» el oro y la plata. La mas pequeña necesidad eleva
» el precio; y desde el momento en que esté precio
» excede al que tiene en el extranjero, el mas poderoso
» de todos los motivos, el interés personal impide
» que nos lo lleven y exige que nos lo traigan. Peque-
» ños y grandes, amigos y enemigos, conspiran al
» mismo fin.

En esta doctrina, que tenemos por incóncusa, se funda precisamente todo lo que hemos expuesto. La balanza de comercio desfavorable no es, en nuestro sentir, la causa, es el signo de la futura y próxima decadencia; así como la balanza favorable no es lo que produce la prosperidad interior de las naciones, sino efecto de esta prosperidad. Las fuentes de ella son efectivamente la industria agrícola y manufacturera y el comercio interior: el país que tiene abundantes producciones exportables de la una ó de la otra clase, tiene una riqueza aun mas apreciable que la que consiste en metales preciosos, porque con aquellas producciones adquiere, sin dificultad ni inconveniente de ningún género, el oro y la plata que necesite. En este sentido, reconociendo esta doctrina como incuestionable—mas bien, fundándonos en ella,—hemos expuesto que tiene grande importancia el resultado de la balanza de comercio.

La deducción que hace Say de la doctrina que establece, siendo, como lo es, legitima en lo sustancial, es exajerada, y no exacta, tal como la fórmula,

y aplicada literal, rigorosamente, y — digámoslo así — en toda su crudeza. « El temor, dice, de que falte el oro y la plata, es para una nacion el mas pueril de todos los temores, y las medidas que este miedo pueril ha sugerido, han sido directamente contrarias á su objeto; porque, como nuestro comercio exterior es tambien una industria y contribuye por su parte á nuestra prosperidad interior, todo lo que lo lastima, todo lo relativo á prohibiciones y aduanas, siendo contrario al desenvolvimiento de nuestra prosperidad interior, es contrario á la importacion de los metales preciosos. » El temor de que falte el oro y la plata cuando el pais tiene una produccion agricola ó manufacturera exportable convenientemente y cuyo precio baste para pagar las mercancías extranjeras ó producciones de otro género que necesite, es, en efecto, pueril y ridiculo: el temor de que se disminuya y escasee y se encarezca el precio del oro y de la plata en un pais cuyas producciones agrícolas y manufactureras convenientemente exportables son insuficientes para pagar las mercancías extranjeras ó producciones de otro género que necesite, y el temor consiguiente de que, por efecto de aquella falta de produccion, se venga á la penuria y á la miseria, no es pueril, es, por el contrario, muy racional y muy fundado; y la balanza de comercio, apreciándola bien, dá á conocer si hay motivos para concebir ese temor, en cuyo caso se deben aplicar los oportunos remedios á los males que por aquella causa se sufran ó amenacen; ó si no los hay, en cuyo caso se debe descansar

sobre este punto. Cuando el oro y la plata disminuyan, y por consiguiente suban de precio en un país, ciertamente vendrán de fuera, pero vendrán en la cantidad necesaria, que habrá de ser corta y decrecerá progresivamente, no mas que la necesaria para pagar las producciones que se puedan dar en cambio, las cuales habrán de ser tambien cortas, decreciendo asimismo progresivamente su precio hasta llegar al mas infimo. Un tal estado es un estado de penuria, de miseria y de abyección, que todo país debe procurar evitar, á que yo deseo ardientemente que no llegue nuestra patria, indicando para evitarlo las causas que, no poniendo oportunamente el remedio, lo producirían.

Smith sostiene que existe una balanza muy diferente de la balanza de comercio, la cual, segun sea favorable ó desfavorable, produce la prosperidad ó causa la decadencia de las naciones. Esta balanza es la de los productos y los consumos de cada año. «Cuando, en un espacio de tiempo dado, dice, el producto excede al consumo, el país tendrá los medios de acrecentar su capital, y su población aumentará, ó bien la ya existente gozará de mas desahogo y bienestar, y probablemente ocurrirá á la vez lo uno y lo otro. Pero si, en un cierto tiempo el consumo absorbe el producto, no habrá medio de aumentar el capital, y la sociedad quedará casi estacionaria. Si el consumo excede al producto, la nación se encontrará cada dia mas desprovista de recursos, y su prosperidad y su población caminarán evidentemente á la decadencia.»

La balanza que Smith asegura que existe y explica del modo que se acaba de recordar, es exactamente, en el efecto, la balanza de comercio, porque es imposible, en nuestro sentir, que la balanza de comercio sea favorable cuando se consume mas de lo que se produce, y es imposible que deje de serlo cuando se produce mas de lo que se consume. A esto último hay que añadir—mas bien, hay que hacer respecto de ello una explicacion—que el exceso de produccion sobre el consumo debe ser exportable convenientemente siempre que el pais, como sucede necesariamente en todos, necesite algunas producciones extrañas.

Todo lo que hemos expuesto demuestra que la balanza de comercio cuyo resultado creemos que puede ser perjudicial ó ventajoso, y que debe ser muy cuidadosamente observado y muy escrupulosamente apreciado, es la balanza que, á juicio de Smith, existe y debe consultarse; y esto mismo lo consignamos y declaramos muy explicitamente.

XIV.

Pensábamos haber dicho algo, aunque brevisimamente, acerca de la libertad de comercio, puesto que sobre este punto hice algunas indicaciones en el mencionado discurso parlamentario de 6 de Abril último; pero la materia, por su gravedad y suma trascendencia, no se presta á ser tratada convenientemente por incidencia. Nos abstenemos por tanto de tocarla, de-

seando poder dedicar a ella un Opúsculo exclusivo, contentándonos por el momento con recordar aquí las manifestaciones explícitas, hechas recientemente en el parlamento por los Sres. Pastor y Olivan, partidarios uno y otro en teoría del libre cambio, y jefe reconociendo el primero de la escuela que en España sostiene esta doctrina, y presidente de la asociación de los individuos que la profesan. Es en efecto muy de notar, y es—digámoslo así—una adquisición de sumo valor y grandísimo interés, oír decir al Sr. Pastor, como dijo en la rectificación que se ha insertado (pág. 180): «he dicho muchas veces, y el Senado lo ha oído, que *el libre cambio es el ideal de la ciencia*;» y oír también al Sr. Olivan en la rectificación asimismo preinserta (página 181): «¡que nosotros proponemos la libertad de comercio! No, señores; yo no creo que la ciencia económica sea la única lumbrera para resolver todos los problemas sociales: es lumbrera, sí, *pero es la luz que quema, si uno se acerca mucho a ella*..... no hemos pedido la libertad de comercio. Yo no soy libre cambista: profeso opiniones templadas respecto la ciencia económica; como las profeso en política y en administración..... nosotros no hemos querido que se abran las puertas de par en par, sino que se hagan las reformas convenientes al país y a la producción, pues sin ellas la producción se ahoga.»

XV.

Lo que se expuso al principio acerca del desnivel

que produce el exceso de las obligaciones del Estado sobre los recursos, y lo que se ha expuesto con mas extension para demostrar que este mal se agrava con el resultado de la balanza de comercio, por no ser favorable, dá á conocer que la situacion actual es angustiosa. Esta situacion ha variado algun tanto, pero la variacion no es esencial, desde que se comenzó á tratar de este punto (1) hasta el dia de hoy (2). Publicada y ejecutada en este intervalo de tiempo la ley sobre la negociacion ó repartimiento de 300 millones de reales en billetes hipotecarios, y anunciada y realizada la subasta de títulos del 3 por 100 en cantidad suficiente á producir 600 millones de reales efectivos, se extingue en gran parte el descubierto, pero claro está que se agotan asimismo en igual proporcion los recursos con que se contaba para hacer frente á las atenciones del Estado.

IMPOSIBILIDAD DE CONTINUAR POR MUCHO TIEMPO EN UNA TAL SITUACION. — FUNESTOS RESULTADOS QUE PRODUCIRIA LA CONTINUACION INDEFINIDA DE LA SITUACION ACTUAL, Y EL NO COMENZAR DESDE LUEGO Á PONER EL OPORTUNO

REMEDIO.

(1)
La primera de las dos proposiciones que se acaban de establecer, no necesita ciertamente de argumentos,

(1) Abril de 1865.

(2) Junio de 1865.

y reflexiones para ser demostrada: lleva la demostración en sí misma: basta enunciarla para persuadirse de su certeza. Es un hecho innegable é incontrovertible que, de algunos años á esta parte, los gastos del Estado han sido mayores, considerablemente mayores (no denunciarnos en esto ninguna ilegalidad, pues ha ocurrido con arreglo á los respectivos presupuestos) que las rentas públicas; que lo son en la actualidad, segun el presupuesto vigente; que habrán de serlo en el año próximo, segun el presupuesto llevado á las Córtes, y en cuya discusión se ocupa en estos momentos el Congreso de los Diputados. Se puede asegurar que, por término medio, los gastos de cada año en todo este período han excedido, exceden, y habrán de exceder el año próximo, en 500 millones, ó acaso mas, á los ingresos.

El buen sentido dá á conocer que un tal estado de cosas no puede ser perpétuo; que se ha de acabar; que ha de tener un término, sea este uno ú otro. Contraer cada año un empréstito para cubrir aquella falta, esto es, para atender con su producto al exceso de los gastos sobre los ingresos, no puede ser: en vano seria intentarlo: hay absoluta imposibilidad de conseguirlo. El primer año se contraeria una obligación de pagar anualmente 40 millones, por ejemplo, importe de los intereses del empréstito: en el segundo, de 45 á 50 millones, pues el empréstito habria de ser mayor, ascendiendo por consiguiente la obligación anual contraida en los dos años á 90 millones ó mas; en el tercero ascenderia por lo menos

á 440 millones, y así sucesivamente: de modo que en un corto período se duplicaría el presupuesto de gastos, después se triplicaría, se cuadruplicaría, y llegaría á una cifra á que apenas alcanza la imaginación. Esto—conócese desde luego—es irrealizable, imposible de todo punto.

En definitiva, en último término, los gastos han de ser, cuando más, iguales á las rentas; *cuando más*, hemos dicho, porque es posible—aunque de esto no haya mas que una mera posibilidad—que sean menores. El gastar perpétuamente, como se viene gastando hace años, la cuarta parte mas que lo que importa el presupuesto de ingresos—lo repetimos—ha de tener forzosamente un término: en tal situación no es posible continuar por mucho tiempo.

La segunda de las proposiciones que contiene el epígrafe que precede á las consideraciones que estamos haciendo, es no menos cierta que la anterior, y lleva igualmente la demostración en sí misma. El continuar en la situación actual, el gastar anualmente mas—mucho mas—de lo que producen las rentas públicas, claro está que sería la agravación progresiva del mal hasta llegar á un estado en que no hubiera absolutamente ningún remedio.

Lo acabamos de decir, y lo creemos firmemente: el seguir en el camino emprendido exigiría contraer cada año un empeño nuevo, una nueva obligación, la

cual habria de ser mayor que la del año anterior, llegando—y en no mucho tiempo—el importe de las obligaciones al doble, al triple—¿qué se yo?—de los recursos; á una cifra fabulosa, que apenas se concibe. El término seria necesariamente—preciso es decirlo, por mas que sea triste y doloroso—la bancarota; la desatencion absoluta de muchas obligaciones; la falta de puntualidad en el pago, que además seria incompleto, de las restantes.

III.

La verdad de una y otra proposicion es reconocida y confesada por todos, aun aquellos que mas eficaz y directamente han contribuido á la creacion del estado financiero actual. Que el importe de los gastos es mucho mayor que el de las rentas; que una tal situacion no puede ser perpétua; que la continuacion indefinida de ella tendria muy funestos resultados, son asertos que no se niegan, ni se dudan por nadie; pero se cree y se sostiene por muchos que, sin necesidad de adoptar disposicion alguna dirigida á poner término al desnivel entre los gastos y los ingresos, desaparecerá este desnivel, porque los primeros habrán de disminuir y los segundos habrán de aumentar, viniendo así á igualarse los unos con los otros; y esto por efecto de los productos que provendrán de algunos de los gastos que causan el desnivel existente hoy: de modo que la situacion financiera actual encierra en si misma los elementos que evitan su con-

tinuacion indefinida, no siendo por tanto de temer los efectos que esta continuacion produciria.

El Sr. D. Pedro Salaverría, quien—asi se debe decir—ha creado la situacion financiera actual, anuncia esa futura y próxima nivelacion, da á entender con mucha claridad su convencimiento de que se ha de obtener natural y prontamente. Recordando primero en el folleto que publicó en Diciembre de 1864, el hecho de haber elevado el presupuesto de ingresos *hasta formar un total de 2.134 millones*, dice despues (pág. 86): «La Hacienda del Estado, ¿ha experimentado algun siniestro que la prive en gran parte del rendimiento de sus rentas, de modo que se produzca uno de esos vacíos que ofrece la de algunas otras naciones? No. Las rentas siguen en general un movimiento ascendente; si alguna no dá todo lo que seria de esperar, hay que atribuirlo al accidente de la crisis general por que todo el mundo pasa, y que momentáneamente dificulta las transacciones del comercio y de la industria, restringiendo el consumo, y de consiguiente los productos del impuesto.»

«La Hacienda del Estado (página 88),... no ha experimentado ningun siniestro que la prive de ninguna de sus rentas: el organismo de su sistema no ha llegado á apurar los límites de la tributacion ni por el tanto de las cuotas ni los métodos adoptados. El progresivo desarrollo de las rentas para lo futuro, ofrece responder de las obligaciones contraidas.»

»La primera de aquellas afirmaciones no requiere
»estensa demostracion. Las rentas caminan en pro-
»greso, y si alguna no acrece como las otras, tam-
»po decae. Algo habrá que atribuir en su caso al
»accidente de la política que ha removido casi por
»general el personal de la administracion. Pero una
»vez asentadas las cosas, los efectos de aquel deben
»cesar.

»La segunda de dichas afirmaciones se prueba
»con la simple comparacion de las cuotas de nuestras
»contribuciones de repartimiento y de las tarifas de
»los impuestos eventuales con sus correspondientes de
»los demás paises de Europa, y con decir que están
»por adoptar esenciales transformaciones en el régi-
»men arancelario y formas tributarias en ejercicio en
»otras partes y apropiadas á las de la riqueza movi-
»liaria, tal como se va desenvolviendo de dia en dia.

»La tercera afirmacion que dejamos sentada es
»de demostrar presentando antes el resumen de los
»compromisos que para lo futuro tenemos aceptados.
»Es necesario incorporar á nuestros presupuestos en
»la sucesion de los años hasta 1870, 32 millones
»para totalizar la consolidacion de la deuda diferida.
»Habrán tambien de comprenderse en mayor plazo
»sobre 50 millones que podrán suponer, además de
»lo que ya figura en el presupuesto, los intereses de
»las inscripciones todavia emisibles en equivalencia
»del valor de bienes desamortizados y á favor de las
»corporaciones.

»Deberán figurar en los presupuestos ordinarios

» tambien en el trascurso de varios años de 90 á 100
» millones, réditos y amortizacion de obligaciones del
» Estado por subvenciones de ferro-carriles.

» Tambien vendrán á presupuestos en un término
» mas breve 36 millones de reales, intereses de la emi-
» sion á 3 por 100 autorizada para extinguir los des-
» cubiertos del Tesoro hasta fin de Junio último, para
» los cuales hay que contar en parte con la compen-
» sacion que podrá obtenerse en el capítulo de intere-
» ses de la Deuda flotante.

» La totalidad de esas sumas, que en el trascurso
» de ocho á diez años han de tener lugar en la previ-
» sion de nuestros gastos, supone sobre 200 millones
» de reales. ¿Y es posible negar que en ese período la
» renta de la nacion no acrezca en 200 millones de
» reales? Solo con que las provincias de Ultramar entren
» en las condiciones de normalidad, que mas pronto ó
» mas tarde habrán de recobrar, tenemos derecho
» para esperar la mitad de aquella suma, que era el
» rendimiento que en 1859 recibiamos de aquellas
» Cajas. En el momento en que las complicaciones de
» la Europa lo permitan, reduciendo el ejército á la
» fuerza de 80.000 hombres, por este lado nos debe
» quedar un ahorro en el presupuesto de la Guerra de
» 80 á 100 millones de reales.

» ¿Cómo es posible esponer, ante una perspectiva
» de 200 millones de obligaciones para lo futuro, pre-
» sagios temerosos, hoy, que tiene el país realizada la
» mayor parte de sus obras públicas, y que adelanta-
» da la educacion industrial y comercial, existen ele-

:

»mentos que hace doce años parecían una quimera?
»Si el movimiento de aumento de uno á otro año en
»las rentas demuestra por lo pasado de 60 á 70 mi-
»llones, ¿cómo se ha de negar que en lo futuro se
»alcancen los mismos ó mayores aumentos?»

Lo que, en los párrafos que se acaban de insertar, expone el Sr. Salaverría, se refiere en mucha parte mas especialmente al PORVENIR de la Hacienda pública, y habrá por lo tanto necesidad de recordarlo en otro lugar; pero se refiere en parte al PRESENTE, y por este motivo consideramos indispensable hacernos ahora tambien cargo de ello.

Basta decir, como los escolásticos decían y creían que se debía decir en ciertos casos: *nego suppositum*, *niego el supuesto*, para derrivar todo el edificio que, con tanto esfuerzo y con tanto aparato, levanta el señor Salaverría. Se afana este para demostrar, aunque tampoco lo consigue, que el aumento de 200 millones que han de tener los gastos públicos desde hoy hasta el año de 1870 no debe apurar, porque los ingresos han de aumentar en mucho mas, dando por supuesto que los presupuestos se hallan nivelados en la actualidad. Si, en efecto, fuese así, la expectativa del aumento de 200 millones en los gastos, que progresivamente ha de ocurrir hasta el año de 1870, podría y debería verse sin sobresalto, porque se podría y se debería esperar con seguridad que aquel aumento había de tener compensacion superabundante en el de los ingresos. Pero ¿estamos, por ventura, en ese caso? ¿Se hallan actualmente nivelados los presu-

puestos? Analizados y bien examinados estos ¿no se ha visto que en los de hace algunos años, en el del ejercicio corriente, y en el que se ha presentado y vá á ser aprobado por el Senado (1) para el año económico de 1865-1866, los gastos exceden á los rendimientos naturales y propios del año respectivo en la cuarta parte—nada menos—de su importe?

La nivelacion en que aparece el presupuesto ordinario, no destruye, ni debilita siquiera, ni desvirtua en lo mas mínimo, los asertos que acabamos de establecer, ni las demostraciones, hechas en otro lugar, en que se fundan: lo primero, porque la nivelacion no produciria ese efecto, aunque fuese verdadera: lo segundo, porque no lo es. Nada importaria, en efecto, que el presupuesto ordinario estuviese nivelado, si hemos tenido de algunos años á esta parte, tenemos actualmente, hemos de tener en el año próximo, y probablemente en algunos años mas, presupuesto extraordinario, y tan crecido, que asciende, según se acaba de recordar, á la cuarta parte del importe del ordinario. Nada importaria, pues, que el presupuesto ordinario estuviese nivelado verdaderamente y en realidad; pero la nivelacion es aparente, no es verdadera. En el análisis que hicimos (pág. 170 y siguientes) de las partidas del presupuesto extraordinario de gastos presentado para el año próximo (tienen los mismos objetos que las de los presupuestos anteriores) se demostró que los gastos á que se refieren esas par-

(1) Se escribe esto en 25 de Junio de 1865.

tidas son, en su mitad por lo menos, ordinarios, y han debido y deben comprenderse en el presupuesto ordinario.

Por ahora, y para el objeto cuyo exámen nos ocupa en este momento, á saber, la situación actual, ó sea el PRESENTE de la Hacienda pública, creemos deber limitarnos á las indicaciones que acabamos de hacer. Muchas de las apreciaciones que hace el señor don Pedro Salaverría serán oportunamente analizadas en otro lugar, al tratar del PORVENIR de la Hacienda.

IV.

Los que han sido Ministros de Hacienda después de haber cesado el Sr. Salaverría en principios de 1863, aunque no hayan participado de sus convicciones ni alimentado tan lisonjeras esperanzas, han conducido los negocios financieros en la misma dirección. Lo han creído una necesidad para llenar compromisos ya contraídos, y por otra parte se han considerado en el deber de hacer frente á todas las atenciones que se han venido llenando, faltándoles el valor (se necesita grande abnegación, sobre el íntimo y profundo convencimiento de ser indispensable) para exigir sacrificios dolorosos, aunque pasajeros, á las clases todas; para regir los destinos públicos en la vía y con el fin de procurar á la nación, no la opulencia y el fausto, pues, en mi sentir, no puede España, y menos la España del siglo XIX, aspirar á ello, sino un decoroso y modesto bienestar.

Así que, la situación financiera es la misma esencialmente hoy que hace seis años, y será esencialmente la misma que hoy el año próximo venidero. La situación financiera se refleja muy fielmente en el presupuesto, y el presupuesto en ejercicio es el mismo esencialmente que los de seis años á esta parte; y el que ha de regir en el año próximo, es esencialmente el mismo que el del año actual. Por consiguiente la situación financiera ha sido desde 1859, es en el año corriente, y será en el año venidero, esencialmente la misma.

Que la situación actual no puede ser perpetua, es obvio: que el continuar indefinidamente en ella sin comenzar á poner el posible y oportuno remedio, produciria muy funestos efectos, nos parece haberlo demostrado.

DIFICULTADES QUE SE OFRECEN PARA LA APLICACION DEL REMEDIO.—REMEDIOS NECESARIOS; AUNQUE DOLOROSOS, PARA PRECAVER FUNESTOS RESULTADOS.

I.

De las muchas dificultades que ofrece la aplicación del remedio, indicaremos las principales, á nuestro juicio.

Procedemos en el supuesto, que tenemos por inconcuso y no controvertible, como se expondrá en su lugar propio, que el remedio ha de consistir en el aumento de los ingresos hasta el montante de los gas-

tos, ó en la minoracion de estos hasta reducirlos al importe de los ingresos, ó en lo uno y lo otro simultáneamente y en la parte necesaria para obtener la nivelacion.

El aumento en los ingresos hasta el montante de los actuales gastos, que deben crecer progresivamente, no se ha obtenido hasta ahora, ni se obtendrá. Y no se crea que en esto censuro á ninguno de los que han sido Ministros de Hacienda. Seria injustisima esta censura, de la cual habria yo mismo de ser objeto, y seria hasta absurda, porque á nadie se puede reconvenir de no ser un genio. Todos los Ministros de Hacienda han procurado el aumento de los ingresos: el deseo de obtenerlos no tiene mas limites que el convencimiento de que es una necesidad, y un deber al mismo tiempo, el obtenerlos por medios prudentes, equitativos y no vejatorios.

Necesario seria por lo tanto, absolutamente imprescindible, minorar los gastos, si no en la total cuantía del desnivel actual, ó sea, del exceso de ellos respecto de los ingresos, en su mayor parte.

La primera dificultad que hay para acometer aquella reduccion en los gastos, es la falta de meditacion acerca de la imprescindible necesidad de hacerla, resultando de esta falta de meditacion, y de la consiguiente imprevision, el no haber el valor necesario para realizarla, ni aun para acometerla. Semejante al convencimiento que se tiene de que ha de terminar la vida porque la muerte ha de llegar, me parece el convencimiento que se tiene tambien de que la situa-

cion financiera actual no puede ser perpétua, y de que ha de venir un día en el cual no sea posible hacer los gastos del presupuesto, porque no haya recursos bastantes—ni posibilidad de adquirirlos en préstamo—para cubrir todas las atenciones. Se presiente que esta situación ha de llegar, pero el día en que ha de ocurrir es incierto, se cree lejano, y se procede como si nunca hubiera de venir; del mismo modo y por la misma razón que, generalmente, vivimos como si la muerte no hubiera de ocurrir. Si se pensara y reflexionara seria y detenidamente que aquella situación es el término necesario é inevitable de la continuación de la actual; si el profundo convencimiento de esto que tal reflexión produciría, fuera la base de los cálculos que se formasen y de las disposiciones que se adoptasen, comenzariase desde luego—no es dudable—á poner el remedio, haciendo, sin esperar un solo día, la reducción necesaria en los gastos.

Lo interesante y recomendable, en lo general, de los gastos que se hacen, de las atenciones que se cubren, es causa también de la grande dificultad que se toca para la reducción, porque es mucha, muchísima la repugnancia que se siente al pensar en ella, conociéndose que habría de ser proporcionado á la misma el disgusto y el sentimiento que se sufriría al realizarla. ¿Se hace la reducción en el material? Continuaremos privados de los muchos adelantos, de los bienes que los gastos de esta clase debían producir, y de algunos que indudablemente han de proporcionar. ¿Se hace en el personal? La reducción no podría

ser grande, ni apenas sensible, sin lastimar muchos y muy respetables intereses. La adopcion de uno y otro medio parcial y simultáneamente, consultando en el segundo exclusivamente á la justicia y al interés general, para conseguir la nivelacion sin lastimar grandes intereses personales, seria tan difícil. La adopcion del segundo medio sin concitar pasiones y sin herir susceptibilidades, es, no ya difícil, sino imposible de todo punto.

Por último, la emulacion y el amor propio dificultan grandemente la minóracion de los gastos públicos. Por efecto del sistema hace años adoptado, los gastos han tenido el aumento que exige imperiosamente una reduccion en grande escala. El iniciador de este sistema pudo continuarlo—ya se ha indicado por qué medios—hasta su salida del Ministerio de Hacienda en 1863. Los que le sucedieron no habrian intentado la reduccion, que necesariamente habia de haber suscitado grandes censuras y muchos lamentos, sin desmerecer en la opinion de los demás, á lo cual era natural que no se resignasen. Asi, queriendo cada ministro de Hacienda no hacer menos, sino por el contrario queriendo hacer mas que su antecesor, se viene prolongando la peligrosa situacion que ha de tener infaliblemente un término funesto.

II.
Acerca del remedio que, en mi sentir, se puede y se debe aplicar para curar el grave mal que se sufre

y el mucho mas grave que amenaza, ni debo manifestar, como cosa nueva, lo que tengo expuesto en otro lugar, ni puedo añadir nada á ello; pero no juzgo inoportuno el reproducirlo.

« ¡Qué siniestra estrella, he dicho en el Opúsculo sobre las DEUDAS AMORTIZABLES Y LOS CERTIFICADOS DE CUPONES, qué hádo fatal (1) preside á mi destino!

« ¡Triste y nada grato deber, el manifestar que la senda por donde, hace años, se camina y la cual toca ya su fin, aunque ha estado matizada de rosas, termina en un abismo! Pero ¿cómo no sentir una grande pena en ver los males que sufre la Patria y los mayores que la amenazan? ¿Cómo ver claramente esos males y no clamar por el remedio? ¡Cuánta satisfaccion me produciria el convencimiento de haber errado y alimentado ilusiones tenidas por firmísimas creencias! Pero no: desgraciadamente, y para grande calamidad de mi patria, no yerro: no cabe error, á no faltar el sentido comun: por nadie se desconocen ni se pueden desconocer los principios de buena administracion, por mas que el aplicarlos en un tiempo dado no se crea oportuno, y que por este motivo se difiera indefinidamente. Asi como en las ciencias físicas se reconoce por un axioma que *el todo es mayor que cualquiera de sus partes*, asi en la ciencia de la administracion pública debe reconocerse como un principio incuestionable que *la nivelacion del presupuesto de gastos con el de ingresos es*

(1) Tomo III de estos opúsculos, página 175.

»necesaria hasta tal punto, que el Estado en el cual
»no exista esa nivelacion, no solo no es un Estado
»florecente, pudiendo únicamente disfrutar de una
»prosperidad ficticia y pasagera, sino que no se halla
»siquiera en una situacion normal, en que el bienes-
»tar, la dignidad nacional y la verdadera independen-
»cia estén asegurados..... Pues entiéndase bien: no
»hay cura radical sin la nivelacion verdadera, estable,
»natural, normal de los presupuestos. A la nivelacion
»se llega aumentando los ingresos en tanto cuanto
»falta para obtenerla, ó reduciendo las obligaciones
»al montante de aquellos, ó adoptando parcial y si-
»multáneamente uno y otro medio. Farsa y engaño
»serian—este es su verdadero nombre—los anuncios
»de arreglos, los proyectos y los ofrecimientos que no
»estuviesen fundados en aquella única y exclusiva base.
»Yo elogiaria, admiraria y veneraria al genio creador y
»fecundo que descubriese los medios, practicables sin
»daños y sin peligros por otra parte, de aumentar las
»rentas públicas en el grado necesario para cubrir
»todas las atenciones actuales y aun mas: ese genio
»no ha aparecido hasta ahora entre nosotros. En de-
»fecto de él, y habiendo de hacer lo que sugiere el
»buen sentido, el camino está trazado: aumentense
»los ingresos cuanto racional y prudentemente se crea
»posible, si aun se cree que son susceptibles de au-
»mento; y en tocando á este limite, reduzcanse las
»obligaciones hasta llegar á él. El hacer ésta reduc-
»cion no debe ser materia de duda ni de discusion,
»puesto que es indispensable: la duda, la delibera-

»cion, la decision habrán de recaer sobre lo que deba
»suprimirse y sobre lo que deba ser materia de re-
»duccion y sufrirla mayor ó menor; pero si en esta
»discusion se procede, como se debe proceder, con los
»ojos cerrados respecto de opiniones politicas, de
»banderías y de personas; y abiertos para examinar
»las verdaderas necesidades públicas y las atenciones
»provechosas, la obra será fácil, y un éxito feliz co-
»ronará tan nobles esfuerzos.»

A lo que se acaba de exponer me referí en la
POSDATA del mencionado opúsculo, publicada á los
pocos dias, diciendo: «No tengo (1) que hacer rectifi-
»cacion, adiccion, ni explicacion alguna respecto de
»las indicaciones que hice en el anterior Opúsculo
»sobre la necesidad de nivelar el presupuesto de gas-
»tos con el de ingresos si se ha de entrar en una si-
»tuacion normal, desahogada, de regularidad, de ór-
»den, y de consiguiente duradera y estable. Que debe
»hacerse asi, es para mí—y creo que para todos—tan
»incuestionable como los axiomas en las ciencias
»exactas. Este será—y no hay otro alguno—el reme-
»dio radical: los demás medios que se han indicado,
»(el imponer un préstamo forzoso y otros) y cuantos
»se adopten, son remedios para curar momentánea-
»mente las dolencias de actualidad, para salir de los
»apuros del momento: remedio que evite la reproduc-
»cion del mal, no hay otro que el propuesto, para
»cuya obtencion creo que deberian hacerse, si fuera

(1) Tomo III, página 402.

» preciso, concesiones políticas en uno ú otro sentido,
» á las cuales doy yo poquísima importancia en com-
» paracion con la que tiene el inmenso bien que pro-
» duce aquel remedio.

» Si estas son ilusiones, son perdonables, porque
» las sugiere el deseo ardiente del bienestar general,
» de la prosperidad y aun del engrandecimiento de la
» Nacion. Acaso son delirios de una imaginacion exal-
» tada y de un cerebro febril. Tal vez al sostener en
» el anterior Opúsculo, con cierto desden y mal humor,
» que debemos buscar recursos en nuestra propia casa
» y no ceder á las condiciones con que los ofrecen los
» extraños; al indicar que deberíamos en todo caso
» sufrir con orgullosa resignacion grandes calamidades
» antes que admitir ofertas que no sean decorosas, ha-
» blaba el *qüerulus* de Horacio, y he ofrecido una
» prueba práctica de la verdad con que se expresó, de
» la fidelidad con que copió la naturaleza aquel divino
» Vate cuando describió las costumbres y propensio-
» nes de cada edad.»

III.

El remedio indicado es ciertamente sensible; pero no alcanzo otro: se propone una operacion dolorosa, cruenta: me parece necesario llegar á la amputacion: por este único medio creo que se obtendria la salud del enfermo: sin la amputacion, la gangrena se generalizará, se apoderará de una víscera, y el doliente morirá. La muerte de las naciones—ya se ha dicho—

es la postracion, el abatimiento, la abyeccion y la miseria; y á una tal situacion témo — ¡ójala sean infundados, quiméricos é ilusorios mis temores! — que se llegué, continuando la marcha emprendida.

Para decidirse por la adopcion de ese extremo y tan violento remedio, se siente naturalmente grande repugnancia, y esta repugnancia presenta como verdaderas y sólidas las razones que ocurren y se aducen para persuadir que no hay necesidad de adoptarlo.

Se creyó generalmente al decretar la inversion de los productos de la desamortizacion; se ha creido por muchos hasta que se han ido tocando los resultados, y se cree todavía por algunos que la misma inversion daria desde luego rendimientos superiores á los gastos que se aumentaban. Que esto no ha sucedido, ni podia suceder, ya porque aquella inversion no ha sido reproductiva sino en una parte que apenas será la tercera, ya porque aun los rendimientos de las inversiones que lo son, no se obtienen generalmente de pronto en su totalidad, sino lenta y progresivamente, he manifestado con repeticion ser mi firme creencia, y me parece que, por tocarse ya, por estar en la conciencia de todos y ser evidente, no necesita demostracion.

Personas entendidas é ilustradas opinan que la nivelacion entre los gastos y los ingresos debe buscarse en el aumento de estos, aumento que, á su juicio, se puede obtener haciendo una variacion esencial en el sistema de impuestos, como lo seria el suprimir las rentas estancadas, la de consumos y la de lo-

terias, y establecer derechos de introduccion del tabaco y de expendicion de la sal, y algunos otros impuestos en lugar de aquellos. Sin descender, por- que no seria propio de este lugar, al exámen de tal pensamiento, que en mi opinion, no es admisible, porque no creo que lo es una alteracion esencial y radical, aunque aparezca ventajosisima, en el sistema tributario, que de repente destruya lo que tiene á su favor la sancion del tiempo y la costumbre; concediendo, contra mis creencias, que semejante innovacion produjese aumento en las rentas públicas, no vacilo en afirmar, pues lo tengo por seguro, que el aumento no se obtendria en el grado necesario—ni con mucho—para que aquellas rentas igualasen á los gastos y se lograra la nivelacion apetecida.

Pero insensiblemente hemos tocado ya en el por-venir de la Hacienda pública. ¡Tan estrechamente ligado con él se halla el presente! Cual sea este en realidad, creemos haberlo manifestado: juzgamos que aparece claro; y que se ofrece con toda exactitud á la vista de todos; pudiéndose dar á conocer la situacion actual con una sola frase: «venimos gastando, y se continua en este camino, la cuarta parte mas del importe de los ingresos verdaderos y propios de cada año.»

PRESUPUESTO DEL ESTADO PARA EL AÑO ECONÓMICO DE
1865-1866.—SITUACION ACTUAL DEL TESORO.

Una especie de resúmen de cuanto se ha expuesto acerca de el PRESENTE de la Hacienda pública, mas bien, su fiel y exacto reflejo, creemos que se encuentra en los presupuestos aprobados para 1865-66, y en el exámen de la situacion actual del Tesoro, la cual se puede y se debe presentar muy breve y sencillamente, correspondiendo á esta brevedad y sencillez la verdad y completa exactitud, y pudiendo asi ser rectamente calificada.

I.

Con una diferencia relativamente muy pequeña, el presupuesto ordinario de gastos y de ingresos para el año económico de 1865-66 aparece nivelado, acercándose uno y otro á 2.200 millones de reales (1), pues el de ingresos consiste en. . . 2.186.983.330 y el de gastos en. 2.184.955.410.

El presupuesto extraordinario asciende, tanto el de gastos como el de ingresos, á rs. vn. 562.376.960; pero de esta cantidad se debe rebajar la de 39 millones, tercera parte del 80 por 100 de propios que se consigna en la Caja de depósitos, cuya partida figura lo mismo en los gastos que en los ingresos y

(1) Reducimos á rs. vn. los escudos.

es una entrada por salida, consistiendo por lo tanto realmente el presupuesto en. 523.376.960.

No es inoportuno consagrar algunas líneas á indicar la clasificacion que se debe hacer de los objetos á que se aplican las cantidades comprendidas en el presupuesto extraordinario de gastos, manifestando cuales son real y evidentemente ordinarios, y cuales pueden considerarse extraordinarios. El Sr. D. Pedro Salaverria ha confesado (1) con cierto envanecimiento que la estructura de los presupuestos para el ejer-

(1) Sesion de 22 de Marzo de 1865 del Congreso de los Diputados, página 1.190. «Yo he tenido la honra (dijo) en 1859, siguiendo precedentes que ya venian establecidos desde época muy anterior, desde 1851, de organizar los presupuestos en dos grandes divisiones. Una division de aquellos gastos permanentes, indispensables, de que absolutamente puede prescindir un país, y otra de los gastos que, por su naturaleza de voluntarios, puede la nacion ampliarlos, disminuirlos ó excusarlos. Yo vine en 1859 á organizar ese sistema por una serie de recursos especiales á priori determinados. Pues bien, Sres. Diputados: la nacion á quien nosotros hemos copiado, á quien ha copiado la Bélgica, á quien ha copiado la Italia, á quien ha ido á copiar para su contabilidad la Inglaterra, esa nacion, hace dos años, ha organizado el servicio de ciertas obligaciones del presupuesto absolutamente de la misma manera, con las mismas clasificaciones y títulos, con los mismos motes de servicios cuales nosotros los tenemos aquí....

Pero además hoy tengo una gran confirmacion de que he procedido bien: tengo la satisfaccion de que el Sr. Ministro de Hacienda en ésta parte no ha creído necesario alterar el sistema, y ha hecho bien, perfectamente bien.

S. S. ha podido presentar el presupuesto y decir: «Aquí teneis los gastos indispensables perfectamente nivelados, y un excedente de ingresos.» Esa situacion es tal que no la presenta, fuera de Inglaterra, ningun país de Europa. «Pero ahí teneis esos gastos que son voluntarios, (podeis prescindir de carreteras, de fortificaciones, de marina); pero ahí teneis, si quereis voluntariamente hacer esos gastos, ahí teneis los medios de realizarlo, ahí teneis el presupuesto extraordinario.

cicio corriente es la misma que la de los formados desde 1859, manifestando con notoria inexactitud —con tal inexactitud, que, si fuera deliberada, se debería tener como una ofensa al sentido comun— que el presupuesto ordinario de gastos comprendia los permanentes y necesarios que no podian excusarse, y el extraordinario los voluntarios, los que se pueden evitar y se evitan con no quererlos hacer; añadiendo que en Francia se nos habia imitado, ó mas bien copiado en este punto, y contrayendo, al decir esto, un empeño que nos parece, no ya difícil, sino imposible de llenar, á saber, el de darnos á conocer y demostrar que la partida que figura en el actual presupuesto extraordinario de gastos, y ha figurado en los anteriores, para pago de intereses y amortizacion de obligaciones emitidas por el Estado con objeto de subvencionar á los ferro-carriles, y otras muchas de la misma indole, son atenciones eventuales y voluntarias, que se pueden dejar de cubrir cuando se quiera; son gastos que ocurren alguna vez, y no todos los años.

Dejando al Sr. Salaverria que se tome todo el tiempo que quiera para desempeñar semejante tarea, presentaremos muy sencillamente la clasificacion anunciada, cuya verdad y exactitud se conoce con la simple lectura de las partidas, y se demostrará hasta la evidencia, si hubiere contradiccion de alguien sobre este punto.

:

	Reales vellon.
Son extraordinarios los gastos que comprenden la ya mencionada partida de 39 millones, tercera parte del 80 por 100 de propios, y la de 202.300.000 rs. para amortizacion é intereses de los billetes hipotecarios; cuyas dos partidas ascienden á. . . .	241.300.000.
Son ordinarios los gastos que comprenden todas las demás partidas, las cuales importan.	321.076.960.
	<hr/> 562.376.960. <hr/>

Los ingresos extraordinarios, esto es, los recursos con que se ha de atender á los gastos comprendidos en este presupuesto, son:

	Reales vellon.
Vencimientos de pagarés de bienes nacionales, con inclusion de la tercera parte del 80 por 100 de propios.	340.344.000.
Producto de la negociacion de dichos pagarés y la parte que se espera percibir de los bienes del patrimonio.	84.315.960.
Primer plazo de la indemnizacion del Perú.	20.000.000.
Resto de los mil millones de billetes hipotecarios, ó sea los que no se negociaron.	117,720.000.
Total.	<hr/> 562.376.960. <hr/>

II.

Examinemos ya la situacion actual del Tesoro. El descubierto en que se halla en el dia es en parte conocido y en parte es solo calculable; aunque creo que el cálculo arroje un resultado que se aproxime mucho á la verdad, si no es completa y absolutamente verdadero.

Descubierto conocido.

Reales vellon.

1.º La parte aun no extinguida del déficit de los presupuestos ordinarios hasta fin del ejercicio de 1863-64. Consistia este déficit (1) en 1.054.082.180 rs.; y deduciendo de esta cantidad los 600 millones procedentes de la negociacion de títulos del 3 por 100 verificada en este año, queda reducido el déficit á. 454.082.180.

2.º La parte que asimismo resta sin cubrir del déficit de los presupuestos extraordinarios hasta fin de Enero de este año, cuyo déficit consistia (2) en 952.949.274,37. Aplicados á extinguir esta suma los valores liquidados de los billetes hipotecarios negociados, resta todavia por cubrir la de. 230.674.381.

Asciende por consiguiente el déficit á. 684.756.561.

(1) Véase la página 147.

(2) Id.

Tal es el déficit conocido, sabido, indudable, acerca de cuya existencia y entidad no cabe cuestion, ni disputa de ningún género—diremos mas—no cabe divergencia. Esta no es materia de opiniones, ni de cálculos.

Descubierto calculado.

En cumplimiento de lo que dispone el artículo 7.º (1) de la ley de los presupuestos de 1865-66, que están ya en ejercicio, habrán de formalizarse, con aplicación á capítulos adicionales, tanto en ingresos como en gastos del presupuesto ordinario, varias partidas que se especifican. El importe de todas ellas, menos una, que debe ser de grande cuantía, se manifiesta en la memoria con que fueron presentados á las Cortes los presupuestos, y es el siguiente:

(1) El artículo 7.º dice así:

Artículo 7.º Se autoriza al Gobierno para formalizar, con aplicación á capítulos adicionales, en ingresos y gastos del presupuesto ordinario para 1865-66: en ingresos 7.388.810 escudos á que asciende el saldo hasta fin de 1856, no aplicado á presupuestos, del fondo de redenciones del servicio militar, y 9.047.488 escudos, saldo tambien de los productos de bienes de corporaciones civiles ingresados en el Tesoro hasta fin de 1858, sin imputación á presupuestos; y en gastos los de las obras de la Puerta del Sol no reintegrados y del derribo de las murallas de Barcelona; el importe de la deuda pagada á Inglaterra y de los intereses que se le han acumulado y deban acumulársele; lo satisfecho al Banco de España en equivalencia de obligaciones de compradores de bienes del Clero Secular; los alcances y desfalcos realizados desde 1850; la parte no reembolsable de los fondos extraídos en el alzamiento de 1854 y por las juntas de Gobierno de 1856, y los gastos que resulten ser definitivos entre los que vienen figurando en anticipaciones á los ministerios por el resto que resulte hasta el completo de las sumas expresadas en el presente artículo que han de llevarse á los ingresos.»

	Reales vellon.
<i>En ingresos:</i>	
Saldo hasta fin de 1856, no aplicado á presupuestos, del fondo de redenciones del servicio militar.	73.888.100.
Saldo tambien de los productos de bienes de corporaciones civiles ingresados en el Tesoro hasta fin de de 1858 sin imputacion á presupuestos.	90.474.880.
Total.	164.362.980.
<i>En gastos:</i>	
Por las obras de la Puerta del Sol.	34.739.929,41.
Por las del derribo de las murallas de Barcelona.	2.000.000.
Por el pago del capital é intereses de la deuda Inglesa.	54.627.560.
Por alcances y desfalcos realizados desde 1850.	15.714.840.
Por lo pagado, en equivalencia de obligaciones del Clero, al Banco de España.	5.757.980.
Por la parte no reembolsable de los fondos extraídos en el alzamiento de 1854 y por las Juntas de Gobierno en 1856.	1.724.360.
Y por los gastos, en fin, que resulten ser definitivos entre los que vienen figurando en anticipaciones á los Ministerios, por el resto que resulte hasta el completo de las sumas expresadas en el presente artículo, que han de llevarse á	
	114.564.669,41

<i>Suma anterior.</i> . . .	114.564.669,41
los ingresos..... A estas anticipaciones, cuyo importe (ciertamente grande) no se expresa, le calculamos.	140.000.000.

A las partidas expresadas, objeto todas ellas de la disposición del artículo 7.º de la ley de presupuestos, hay que agregar otras muchas, de las cuales solo mencionaremos algunas, calculando también su importe, por no constar este de datos oficiales que conocamos.

Primera partida: *Anticipaciones a las cajas de Ultramar.* Es indudable, y no hay nadie á quien esto pueda ocultarse, que se han hecho considerables anticipaciones, las cuales no se han comprendido en el presupuesto y no están aún formalizadas. El importe de estas anticipaciones lo calculamos—y no creemos que habrá exageración—en.

80.000.000.

Segunda partida: *Pagos hechos á corporaciones civiles, dueños de bienes desamortizados, por los intereses del producto de ventas verificadas, del cual no se les han entregado aún las correspondientes inscripciones.* Sabido es que, por la retención

334.564.669,41

Reales vellón.

Suma anterior. 334.564.669,41

legal que se hace de una parte del precio de la venta de los bienes de propios, y por otras causas, no se entregan á las corporaciones civiles todas las inscripciones de su pertenencia en el momento mismo en que adquieren el derecho á percibir sus intereses, y que se les hacen pagos á cuenta y á formalizar debidamente. A los que se han realizado, y no se han formalizado aún, les calculamos. 30.000.000.

Tercera partida: *Préstamos y socorros con motivo de inundaciones y para otros objetos.* En cada caso particular de los muchos que por desgracia han ocurrido de este género, ha sido conocido y público el auxilio que se ha prestado. La cuantía de estas erogaciones, no incluidas en los presupuestos ni formalizadas todavía, es ciertamente grande: la calculamos en. 10.000.000.

Cuarta partida: *Recogida de la calderilla catalana.* Es sabido que lo suministrado por el Estado para este objeto, sin que hasta el presente haya sido reintegrado de ello, no hallándose tampoco formalizado, asciende á mas de. 36.000.000.

Total. 410.564.669,41

Otros muchos pagos á formalizar se han hecho

indudablemente, y su importe, que es cuantioso, constituye un descubierto.

Las partidas de gastos y pagos mencionadas ascienden, como queda demostrado, á la suma de.. . . . rs. vn. 410.564.669,41
y consistiendo lo que se debe formalizar en ingresos, segun el artículo 7.º mencionado, en. 164.362.980;

resulta una diferencia, y por consiguiente un descubierto de. 246.201.680,41

Unido este descubierto calculado al conocido, consistente en. 684.756.561

Forma un total de. 930.958.241,41

Tenemos íntimo y profundo convencimiento de que el actual descubierto del Tesoro es mucho mayor, pero no pudiendo aducir demostraciones irrefutables, nos limitaremos á consignar la existencia del que queda indicado; y esto no tememos ciertamente que pueda sufrir contradicción fundada.

Sobre tal base, sobre tal dato se debe proceder en los cálculos que se hagan, en las consideraciones que se expongan acerca del Porvenir de la Hacienda.

PARTE TERCERA.

El porvenir de la Hacienda pública.

«El *Porvenir* de la Hacienda pública (se ha dicho «en la introducción de este Opúsculo) se divide en «porvenir próximo y porvenir remoto. La claridad «con que el uno y el otro se presentan al ojo obser- «vador, están, en mi sentir, en razón inversa de la «distancia.» Hablarémos pues de ellos con separación, aunque de ambos muy brevemente.

PORVENIR INMEDIATO.

I.

¿Cuál será la situación del Tesoro público al terminar el ejercicio de 1865-66, que comienza en estos momentos? Creémos que para calcular el descubierto en aquella época, para anunciarlo con acierto, se debe proceder sobre dos supuestos, estableciéndolos como bases:

Primero: que los presupuestos ordinario y ex-

traordinario para el ejercicio de 1864-65 arrojarán un déficit que no bajará mucho de 300 millones. Se calcula universalmente con sólido fundamento, y lo tenemos por seguro, que será mayor; pero lo fijaremos en la cantidad expresada, intimamente convencidos de que, lejos de haber en ello exajeracion, los hechos vendrán á demostrar lo contrario.

Segundo: que los presupuestos ordinario y extraordinario para el ejercicio, que comienza, de 1865-66 arrojarán igualmente un déficit, el cual probablemente excederá de 400 millones, aunque lo calcularemos solo y lo fijaremos en dicha cantidad. Los fundamentos de este cálculo son tan sólidos como sencillos y notorios. —Nos limitaremos á indicarlos, ya respecto del presupuesto ordinario, ya del extraordinario.

En la crisis pertinaz que, á pesar de haber terminado en el resto de Europa, se sufre en España; en la depreciacion general de los frutos y de todos los valores; en la paralización, tambien casi general, de los negocios, no es de esperar, por desgracia, que las rentas públicas, especialmente las de producto eventual, crezcan, sino por el contrario que disminuyan. Sin acontecimientos ó incidentes especiales que son tan frecuentes, es posible, y en el caso de ocurrir aquellos es seguro é inevitable, que los gastos excederán á los calculados en el presupuesto, que habrá créditos extraordinarios ó suplementarios. La baja de las rentas y el aumento de los gastos se traduce en déficit del ordinario.

Aun mas perceptible y mas incuestionable es el motivo del déficit en el extraordinario. De los 1.440 mi-

liones que importan los pagarés de bienes nacionales enagenados, de vencimientos desde 1.º de Julio de 1865 hasta el año de 1884 (1), se deben aplicar y se están aplicando al Banco de España los necesarios para reintegrarle de sus derechos por el contrato de los mil millones. Siendo el vencimiento de dichos pagarés tan largo, pues llega, según se acaba de indicar, al año de 1884, claro es que han de sufrir un descuento muy crecido. Es por lo tanto evidente que para reintegrar al Banco será necesario aplicarle, si no en el todo absolutamente, en su casi totalidad, los 1.440 millones en pagarés; y como de estos mismos pagarés se hallan comprendidos en el presupuesto extraordinario de ingresos de 1865-66, aplicándolos á los gastos también extraordinarios, 400 millones, (2), es evidente que ha de resultar un déficit considerable, el cual se puede calcular sin temeridad en aquella misma cantidad, ó muy poco menos. Así pues, el déficit que arrojarán los dos presupuestos, ordinario y extraordinario, de 1865-66, excederá probablemente de 400 millones.

Fácil es ya calcular, como lo calculámos con el íntimo convencimiento de que ha de ser mucho mayor, el descubierto en que se hallará el Tesoro al terminar el ejercicio del presupuesto de 1865-66. Este

(1) Apéndice primero al *Diario de sesiones del Congreso*, número 44, correspondiente á la de 7 de Marzo de 1865.

(2) Los aplicados son 424.656.960; pero los 24.656.960 se calcula que se obtendrán de la venta de los bienes del Patrimonio cedidos por la Reina.

descubierto consistirá, á no haberlo extinguido por medios extraordinarios:

Reales vellon.

1.º En el hoy existente y conocido, el cual, segun se ha expuesto, asciende á. 684.756.561.

2.º En el calculado, que existe asimismo hoy, en. 246.201.680.

3.º En el déficit que arrojarán los presupuestos ordinario y extraordinario de 1864-65, que hemos calculado, creyendo que ha de ser mayor, en. 300.000.000.

4.º En el que igualmente arrojarán los presupuestos ordinario y extraordinario para 1865-66, que calculamos, creyendo asimismo que escederá de esta suma, en. 400.000.000.

Total. 1.630.958.241.

Que será mucho mayor aún el descubierto del Tesoro público al terminar el ejercicio de 1865-66, lo creo probable: que no ha de ser menor, lo creo seguro; de que la cifra que lo represente no bajará de la que se acaba de estampar, tengo el mas profundo convencimiento. Entiéndese esto en el supuesto de que las obligaciones comprendidas en los presupuestos de 1864-65, cuyo ejercicio aun no ha terminado, y de 1865-66, cuyo ejercicio comienza en estos momentos,

se hubieren cubierto, porque claro es que del importe de los pagos pendientes, que deban realizarse y no se hayan realizado aún, no puede haber descubierto del Tesoro.

Tal vez habrá quien crea lo contrario: tal vez ésta manifestacion se calificará de voluntaria y caprichosa, y aun excitará el mal humor de algunos, el desprecio de muchos. ¡Eh! señores: reflexionad un momento, y comprendereis que toda cuestion, toda contienda, y todo acaloramiento son excusados. La terminacion del ejercicio de 1865-66 está próxima, y su liquidacion no está remota. Esa liquidacion hará inútiles los cálculos, las reflexiones de todo género: ante los hechos, ante los resultados prácticos todos tendremos que enmudecer: los profetas verdaderos podrán cantar su triunfo; los profetas falsos buscarán en la oscuridad y el silencio un lenitivo al dolor que les producirá el reconocimiento de sus errores. Si el descubierto del Tesoro público al terminarse el ejercicio de 1865-66, segun la liquidacion que á su tiempo se haga, fuere menor de 1.630 millones de rs. vn., yo reconozco desde ahora que deberé ser reputado como visionario. Será, en mi sentir,—lo repito—mucho mayor: será con corta diferencia igual á el que existia cuando se dictó la ley de 26 de Junio de 1864, despues de haberse agotado los recursos que por aquella ley se aplicaron á extinguirlo.

Oportuno me parece, y propio de este lugar, hacer algunas consideraciones acerca del crecimiento que, en el supuesto de continuar por la senda trazada, habrá de tener el presupuesto ordinario de gastos. Consideraciones, hemos dicho, hablando con poca exactitud, lo que nos proponemos es únicamente exponer las cifras, manifestar las cantidades que habrán de tener entrada en el presupuesto de gastos, apareciendo así la enorme suma á que, admitida tal suposición, esto es, conservándose los gastos actuales, llegarán aquellos.

Tomando por base el presupuesto ordinario corriente de 1865-66, cuyo importé será la primera partida, habrá de comprender (entiéndase que esto ha de ser, no todo desde el año próximo venidero, sino sucesivamente, en el espacio de algunos años, que el señor Salaverría, alargándose mucho, ha fijado en ocho ó diez) el futuro presupuesto:

	Reales vellón.
1.º Los gastos comprendidos en el de 1865-66, que ascienden á. .	2.185.000.000.
2.º Los del presupuesto extraordinario del mismo año que se deben considerar como gastos ordinarios.	321.000.000.
3.º De los 200 millones que el señor Salaverría dijo en su folleto,	
	<hr/>
	2.506.000.000.

	Reales vellon.
Suma anterior.	2.506.000.000.
(página 89) que tendrían de aumento, en ocho á diez años, los gastos ordinarios, se han comprendido ya en los presupuestos para 1865-66 algunos de ellos, y restarán solo (1).	81.000.000.
Total.	2.587.000.000.

Fácil es de conocer que aun habrá partidas de gastos que agregar.

III.

El porvenir inmediato de la Hacienda pública aparece en efecto á mi vista muy oscuro, segun he manifestado. Hablando de él, se continúa diciendo en la

(1)	Cálculo del señor Salaverría.	Comprendido á cuenta en los presupuestos para 1865-66	Se resta.
Complemento de la diferida. . .	32.000.000	12.000.000	20.000.000
Interés de inscripciones á corporaciones civiles.	50.000.000	»	50.000.000
Interés y amortización de ferrocarriles.	100.000.000	89.196.720 (a)	11.000.000
Interés de los títulos emitidos para obtener 600 millones efectivos. .	36.000.000	43.180.800 (b)	»
Son.	218.000.000	»	81.000.000

(a) Esta cantidad forma parte de los 321 millones que se han aumentado en concepto de gastos ordinarios procedentes de los extraordinarios de 1865-66.

(b) Se halla comprendida esta partida en el presupuesto ordinario del mismo año.

introduccion: «El velo que encubre el primero es para
»mi impenetrable. Creo que solo se puede augurar de
»él condicionalmente, anunciándolo como feliz ó como
»lamentable, segun sea la direccion y el rumbo que
»se adopten y se sigan desde luego; segun se resuel-
»van las cuestiones de actualidad. El presente lleva
»dentro de sí el gérmen del porvenir inmediato.»

Se ha indicado el remedio único que, á mi parecer, alcanzaria para curar el mal que se sufre; nivelar los presupuestos: aumentando cuanto racionalmente sea posible los ingresos, y reduciendo en lo que sea necesario los gastos, llegar á esa nivelacion, pero nivelacion verdadera, normal y permanente. Lo hemos dicho ya, y lo repetimos: al que eleve, sin vejar, sin destruir á la riqueza pública, sin secar los manantiales de la produccion, las rentas hasta el importe de los gastos actuales y de los que se deseará aumentar—¡ojalá hubiese quien las centuplicase!—lo reputaremos un genio creador y benéfico, un semidios, y lo veneraremos y admiraremos.

Si se aplica el remedio, el mal se curará; entraremos en una situacion próspera, normal, duradera, estable: si no se aplica, la situacion, con reacciones pasajeras, con oscilaciones, será cada dia mas apurada, irá de mal en peor, y el mal se agravará hasta que llegue la catástrofe.

Que el término, que el desenlace será el uno ó el otro de los dos indicados, segun se continúe la marcha seguida hasta el presente ó se adopte otra esencial y radicalmente diversa, me parece indudable.

¿Cuál de las dos cosas sucederá? Esto no se puede asegurar del mismo modo: sobre ello hay ancho campo para los cálculos y las conjeturas: el pronóstico puede ser materia de diversos y aun contrarios juicios. Yo deseo muy ardientemente errar en el mío, deseo que mis temores sean de todo punto infundados, quiméricos, ilusorios. La patria tiene grande interés—depende de ello su prosperidad—en que no se realicen, al paso que nada importa para el bien general que yo sea un visionario.

Conociendo y confesando la posibilidad de que mi juicio sea errado, debo enunciarlo con toda franqueza. Témo que, si por algún instante se concibiére el pensamiento de variar la marcha trazada y que se viene siguiendo, se retroceda ante las dificultades que se han de encontrar, ya indicadas algunas de ellas: témo que no haya voluntad bastante eficaz, por no haber fé suficiente acerca de la existencia y la intensidad del mal, para aplicar el remedio: témo, en su consecuencia, que la catástrofe sobrevenga.

IV.

Vamos ahora á examinar y analizar, para deducir lo que haya en ello de verdad y exactitud, las bizarras apreciaciones, los risueños cálculos, los anuncios lisonjeros que hace el Sr. D. Pedro Salaverría, reasumidos en los trozos de su tantas veces citada publicación, que hemos insertado en las páginas 225 y siguientes, á que se refiere la nota de la 257.

Juzga oportuno presentar el Sr. Salaverría el resumen de los compromisos que tenemos aceptados, y que producirán anualmente en los gastos el aumento de 200 millones á que reduce los 218 que resultan por el complemento de la deuda diferida, por los intereses y amortizacion de ferro-carriles, por los de inscripciones á corporaciones civiles, y por los de la emision de títulos de la deuda consolidada del 3 por 100 á fin de obtener 600 millones efectivos; para cuyos 218 millones manifiesta que se debia contar con la compensacion que podrá obtenerse en el capitulo de intereses de la deuda flotante al realizar dicha emision de títulos: estando persuadido de que *el progresivo desarrollo de las rentas para lo futuro ofrece responder de las obligaciones contraidas*, é indicando en seguida algunos de los recursos con que se debe contar para hacer frente á ellas, á saber, los sobrantes de Ultramar, y la baja de 80 á 100 millones en el presupuesto de Guerra.

Pasémos por este cálculo de los 200 millones, pues, admitiéndolo, hemos hecho la demostracion que con el número 3.º aparece en las páginas 256 y 257; no obstante que los 36 millones que calculó para intereses de la emision de títulos del 3 por 100 bastantes á producir 600 millones efectivos, se han elevado á 43.180.800 reales en la reciente subasta.

Por lo que no podemos pasar, ó lo que no podemos conceder es uno de los recursos, con que, dice, se debe contar para hacer frente á esos compromisos, ni mucho menos que baste para cubrirlos

el progresivo y futuro desarrollo de las rentas; en cuyos asertos creemos que ha estado el Sr. Salaverría poco feliz, siendo tan evidentemente infundados; como se verá.

De las provincias de Ultramar—esto no lo contradecemos—se promete y dice que tenemos derecho á esperar 100 millones; añadiendo (asombra ciertamente el verlo seriamente asentado por persona entendida) que, «en el momento en que las complicaciones de la Europa lo permitan, *reduciendo el ejército á la fuerza de 80.000 hombres, por este lado nos debe quedar un ahorro en el presupuesto de la Guerra de 80 á 100 millones de reales.*» ¡Cómo! ¡La reduccion de 20.000 soldados producir una economía de 80 á 100 millones! Estos 80 á 100 millones quedarían en no mucho mas de 20; asercion que nos sería facilísimo demostrar hasta la evidencia, matemáticamente, si hubiese necesidad de ello. Para toda persona conocedora y competente en el asunto es inconcuso lo que se acaba de asentar; y se puede afortunadamente invocar una autoridad que no rechazará el Sr. Salaverría. Hablando yo recientemente en el Senado (1) acerca de la posibilidad de introducir economías en el presupuesto general del Estado, y haciendo algunas indicaciones respecto á las que, en mi juicio, serían posibles en el de la Guerra, dije: «Una grande economía se ha propuesto en cierta publicacion por el se-

(1) Sesión del 1.º de Julio de 1865. *Diario del Senado*, página 1.174.

»ñor D. Pedro Salaverria (pueden verla los Sres. Se-
»nadores) para cuando las circunstancias de Europa
»permitan reducir la fuerza del ejército en 20.000 hom-
»bres: reduccion, con la cual podria hacerse la eco-
»nomía de 80 á 100 millones de reales anuales. (*El*
»señor Presidente del Consejo de Ministros: Pido la pa-
»labra.) Eso ha dicho, y yo voy á indicar, aunque mal,
»algo de lo que mucho mejor vá á manifestar S. S.

»La reduccion de 20.000 hombres en el ejército
»supondria la de 20 á 30 millones de reales; porque
»ella no puede ser mucho mayor que el importe de
»lo que cuesta el mantenimiento del soldado. En
»cuanto al sueldo del oficial podria haber alguna re-
»duccion, no mucha, porque el estado general del
»ejército, dejando á un lado el coste del soldado,
»seria el mismo: habria los numerosos generales, te-
»nientes generales, mariscales de campo, brigadieres
»y coroneles que habia anteriormente, y claro es que
»la reduccion no podria ser grande. En este sentido
»lo he dicho.»

Contestando en seguida el Sr. General O'Donnell,
actual Presidente del Consejo de Ministros, dijo (1)
sobre el punto de que se trata: «Mientras ocupe este
»puesto, cuidaré de proponer y de hacer todas las
»economías que sean posibles en el Ministerio que
»mas directamente tengo á mi cargo. Pero que no se
»haga ilusiones el Sr. Bravo Murillo: se podrán hacer
»economías de algunos millones, no muchos, por-

(1) Página 1.176.

que 1.000 hombres que se licencien, representan 1.200.000 rs., por supuesto licenciando la tropa, pero conservando los cuadros de oficiales. Véase pues el Sr. Salaverria de qué gran tamaño es el error que ha padecido. *Mil hombres que se licencien, representan un millon doscientos mil reales:* de consiguiente veinte mil hombres representarían veinte y cuatro millones.

La equivocacion en que se incurre—se parte de una base completamente errónea—al formar el cálculo que dá por resultado lo que, con pasmoso aplomo, asienta el Sr. Salaverria, es tan manifiesta, que no se concibe siquiera cómo cae en ella una persona entendida y versada en negocios. Para hacer aquella deducion se forma necesariamente éste cálculo: «Si un ejército de 100.000 hombres cuesta 400 millones, un ejército de 20.000 hombres costará 80 millones; y la reduccion de 20.000 hombres en los 100.000 será una reduccion de 80 millones.» ¡Error visible! porque el sostenimiento de la fuerza armada exige gastos generales y comunes, que no se reducen aunque se reduzca el ejército; porque el sueldo de los oficiales generales, ó de coronel arriba, no disminuye en nada, y de coronel abajo solo disminuye en parte; y por otras muchas causas que están al alcance de todos.

Contando pues con que se obtengan 400 millones de Ultramar, lo cual me parece demasiado incierto, ya porque las variaciones que constantemente se introducen en aquellos dominios, disminuyen en mucho los sobrantes, ya por las eventualidades, no

infrecuentes por desgracia, que pueden aminorarlos, y aun anularlos y hacerlos negativos; y contando con que se haga en el contingente del ejército la reduccion que indica el Sr. Salaverria, los recursos que menciona ascenderán á 120 millones, y quedarian todavia sin atender 80 de los 200 en que, segun los datos que suministra el mismo Sr. Salaverria, habrán de consistir los gastos que, en el espacio de ocho á diez años, han de agregarse á los actuales.

Pero «¿es posible negar, añade, que en ese periodo la renta de la nacion no acrezca (ó es errata de imprenta, ó el Sr. Salaverria olvidó que nos NEGACIONES AFIRMAN) en 200 millones de reales...?»

«¿Como es posible esponer, ante una perspectiva de 200 millones de obligaciones, presagios temerosos...?»

«Si el movimiento de aumento de uno á otro año en las rentas demuestra por lo pasado de 60 á 70 millones, ¿cómo se ha de negar que en lo futuro se alcancen los mismos ó mayores aumentos?»

Se agolpan las contestaciones que naturalmente ocurren. Un aumento de 200 millones, segun queda indicado; aumento considerable siempre en un presupuesto de ingresos que no llega á 2.200 millones; esto es, un aumento de casi la décima parte de las rentas, podria mirarse en perspectiva sin sobresalto—se ha dicho ya en otro lugar—si el presupuesto estuviera nivelado; pero cuando se halla en espantoso déficit, aquella perspectiva aparece sobrado negra y propia para inspirar un temor no pueril.

El movimiento de aumento, de uno á otro año, en las rentas demuestra, por lo pasado, de 60 á 70 millones. Verdad; aunque el aumento ha sido mayor en los últimos años que en los anteriores, como debido: 1.º á el pago íntegro de los sueldos y asignaciones, realizado desde 1857; y 2.º al grandísimo y extraordinario acrecimiento que han tenido, en número y en valor, los jornales, las remuneraciones, las contratas, y por consiguiente los consumos, proveniente todo de la aplicación en grande escala de capitales, ya venidos del extranjero ya procedentes de la desamortización, á la ejecución simultánea de muchas obras públicas de todo género. Es verdad que el movimiento de aumento en las rentas, de algunos años á esta parte, ha sido ese; pero, en primer lugar, el aumento de los gastos, en el mismo período, ha sido mucho mayor; y en segundo lugar, aquel aumento de rentas no puede ser igual y constantemente progresivo.

¿Con qué fundamento se puede esperar que las rentas públicas continúen aumentando en la misma progresión, y que los gastos no tengan aumento? ¿Qué se adelantaría con que los ingresos acrecieran en 200, en 400 millones, si los gastos han de acrecer otro tanto y tal vez más?

El aumento de ingresos producido por el pago íntegro de los sueldos, y el que proviene de la realización de las obras públicas han llegado á su límite. Grandes han sido necesariamente el uno y el otro, porque la una y la otra causa han multiplicado los

consumos de todo género; pero como los sueldos no se aumentan todos los años, ni es de esperar que las obras públicas se aumenten tampoco (¡ojalá no disminuyan!) en los próximamente venideros, no es posible que por estos motivos tengan progresivo aumento las rentas. Así pues, del hecho de haber tenido estas en los quince ó doce últimos años un aumento que en el año común sea de 60 á 70 millones, no se puede deducir que en los años sucesivos hayan de crecer en igual progresión. Si así hubiera de acontecer necesaria é indefinidamente, las rentas públicas de España serían muy pronto mayores que las de Inglaterra.

V.
Ante la perspectiva de un déficit existente ya hoy en parte; que al liquidarse el ejercicio de 1865-66 excederá—y creo que no será poco—de 1.630 millones, habiendo de aumentarse en lo sucesivo; y de un presupuesto ordinario que consiste hoy realmente en 2.506 millones (hemós dicho, y es evidente, que las atenciones comprendidas en el presupuesto extraordinario de gastos por 321 millones son ordinarias), cuyo presupuesto se elevará á 2.587 millones, cuando acaben de entrar en él los 81 comprendidos en la demostración de la página 257, como complemento de los 200 millones calculados por el Sr. Salaverria; veámos cual es la perspectiva de los recursos, cuales son los medios con que se cuente en la actualidad, ó se deba racional y fundadamente contar en lo sucesivo para satisfacer esas necesidades.

Se procederá en esta investigación con orden y claridad, fijando el capital disponible y aplicable á la extincion del déficit actual y de los futuros, y la cuantia de los ingresos naturales y constantes, ó sea las rentas públicas, con las cuales se debe atender al cumplimiento de las obligaciones ordinarias y corrientes en toda nacion, en todo pais que se halle bien gobernado.

VI.

Al hacer lo primero nos referimos á las manifestaciones de los mismos que han mostrado grande empeño en dár á conocer ese capital, y á los datos que ellos han suministrado, ó se han expedido á su excitacion por las oficinas públicas; pero sin hacer mérito aquí de los 1.440 millones de reales de pagarés de compradores de bienes desamortizados, que existian á los vencimientos desde 1.º de Julio de 1865 hasta el año de 1884, porque, como ya se indicó en la página 253, éstos valores se consumirán con el pago al Banco de España de los mil millones de billetes hipotecarios y de la cuenta de esta negociacion con el Tesoro público.

Las partidas que forman esa especie de haber de la cuenta, son las siguientes:

Reales vellon.

1.º El valor de los bienes desamortizables, no vendidos aún (entre ellos figuran por 778.291.030 reales vellon los del Clero) consistente en 1.384.095.832 rs., y el

aumento de 715.904.168 que se les calcula en la enagenacion (1).	2.100.000.000.
2.º Terrenos, que deben enagenarse, ocupados por cuarteles y otros edificios militares (2).	100.000.000.
3.º Reintegro de anticipaciones para el canal de Isabel II (3).	150.000.000.
4.º Id. id. para las obras de la Puerta del Sol (3).	37.000.000.
5.º Id. id. para las del puerto de Barcelona.	8.000.000.
6.º Indemnizacion de Marruecos, que consistia en 170 millones, de los que se han comprendido en el presupuesto ordinario hoy vigente doce millones.	158.000.000.
7.º Id. de Annam, la cual consistia en 32 millones, habiéndose tambien comprendido en dicho presupuesto ordinario cuatro millones.	28.000.000.
8.º Id. del Perú, consistente en 60 millones, de cuya suma se han comprendido igualmente 20 millones	2.581.000.000.

(1) Apéndice primero al *Diario* núm. 44 de sesiones del Congreso, estado número 5 (7 de Marzo de 1865).

(2) En cuanto á ésta partida y las siguientes, no tenemos otro dato que la manifestacion hecha por el Sr. Diputado Ardanaz en su discurso de 13 de Marzo de 1865. — *Diario de sesiones del Congreso*, número 49, página 954.

(3) Dejamos subsistentes aquí estas dos cantidades solo por no cercenar nada de lo que el Sr. Ardanaz consideró haber del Tesoro, pues habiéndose mandado formalizar, con cargo al presupuesto actual, según lo hemos expresado en la página 247, es creible que se renuncie al reintegro de estas anticipaciones, las cuales, según lo expuso el Gobierno en la memoria de presupuestos, están reducidas á las cifras allí fijadas.

	Reales vellón.
<i>Suma anterior</i>	2.581.000.000.
en el presupuesto extraordinario de este año.	40.000.000.
Total.	2.621.000.000.

A los terrenos ocupados por cuarteles y otros edificios militares, los cuales dijo el Sr. Ardanaz que valían 100 millones, y nosotros, aunque sin dato seguro para ello, creemos que no producirán ni la cuarta parte de esa suma, y creemos además que para disponer del terreno de muchos de esos edificios será necesario construir otros nuevos que costarán el cuádruplo; á esos terrenos, decimos, y al reintegro de las anticipaciones para el canal de Isabel II, obras de la puerta del Sol y del puerto de Barcelona (1), y á las indemnizaciones de Marruecos, Annam y el Perú, les hemos fijado lo mismo que fijó el señor Ardanaz.

A los valores mencionados, esto es, al importe de los bienes, según el cálculo de los sostenedores del sistema seguido acerca de la aplicación del producto de la espirante desamortización, quienes de consiguiente no tienen interés alguno en exajerar su precio, sino al contrario, valores ya determinados en las cifras expresadas, hay que agregar el de algunos otros bienes, el cual no es conocido, ni se puede por lo tanto reducir hoy á cifras determinadas.

(1) Estas dos partidas se debían excluir, según queda dicho.

El Sr. Alonso Martínez, Ministro actual de Hacienda, ha dicho en el Senado, al discutirse el presupuesto que empieza á regir: que además de los bienes existentes (los 1.384 millones) contaba: 1.º con los exceptuados indebidamente á favor de los pueblos, cuyos bienes deben volver á la nación: 2.º con los montes *del Estado*, que deben tambien enagenarse; y 3.º con los aumentos de los del Clero, pendientes de permutacion (1).

Se cuenta tambien con los bienes del Real Patrimonio cedidos por la Reina.

Hemos incurrido en un error al decir recientemente en el Senado, hablando de los bienes que restan por vender (los comprendidos en el 5.º estado del apéndice 1.º al *Diario* núm. 44 de sesiones del Congreso, correspondiente á la del 7 de Marzo de 1865) que nos quedaba *la última peseta*: tenemos además *unos ocho á diez cuartos*. ¿Escandaliza la expresion? No habria razon para ello, porque menos de lo que son ocho á diez cuartos con relacion á una peseta, serán los bienes de que se acaba de hacer mérito con relacion á los comprendidos en aquel estado.

Veámos cual es su valor, admitiendo el que se dá á los unos (que sin duda es conocido de los que hacen este inventario), y calculando, sin mezquindad, el que puede racionalmente darse á los que se incluyen en aquel inventario sin fijárselo.

(1) En esto creemos que se equivocó, pues tenemos entendido que tanto los bienes del Clero permutados, como los pendientes de permutacion están tasados en los 778.291.030 reales que forman parte de los 1.384 millones.

Posible es que se hayan reservado como de aprovechamiento comun algunos bienes que no sean en realidad de los que la ley de 1.º de Mayo de 1855 acordó que se reservasen: no negamos que haya algunos casos—no los muchos que el Sr. Ministro de Hacienda dijo en el Senado que existian—de torcida interpretacion de la ley en ese sentido; pero del abuso que se ha de hacer en el sentido contrario, si se siguen las inspiraciones del Sr. Alonso Martinez, ha de haber, no unidades, ni decenas, sino centenares de casos. Los pueblos que han tenido ese recurso, el cual ha constituido en parte su modo de vivir y de sér, sentirán un gran malestar, sufrirán una verdadera y muy desastrosa transformacion, y caerán en la mas espantosa miseria. Pero, dejando aparte esta consideracion, calcularemos el valor de los decantados bienes que se han reservado indebidamente como de aprovechamiento comun. Sin dato alguno para ello, les fijamos el valor de 50 millones, íntimamente persuadidos de que acaso no lleguen á la mitad de esta cantidad.

Manifestó asimismo el Sr. Alonso Martinez la decision de poner en venta los montes, reservados por una ley reciente. La venta de los bosques reduciria á la nacion á un estado de suma decadencia y miseria, del cual no podria recuperarse en muchisimos años: semejante disposicion seria mas desastrosa y asoladora que una hambre ó una peste. Si la nacion está destinada á sufrir esa nueva calamidad sobre las muchas que ha sufrido y sufrirá inevitablemente la gene-

racion que adopte aquella medida, hará á las generaciones futuras el legado mas funesto entre los funestos. Admitimos sin embargo hipotéticamente este luctuoso recurso, y calculamos á los montes enagenables 200 millones, persuadidos del exceso.

Del producto de los bienes del Patrimonio cedidos al Estado, del cual se ha reservado la Reina el 25 por 100, se halla comprendida una parte en el presupuesto extraordinario de ingresos de 1865-66, calculando que se hará efectiva esa parte en el año económico que vá corriendo. Sin contar con ella, les suponemos, excediéndonos ciertamente en el cálculo, 350 millones.

Así pues, el importe de los bienes que forman el capital activo de la nacion, procediendo sobre las bases indicadas, se debe fijar en lo siguiente:

	Reales vellon.
1.º El valor de los bienes de que nos hicimos cargo en las páginas 268 y 269.	2.621.000.000.
2.º El de los bienes reservados abusivamente como de aprovechamiento comun; el de los montes, y el de los bienes cedidos por el Patrimonio.	600.000.000.
Total.	3.221.000.000.

De los 3.221 millones expresados 2.800 consisten en el valor que se dá á los bienes de corporaciones civiles que restán por vender, á los del Clero, á los terrenos ocupados por edificios militares, á los bienes

reservados abusivamente como de aprovechamiento común, á los montes y á los bienes del Patrimonio cedidos por la Reina: y los 421 millones restantes consten en el importe de anticipaciones y de indemnizaciones.

Como se vé, pues, los 2.800 millones son producto que se espera de los bienes mencionados, valor real y positivo que éstos bienes habrán de tener —lo damos por supuesto—cuando se enagenen: no son un capital existente, efectivo y disponible sin rebaja al liquidarse el presupuesto que está en ejercicio; ni en medio año, ni en uno, ni en dos mas; ni, totalmente y de una vez, en plazo alguno: serán el producto de las ventas de los bienes, ventas que no tienen lugar todas á un tiempo; y que se realizan á pagar el precio en largos plazos, cuyo precio por lo tanto se ha de recibir parcial y sucesivamente en el espacio de muchos años.

Entre las partidas que componen los 421 millones hay alguna, aunque pequeñísima, cuya realizacion será muy próxima, como la de 40 millones de la indemnizacion del Perú: hay otras de realizacion incierta, que podrán tenerla mas pronto que el pago del precio de los bienes que se vendan; siendo tambien posible, y aun probable, que la realizacion de algunas se prolongue á época mas lejana que la correspondiente al plazo medio de las ventas. Por todas estas circunstancias se fijará un tipo comun para calcular la disminucion que habrán de sufrir los 3.221 millones, ó sea los valores á que se reduzcan; teniendo además en con-

sideración que la diferencia en favor (la diferencia en contra es también posible) que produjese la realización mas pronta de algunas de las partidas que componen los 424 millones, sería pequeña en si misma y de todo punto insignificante para el resultado general.

Aséntado esto, y recordando que el descubierto en que se hallará el Tesoro al liquidarse el actual presupuesto de 1865-66, excederá de 1.630 millones, (página 254), preciso es ó añadir á esta suma lo que cueste sostenér aquel descubierto—en el todo hasta que se comience á extinguirlo y después en la parte que aun no se haya extinguido—, esto es, el interés del capital que lo representa, ó rebajar de los 3.224 millones de los bienes aplicables á su extincion el descuento que se haya de sufrir en la negociacion de los valores en que consiste aquella suma. El resultado será el mismo en uno y otro caso, porque al interés que se pague para sostener el descubierto, y que se haya de ahorrar en el caso de descontar vencimientos futuros para satisfacerlo, ha de ser correspondiente el quebranto que se sufra en la negociacion de los valores, negociacion que habrá de tener lugar—se puede pronosticar sin temor—, sea para aquel objeto, sea para otro. Una negociacion de este género se acaba de realizar en virtud de leyes que han tenido ese objeto especial.

Se debe por lo tanto examinar qué reduccion habrá de sufrirse en la negociacion de los 3.224 millones.

Para formar éste cálculo estableceremos las bases mas conducentes á un resultado ventajoso, aunque sean aventuradas y destituidas de toda probabilidad.

Suponemos:

1.º Que al liquidarse el presupuesto en ejercicio de 1865-66, en cuya época excederá el descubierto del Tesoro de 1.630 millones, segun queda dicho, se haya comenzado ya la enagenacion de los bienes del Clero; se halle casi terminada la de los demás bienes desamortizables aun no vendidos; se acabe de hacer completamente en el plazo de dos á cuatro años la de todos, todos los bienes que producen el valor de los 2.800 millones, y que los reintegros y las anticipaciones en que consisten los 421 millones, se realicen en totalidad y en un plazo que no exceda del plazo medio en que se haya de pagar el precio de aquellos bienes. A primera vista se conoce que tal suposicion, en cuanto á lo primero, es puramente gratuita, porque habiendo trascurrido diez años desde que (1855) se comenzó á ejecutar la ley de desamortizacion, suspendida por muy poco tiempo en lo respectivo á los bienes de procedencia civil, y existiendo aún bienes de esta clase sin vender, no se puede racionalmente esperar que en el corto tiempo de dos años se terminen totalmente las ventas. Lo probable, lo casi seguro es que en ese tiempo se venda solo una pequeña parte de dichos bienes, habiendo por lo tanto de ser indispensable ó adoptar otro medio, contrayendo una carga perpétua para extinguir el descubierto, ó sostenerlo, ya totalmente ya en su mayor parte, habiéndose en tal caso de au-

mentar necesariamente con el importe de los intereses que esto ocasione.

2.º Que el descuento sea no mas que el de 6 por 100 anual. Mayor, mucho mayor ha sido el de la negociacion del mismo género que se ha verificado recientemente: mayor es el interés del dinero actualmente en España, aun con las firmas acreditadas; y mayor creémos que será en el tiempo á que nos referimos.

Establecidas tales hipótesis, aunque evidentemente gratuita la primera, porque los bienes se venderán lenta y sucesivamente en el espacio de no pocos años, y los vencimientos por consiguiente de los pagarés que se otorguen para satisfacer el precio, alcanzarán varias y diferentes fechas, algunas de ellas muy largas; establecidas tales hipótesis, decimos, y asentado que los bienes se vendan á pagar en diez anualidades, el descuento consistirá en el importe del interés de seis años, término medio de lo que se ha de tardar, cuando menos, en hacer por completo las ventas, y de los plazos en que se deberá realizar el pago. El descuento, por consiguiente, el quebranto en la negociacion de los 2.800 millones, valor de todos los bienes, consistirá al menos en 36 por 100, ¡ojalá se limite á esta cantidad! En cuanto á los 421 millones de los reintegros y anticipaciones, hemos dicho que se adoptará el mismo tipo para su descuento. Por consiguiente, los 3.221 millones quedarán reducidos en la negociacion á 2.064 millones y un corto pique, del cual, por su pequeñez é insignificancia, no hacemos

aprecio. Se procede en el supuesto de que no se sufra otra rebaja alguna por ningún concepto, suposición que carece de toda probabilidad. Con los 2.064 millones se podrá extinguir el descubierto, consistente en 1.630 millones (excederá, como tantas veces hemos dicho) si se les da esa aplicación, y quedará un sobrante de 434 millones.

Si se les da esa aplicación, hemos dicho, porque hay posibilidad, y aun probabilidad, á nuestro juicio, de que no suceda así: posible es, y nos parece probable, que los futuros productos de los bienes se consuman parcialmente, haciendo, cada vez que la urgencia lo exijiere, una negociacion de la parte de ellos que sea necesaria para cubrir atenciones urgentes y perentorias.

Pero suponiendo que así no suceda, y que al liquidarse el presupuesto actual exista una masa de valores que, descontándolos en aquella época, den lo necesario para extinguir el descubierto en que se hallará el Tesoro, y un sobrante de 434 millones, ora consista este sobrante en el producto real y efectivo del descuento que se haya hecho de los valores que lo representen, ora en los mismos valores sin descontar, ¿qué aplicación habria de darse á este sobrante? Embarazosa y difícil es la contestación á esta pregunta, y no ciertamente por la falta ó escasez de los objetos de aplicación, sino por la abundancia y variedad de ellos, y los motivos de preferencia que ofrece cada uno. ¿Se ha de continuar dividiendo los presupuestos en ordinario y extraordinario, comprendiendo en este

último obligaciones, por mas de 300 millones, que son objeto del primero, y dándole esa denominacion de *extraordinario*, tan abusiva y que tanto induce á decepciones? Pues la continuacion por un año, un solo año, de tal sistema, basta para consumir los 434 millones; y ni aun alcanza esta cantidad, porque, como es bien sabido, y lo hemos dicho cien veces, el presupuesto *extraordinario*, el cual comprende los gastos que no caben en el ordinario por exceder en otro tanto y aun mas á los ingresos, sube y no poco de 500 millones.—¿Se quiere reducirse desde luego y para lo sucesivo á lo que realmente se tenga, y atender en primer lugar á los compromisos contraidos? Pues facilísimo será satisfacer este deseo. Se puede anunciar que para el tiempo á que nos referimos habrán aparecido obligaciones de atencion inmediata y en mas cuantía que la del importe de aquel sobrante: en la actualidad se conoce ya una, contraida para aquella época, que, en parte, tendrá cumplimiento obligatorio en ella, porque lo está teniendo en el dia y debe tenerlo sucesivamente hasta el año de 1870. Nos referimos al compromiso contraido, con exceso á los créditos legislativos, para obras extraordinarias de carreteras, aprovechamiento de aguas, navegacion maritima y construcciones civiles. De esto nos hicimos cargo en las páginas 113 y siguientes, y de ello se ha tratado recientemente en el Senado; y de los datos oficiales allí exhibidos (1) resulta que entre

(1) Apéndice único al *Diario* núm. 82 y 1.º al *Diario* número 89 de sesiones del Senado.

las obligaciones contraídas: y los pagos verificados hasta fin de Enero de 1865 había un exceso, á pagar desde entonces hasta 1870, de 809.213.936 reales vellón. Deduciendo de esta suma lo que se haya pagado desde aquella fecha hasta el día; y lo que se pague hasta la liquidacion del presupuesto actual de 1865-66, tenemos por indudable, y nos parece hasta evidente, que aun quedará por pagar una cantidad que excederá en mucho á los 434 millones.

Llegaremos en el terreno de las suposiciones hasta lo imposible. Se ha supuesto que las ventas de los bienes se realicen todas en dos á cuatro años; que el plazo medio de los vencimientos de los pagarés que se otorguen para satisfacer el precio, sea el de seis años, y el interés del descuento 6 por 100; y se ha supuesto que los valores consistentes en reintegros é indemnizaciones sufran igual quebranto. El respectivo á la negociacion de los pagarés que se otorguen es ciertamente el menor que puede suponerse; es increíble por lo pequeño y fabuloso, y no tememos que la hipótesis sea impugnada en el sentido contrario. Parece improbable, por lo crecido, parece exorbitante el mismo quebranto para los reintegros é indemnizaciones. Pues supondremos que no tengan ninguno, que para el tiempo á que nos referimos se hayan hecho efectivos, sin disminucion de un céntimo, todos los reintegros (algunos de ellos no lo serán nunca) y todas las indemnizaciones. De los 421 millones á que estas y aquellos ascienden no hacemos rebaja alguna: el 36 por 100 de los 2.800 millones,

valor de los bienes, asciende á 1.008 millones; y rebatiendo esa cantidad de los 3.221 millones, quedarán estos reducidos á 2.213; resultando, despues de cubrir los 1.630 millones del descubierto, un sobrante de 583 millones. Pues bien: no hay necesidad de nuevas aplicaciones para el exceso de este sobrante respecto del de 434 millones que anteriormente se ha figurado: el exceso de los gastos sobre los ingresos en un año lo absorbe casi por completo, y lo absorverian además, de seguro, los compromisos que aun habrá pendientes en aquella época de los que tiene ya contraidos el Ministerio de Fomento por obligaciones que se deben satisfacer sucesivamente hasta el año de 1870.

20 Mi creencia íntima es aun mas triste que los anuncios á que dan lugar los datos expuestos: mi creencia es que antes de la liquidacion del presupuesto actual se habrán consumido algunos de los recursos con que se cuenta en los precedentes cálculos, considerándolos aplicables á la extincion del descubierto que tenga entonces el Tesoro; y de consiguiente que, si el capital que haya, consistente en la parte que no se hubiere consumido ya de los valores mencionados, se aplica á la extincion del descubierto del Tesoro, se consumirá completamente, si se alcanza, y que no habrá que contar para lo sucesivo con rendimientos de la desamortizacion.

21 Pero no es nuestro ánimo transmitir á los demás nuestra creencia, sino el resultado de los cálculos severos, fundados en datos innegables; y estos cálculos dán á conocer que los recursos con que se puede con-

tar el capital existente en valores de todo género realizables, no alcanzan para continuar por mucho tiempo la marcha trazada. Un año mas, y entonces podremos decir con toda verdad: *se ha gastado la última peseta*.

No decimos que sucederá así, no es ésta una profecía: la profecía es más lúgubre, mas horrible: corresponde á la creencia indicada. Tememos que, sin que llegue jamás á extinguirse el descubierto en su totalidad, se aplicará parcialmente á aquel recurso, mientras dure, y se contraerán nuevos empréstitos (de ello tenemos un ejemplo reciente) para solventar una parte de él y aligerar la carga; y que se habrá realizado por completo la enagenación de los bienes desamortizables, y no se habrá extinguido el descubierto.

Examinémos ya los medios con que podemos y debemos contar para hacer frente al presupuesto ordinario, que hoy llega ya á 2.506 millones: si se comprenden en él, como deben comprenderse, todos los gastos que realmente son ordinarios, por ser constantes y permanentes, aunque algunos de ellos se hayan comprendido en el extraordinario; que ha de ser mayor en el año próximo, y que ha de crecer sucesivamente; si se continúa recorriendo la senda trazada; ésto aparte de que en el trascurso de pocos años ha de aumentarse con 84 millones, restó de los

200 calculados por el Sr. Salaverría, y ascender á 2.587 millones, fuera de esos otros aumentos presu-
mibles.

Contamos, en primer lugar, con el presupuesto actual de ingresos, que asciende á 2.180 millones. Sin embargo de que creemos, y de ello tenemos profundo convencimiento, como se ha dicho, que los ingresos calculados para el año corriente de 1865-66, lejos de ser mas, han de ser menos que los presupuestos, suponemos que lleguen á 2.200 millones. Faltan aún mas de 300 millones para atender á los gastos ordi-
narios.

Pero debemos contar, para ese objeto, se dice, con el crecimiento progresivo de las rentas, el cual, segun se ha recordado, asienta el Sr. D. Pedro Salaverría que llegará, cuando menos, á 60 ó 70 millones cada año, porque «si el movimiento, dice, de aumento de uno á otro año en las rentas demuestra por lo pasado de 60 á 70 millones, ¿cómo se ha de negar que en lo futuro se alcancen los mismos ó mayores aumentos?» Hemos indicado las razones que nos impiden participar de tan lisonjera esperanza, pero suponiéndola tambien una realidad, advertiremos que semejante aumento tiene ya aplicacion. Ese aumento en las rentas, que *espera* el Sr. Salaverría, no llega al aumento en las obligaciones que el mismo Sr. Salaverría *reconoce* (y en ello no cabe error de cálculo, como cabe en aquella esperanza) que han de venir al presupuesto ordinario en el trascurso de los años hasta el de 1870. Estas obligaciones, que el Sr. Salaverría dice

que importarán sobre 200 millones de reales, cuya cantidad repartida en cuatro años que faltan para el de 1870 (formaba este cálculo el Sr. Salaverría en Diciembre de 1864), corresponde á cada uno, ó sea al año común, la de 50 millones. Por consiguiente, aun suponiendo en las rentas el aumento de 70 millones cada año, es decir, 280 en los cuatro, y que en los gastos no haya de haberlos, se debería contar solo con 20 millones aplicables á cubrir el presupuesto ordinario de gastos.

No hay que hablar de los productos de la desamortización. Formando cálculos desacertados é imaginarios bajo todos aspectos, se ha podido creer y anunciar que bastaban para atender, y que se atendería con ellos, á todas las obligaciones que se contraían de presente y para en adelante. Hoy no es posible formarse tal ilusión: el producto de los bienes cuya venta se ha realizado, está consumido, y consumido prematuramente, pues los vencimientos de los pagarés otorgados para satisfacer el precio en los plazos respectivos, se han descontado; y el producto de los bienes desamortizables, no vendidos aún, es el capital con que se hace frente al descubierto del Tesoro, y que se consumirá en ello y en atender á los compromisos contraídos, como queda demostrado, si se le dá esta aplicacion. En el caso de no dársela, el resultado será el mismo: el descubierto se aumentará con los intereses que cueste el sostenerlo, ó se contraerá una obligacion perpétua equivalente, si se adopta el medio de un nuevo empréstito para extinguirlo.

Haciendo concesiones gratuitas, estableciendo hipótesis imaginarias—mejor diríamos imposibles,—se vé, con la claridad de la luz del medio día, que el presupuesto ordinario para los años sucesivos desde el inmediato estará en un déficit considerable: que las rentas públicas, con las cuales se debe atender siempre á las obligaciones de aquel presupuesto, no han de alcanzar, ni con mucho, para satisfacerlas; y que no habrá ya recursos algunos, ni actuales ni futuros, aplicables para el mismo presupuesto, y mucho menos para el ordinario. El recurrir, para continuar tal situación, al expediente de los empréstitos, los cuales serian cada vez más difíciles y ruinosos, precipitaría la catástrofe.

VIII. Hoy no es posible por el presente y para en adelante: el producto de los bienes cuya venta se propone para atender á todas las obligaciones que se contraen.

Tan negro, tan triste aparece á mis ojos el porvenir inmediato: otros lo ven risueño y olisonjero. La nación española, ha dicho el Sr. D. Pedro Salaverria en su folleto, cuando hayan trascurrido diez años, conlleva un presupuesto que se aproximará á tres mil millones de reales, si, como hasta el día, se prosiguen las obras públicas y el desenvolvimiento de las fuerzas productoras del país. Si se prosiguen las obras públicas y el desenvolvimiento de las fuerzas productoras! Y ¿con qué recursos se han de proseguir? ¿Con capitales prestados á un interés crecido, que ascienda á mas, mucho mas, que el rendimiento de la inversion que se les dé, aunque se les diera en

toda su integridad la que se conceptuase mas productiva? ¿Procediendo en esto del mismo modo que se ha procedido hace seis años y se procede hoy, como hasta el día? ¿Se necesitan aún, por Dios Santo, mas desengaños! Sin duda los necesita quien de tal manera ve las cosas, que asegura ser blanco lo que es negro; quien, con pasmoso aplomo, como si asentase un hecho incontrovertible y conocido, ha manifestado en su discurso del 22 de Marzo de este año, hablando ante el Congreso de los Diputados, que el presupuesto extraordinario de gastos actual, igual en esto á todos los presupuestos extraordinarios desde 1859, comprende únicamente los gastos que, por su naturaleza de voluntarios, puede la nacion ampliarlos, disminuirlos ó excusarlos; añadiendo: «yo vine en 1859 á organizar ese sistema por una série de recursos especiales *«à priori* determinados... S. S. (el Ministro de Hacienda á la sazón, Sr. D. Alejandro Castro) ha podido presentar el presupuesto y decir: «aquí teneis los gastos indispensables (sin duda no lo son el pago de la amortizacion é intereses de las obligaciones emitidas para subvenciones á ferro-carriles y otros de ésta índole) perfectamente nivelados, y un excedente de ingresos.» Esa situacion es tal que no la presenta, fuera de Inglaterra, ningun pais de Europa. Pero ahí teneis esos gastos, que son voluntarios (y podeis prescindir de carreteras, de fortificaciones, de marina) pero ahí teneis, si quereis voluntariamente hacer esos gastos, ahí teneis los medios de realizarlo, ahí teneis el presupuesto extraordinario.» ¡Decir

que el presupuesto ordinario comprende únicamente los gastos *indispensables, perfectamente nivelados*, y que hay un *excedente de ingresos* !!! ¡Que se puede disminuir y aun excusar los gastos comprendidos en el presupuesto extraordinario !!! ¡Qué la situación rentística de España es *tal* (tan lisonjera) que no la presenta fuera de Inglaterra, y ningún país de Europa !!! ¡Y esto se dice á la faz de la España y de la Europa !!! ¡Y con semejante creencia (no suponemos que se haya dicho lo que no se cree), con tal criterio se han dirigido, y se aspira á dirigir, los negocios financieros de la nación!

¡Tan triste, tan negro—vuelvo á decirlo—se presenta á mis ojos el porvenir inmediato! Temo—lo he dicho también—que sobrevenga la catástrofe: el término probable de la enfermedad me parece que será la muerte. Las naciones no mueren, se dirá: lo sabemos, y lo hemos manifestado: las naciones no dejan de existir como los individuos; pero vienen á la pobreza, á la miseria, á la abyección y al envilecimiento; y yo veo con grande pena, con profunda aflicción, con suma tristeza y con inmenso desconsuelo, que la nación española caerá en el envilecimiento y en la abyección.

Lo he manifestado en otro lugar, y lo recuerdo en este: aunque las rentas sigan aumentando, las atenciones públicas aumentarán también. Mis temores, mis lúgubres preságios, son: Que el aumento de las últimas sea, no ya equivalente al de las primeras, sino mayor: Que terminada en el trascurso de muy po-

co tiempo la venta de los bienes que se desamortizan, incluso los del clero, y los demás ya expresados, y consumido el precio aun antes de espirar aquel período,—no se ha esperado hasta ahora para ello al vencimiento de los plazos, y menos se esperará en lo sucesivo,—los apuros crezcan, los conflictos se aumenten, los recursos disminuyan cada vez mas: Que el uso del crédito, al cual se recurrirá mientras se encuentre quien preste, sea cual fuere el precio, será cada dia mas costoso y mas difícil, hasta llegar á ser de todo punto imposible. Y Que, concurriendo simultáneamente todas estas causas, y contribuyendo el pánico mismo á exacerbar y acrecentar su efecto, y complicándose y precipitándose los sucesos, llegue el momento supremo, suene la hora fatal, y sobrevenga la catástrofe.

IX.

El resultado que hace algun tiempo vienen ofreciendo los estados comparativos de la recaudacion, fenómeno que coincide, formando contraste desconsolador, con la necesidad de sobrellevar, no sin grandes sacrificios del Tesoro, el descubierto que producen pagos anteriores y no formalizados aún, habrá de contribuir tambien algo—será como llevar un grano de arena para la construccion de un gran edificio—al desenlace del porvenir inmediato.

Los productos de las rentas, en este año, ofrecen hasta ahora un resultado desventajoso respecto de los

productos del anterior. Si sucediere lo mismo en los meses sucesivos, los ingresos totales del año serán muy sensiblemente menores que los calculados y presupuestos.

Con arreglo al artículo 7.º de la ley de presupuestos, que hemos insertado en la nota de la página 246, se deben formalizar en capítulos adicionales del ordinario varias partidas de ingresos y de pagos que se especifican. De esta última clase hay otras muchas partidas, es decir muchos pagos hechos por el Tesoro, reintegrables unos y no reintegrables otros, que han acrecentado el descubierto en que se halla, y que sostiene á grande costa. Haciéndonos cargo de algunas de estas partidas (entre ellas hay una que no hemos mencionado con la precision (1) y claridad debida); uniéndolas á las que son objeto de la disposicion del referido artículo 7.º, y comparando el importe de todas con el de las partidas de ingresos de que se habla en el mismo artículo; resulta (páginas 247 y

(1) Mencionando en la página 238 algunas de las anticipaciones hechas por el Tesoro, dijimos, al referir la segunda de ellas, que consiste en «pagos hechos á corporaciones civiles, dueños de bienes desamortizados, por los intereses del producto de ventas verificadas, del cual no se les han entregado aún las correspondientes inscripciones.» Aunque esto tiene lugar generalmente, no se verifica respecto de la tercera parte del precio de los bienes de los pueblos y de las provincias, cuya tercera parte se consigna desde luego en la Caja de depósitos, según lo prevenido en la ley, con abono de intereses desde que los respectivos pueblos y provincias adquieren el derecho á su percibo hasta que se les entrega el fondo depositado, haciéndoles pagos á cuenta y á formalizar debidamente. De los que se han realizado y no se han formalizado aún se habla en la referida segunda partida, calculándoles 30 millones.

siguientes) un exceso en los pagos, y un descubierto de 246 millones que, formalizado en el presupuesto de este año, ha de aumentar en otro tanto los gastos. De esto nos hemos hecho cargo para calcular el déficit que habrá de arrojar el presupuesto que se halla en ejercicio: y si ahora lo recordamos, es para que se aprecien debidamente las razones que tenemos para creer que el período del porvenir inmediato no ha de tener una duración de siglos, cual la suelen tener los períodos de las naciones que se hallan en un estado normal.

X.

Que el porvenir inmediato haya de ser azaroso, me parece probable: que ha de terminar pronto, sea feliz ó desventajoso el desenlace de la situación que habrá de seguir inmediatamente á la actual, me parece indudable y claro. «El edificio de la Hacienda pública (se ha dicho asimismo en la introducción del presente Opúsculo) no puede subsistir por mucho tiempo tal como está y en la forma en que se halla: preciso me parece que se reforme, no en partes su- balternas, sino en partes esenciales: indispensable opino que es edificar mucho, demoliendo mucho. La demolición puede hacerse artística, metódica y ordenadamente: si no se hiciere así, la estrepitosa ruina del edificio, que se derrumbará en fuerza de su propio desnivel, hará necesaria la nueva construcción.»

PORVENIR LEJANO.

Post núbila Phæbus. Sea que desgraciadamente llegue á descargar la tempestad de que nos vemos amenazados, sea que se disipe ó se aleje de nuestro horizonte, lucirán en nuestro suelo—no es dudable—dias bonancibles y serenos. *Nihil violentum durabile.* La situacion actual, y mucho menos la mas azarosa que constituirá el porvenir inmediato, no ha de ser, no puede ser el estado normal de la nacion: ha de ser necesariamente excepcional y transitoria.

El período que constituya el PORVENIR INMEDIATO, si por desgracia fuere azaroso y lamentable, será breve, como se ha indicado, atendida la duracion que de ordinario tienen los periodos, ora de decadencia ora de engrandecimiento, que forman la vida de las naciones; pero será larguísimo—parecerá interminable, eterno—para la generacion entonces existente. ¡Generacion desgraciada! ¡El ánimo se entristece, desfallece, hasta caer en el mas profundo abatimiento, al contemplar la afliccion, la miseria y la penuria general!.. Pero apartémos la vista de semejante cuadro!.. A esa época aciaga, si desgraciadamente sobreviniese, sucederia la época de sosiego y de bienestar relativo, como á la tempestad y al huracan, por grandes que hayan sido sus estragos, sucede el aura suave. La razon—no hay que dudarlo—reivindicará sus fueros, y se verá libre de la es-

pecie de vértigo que hoy la tiene, y aun la ha de tener por algun tiempo, abatida y extraviada. Lo que á las consideraciones respectivas al estado financiero de la nacion se contesta en el PRESENTE y se ha de contestar en el PORVENIR INMEDIATO, asentándolo con la misma tranquilidad que si se recordára un axioma, á saber, que *no es posible hacer reduccion en los gastos*, no se contestará ciertamente, no se indicará siquiera en el tiempo á que nos referimos, en la época del PORVENIR LEJANO: se calificaria tal aserto, si se estableciese, como una blasfemia rentistica, como una heregia financiera.

¿Qué no es posible reducir los gastos! Tal imposibilidad, si existiera, la habrian creado los hombres: la imposibilidad de gastar lo que no se tiene, viene de la naturaleza, la ha establecido Dios. Esto es lo realmente imposible: el hacer reduccion en los gastos es, no ya posible, sino necesario. En un periodo determinado es posible, como nos está sucediendo, gastar mas de lo que se tiene, tomando prestado: hacerlo perpétuamente, siendo ésta situacion la situacion normal de un pais, es imposible, cien veces imposible.

II.

¿Cuáles serán las bases, cuál será la estructura del nuevo edificio rentistico que se levante en el PORVENIR LEJANO, en ese tiempo á que nos referimos? Imposible de todo punto es determinarlo, imposible predecir las innovaciones que los adelantos de la

ciencia económica, y mas aún la experiencia, las nuevas necesidades, las costumbres, los gustos y hasta la moda habrán sugerido. Parece, sin embargo, en medio de esa general imposibilidad, que se puede calcular y pronosticar con acierto acerca de algunos puntos, poquísimos en verdad; bien así como en una noche oscura suele descubrirse tal cual estrella en el firmamento.

Persuadido de que se ha de sentir cada día mas la necesidad, hace años existente, universalmente reconocida y que vá siempre en aumento, créo que en aquel tiempo habrá desaparecido del presupuesto general del estado la considerable partida que hoy se destina al pago de los haberes de las clases pasivas, habiéndose creado con este objeto un fondo especial, que no se pueda destinar á otro alguno, constituido con una pequeña parte de los sueldos de los empleados activos; una especie de montepío, una asociacion mútua, forzosa y bien reglamentada: créo que respecto de algunos otros servicios se adoptarán disposiciones análogas: créo que en todos los presupuestos generalmente, y con especialidad en los de la Marina y la Guerra, se harán considerables reducciones, pues siendo, como lo son, interesantísimos todos los objetos á que se atiende con esos presupuestos, y especialmente, si cabe preferencia, con el segundo, preciso es sin embargo que se limiten á la posibilidad; además de que la reduccion de la fuerza armada en activo servicio es muy conciliable con la preferente atencion que se presta y se debe prestar al sagradísimo obje-

to de aquella institución, porque á esa atención se puede consultar muy cumplidamente creando y reglamentando bien una numerosa reserva; no debiéndose tampoco perder de vista que los medios de defensa y seguridad exterior, que en toda nación debe haber, no pueden ser proporcionados á los de todas las otras naciones que pudieran en un caso dado atacar su independencia, pues admitido tal supuesto, no solamente carecerían de ellos las naciones que, por la pequeñez de su territorio ó por otras causas, no figuran en primera línea, sino aun las mas poderosas, puesto que los medios de la mas poderosa de ellas no pueden ser equivalentes á los medios de todas las demás juntas, ó de algunas de estas; habiendo por tanto de ser necesariamente proporcionados aquellos medios á las fuerzas de la nación respectiva: créo, en fin, que, elevando cuanto sea racionalmente posible los recursos ó ingresos del Estado, pero fijándolos con toda exactitud, habrán de reducirse á ellos precisamente los gastos, constituyéndose así la deseada situación de regularidad, y por lo tanto normal y permanente. Para llegar á la nivelación, de la cual habrá de resultar ese estado de regularidad, al paso que figurarán en los presupuestos servicios no conocidos hoy, los cuales nacerán en lo sucesivo, habrán desaparecido muchos de los que figuran en la actualidad.

Así se habrá llegado á la situación de NO GASTAR MAS DE LO QUE SE TIENE, situación que no es la de hoy —; Tal aberración no se concebirá por las generacio-

nes futuras!—, ni ha sido la de hace algunos años, ni será la que ha de haber en algunos mas, porque no se hacen reducciones en los gastos, reducciones solo evitables aumentando los ingresos; porque se asienta que no es posible hacerlas, estableciendo por consiguiente y sosteniendo que ES IMPOSIBLE LO QUE ES NECESARIO, á saber, REDUCIR LA SALIDA AL MONTANTE DE LA ENTRADA.

APENDICE.

Discursos pronunciados por D. Juan Bravo Murillo, ante el Senado, en la legislatura de 1864 á 1865 (1).

En la discusion acerca del préstamo forzoso de 300 millones.

DISCURSO PRONUNCIADO EN 6 ABRIL DE 1865.

Señores: tomo la palabra en este debate con el mayor disgusto. He venido al Senado, como es notorio, hace dos dias, por primera vez en esta legislatura: no pensaba tomar parte en la discusion, y venia únicamente con el objeto de votar el empréstito, ó anticipo, ó como se llame.

Ayer, sin embargo, se me ha aludido por mi digno amigo el Sr. Olivan de una manera directa, expresa, y créo que deliberada: esto me obliga ya á usar de la palabra, aunque con disgusto, como manifesté al principio, porque tengo que decir cosas tristes y que tal vez serán desagradables; no desagradables respecto de las personas, en manera alguna, porque ni para los Sres. Ministros, ni para nadie, ni de aquí ni de fuera de aquí, habrá por mi parte mas que consideracion y respeto; pero sí desagradables y tristes en cuanto á las cosas, porque, si he de exponer claramente la verdad, la situacion financiera y rentística la encuentro bastante triste. Yo creo que el oir esto es desagradable para todo buen patricio (y en

(1) Al trasladar del *Diario de Sesiones* del Senado los discursos que contiene éste apéndice, se han corregido (pues no pudo hacerlo el autor cuando los pronunció) algunas erratas de imprenta y algunas faltas gramaticales ó de sentido.

este sentido digo que tal vez manifieste cosas que puedan ser desagradables) como lo es á una madre cariñosa, por ejemplo, oír decir que su hijo enfermo lo está de gravedad.

Al llegar anteayer al Senado por la vez primera, como antes he dicho, al presenciar esta discusion, al oír el discurso del Sr. Olivan y los recuerdos que con este motivo se hicieron del que habia pronunciado el Sr. Pastor, y de algunas otras cosas, confieso y declaro francamente al Senado que la impresion que recibí fué la misma que habria recibido si, sacándome de mi casa, vendados los ojos, y llevándome por sitios desconocidos, me hubieran conducido á un salon poblado de concurrentes, todos de halagüeños semblantes, y algunos de ellos danzando y bailando alrededor de un enfermo de gravedad que en medio del salon exhálara sentidos gritos de dolor. Pues bien, señores (permitidme este símil). los concurrentes que pueblan ese salon somos nosotros: los que danzan y bailan alrededor del enfermo son los oradores que han tomado parte en la discusion; y el enfermo que exhala esos gritos de dolor es la patria. Tal es la impresion que me ha causado este debate.

Estámos deliberando sobre si se ha de conceder al Gobierno de S. M. la autorizacion que pide, sobre si se ha de aprobar el empréstito ó anticipo forzoso de 300 millones; y en medio de este debate, cuando se discute esto, la concesion de recursos, porque se necesitan con urgencia, porque carecemos de ellos, y hay que apelar á medios extraordinarios como este, se oye decir aquí que se deben suprimir la contribucion de consumos, la de la sal, la de tabacos, debiéndose emplear en la supresion de contribuciones, como queria el Sr. Olivan, todo lo que sobre del presupuesto.

¿Dónde estamos? ¿Por qué pedir la disminucion de rentas é impuestos en el momento mismo en que demandamos recursos para salir de una necesidad urgente, gravísima y reconocida por todos? En esta situacion nos hallamos. Despues de manifestar aquí su opinion algunos señores Senadores, (de lo que me haré luego cargo ligerísimamente, porque el estado de mi salud no me permite siquiera esforzar la voz); despues de manifestar que es necesario suprimir

todos esos impuestos, y de sostener que el único aceptable es el de aranceles, con la casi libertad de comercio, se ha sacado como consecuencia una cosa para mí de todo punto nueva. Señores: si ha de sacarse alguna consecuencia acerca de si se debe votar ó no el empréstito, formen los Sres. Senadores cada uno un silogismo, teniendo en cuenta las siguientes premisas. La contribucion de consumos se debe suprimir: el Gobierno nos pide este empréstito: ¿cuál debe ser la consecuencia? ¿Se ha de votar, se ha de conceder lo que pide el Gobierno? Esta es la cuestión.

Habré por consiguiente de hablar poquísimos sobre esta parte del asunto, haciendo algunas indicaciones respecto de lo que se ha dicho aquí por los señores oradores que me han precedido en el uso de la palabra.

El Gobierno de S. M. pide que se apruebe el préstamo forzoso de 300 millones de reales. La cuestión no puede ser más que esta: ¿se necesita, ó no se necesita? ¿hay otro medio mejor que este, ó no lo hay? Todo lo que se discuta fuera de esta tésis, es extemporáneo, es inútil.

El empréstito, el préstamo ¿se necesita? pues se debe aprobar: si no se necesita, no se debe aprobar. Si hay otro medio mejor que este, se debe adoptar: si no hay otro mejor, es necesario aceptar este. Discurran los señores Senadores desde hoy hasta el día del juicio (permítaseme esta arrogancia), á ver si salen de esta cuestión, qué es la verdadera, sin sacarla de sus límites. Vamos á examinarla bajo esos dos aspectos, bajo esos dos puntos de vista.

¿Se necesita el empréstito? ¿Se necesita el préstamo de 300 millones? Señores: la cuestión me parece sencilla. Debemos con urgencia, nos reclaman el pago con urgencia de la casi totalidad de 2.000 millones de reales. Este es un hecho notorio, evidente, que no lo puede negar nadie. Si no es exacto, que se contradiga. Se deben 2.000 millones de reales: la mayor parte de esta suma se reclama con urgencia: si no se pide hoy, se puede pedir mañana, y el día que se reclame, puede ponerse al Gobierno y á la Nación en un conflicto. ¿Es justo pagar lo que se debe? ¿Quién

puede negarlo? Conque si se piden 300 millones para pagar esa parte de los 2.000 que se adeudan! ¿se puede negar, se puede poner en duda la necesidad del empréstito? ¿Es necesario el recurso? ¿Se puede negar la necesidad de ese medio, venga de donde viniere; que no es la cuestion del momento? Esto es innegable: estamos en ese caso: que se debe esa cantidad es ciertísimo por desgracia. Que la deuda no la ha contraído el Ministerio actual, aunque esto no sería bastante para negarla, es igualmente indudable. Si la hubiera contraído el Ministerio actual, se podría decir, por pasión, *ab irato*, sin justicia, aunque aquí no se debe mirar mas que á la nacion, no al Ministerio: «tú que has contraído esa deuda, faltando sin necesidad á tus deberes, componte como puedas: no te autorizo para lo que pides.» Esta sería una mala razon; pero al fin podría darse. ¿Mas se halla el Gobierno actual en este caso? ¿Ha contraído el Gobierno actual esas deudas? ¿No vienen de atrás? Tambien esto es notorio, es evidente. Y diré al Senado que entre las cosas que tengo que decir (y ya he manifestado que algunas de mis palabras no han de ser muy agradables respecto á la situacion) tengo que decir algunas que podrán parecer intempestivas, y algunas que son extravagancias mías, excentricidades, cosas de viejo; porque me cae encima lo de *«querulus, laudator temporis acti»* de Horacio. Pero debo decir lo que siento, y es que la situacion viene así desde el advenimiento al poder del Ministerio de la Union liberal, Ministerio presidido por el Sr. Duque de Tetuan, respecto á cuya persona nada que no sea lisonjero y agradable tengo que decir, aunque respecto á las cosas S. S. me permitirá, como permitirá á todo el mundo, que cada uno aprecie la marcha de los negocios públicos manifestando su opinion.

El Ministerio de la Union liberal procedió con deseo de hacer bien á la patria, con deseo de colocar á esta nacion en un alto rango, con deseo de levantarnos al nivel de las primeras Potencias Europeas, lo que no ha sucedido nunca ni sucederá, porque no ha querido Dios que suceda. Para que sucediese era menester primeramente que hiciéramos á Dios un memorial á fin de que, conce-

diéndonos su poder y su virtud, pudiéramos cambiar la naturaleza del territorio, pues mientras ésta nacion tenga su cuarta parte de superficie de terreno montuoso; insusceptible de toda produccion; mientras sea una nacion en la que apenas llueve; mientras los rios sean torrentosos, y no mansos, como en otras partes, España no será nunca lo que Francia, Inglaterra y Alemania, porque no ha querido Dios que lo sea.

La Union liberal, señores, quiso hacer mucho en poco tiempo, y esta es la causa del estado en que nos hallamos y de la situación á que hemos venido. Quiso en un momento hacer carreteras, ferrocarriles, canales, cuarteles, edificios, etc., en fin, todo género de cosas, buenas en sí, pero todas ellas hechas de pronto y á la vez, para lo cual se concibió el proyécto de aplicar los 2.000 millones de la ley de 1.º de Abril de 1859.

Señores: hablar de 2.000 millones en aquella época en España, parecia como hablar de los Campos Eliseos, parecia como hablar de las regiones ideales: ¡2.000 millones!

Esa suma, decretada por las Córtes, se habia de distribuir en ocho años, á propuesta del mismo Gobierno; mas á los dos años, no á los ocho, cuando todavía debia haber una existencia de 1.500 millones de los 2.000, el Gobierno tuvo ya que acudir de nuevo á las Córtes en busca de auxilios. Así es que por la ley de 17 de Abril de 1860 se le concedió otro crédito, no bastando ya el de los 2.000 millones. En 1863, es decir, hace dos años, en el presupuesto presentado á los Cuerpos colegisladores, se pidió un crédito de trescientos y tantos millones para carreteras, por no ser suficiente el asignado con este objeto de los 2.000 millones. Finalmente, hoy sabemos, porque lo ha manifestado el Gobierno de S. M., y constará de datos que pronto conocerá el Senado, lo que se ha invertido y lo que se ha comprometido con destino á carreteras. Estos son hechos, estos son datos oficiales: no son novelas: es la verdad.

Ahora pregunto yo á los Sres. Senadores, á la nacion entera, á todo el mundo: ¿ha habido cálculo alguno para pedir ese crédito de los 2.000 millones, cuando, dos años despues ó uno, por-

que no recuerdo bien la fecha, si bien el máximo no excedió de dos años, se dijo que ya no bastaban los 2.000 millones, y se pidieron más? ¿Se ha procedido en este caso con la prudencia mas vulgar siquiera, no ya con la alta prevision que deben tener los hombres de Gobierno? (*El Sr. Duque de Tetuan pide la palabra.*) Pues qué, cuando se pidieron los 2.000 millones, ¿no se debió tener trazado el plan y decir: 200 se gastarán el primer año en esto, esto y esto; 300 se gastarán el segundo en tal y tal cosa; 400 el tercero, y así sucesivamente, marcando lo que en cada uno de los ocho años debería gastarse y los objetos en que había de invertirse el dinero presupuestado para cada anualidad? Nada de esto se hizo, señores, sino que se gastó todo muy pronto. De esta manera se han gastado ó comprometido todos los productos de la desamortizacion, que pasan de 3.000 millones. Vuelvo á decir al Senado que me fúndo en datos oficiales, que no hablo aquí sin conocimiento, sin motivo, sin fundamento sólido. Por esto aseguro que los productos de la desamortizacion hasta ahora, es decir, las cantidades pagadas y las obligaciones suscritas por los compradores de los bienes desamortizados, de que forman parte los billetes hipotecarios de que se trata en este momento, garantizados con aquellas obligaciones, las cuales han de vencer en varios años, pasan de la citada cifra de 3.000 millones.

Pues bien: toda esa cantidad, ó está gastada, ó está en los billetes hipotecarios de que es indispensable disponer precisamente en este momento. De ahí viene la situacion en que nos encontramos: de ahí viene el ahogo; y porque yo diga esto no debe ofenderse el Sr. Duque de Tetuan. S. S. ha presidido aquel Ministerio: S. S. ha sido el piloto; pero en la nave que S. S. ha dirigido ó conducido como piloto, ha habido otros que han corrido con diferentes ramos. Del ramo de que se trata ha estado encargada una persona que ha manifestado públicamente, en un impreso, que se declara y reconoce único responsable; que los demás compañeros le han dispensado una omnimoda confianza, y que por consiguiente la responsabilidad moral en esta parte no puede recaer sobre otro alguno.

Expuesta la situación, que es la que acabo de presentar al Senado, vuelvo á preguntar: ¿hay necesidad del recurso que se pide? Absolutamente nadie puede negarlo. ¿Hay otro mejor? Esto depende de las opiniones de cada uno. Habrá individuos (y los hay desde luego en el Senado) á quienes parezca mejor otro recurso: por ejemplo, un empréstito. La materia es tan vasta, que hay suficiente para empréstito y para anticipo, y habrá de lo uno y de lo otro. Por consiguiente, los aficionados al empréstito no tienen por qué disgustarse: lo han de tener, acaso mas allá de lo que ellos desean.

Pero en esta variedad de opiniones ó de gustos (si en esto caben gustos), yo declaro francamente que soy enemigo de los empréstitos. En el tiempo en que dirigí la Hacienda del Estado no hice ninguno: me lo propusieron: me rogaron, me instaron mucho para que lo hiciera: no quise hacerlo. En los pocos casos en que yo considero necesario el empréstito, de ninguna manera opino por que se acuda al extranjero, como decia ayer el Sr. Olivan, á quien parece, como á otros muchos, que recibir dinero del extranjero es el mayor beneficio que puede tener el país. Dinero del extranjero no lo quiero ni bendito: voy á decir una herejía financiera, que disgustará á muchos Sres. Senadores. Si me hubiera de costar dinero el mantener cerrados á nuestros fondos los mercados extranjeros, yo lo daría con mucho gusto, en vez de darlo para que se abran, como algunos desean.

Repito que esto depende de opiniones, ó mas bien de gustos: el mio podrá ser una especie de monomanía, una extravagancia, de la cual me confieso; pero debo al Senado toda la verdad: la verdad es la manifestacion de lo que siente mi conciencia, y lo que siente mi conciencia es eso. Mas adelante indicaré algo para justificar mi extravagancia, para justificar el grande odio que tengo á todo lo que venga del extranjero en materia de intereses: sin embargo, anunciaré que entre las muchas razones que tengo para eso, una de ellas, tal vez la mas fuerte, es que recibir dinero del extranjero, deber al extranjero, tener que pagar al extranjero y ser independientes, es imposible, es inconciliable. La honra, la

verdadera honra nacional, está en no deber nada á los de fuera; está en concretarse á los recursos que dá de sí el país. Esto es ser español.

Aparece pues, en mi sentir, Sres. Senadores, justificado, justificadoisimo, el empréstito ó anticipo forzoso que pide el Gobierno.

Al proyecto sometido á discusion se han hecho por el Sr. Olivan y otros señores Senadores algunas objeciones. No puedo ocuparme mas que en las hechas por el Sr. Olivan, pues que el primer dia no asistí á la sesion.

La primera fué (lo dijo como por incidencia) que no se debe, que no procede llamar billetes hipotecarios al papel que se vá á emitir. Decia el Sr. Olivan que *hipoteca* es la obligacion que tiene una finca de responder á una cantidad cualquiera, y que aquí no hay eso. Me parece, y no creo ofender al Sr. Olivan por decirlo, que no es letrado, pues la primitiva carrera de S. S. fué la militar, y despues, puede decirse que la general, porque S. S. es un hombre de un talento eminentísimo: por consiguiente creo que no es ofensivo para S. S. el decir que ha metido la hoz en mies ajena. *Obligacion*, Sr. Olivan, no cabe en las cosas; la obligacion es propia de las personas. No hay obligacion en las cosas, no puede haberla: la obligacion es un vínculo de derecho (esta es su definicion) y en las cosas no cabe vínculo de derecho. A las obligaciones son correlativos los derechos, y en ninguna finca hay derechos. Una casa, un olivar, un cortijo, no tienen derechos, como tampoco pueden tener obligaciones.

Son pues billetes hipotecarios, y propiamente puede llamárselos así. El pagaré de bienes nacionales está suscrito por el comprador, el cual contrae, en el acto de firmarlo, una obligacion; pero antes ha otorgado una escritura, por la cual queda hipotecada la finca que compra hasta que paga el último maravedí de la cantidad en que la remató. Por consiguiente, como el pagaré representa una parte de esa cantidad á cuyo pago está hipotecada toda la finca, es un verdadero pagaré hipotecario, y el papel que sobre él se emita, puede llamarse propiamente billete hipotecario.

La segunda objecion del Sr. Olivan versó sobre ciertos defectos

que dice hay en la redaccion de la ley. Yo creo que el Sr. Olivan tiene razon en este punto: á mí me parece que no se usa con propiedad en la ley la palabra *bonificacion*, cuando debiera decirse *descuento*. Pero el señor Olivan, como todos los hombres, habrá hecho muchas veces en su vida lo que es propiamente el oficio de la vida, es decir, escoger de dos males el menor. Aquí nos encontramos con una ley que tiene un defecto de redaccion, aunque no tal que produzca una mala inteligencia de ella, porque todo el mundo, aquí y fuera de aquí, conoce y sabe bien lo que la ley, en estos ó los otros términos, quiere decir. En tal caso, la opcion está entre dos cosas: ó dejarla pasar tal cual está, ó sufrir el inconveniente de una comision mixta, que será necesaria si queremos aspirar á una redaccion perfecta en la ley. ¿Cuál de estos dos males se elige? En mi concepto no es dudosa la eleccion: la sancion de esta ley es muy urgente, y no creo que debe pasarse por la dilacion que trae consigo la comision mixta. Harto se tarda en aprobarla, pues, con gran sentimiento y sorpresa mia, veo que se emplea en el debate mas de una sesion, y que no se ha aprobado en la misma en que se presentó.

Por último, el Sr. Olivan, y este fué el Aquiles de los argumentos que hizo contra el proyecto de ley, sostuvo que por él se infringe la Constitucion del Estado; porque en ésta hay un artículo en el que se dice que todos los españoles deben contribuir á los gastos del Estado en proporcion de sus haberes, y aquí no contribuyen todos, sino los que pagan cierta cuota. Pues yo digo que cuando esto se exige á los que pagan cierta cuota, y cuando se exige, no una cantidad que han de dar al Estado y han de perder, sino que anticipen una suma que han de recobrar con sus intereses, esta no es contribucion: por consiguiente no se está en el caso de que habla el artículo constitucional, ni este puede considerarse infringido. Aquí, repito, no se exige una contribucion.

Decia el Sr. Olivan que todo era contribuir al Estado, y que tambien de la manera que ahí se propone se contribuye. S. S. lo entiende así, y dá esa latitud á la palabra *contribuir*; pero yo aseguro á S. S. que ninguno de los Sres. Senadores que concurrieron

á la formacion de aquella Constitucion; ya como Senadores, ya como Diputados, entre los cuales estaba el Sr. Olivan, ninguno le dió esa latitud. Que ponga cada uno la mano en su pecho y diga si, al votar aquel artículo, entendia que le daba semejante interpretacion, ó si lo entendió en el sentido de que contribuir al Estado era lo mismo que ayudarle, que prestarle cualquier servicio, de cualquier modo. Si hubieran comprendido que se daba otra inteligencia á ese artículo constitucional, artículo que sin diferencia alguna se ha puesto en todas las Constituciones, ciertamente que no se hubiera votado y aprobado. La prueba de ello, si alguna prueba palpable y evidente se necesitara para comprenderlo así, es que hay cargos que no son renunciables, porque su desempeño es obligatorio, como sucede por ejemplo en los cargos de diputados provinciales y los concejiles. El individuo á quien el pueblo elige diputado provincial, ó á quien se le nombra alcalde, no puede renunciar su cargo. ¿Contribuye ese al Estado? ¿Se puede decir esto con arreglo al artículo de la Constitucion? Pues tampoco se podrá decir que se quiere hacer contribuir por esta ley.

He concluido, Sres. Senadores, con lo que tenía que decir respecto del proyecto de ley que está en discusion. Todo lo que he manifestado hubiera podido concentrarse en las primeras palabras que pronuncié: hubiera podido excusarse con decir que el anticipo es necesario; que por nadie se puede negar esto, y que no se encuentra otro medio mejor, porque los que hubieran preferido un empréstito, lo tendrán tambien, puesto que tambien se necesita.

La cuestion es sumamente sencilla; y para reasumir, diré únicamente que yo que, por mi desgracia ó por mi fortuna, me encuentro en la posicion de contribuir por dos conceptos, como pensionista del Estado, por la cesantía que disfruto, y como propietario, porque pago contribucion en cuota mayor de la que se exige en esta ley, contribuiré con mucho gusto, como contribuiría con satisfaccion si se hubiera pedido el doble, ó si se pidiese el cuádruplo, que es lo que se necesita; pues el defecto del proyecto de préstamo que se discute es el ser corto, pequeño é insuficiente; sin que

esta sea razon bastante para dejar de votarlo, porque es suficiente, segun las circunstancias dadas, para el que tiene que hacer uso de él, y á mi no me toca entrar en otro género de averiguaciones.

Ahora diré pocas palabras tambien respecto de algunas ideas que se han anunciado aquí. Me refiero á las manifestaciones hechas, primero por el Sr. Pastor y despues por el señor Olivan.

El Sr. Pastor propone la abolicion de todas las contribuciones indirectas, y que vengámos á parar únicamente á la libertad de comercio. De esto tiene S. S. una profunda conviccion: es, digámoslo así, su sueño dorado: expresa sus ideas con toda conciencia.

Esto mismo, aunque de algo diferente modo, opina el señor Olivan. El Sr. Olivan habló primeramente de las dotes que debia tener un Ministro de Hacienda. Dijo S. S. que, en su sentir, lo que se necesitaba para ser Ministro de Hacienda era talento, probidad y perseverancia: que estas tres cosas bastaban.

Pues de ellas todavía eximo yo de una, y es el talento, á todos los que aspiren á ser Ministros de Hacienda. La probidad se supone en todos los hombres públicos: de esto no hay que hablar: se necesita absolutamente, así como la perseverancia, la constancia y la fé para el trabajo. Pero se necesita además buen sentido, buen juicio; no un gran talento.

Habrá muchos Sres. Senadores, á quienes, participando de un error que es muy comun, se les figurará que desempeñar el Ministerio de Hacienda es una obra de romanos, y que para ello se necesitan grandes y especiales talentos. No se necesita tal cosa, Sres. Senadores: lo que se necesita mas, absolutamente mas, es buen sentido y laboriosidad: en decir esto créo que á nadie perjudico, sino que por el contrario favorezco á todos, porque mis palabras podrán contribuir á que muchas modestias desaparezcan en lo que no son justas. Todo Senador, todo Diputado, todo hombre público que se reconozca adornado de esas cualidades, buen sentido y laboriosidad, puede ser Ministro de Hacienda, aunque no tenga conocimientos especiales en el ramo. Esa necesidad de tener conocimientos especiales es una mentira. Los negocios de la Hacienda pública se resuelven perfectamente con el buen sentido, con el

buen juicio, mas que con los grandes talentos, que suelen extrañarse, y mas que con las grandes teorías ó abstracciones de los libros. Talento práctico, buen sentido, laboriosidad y buena fé; repito que no se necesita mas.

El Sr. Olivan añadió que la cualidad predominante en el carácter español no era la prevision: que los españoles no somos previsores: que no es la cualidad que nos distingue de los demás. En efecto, el Sr. Olivan tiene completísima razon. No solamente los españoles no somos previsores, sino que, por carácter, por índole, por costumbre, somos imprevisores. Háblo en general, no individualmente: háblo del carácter nacional; y considerándolo, digo que somos imprevisores. Si no fuéramos imprevisores, Sres. Senadores, ¿cómo, habiendo desaparecido por motivos diversos muchas de las deudas contraidas, y no habiéndose incluido otras, habian de ascender todavía en 1851 á 12.000 millones de reales? ¿Es posible que por hombres de Estado, pensadores, previsores, de conciencia patriótica, se hubieran contraído deudas que en el año 1851 asciendieran á la cantidad de mucho mas de 12.000 millones? Es imposible, porque es necesario optar en la siguiente alternativa, y ninguno de sus miembros se puede admitir. Al contraerse esas deudas, ó se pensaba pagarlas ó no; si no se pensaba pagarlas, obraban de mala fé los que las contrajeron, lo cual no se puede admitir, lo cual no se puede suponer en nadie, ni yo lo supongo, ni lo pienso, ni lo sospecho. Si se pensaba pagarlas, en ese caso se pensaba satisfacer lo que no se podria, lo que no se habia de hacer. Pues bien; obrar de un modo que no se puede cumplir, es imprevision.

Si no fuéramos imprevisores, Sres. Senadores, ¿cómo todavía en el dia de hoy los Sres. Pastor y Olivan, cómo otros muchos, en esa tribuna, en la prensa y en otras partes, habian de estar clamando, gritando, anhelando que se contraigan nuevas deudas? Señores: este es el sueño dorado de muchos que de buena fé creen que en ello está la salvacion del Estado. Yo veo en ello la ruina de mi patria, y debo decirle lo que en mi conciencia siento. Será un error, una extravagancia: los Sres. Senadores la despre-

ciarán: el Gobierno no hará caso ninguno de ella; pero yo habré cumplido con mi deber.

Las deudas que se contrajeran, en la cuota que apetece muchos, de seguro, señores, con el tiempo no se habrían de pagar. Volvemos pues, Sres. Senadores, á esa inflexible alternativa, á esa alternativa durísima, á esa alternativa que yo desearia que no existiera. O se piensa pagar las deudas que se ván á contraer, ó no se piensa pagarlas; si se piensa no pagarlas y votáramos que se contragesen, obráramos de mala fé; y no quiero decir en este sitio el adjetivo que nos convendria. Si se contraen pensando pagarlas, erramos en el cálculo, erramos desgraciadamente; pero erramos de una manera indudable.

El Sr. Olivan consagró algunas palabras á tratar de la Caja de depósitos: no hizo mas que mencionarla, y S. S. con este motivo aludió á mi persona, por haber yo instituido ese establecimiento. El Senado me permitirá que yo responda á la alusion, y que, al hacerlo, deposite un ramo de flores en esta tumba.

La Caja de Depósitos, señores, se ha desnaturalizado. Se estableció en el año de 1852, creando un establecimiento que no se habia conocido nunca en España, nuevo, absolutamente nuevo: vuelvo á decir, no conocido en España. Se fijaron sus reglas ó se expidieron sus reglamentos: la Caja empezó á marchar: era verdaderamente Caja de Depósitos: despues se ha convertido en Caja de préstamos pasivos. Dijo el Sr. Olivan, y dijo con mucho acierto, y han dicho otros y ha reconocido el Gobierno de S. M., que la Caja de Depósitos puede producir un conflicto, porque un establecimiento de préstamos que ha llegado á 2.000 millones y en el dia es de 1.500 millones, poco mas ó menos, cuando vengán los acreedores á pedir el dinero, puede sucumbir: la Caja de Depósitos está expuesta á desaparecer. Y esto, ¿por qué es? Porque se ha desnaturalizado. Esto, Sres. Senadores, no podia suceder nunca habiendo conservado la institucion como se creó: esto puede suceder hoy, porque es Caja de préstamos. Cuando se creó la institucion, el mayor interés que se abonaba por los depósitos era el 5 por 100: el 3 por 100 consolidado producía algo mas del 6. Por

los depósitos exigibles á corta fecha ó á voluntad abonaba el 3 por 100: por los depósitos necesarios, por los de plazo fijo, que no bajase de un mes, y por aquellos cuya devolución se exigía avisando con quince días anticipados, se abonaba el 5 por 100 ¿Qué podia suceder? ¿Qué llevasen á la Caja de Depósitos 2.000 millones, 4.000, 5.000? ¿Y qué importaba? ¿Qué importaba esto al Ministro de Hacienda? El dinero que se llevaba á la Caja de Depósitos y por el cual debia abonarse el 5 por 100, se empleaba en la compra de papel del Estado que daba un 6 por 100, y quedaba 1 por 100 en favor del Estado, 1 por 100 en favor de la Caja de Depósitos, que era sobradísimo para responder á las eventualidades de una baja ó alza, mas ó menos pequeña. No podia por consiguiente ocurrir conflicto. Cuando se ha convertido en Caja de préstamos, pueden ocurrir los conflictos que se anuncian y otros muchos.

Tambien habló el Sr. Olivan de política y de varios asuntos políticos, por ejemplo, de elecciones, de nombramiento de empleados y de otras muchas cosas; pero todo se reducía á la política, y dijo que la política debia caminar de acuerdo con la administracion, y que la política perjudicaba por desgracia muchísimo á la buena administracion. Tambien es verdad. La política y la administracion, Sres. Senadores, son dos hermanas gemelas; pero la política, aunque hermana, ha sido tan inicua con su hermana la administracion, que la ha convertido en esclava. La administracion ha sido y es entre nosotros, y lo será por mucho tiempo, mientras no varíen las circunstancias, esclava de la política. Por consiguiente no pueden marchar bien.

¿Pero cuál es el remedio de todos estos males? Oigamos á los Sres. Pastor y Olivan. El remedio de estos males es el crédito: para obtener el crédito y la solvencia del Tesoro es necesario ensanchar los aranceles de las aduanas, á fin de venir á parar (el señor Pastor fué muy explícito) á la libertad de comercio, á la cual se inclinó tambien el Sr. Olivan. (*El Sr. Pastor: Pido la palabra.*)

Que el crédito es una gran palanca, que el crédito es la sal-

vacion de los Estados modernos en ciertas circunstancias, que el crédito es provechosisimo, que es el elemento mas beneficioso que pueda imaginarse, es indudable; pero tan bueno como es el crédito, tan malo es el abuso que suele hacerse. El crédito es una gran cosa; pero querer hacerlo depender todo del crédito, y querer que el crédito venga en auxilio de todo, me parece una grande inconveniencia; y sobre todo, querer, como se quiere por muchos, que se use del crédito para traer dinero del extranjero, es el mayor perjuicio de cuantos puede haber.

En demostracion de esto, Sres. Senadores, diré pocas palabras al Senado. El Sr. Ministro de Hacienda actual está recién casado con la Hacienda pública: acaba de contraer esponsales de presente con esa matrona ilustre, que tiene la virtud especial de que respecto de cada marido se presenta de nuevo: el marido la puede convertir en la matrona mas hermosa del mundo, ó en la dama mas fea del orbe. Para verla tal cual es en sí realmente, y no dejarse llevar de ciertas exterioridades que deslumbran y que la hacen aparecer lo que no es, hay un espejo. Y por si el Sr. Ministro de Hacienda actual (lo que no seria extraño en sus muchísimas ocupaciones, distraido como está en el despacho de tantos y tan graves asuntos) no hubiera tenido ocasion todavia, despues de ser Ministro de Hacienda, de tomar ese espejo para ver la cara de su esposa, yo se lo voy á presentar.

El espejo, señores, es el resultado de las balanzas del comercio: yo he visto algunas, no todas; solo he podido recorrer, porque no he tenido á la mano las otras, las correspondientes á los años desde 1855 á 1862 inclusive (*El Sr. Ministro de la Hacienda*: No hay mas.), las cuales ofrecen el resultado siguiente. Leeré solamente los números que indican millones ó centenas, omitiendo los de decenas abajo, para no molestar la atencion de los Sres. Senadores.

Diferencia definitiva á favor de la Exportacion.

Año de 1855. 235.602.169.

El año de 1855, único que ofrece resultado favorable, fué excepcional por motivos que todos los Sres. Senadores recuerdan. La guerra de Crimea produjo una grandísima exportacion, dando un gran valor á todos nuestros frutos.

En los demás años los resultados son estos:

Diferencia definitiva á favor de la Importacion.

1856.	240.550.966
1857.	386.793.414
1858.	533.198.251
1859.	235.659.733
1860.	385.110.053
1861.	751.093.327
1862.	568.780.433
<hr/>	
Total á favor de la importacion.	3.101.186.177
Se rebaja por la exportacion.	235.602.169
<hr/>	
Queda reducida la diferencia á.	2.865.584.008
<hr/>	

Rebatido esto (y cuidado, señores, que no nos veremos en otra) y suponiendo que siempre fuera lo mismo; que cada ocho años hubiera uno excepcional, rebajo los 235.602.169, y quedan 2.865.584,008 para los ocho años.

El año comun de los ocho ofrece grande diferencia á favor de la importacion: el valor de ella sobre el de la exportacion asciende á 358.198.001 rs. vn.

Hay que agregar á esta última cantidad, por los intereses de la deuda consolidada y diferida exterior, que, como saben los Sres. Senadores, se pagan en París y Londres, 84.288.000 rs. Hay que agregar además lo que se paga por las acciones y obligaciones de las empresas de ferro-carriles: y hay que agregar por último el valor de lo que se importa ó viene de contrabando.

Teniendo en cuenta todo esto, creo que los Sres. Senadores

juzgarán que me quedo corto, en vez de pecar de exajerado, al suponer que el dinero que sale anualmente de España asciende á 500 millones: sé que es mucho mas; pero me limito á esta cantidad. Y ahora yo dejo á la conciencia de los Sres. Senadores, de todos los hombres públicos y de todos los españoles, decir qué vá á suceder en una nacion de la cual salen todos los años 500 millones de reales para el extranjero. Aquí hay un hecho y un principio incuestionado é incuestionable. El hecho es el que acabo de manifestar al Senado: el principio es que las diferencias de las balanzas de comercio se saldan con dinero: no hay otra cosa con que saldarlas.

Los productos extranjeros que se importan, se pagan con los productos nacionales que se exportan; pero cuando se importa mas que se exporta, como que no hay productos con que pagar aquello, es necesario pagarlo con dinero. Este es un axioma en economía política, es un principio reconocido.

Ahora bien: ¿puede curarse el mal con la libertad de comercio? ¿Es esta la panacea que cura todos los males? Para mi es muy sencillo. Será una extravagancia, vuelvo á decir; pero yo lo veo así, y lo debo decir y digo como lo veo: cumplo con mi conciencia. ¿Qué dará la libertad de comercio en sus primeros años? Una inundacion; porque todo el que necesite un artículo cualquiera, sea quien quiera esa persona, aunque sea el Presidente del Senado, resolviendo únicamente la cuestion individual, vá, como es natural, á lo mas barato: de suerte que todos se proveerán del género extranjero, que es mejor y mas barato. Por consiguiente, aunque el derecho sea módico, mientras dure la inundacion, el resultado será cuantioso, porqué, como se importa mucho, se pagará mucho. ¿Pero no ha de tener fin, señores, el dinero en la nacion? ¿De dónde sale? Si en lugar de 500 millones que salen hoy, salieran 1.000, 2.000, se veria pronto el término. ¿De dónde nos habia de venir el dinero necesario para que esto fuera una mina inagotable, una fábrica de dinero sin fin, de modo que no se extinguiera nunca? Se ha de acabar pues; y cuando se acabase, como por desgracia se acabaria pronto, muy pron-

to, no importaríamos nada, porque los extranjeros no nos traen los géneros de balde, no nos los regalan: los traerán sí cuando haya otros productos con que cambiarlos, ó dinero en su defecto: no teniendo dinero, no traerán mas géneros que los correspondientes á los productos que puedan dárseles en pago.

Vé el Senado que hoy son muy pocos, y serian menos en aquel caso; por lo cual vendríamos á parar despues de esa inundacion á que la abundancia de medio, uno ó dos años nos colocaria en la situacion mas miserable del mundo; en una situacion que horroriza.

Ahora recuerdo lo que al comenzar ofrecí al Senado. Dije que aduciria algunas razones para justificar mi oposicion, mi resistencia, mi repugnancia á todo lo que es empréstito extranjero. Cuando nos vemos amenazados de la mayor penuria, por la situacion en que nos hallamos como resultado de las balanzas de comercio, cosa muy digna de consideracion, cosa en que deben fijar la atencion los señores Senadores, espejo en el cual debe mirarse todos los dias el Sr. Ministro de Hacienda; cuando estamos en este caso, querer que contraigamos mas deudas con el extranjero y tengamos que mandar allí mas dinero, (lo digo francamente) creo que no es beneficioso para mi patria. Si lo fuera, no me opondria absolutamente á ello. Si las consideraciones que he expuesto no son fundadas y los Sres. Senadores no las juzgan dignas de aprecio, enhorabuena: harán lo que estimen mas acertado, y eso lo será ciertamente.

Créo que he concluido mi tarea: he molestado la atencion del Senado mas acaso de lo que me proponia, pues aun pensaba haber sido mas breve, porque me faltan fuerzas físicas para hablar mucho tiempo, y sobre todo para esforzar la voz. He hablado de muchas cosas, con gran sentimiento mio, porque se habia hablado antes de ellas; pues esta discusion parece que es como un remedo de lo que sucedia en aquellos tiempos que algunos señores Senadores pueden recordar, cuando habia conventos de frailes y conclusiones. Estas eran unas disputas que tenian aquellos. Formulaban, en grandes programas, mu-

chísimas proposiciones, centenares de ellas; y llegó el espíritu de emulacion entre los contrincantes á ver cuál ponía mas y mas intrincadas proposiciones que el otro. Así es que una de las conclusiones se encabezaba con el siguiente lema: «De todo lo que es objeto del saber humano (*de omni scibili*),» y otra con el siguiente: «De todas las cosas y de algunas mas (*de rebus omnibus, et quibusdam aliis*).» Eso parece, señores Senadores, que ha sido la presente discusion; eso parece que ván siendo las discusiones ordinarias. Yo lo lamento, y me atrevería á proponer ó á indicar una cosa que parecerá risible, pero que contribuiría grandemente á la expedicion de los negocios públicos: que se destináran uno ó dos dias de la semana para entablar aquí una especie de conferencia ó de disputa, en la cual se hablára de todo indistintamente, á fin de que se desahogáran todos los que desean hablar, y que en los asuntos de interés público directo y urgente, en la formacion de las leyes, no se tratase mas que de lo que fuera objeto del asunto.

Vuelvo á decir lo que he indicado al principio. Todo lo que no ha sido discutir, votar y aprobar este proyecto el mismo dia que se puso aquí á discusion, ha estado fuera de lo que exige el interés del Estado. Lo que se hace, podrá conducir á satisfacer las aspiraciones de amor propio que todos tenemos, y yo el primero; pero no ciertamente al interés de la patria.

RECTIFICACION.

Concluido el precedente discurso, los señores Senadores Duque de Tetuan y Pastor usaron de la palabra, el primero para responder á una alusion personal, y el segundo para rectificar. El autor del discurso se creyó en la necesidad de hacerlo en este último concepto, con motivo de algunas manifestaciones del Sr. Duque de Tetuan, y verificándolo, y aprove-

chando la ocasion para hablar de un punto de que el señor Olivan le habia excitado á tratar y que habia olvidado en el discurso, dijo, despues de un ligero preámbulo:

Lo que ha causado, lo que ha traido la situacion actual, es la ejecucion de estas leyes, (la de 1.º de Abril de 1859 y posteriores) es la aplicacion de aquellos recursos, es la inversion de ellos; y esto no es del Presidente del Consejo de Ministros, esto no es del Sr. Duque de Tetuan. Mas claro se entenderá del modo siguiente.

He dicho al Senado, y es una verdad que consta en documentos oficiales (el dia que el Senado quiera adquirir la evidencia de ello, la puede tener) que la desamortizacion ha producido hasta ahora 3.000 millones de reales. Es otro hecho igualmente oficial igualmente conocido, que se probará con datos irrecusables, que de esa cantidad, la cual está invertida ó comprometida, solo la mitad lo ha sido en cosas reproductivas; la otra mitad, ó sean 1.500 millones, se ha invertido en cosas que no son reproductivas, que serán buenas (no he dicho que sean malas); que convendrian á la nacion (tampoco he dicho lo contrario); que nos engrandecen; que son utilísimas, de grandísimo interés (á cada cual nos seria muy interesante poseer la fortuna de Rostchildt;) no he negado nada de esto; pero cuando no puede una nacion hacer prudentemente lo que desea, porque no tiene suficientes recursos para ello, (y muchas cosas no se hacen porque nó se puede) no debe hacerlo. Que esa inversion, que el objeto de ella sea justo, que sea bueno, que sea conveniente, que sea de altísimo interés para la nacion, recomendabilísimo, nadie lo niega: pero no es á objetos reproductivos á lo que se ha destinado. Esto es lo que tengo que contestar á S. S.

Voy á decir algunas palabras respecto al asunto que se me olvidó antes, que el Sr. Olivan me recuerda, y que fué la materia principal de su alusion directa y explicita: habló de la cuestion de cupones y certificados.

Pero no tengo que decir gran cosa; todo lo que pienso, y las

razones de mi opinion en el asunto, lo he manifestado en un folleto que está impreso: las conocerá la mayor parte de los señores Senadores, y los que no las conozcan pueden verlas allí. Por consiguiente me limitaré á hacer un resumen en cuatro palabras: y no tema el Sr. Presidente que vaya á molestar al Senado.

El arreglo de las deudas se verificó el año 1851, y se verificó acaso con alguna anticipacion al tiempo en que naturalmente se hubiera verificado. La gloria que puede haber en esto se debe al señor Presidente del actual Ministerio, que tambien lo era en aquella época.

El Sr. Duque de Valencia recibió en 1849 una carta de los tenedores de bonos españoles en Inglaterra, quienes, como era natural, pedian y clamaban en ella por el arreglo de la deuda. S. S. les contestó, como era justo, en términos atentos y políticos, diciéndoles que el Gobierno se ocupaba en el asunto, y que pronto se dictaría una resolucion. Esto promovió una interpelacion en el Congreso de los Diputados, que explanó el Sr. Sanchez Silva, que entonces era Diputado. Naturalmente el Ministro de Hacienda, cuyo cargo desempeñaba yo, tuvo que contestar á la interpelacion, y debió contestarla á nombre del Gobierno, con el cual estaba de acuerdo. Así es que ofrecí presentar en la próxima legislatura un proyecto de ley sobre la materia. Esto obligó al Gobierno á ocuparse en el asunto desde luego y sin intermision: no podia ser otra cosa.

Cerradas las Córtes, se expidió el decreto de Abril de 1850, con el cual se publicó el proyecto de arreglo de la deuda que yo preparé. En ese decreto no habia deudas amortizables: era una toda la deuda, la cual se convertia en deuda consolidada y á diferentes tipos, segun el diverso valor que habian tenido en los años anteriores las diferentes clases de deuda. Los intereses importaban 80 millones, y á esta suma quedaba reducido todo.

Este fué el proyecto de reforma del Ministro de Hacienda de entonces: ese fué mi pensamiento: eso fué lo que mas convenia al pais, segun creia yo entonces, y sigo creyendo hoy. Se nombró una junta, de la cual fué individuo con otros varios el Sr. Olivan.

Esa junta se dividió en mayoría y minoría, presentando además un voto singular el Sr. Olivan. La mayoría y la minoría de la junta propusieron la deuda amortizable, porque los tenedores de bonos españoles, los acreedores, manifestaron que no se avenían de ningún modo á la reduccion que se proyectaba para darles deuda con interés; y como no aceptaban la rebaja del capital, la comision manifestó (é impreso está) que los acreedores no aceptaban el proyecto en esa parte, y que por lo mismo proponia la creacion de la deuda amortizable, y al propio tiempo la conversion de los cupones por todo su capital, pero con una renta de $\frac{1}{2}$ por 100. El Sr. Olivan proponia, como ayer dijo, la conversion en deuda consolidada de la mitad del capital de los cupones, reducir á deuda sin interés la otra mitad, y convertir despues toda la deuda sin interés en deuda consolidada al tipo de 20 á 40 por 100 y á ciertos plazos.

El Gobierno, por regla general, aceptó el dictámen de la mayoría; y el Ministro de Hacienda de entonces creyó, como sigue creyendo hoy, que la cuestion de los cupones era esencialmente de buena fé, y que lo demás es una superchería, una insigne superchería, porque lo mismo es convertir 100 en renta de $\frac{1}{2}$ que 50 en renta de 3. Se decidió por la conversion de 50 por 100 en renta de 3, atendiendo á la gran ventaja de que solo hubiese una clase de deuda, la del 3 por 100 consolidado, y no una renta de 3 por 100 y otra de $1\frac{1}{2}$. Entre este sistema y el otro no habia mas diferencia sino que, para el caso remoto y casi imposible de que la renta de $1\frac{1}{2}$ por 100 llegase á valer mas de 50 por 100, y conviniera al Estado amortizarla, necesariamente habria de dar 60 ó 70 que, por ejemplo, valiese, mientras que de otro modo solo daria 50. Pero ¿cuándo habia de valer mas de 50 por 100 una renta del $1\frac{1}{2}$, siendo así que en todo el tiempo que llevamos desde el arreglo de la deuda ha sido muy breve el período en que el 3 por 100 ha valido algo mas de 50?

Señores: esta era una cuestion de buena fé, y como el Gobierno la tenia, se decidió por la conversion en renta del 3 por 100 al tipo de 50. Se hizo pues la ley: se admitió la conversion

á ese tipo: se señalaron plazos para que los acreedores reclamasen; y si bien reclamaron y protestaron muchos de ellos, al fin todos convinieron. En tal caso, la cuestion queda reducida á lo siguiente, (y advierto que no indicaré mas que los términos de la cuestion.

Puede considerarse la cuestion de justicia y la de conveniencia. La justicia no la veo: no puede existir, porque no creo que un acreedor á quien el deudor dice: «no puedo darte mas que 4 en vez de los 8 que te debo,» y, contentándose con esto, recibe los 4 que se le ofrecen, tenga despues derecho á reclamar mas. Mirando á la conveniencia, tampoco creo que debemos acceder á las pretensiones de esos acreedores, solo por el afan de conseguir que se abran á nuestros valores los mercados extranjeros. Ya he dicho y repito que no daría yo dinero para eso. Por consiguiente, para mí no existe la cuestion de conveniencia. El que lo vea de otra manera, claro es que opinará de diverso modo: yo digo mi parecer, sin que por eso pretenda que sea el único criterio para resolver todas las cuestiones. A esto se halla reducida la cuestion de los cupones.

Deudas amortizables. Han tenido y tienen derecho los tenedores de la deuda amortizable á que los baldíos y realengos se vendan, y á que el producto de la venta se aplique á la amortizacion de esa deuda. No sé lo que se habrá hecho en el particular, ni lo que se podrá hacer; pero lo que sé es que á eso, y nada mas que á eso, tienen derecho los tenedores de deudas amortizables.

En la discusion del presupuesto general del Estado.

DISCURSO PRONUNCIADO EN 26 DE JUNIO DE 1865.

Señores: el Senado presencia la discusion de los presupuestos, que es el asunto mas vital para el país, como se asiste á un funeral. Digo esto, porque, á causa de lo avanzado de la hora, son muy pocos los Sres. Senadores que están presentes, y porque discutiéndose en el otro Cuerpo un asunto tambien de suma importancia, el Sr. Ministro de Hacienda no ha podido asistir á este; de modo que la discusion es sumamente fria, y causa grande embarazo ciertamente el entrar en ella; pero habiéndome tocado el turno de hablar en este momento, voy á hacerlo brevemente.

El Sr. Pastor ha pronunciado un brillante discurso, que consta sustancialmente de dos partes: una, la indicacion de los males, otra la de los remedios. En la primera estoy enteramente conforme con S. S.: en la segunda apelamos cada uno á diferente capítulo de la farmacopea. El Sr. Pastor encuentra el remedio en el aumento de los ingresos, y lo hace consistir en la supresion de algunas contribuciones, sustituyéndolas por otras: yo lo encuentro en la reduccion de los gastos; me es doloroso el decirlo.

Yo no tengo absolutamente mas medicina; no tengo mas regla que es esa: al génio creador que, en la situacion en que nos hallamos en España, eleve los recursos del país, los ingresos, las rentas públicas, al grado necesario para cubrir los gastos que hoy tenemos, y cuantos mas se quieran hacer, yo lo veneraré y reputaré como á un semidios; pero ese génio no ha aparecido todavia en España, lo digo sin ofensa de los señores que han sido Ministros de Hacienda: todos han rivalizado en buen deseo: todos han procurado el mayor aumento de los recursos é ingresos del Esta-

do; mas hasta aquí no se han elevado tanto como se apetecia, por lo que tampoco censuro. Si esto fuese motivo de censura, recaeria primero sobre mí. Genio creador que eleve los recursos de España al grado que se han elevado los gastos, hasta ahora no lo hemos tenido: si se presenta, yo lo veneraré y miraré como un semidios, segun he dicho.

Voy á decir al Senado, como le dije el otro dia, algunas verdades tristes y acaso amargas; pero una vez que, ejerciendo mi cargo de Senador, y cumpliendo con el deber de enunciar mis opiniones, tomo la palabra, es de mi obligacion y exige mi conciencia que diga lo que siento, la verdad siquiera sea errada: de estos errores no puede resultar ningun daño al pais.

El Senado, señores, mas todavía que el Gobierno de S. M. y que el público en general, sobre esta materia de presupuestos (siento decirlo, pero lo creo con verdad y franqueza) duerme en un letargo profundo. Las voces que se levantan en este sitio (la mia es mas impotente que ninguna de ellas) no son bastante poderosas para despertar al Senado de ese letargo; pero, señores, llegará un dia en que el sonido del trueno y el fulgor del relámpago despierten al Senado y á la nacion tambien, y huyan del torrente amenazador, pero huyan en vano, porque el torrente los ha de alcanzar y los ha de sepultar.

La situacion de España, en cuanto á los presupuestos, es hoy, y viene siendo algunos años ha, la siguiente: tener cuatro y gastar seis: esta es la verdad. Presupuesto de gastos, que se llama ordinario, doscientos diez y seis y pico millones de escudos, ó sean dos mil ciento sesenta y tantos millones de reales; (que todavía nos entendemos mas claramente con la denominacion antigua de la moneda que con la nueva). Si me equivoco en algo, ruego á los señores de la comision que me rectifiquen, porque será una equivocacion material, de ninguna manera intencional: 2.160 millones el presupuesto de gastos, y 2.162 millones el de ingresos, dos millones mas este que aquel.

Presupuesto extraordinario de gastos, 568 millones. ¿No es así? Presupuesto extraordinario de ingresos: ninguno, porque aun

cuando hay presupuesto que se llama extraordinario de ingresos, es mal llamado; pues que en él se aplican los productos de los bienes que se desamortizan y se venden y por cuyo capital tenemos que pagar una renta en lo sucesivo, y esto no es renta del país, no es renta de la nación, esto no es mas que usar de una palabra para producir una equivocacion ó un falso concepto. No hay ingresos extraordinarios. Los habria si hubiésemos conquistado un pueblo, una nacion vecina y despues de una guerra con ella y por indemnizacion nos diera esa nacion lo que se estipulara en un tratado, 200, 500 ó 1.000 millones. Esto seria un ingreso extraordinario; pero esto no lo hay en la nacion absolutamente.

Resulta pues, señores, que gastamos, entre ordinario y extraordinario (que ya me haré cargo despues de lo que significa esta diversidad de nombres), 2.800 millones, y que los ingresos del país son 2.200. Doy por verdad, y no siempre lo es, el presupuesto de ingresos tal como aparece, pues muchas veces se calcula que una renta produce 200 millones y son 180, resultando al cabo del año una falta de 20 millones, lo cual no puede remediar ningun Ministro de Hacienda. Seria menester que viniera en ángel, un semidios, con don de profecía, para no equivocarse en ningun cálculo. Así como suele suceder, aunque ocurra las menos voces, que se calcula una renta en 200 y produzca 220. Esto no es lo mas frecuente, y sí, por el contrario, que produzca menos de lo que se calcula. Tambien puede ocurrir y ocurré que se hagan, durante el año, algunos gastos mas de los calculados en el presupuesto, y en prueba de ello ahí están los créditos supletorios.

Pues bien: yo doy por verdad, en cuanto á que se cumpla (en cuanto á que se hayan hecho esos cálculos, que se espere eso, no hay duda ninguna), lo doy por verdad en cuanto á la realizacion, lo que está fuera del propósito y voluntad de todo el mundo: doy por verdad que el presupuesto de gastos é ingresos, segun aparece, se cumpla; que no se gaste mas de lo que está calculado; que todo lo que está calculado por ingresos se recaude. De los cálculos de esos presupuestos me resultan, de gastos, entre ordinarios y extraordinarios, 2.800 millones; y de ingresos 2.160; es decir,

640 millones de mas en los gastos que en los ingresos. Para esto, señores, para comprender esto, no es necesario estudiar economía política, ni haber sido Ministro de Hacienda: nada, absolutamente nada: no es necesario mas que tener oídos, tener ojos y tener sentido comun: no es menester mas. Hace muchos años, y señaladamente desde 1859, pues que ha ocurrido esto en mayor progresion desde que se inauguró el sistema de la desamortizacion, que yo ahora ni censuro ni apruebo (no es del caso, no es del momento), los gastos han sido mucho mayores que los ingresos: hemos gastado cuatro, y los productos ó ingresos han sido tres: constantemente hemos venido así.

Ahora yo pregunto á los Sres. Senadores, pregunto á todos los hombres públicos, á todos los españoles, á todos los que tienen sentido comun: ¿qué puede suceder, qué ha de suceder necesariamente, qué porvenir hay en una nacion en la cual se gastan cuatro, habiendo solamente tres? ¡Y esto lo vemos, lo sabemos y lo oimos con frialdad! Y el Senado español ¿ha de estar callado sin tomar un remedio? ¿Cuál vá á ser el término de esta situacion? En un país en el cual hay impuestos, que como ha manifestado el Sr. Pastor y reconocido el Sr. Ministro de Estado, son muy gravosos, que matan la produccion y extinguen la riqueza imponible, lo cual viene á ser como comerse la gallina de los huevos de oro, ¿qué vá á suceder? ¿qué vá á suceder, vuelvo á decir, en un país que produce 2.160 millones y gasta 2.800? Que venga aquí el Ministro de Hacienda mas entendido, el estadista mas afamado del mundo, y no hallará mas que tres caminos: ó disminuir los gastos, ó aumentar los ingresos, ó hacer lo uno y lo otro para venir por este medio á la igualacion. El estado permanente y normal de un país no puede ser mas que la nivelacion de los gastos con los ingresos. Lo que entre nosotros está sucediendo, puede durar cuatro, seis, ocho ó diez años: no puede suceder perpétuamente: esto es tan imposible como el subir ahora cualquier cuerpo grave por su propia virtud al techo.

Es necesario tomar un temperamento: es necesario prever: lo que no ha sucedido en los años que han trascurrido, y podrá no

suceder en dos ó tres años todavía, porque hemos estado, estamos y estaremos durante ese tiempo consumiendo la desamortizacion, puede suceder despues. Nos hemos estado y estamos comiendo lo que no es nuestro; hemos vendido los bienes que eran de los pueblos, de la beneficencia, de la instruccion pública; que tenían dueño conocido (yo no lo censuro ahora ni apruebo), y el precio de esos bienes se ha aplicado al Estado, obligándose este á pagar una renta. ¿Deja esto de ser un empréstito? ¿Qué otra cosa es tomar un capital que no es del Estado y sobre ese capital pagar una renta? Esto es contraer un empréstito.

¿Qué vá á suceder, pues, en una nacion en que se gastan 600 millones mas de los que se tienen, y donde se está contrayendo una deuda perpétua, donde se ha establecido una fábrica de papel sin fin, por cuyo papel se abona un interés, donde los gastos van creciendo anualmente, mientras que los ingresos no pueden crecer en la misma progresion?

Por eso anuncié al principio que iba á decir algunas verdades tristes, tal vez amargas: yo no sé si amargarán: si la verdad amarga, yo no la invento: no lo puedo remediar. Sucede en esta materia lo que nos sucede generalmente á todos. Desde que venimos al mundo y tenemos el uso de los sentidos y algun tanto de la razon, estamos aprendiendo, porque lo vemos, que nos hemos de morir; pero vivimos, todo el tiempo que Dios nos concede de vida, como si no hubiéramos de morir nunca.

Pues lo mismo nos sucede respecto del presupuesto. Sabemos que gastamos mucho mas de lo que tenemos, y seguimos adelante; y así pasa un año y otro año sin poner remedio.

¿Cuál es el remedio? En este punto buscamos en la farmacopea diverso capitulo el Sr. Pastor y yo. S. S. habiéndolo sin duda estudiado mas, cree que con la abolicion de unos impuestos, la creacion de otros y la transformacion de algunos, se lograria el aumento de ingresos en la cantidad de 600 millones que aquí necesitamos. Yo no he visto esto: S. S. no lo ha explicado, y yo además no creo que produjera esa transformacion tal resultado. En este punto tengo una opinion acaso rara: sin que haya un con-

vencimiento profundo y completo de que la innovacion va á producir tales frutos, yo creo que no se debe adoptar, como no sea parcial y paulatinamente, por via de ensayo, hasta ver el resultado. En los impuestos, la costumbre, el tiempo, el hallarse establecidos, y estar habituados los contribuyentes á pagarlos, vale mas que cien razones teóricas que haya, por fuertes é irresistibles que aparezcan. En esto me fundo para no adoptar ese capítulo de la farmacopea que adopta el Sr. Pastor: el capítulo que yo adopto es otro: no tiene ningun mérito, ni prueba ninguna ciencia: no la hay en ello. Es la reduccion de los gastos.

En España (esto escandalizará, y mas escandalizaria al señor Ministro de Hacienda si me estuviera oyendo) es menester reducir el presupuesto de gastos en 500 millones, y mientras no se haga así, la administracion no se pone en buen estado. Comprendo que se dirá por muchos, y especialmente por los Ministros de la Corona, que eso es imposible, que todos los gastos son precisos. Se me concederá, á lo sumo que en un presupuesto de 2.800 millones de gastos es posible suprimir una partida de un millon ó medio que esté mal colocada por inadvertencia ó por olvido: se me dirá que tal vez sea posible una economia de 10 ó 20 millones; pero no una economia de 500. La cuestion, sin embargo, es la siguiente: hay un enfermo de gravedad: el médico que lo asiste dice que se presenta ya la gangrena y que es necesario la amputacion: la gangrena aparece en una pierna, y si no se amputa esta, llegará á una entraña, y el enfermo morirá. Y dice el enfermo, y dice especialmente la familia: «¡crueldad, atrocidad! ¡Cómo hemos de consentir que el paciente sufra una operacion tan horrible! No, con otros medicamentos se curará.» Se desprecia al médico, porque propone una cura sangrienta, y el médico se encoge de hombros: no tiene mas que hacer. Acierta, por desgracia, la gangrena sube, y el enfermo se muere.

Hay necesidad absoluta de lo que yo propongo: el medio de hacerlo siempre lo hay: la familia que no tiene de renta mas que 20 rs. por ejemplo, á 20 rs. se arregla. Si el Estado, en vez de

;

2.200 millones de ingresos, no tuviera mas que 500, á esta cifra nos deberíamos acomodar.

¿Pero en qué cosas se debe hacer esta reduccion? Esto ni debo ni me toca, ni puedo decirlo: eso únicamente lo puede decir el que conoce la naturaleza de los gastos; el que se halla al frente del departamento de Hacienda: yo puedo y debo decir que el medicamento es indispensable, que si no se aplica, el enfermo se muere. Las naciones, se dirá, no mueren, y por lo tanto España no morirá. Es verdad: hace mucho tiempo que lo sé: la muerte de las naciones es la abyeccion, la miseria, el envilecimiento, el no aparecer con decoro y con honra; y á este estado de abyeccion y de miseria vendrá á parar España indudablemente dentro de algunos años, si seguimos gastando mas de lo que tenemos; si no se presenta, como he indicado antes, un génio creador que eleve los recursos al grado necesario. Hoy tenemos los recursos de la desamortizacion; pero esos recursos ¿son infinitos, son eternos? ¿Cuánto importan los bienes de la desamortizacion? Dos mil, 3.000, 4.000 millones..... (lo que se quiera, no he de disputar sobre la cifra.) ¿Son 2.000 millones? Pues donde se gastan cada año 500 millones mas de lo que hay, en cuatro se consumirán los 2.000 millones. Si son 4.000, alcanzarán para ocho años: de suerte que sean 2, 4, 6 ú 8.000, se han de acabar; el término se vé; el fin ha de llegar, y es conocido.

Mas no hay necesidad de esto, se dirá, porque la misma inversion de los productos de la desamortizacion, esos gastos, en lo que exceden á los ingresos son reproductivos; ellos producirán despues lo necesario para nivelar los ingresos con los gastos. Si esto es así, todo mi argumento queda destruido; todo cuanto he dicho carece de fundamento: si no es así, sucederá cuanto he dicho. Acerca de si es así ó no, yo no entraré á discutir, porque es materia de cálculos y de consideraciones elevadas que aun no pueden apreciarse en la piedra de toque de la experiencia, por lo cual yo dejaré esto á la conciencia de todos: cada uno estimará si la inversion que se viene haciendo de los productos de la desamortizacion es reproductiva y ha de dar desde luego tanto cuanto se

necesita para nivelar los gastos con los ingresos. Sin embargo, diré sobre ello alguna cosa para ilustracion de los Sres. Senadores, para su conocimiento como dato.

El Sr. PRESIDENTE: Si S. S. piensa continuar por algún tiempo, podrá verificarlo en la sesión inmediata.

El Sr. BRAVO MURILLO: No puedo concluir en breves momentos: me queda aun bastante que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Pues en ese caso se suspende esta discusion.

CONTINUACION (27 de Junio de 1865.)

Decia ayer, señores, cuando quedó pendiente mi discurso, que iba á hacer algunas advertencias al Senado, mas bien, á ofrecerle datos, á fin de que pudiese juzgar con acierto acerca de si los gastos que se comprenden en el presupuesto extraordinario son reproductivos, y por consiguiente si se puede esperar, pues que este es el argumento que se hace para justificar ese aumento en los gastos, que estos mismos, por su inversion, den un producto bastante á compensar el aumento.

Se cree por muchos generalmente (en un principio se ha creído por casi todo el mundo, aunque á medida que ha pasado el tiempo y han venido los desengaños se ha ido reduciendo el número de los que tienen esa creencia) que los gastos del presupuesto extraordinario, esa cantidad en que exceden los gastos totales á los ingresos, son como la lanza de Aquiles, que curaba ella misma las heridas que causaba; que esos gastos se invierten de un modo tan reproductivo, con tanto provecho ahora y para lo futuro, que desde luego van á dar lo necesario para cubrir aquel exceso.

Para ver lo que hay en esto, para que los Sres. Senadores puedan juzgar sin necesidad de argumentos y consideraciones, sin buscar autoridades, nada mas que por lo que á cada uno dicta su conciencia, su razon, su perspicacia, permitame el Senado dirigir una rapidísima ojeada hácia los objetos de las partidas que componen el presupuesto extraordinario de gastos.

«Presupuesto extraordinario de gastos.» La primera partida es: «Devolucion de ingresos de ejercicios cerrados.» Con solo este anuncio se comprende que no puede haber aquí nada reproductivo.

«Gastos especiales de ventas, 325.000 escudos.» Estos gastos son los que se ocasionan para pago de los comisionados de ventas, del juez, del alguacil y de todos los que intervienen en ellas. ¿Qué reproduccion ha de tener esto? Ninguna absolutamente.

«Billetes del Tesoro. Memoria.»

«Tercera parte del 80 por 100 de propios.» Esta partida es una entrada por salida, y significa una disminucion en los gastos, é importa 39 millones de reales.

«Ejercicios cerrados, 16.404 escudos.» No hablemos de esto.

«Amortizacion é intereses de los billetes hipotecarios, creados por la ley de 26 de Junio de 1864.» Capital de dichos billetes, 16.430.000 escudos: intereses vencidos, 5.350.000. Estos serán gastos precisos, los mas necesarios; pero ¿son reproductivos? ¿Cómo ha de ser reproductivo el billete hipotecario? De ninguna manera. ¿Qué han de producir? Absolutamente nada.

«Comision de 1 por 100 sobre el importe de las obligaciones que realice el Banco, 230.000 escudos.» Ya se conoce que esto no es reproductivo.

«Gastos imputables á los créditos concedidos por las leyes de desamortizacion —Ministerio de Gracia y Justicia.—Servicio del Ministerio, 168.000 escudos.» En esta partida, en la que están englobadas otras, no creo posible que haya ningun género de gastos que sean reproductivos. «Obligaciones eclesiásticas,» es decir, reparacion de templos y otras atenciones de esta clase, las cuales son muy necesarias, imprescindibles, sagradas, todo lo que se quiera, pero reproductivas no.

«Ministerio de la Guerra.—Material de artillería, 800.000 escudos.—De ingenieros 1.950.000.»

Acerca de esta partida digo lo mismo que respecto de la anterior: será este gasto necesario, imprescindible, útil para el Estado; pero reproductivo no lo es.

«Ministerio de la Gobernacion.—Establecimientos de benefi-

cencia, 334.954. — Establecimientos penales 423.000 escudos.»

Respecto á esta partida no hay que hacer ninguna reflexion.»

«Ministerio de Fomento.» Aunque en las partidas que en este Ministerio se comprenden hay algunas que por su objeto no son realmente gastos reproductivos, supongo que lo sean todas. La totalidad de estas partidas consiste en 10.833.690 escudos.»

«Ministerio de Hacienda. — Construccion de edificios y adquisicion de máquinas.» Tampoco las cantidades destinadas á este objeto pueden ser reproductivas. Son como los gastos que invierte el zapatero en la horma ó en las tenazas de que se sirve; son como instrumentos necesarios para ejercer un oficio, pero no son reproductivos en el sentido que aquí debemos dar á esta palabra.

«Ferro-carriles. — Estudios 150.000 escudos.» Pase que se tenga esta partida como aumento, como adyacencia de los gastos de ferro-carriles, los cuales son reproductivos.

«Subvenciones á metálico.» Está en blanco.

«Intereses de obligaciones del Estado 7.560.795, y amortizacion de las mismas 843.000 escudos.» Sobre este punto llamo especialmente la atencion del Senado. Cuando he visto esta partida en el presupuesto, confieso á los Sres. Senadores que no he podido menos de preguntarme asombrado: ¿dónde estamos? ¿en qué país vivimos? ¿Por qué se pone en el presupuesto extraordinario de gastos la subvencion de ferro-carriles, los intereses y amortizacion de las obligaciones de ferro-carriles, y no se traen en ese caso al mismo presupuesto los intereses de la deuda consolidada del 3 por 100, de la diferida, de carreteras y todas las demás? ¿qué diferencia existe? ¿hay alguien que pueda determinar la diferencia entre unos intereses y otros? Es cierto que unos son del 3 por 100 consolidado, otros del diferido, aquellos de carreteras, éstos de obligaciones del Estado; pero ¿hay diferencia? ¿no es todo una deuda? ¿no debemos capitales, por los cuales tenemos obligacion de pagar una renta anual? ¿Pues cómo se pone esto en el presupuesto extraordinario de gastos?

Si hay un país en el cual los intereses que se presuponen para la deuda, que son lo mismo, absolutamente lo mismo, prescin-

diendo de que una cosa sea mas sagrada que otra, que el sueldo del empleado, que todo lo que se paga por el presupuesto; absolutamente igual á cualquiera obligacion del Estado diaria, anual, permanente, perpétua; si hay un país en el cual se contraiga un empréstito, y los intereses de este empréstito se llevan al presupuesto extraordinario, ese país está perdido, porque está perdido un país en el cual se trastornan las ideas hasta tal punto que se mira lo blanco como negro y lo negro como blanco. En ese país falta la razon, falta hasta el sentido comun; y un país en que falta la razon y el sentido comun está perdido.

«Canal de Isabel II: intereses de las acciones 181.096.»

«Amortizacion y premio de las mismas 880.000.»

Lo que he manifestado al Senado anteriormente es aplicable á esto: no tengo necesidad de reproducirlo.

«Indemnizacion de derechos de aduanas por material de obras públicas: formalizaciones. Memoria.»

«Obligaciones que resultan sin pagar por las cuentas definitivas. Memoria.»

Se concluyeron las partidas. El Senado ha oido el objeto de cada una de ellas. El total asciende á 56.237.696 escudos. Júzguese ahora. No son estos argumentos de partido, ni argumentos de escuela: son demostraciones.

No hay en el presupuesto extraordinario partida reproductiva mas que algunas, no todas, aunque á todas las he considerado como tales, de las del Ministerio de Fomento. Las partidas todas aplicadas al Ministerio de Fomento importan 10.833.090 escudos, es decir, 108 millones de reales. Yo pregunto ahora: ¿se cree que dando á esos 108 millones de reales una inversion reproductiva, el producto sea correspondiente á 500 millones? ¿Dónde hemos descubierto ese medio de invertir los recursos de una manera tan beneficiosa y productiva que instantáneamente nos dé un beneficio de 30 ó 40 por 100, que era necesario para eso? ¿No comprenden los Sres. Senadores sin necesidad de un exámen minucioso, de una discusion detenida, de análisis, de autoridades, ni de datos de ninguna clase, que eso es imposible? Luego la creencia que se

tuvo por la generalidad, y en un tiempo por la universalidad, de que la inversión dada al presupuesto extraordinario es una inversión en su totalidad reproductiva, no es verdad, es completamente contraria á la verdad; es una inexactitud á todas luces manifiesta, evidente.

Se me ha pasado, en el exámen que acabo de hacer, hablar de los gastos del Ministerio de Marina; las partidas que se aplican para construcción de buques, arsenales, etc. Se puede decir, y se dirá por muchos, que esto es reproductivo, porque los buques protegen el comercio y de consiguiente fomentan nuestros intereses, los custodian y los resguardan. Eso es cierto, pero no hablamos aquí de reproducción en ese concepto. Si el gasto que tiene por objeto resguardar los intereses y fomentarlos se entendiera gasto reproductivo, no habría ninguno que lo fuera mas que el que ocasiona el ejército y la administración de justicia, y en un grado menor lo serian todos los del Estado; porque si tengo yo segura la propiedad, es porque los tribunales me la conservan contra toda usurpación; si disfruto de seguridad individual, es porque la protegen la fuerza armada y las autoridades; si conservo la existencia, que es lo primero y principal de todo, es por la misma causa. De consiguiente, el gasto necesario para sostener aquellas instituciones es reproductivo; pero no hablamos de ese género de reproducción: hablamos de la reproducción material é inmediata; hablamos de la reproducción que nace, por ejemplo, de un canal que facilitando y abaratando los trasportes, si es de navegación, y el cultivo de las tierras, si es de riego, produce beneficios materiales. Hablamos de una carretera que facilita los trasportes; hablamos de un ferro-carril que los facilita mas; hablamos de un puerto, que facilita la introducción: en este concepto hablamos de lo reproductivo.

Me queda que hacer una observación al Senado para concluir sobre este punto. Aun suponiendo, sin embargo de que es un verdadero absurdo y es contrario á lo que el sentido comun dicta, que todas las partidas que componen el presupuesto de gastos, que los 500 millones se invirtieran en lo que es de verdadera repro-

duccion, como carreteras, ferro-carriles y canales de navegacion y de riego, cosas de las mas reproductivas, se debe reflexionar que estos objetos reproductivos no dán el producto repentinamente, no lo dan desde luego en su totalidad. El creerlo asi seria un absurdo: y si hubiese un hombre de gobierno que procediera en el concepto de obtener el producto total, instantáneamente y de pronto, sus cálculos serian muy equivocados. Se podrá tal vez llegar á obtener hasta 100 por 100: esto es posible; pero se obtendrá lentamente, progresivamente. Acaso lo que ha de llegar á dar un 20 por 100, empiece dando 1 por 100, ó nada. Pues aqui se ha supuesto, se viene suponiendo constantemente, hace una porcion de años, que los gastos llamados reproductivos son en su totalidad ó inmediatamente reintegrados.

Antes de tratar de otro asunto de los pocos en que voy á ocuparme, porque no es mucho lo que tengo que decir, y el Senado habrá observado que lo que he dicho ha sido sin preparacion alguna, sin tener á la vista en la actualidad otra cosa que la cifra del presupuesto, que ni aun eso tenía ayer; diré que celebro mucho la asistencia á esta sesion del Sr. Ministro de Hacienda, porque tengo que dirigir á S. S. algunas palabras, no para provocar discusion, pues yo no me lisongeo de poder sostener lucha con tan ilustre competidor, sino para animarle á continuar en los senderos que se ha trazado.

Como todos en el mundo político tienen sus partidarios y sus amigos, yo tambien tengo algunos; y esos partidarios y amigos míos dijeron en su tiempo que yo habia adelantado algo en la Hacienda pública cuando tuve la honra de dirigirla. Voy á manifestar al Sr. Ministro, para que vea que no hay de mi parte ningun género de hostilidad, ninguna mala pasion, y no para retraer á S. S., sino para animarle, que si consigue S. S. adelantar actualmente en el mejoramiento de la Hacienda pública, adquirirá una gloria cien veces mayor que la que me han atribuido mis partidarios y mis amigos, porque la situacion de la Hacienda pública, (parece que yo debiera decir lo contrario, ó por lo menos callar por vanidad) es en el dia cien veces mas aflictiva que lo

era en 1850. Si se adelantó algo en aquel tiempo, no hubo mérito alguno en ello; y si se adelanta hoy, habrá grandísimo mérito.

¿Desea oír el Senado la razon que tengo para decir que la Hacienda en aquella época presentaba una situacion mejor y mas próspera que en la actualidad? Pues lo diré sin rebozo y con toda franqueza. Figúrese el Senado que se viene educando hace años á un jóven, en cuya educacion nos hemos ocupado muchos; me ocupaba yo en aquel tiempo, y se ocupa hoy ó va á ocuparse el actual Sr. Ministro de Hacienda. Ese jóven, en cuya educacion, nos hemos ocupado tantos, era en el tiempo en que yo le tuve á mi cuidado, pobre, sóbrio en la comida, modesto en el vestido, criado en la miseria. De consiguiente, con poco que se hiciera en favor de ese infeliz, medraba, adelantaba, y parecia mucho mas de lo que era. Pero el jóven creció; han venido otros á cuidar de su educacion, y la que le han dado es la siguiente: le han dado caballos, carruajes y vestidos magníficos; le han mandado al teatro, á bailes á diversiones; le han rodeado, en fin, de todo género de placeres, teniéndole en el mayor lujo y ostentacion. Pues bien: para adelantar á ese jóven, para darle mas de lo que tiene es necesario mucho, muchísimo. Aquí tiene el Senado la razon en que me fundo.

Desde hace mucho tiempo, pero especialmente desde 1859, desde que se entró en el tan mal llamado sistema de la desamortizacion, en el tan azaroso sistema de la desamortizacion, en ese sistema mortal para la nacion (yo no hablo de la desamortizacion de los bienes, me refiero á la inversion dada á su producto), desde esa época, repito, el jóven se ha educado en el fansto, esto es, ha recibido una educacion semejante á la del jóven á quien un pariente rico tuviera el placer de suministrarle para todo género de goces, siendo la riqueza, por consistir en un gran sueldo ó por otro motivo, vitalicia. El jóven se educa en la abundancia, en la profusion; pero muere el tio que sufragaba para todos los gastos, y el jóven se queda sin poder continuar disfrutando aquellos goces, ni aun proporcionarse siquiera los medios de subsistencia. El ca-

mino trazado para él es el del presidio, si no es el de la horca.

Piense cada uno de los Sres. Senadores, y juzgue si digo ó no la verdad, si en España cuesta hoy la vida lo que costaba hace cuarenta, treinta ó veinte años; si en España no cuesta hoy la vida tanto ó mas que en París y Londres. Discúrrase acerca del costo de todos los objetos de la vida (ya no me detengo en este exámen minucioso) y se verá que nos hemos puesto en un pié de lujo que no podremos sostener mucho tiempo, porque, como dije el otro dia en el Senado, Dios ha querido hacernos pobres; el pais lo es: no tiene esa fertilidad que generalmente se decanta. Esto procede de la vanidad de los españoles: todo español es orgulloso, y le parece que nada hay mejor que lo que existe en España; y como todos alimentamos este orgullo y esta vanidad, incurrimos en muchísimos errores. El lujo con que vivimos, en las grandes capitales principalmente, no es sostenible; no podemos seguir así; no hay elementos, no hay medios de conseguirlo.

He dicho en las grandes capitales, porque, ciertamente, la vida que en estas se hace forma contraste, y un contraste que entristece, con la vida que se hace en los pueblos.

Yo he tenido ocasión recientemente, en este mismo año (no se crea que me acuerdo de otra época, que aludo á los tiempos de mi niñez, los cuales he pasado en un pueblo subalterno), he tenido, digo, ocasion de ver la vida de los pueblos. En los pueblos, señores, una peseta representa mas que cinco duros en Madrid: en los pueblos (horroriza el decirlo, pero es preciso que lo oiga el Senado y el Gobierno de S. M.) todos los años, en las épocas, que son frecuentes, de avenidas de los rios, en los cuales hay pocos puentes, y en algunos puntos hay barcas, se ahogan muchas personas, ó porque en la falta de puentes y de barcas se arriesgan á pasar á vado, ó porque el miserable traginero no tiene 2 ó 4 rs. para pagar al barquero el pase á la otra orilla de su persona y de su recua.

Esto pasa en la opulenta España, en la señora de dos mundos, en la nacion que se ha querido que sea potencia de primer orden. Todos los años hay una infinidad de víctimas por no tener los

medios necesarios para atravesar los torrentes en que se ahogan los infelices trágneros.

En todo lo que estoy manifestando y tengo que manifestar, el Senado y el Sr. Ministro de Hacienda habrán observado que no combato ni al Ministerio actual, ni al pasado, ni al futuro, ni impugno el presupuesto. Yo he tomado la palabra para hablar contra el presupuesto, y voy sin embargo á votarle: por consiguiente, no me induce á hablar género alguno de oposicion. ¿Por qué hablas entonces, se me preguntará, en contra del presupuesto si vas á votarlo? Por una razon muy sencilla. Figúrese el Senado que hay un caminante que ha estado todo el dia atravesando despoblados, en los cuales no ha encontrado que comer (desgraciadamente hay en España algunos de estos), y por fin llega por la noche á una posada, muerto de hambre y rendido de fatiga. Pide la cena, y le presentan un condimento detestable. ¿Qué hará? ¿Abstenerse de comerlo? Se morirá de hambre. Lo come porque no tiene otra cosa. ¿Habrá por eso de decir que es bueno? De ninguna manera: no es consecuencia lo uno de lo otro. Lo que hará será comerlo; pero dirá, porque así es, que está muy malo. Pues eso mismo digo yo del presupuesto: me parece muy mal el sistema que en él se sigue. No me refiero al que se discute, ni al anterior, sino á los de todos estos últimos años, especialmente desde 1859. Creo que en lo sucesivo debe reformarse; creo absolutamente imposible que continuemos de este modo, pero como para el año próximo no hay otro, como no nos hemos de pasar sin presupuesto, como ya no se puede presentar de nuevo, lo voto, lo apruebo.

Con esto que acabo de decir puede el Sr. Ministro de Hacienda formar una idea exacta de lo que he dicho en el dia de ayer. Todo lo que manifesté fué, á semejanza de si hubiera estado rezando el rosario, repitiendo ciento cincuenta veces el Ave María y quince veces el Padre nuestro, decir: tenemos, esperamos, ó calculamos (y doy por bien hecho el cálculo) 2.180 millones de ingresos, y proponemos que se gasten 2.700 millones; esto no puede continuar. Hé aquí lo que he dicho ayer, lo que digo hoy, y lo que tengo que decir.

Pero se replicará; todavía podemos abrigar esperanzas de mejorar nuestra situación: nos queda una parte de la desamortización civil, cuyo producto no ha ingresado aun, y nos queda toda la desamortización eclesiástica, cuyo producto, según se ha dicho en los periódicos hace pocos días, importa de 3 á 4.000 millones. Señores: esto es muy sencillo: afortunadamente podemos hacer ver exacta y matemáticamente lo que tenemos, lo que eso importa, y entonces podremos decir con toda propiedad: «Esta es la última peseta.» Digámoslo, si queremos gastar esa última peseta sin tratar de reemplazarla: hagámoslo en buen hora: somos muy dueños; pero que se sepa que en efecto es la última peseta.

Según datos oficiales que tengo aquí, remitidos por el Gobierno de S. M. y que todos los Sres. Senadores habrán podido ver, porque están en el *Apéndice primero* al núm. 44 del *Diario de las sesiones* del Congreso de Diputados, el importe de los pagarés que han de satisfacer los compradores de bienes nacionales en un plazo que comienza en el primer semestre de 1863 y concluye en 1884, asciende á 1.446.664.509 rs. 39 cénts. Agregando á esto lo que há ingresado en los últimos meses, cuyos vencimientos no se conocen todavía por falta de datos (este documento tiene la fecha de 18 de Febrero de este año) que ascienden á 99.465.914 rs., hacen en junto 1.546.140.504 rs. Este es el importe de los bienes vendidos y no pagados aun.

Pues bien, señores: el importe de estos pagarés está ya gastado, está ya consumido. Representa parte del presupuesto extraordinario de ingresos de este año, y parte de los 1.700 millones de billetes hipotecarios, cuya aplicación se decretó por la ley de 26 de Junio del año pasado.

Hay mas aún: los ciento cincuenta y pico de millones de obligaciones de pagarés, no solamente están ya consumidos, sino que no alcanzan para los 170 millones de billetes hipotecarios, y para lo que está aplicado en el presupuesto de ingresos del año actual. Con esto no hay que contar ya; esos cuartos de la peseta están ya gastados. Pero nos quedan todavía los bienes no vendidos de la desamortización civil y los bienes del clero que están ya inclui-

dos en el número quinto del mismo *Apéndice*, el cual dice así:
«*Dirección general de propiedades y derechos del Estado.*—
Estado de las fincas, censos y foros pertenecientes al Estado,
clero, corporaciones civiles y secuestros, pendientes de enajena-
ción en 31 de Diciembre de 1864, y sus valores en tasación.»

Se halla pues comprendido aquí todo lo que resta; aquí
está la última peseta. Bienes de procedencia civil; bienes del
clero. Todo lo que no se ha vendido ya está comprendido, y está
clasificado también bajo los siguientes conceptos: bienes del Es-
tado, del clero, de propios, de instrucción pública, de diputa-
ciones provinciales, de alcances y débitos, expresándose así: fin-
cas rústicas, urbanas, conventos, censos, fortificaciones.

Los bienes del clero aparecen valorados en 778.291.030 rs.
35 céts., y todos los que existen sin vender, valen, según el men-
cionado estado, 1.384.095.832,23. Aquellos son los 4, 5 ú 8
mil millones que han dicho los periódicos que importan los bie-
nes del clero. Este es su valor en tasación; pero como la venta
de todo lo existente aun se ha de verificar en plazos, es probable
que el producto de ella sea mucho mayor. Mas no creo yo que
sea tan grande proporcionalmente como el que han tenido las
fincas desamortizadas hasta ahora vendidas, porque la época de
agolparse para adquirir propiedad; de pagar las fincas por mucho
más de su valor, de creer las gentes que cada finca que adquirían
era un Potosí: esa época, señores, desgraciadamente creo que ha
pasado.

Supongo sin embargo que aumente mucho su valor por los
plazos, y que los mil trescientos y pico de millones sean 2.000, ó
sean más. Fijese la cifra que se quiera, teniendo en cuenta, seño-
res, que de lo que aumentan por el mayor valor que dan los pla-
zos, se debe rebajar el descuento que hay que sufrir cuando se
haga efectivo ese papel, como se hará inmediatamente, sin espe-
rar al vencimiento de los plazos, porque si yo tengo 200 millones
á cobrar 20 millones cada uno de diez años, y lo que tengo de-
recho á percibir en diez años quiero percibirlo en uno, como querré
y como me verá precisado á hacer por necesidad, tendré que

sufrir el descuento, y me sale la misma cuenta. De todas maneras yo aseguro á los Sres. Senadores, y estoy dispuesto á dejarme cortar el brazo derecho si me equivoco en la profecía, que no se obtendrán ni con mucho los 4 á 5.000 millones efectivos que se preconizan de los bienes que quedan por vender, comprendiendo los del clero y todos los demás.

Ya sabe pues el Senado todo lo que tenemos: todo aquello con que podemos y debemos contar para lo sucesivo es á lo sumo con 1.500 millones. De modo que, siguiendo por el camino que llevamos, gastando todos los años 500 á 600 millones mas de lo que tenemos (y se gasta mucho mas en realidad), tenemos solo para tres años: cuenta clara y cabal. Ahora el Gobierno de S. M. formará los cálculos que su ilustracion y su deseo del mejor acierto le sugieran; y el Senado en su ilustracion tambien y en su celo por el bien del pais, tomará las determinaciones que estime acertadas y oportunas; pero la verdad, lo que debe ser la base de todos los cálculos, es lo que he manifestado.

Como he hablado incidentalmente de los bienes del clero y se han hecho algunas indicaciones, especialmente por los periódicos, acerca de no realizarse tan pronto como seria de desear la venta de los referidos bienes concertada con Su Santidad, y por consiguiente legal y justa, no me parece inoportuno que, al sonar en este respetable Cuerpo mi voz, que es una voz amiga del clero, diga, pues así lo siento, que si por alguno de los individuos de él, por los reverendos prelados, que son los que deben intervenir en tal asunto, se hubiera creído ó se creyese que habia algun interés en el clero en demorar la venta de sus bienes, creo que no acertaria, porque conceptuo, mi conciencia me dicta, y en este sentido les aconsejo y ruego que obren, que es conveniente y beneficioso para el mismo clero no oponer ningun género de demora, antes bien activar cuanto sea dable y posible, las relaciones y diligencias necesarias para la venta. Para esto tengo dos razones. primera, la del adagio comun, razon mul vulgar: «para poca salud, mas vale ninguna;» para lo que al clero le ha quedado, mejor es no tener nada. Segunda, que es la principal: la impie-

dad, sin razon, injustamente, calumniosamente, puede suponer que el clero opone rémoras, que no hay en realidad, á la ejecucion de lo convenido con Su Santidad y á la realizacion de la venta de sus bienes; y es mucho mas importante el interés espiritual que debe tener el clero, por exigirle así su religiosidad, su piedad, su decoro y su prestigio, en no dar pretexto para esos ataques, por mas que sean como lo son injustos y calumniosos.

Si el presupuesto se discutiera realmente en este Cuerpo, que no se discute ni se puede discutir, porque como manifestó ayer el señor Pastor, viene ya aprobado por el otro Cuerpo y á última hora, en vísperas de comenzar su ejercicio, cuando no es posible absolutamente detenerse en él, ni conviene exponerse á los azares del nombramiento de una comision mixta; cuando por otra parte hay una razon de dignidad, de decoro, de patriotismo de este Cuerpo para no discutirlo ampliamente, cual es la de no dar pretexto á que se diga que opone rémoras y dificultades á la buena gobernacion del Estado, que es la razon principal, y así debe decirse en honor de todos los Sres. Senadores, en honor de este alto Cuerpo; como el presupuesto, digo, no se discute aquí por las razones expresadas, es imposible hablar de muchísimas cosas de que se debe tratar naturalmente en la discusion del presupuesto.

Si se entrase en la discusion de presupuestos, ¿podria dejarse de hablar, por ejemplo, de la gran cuestion de aranceles? ¿Podria dejarse de hablar de la instruccion pública? Asunto, señores, que dá lugar á consideraciones las mas tristes, á consideraciones que abisman, pues recorriendo los pueblos del interior, los pueblos pequeños, los pueblos miserables, causa asombro que el funcionario mejor dotado del pueblo, el personaje mayor y mas distinguido por su dotacion, sea el maestro de escuela, que esté mejor dotado que el cirujano y que el médico. Aquí se han prodigado las dotaciones de una manera espantosa, porque á todo se ha llevado el lujo; con el espíritu mejor, con el deseo de que lleguemos á la perfeccion: ¿quién lo duda? Ni yo acuso á nadie. El deseo de llegar en cada ramo á la perfeccion ha causado y causa muchos males. En España, el encargado de un ramo atiende exclusiva-

mente á él: en España, puede así decirse, hay directores, Ministros; pero no hay ni direcciones ni Ministerios, porque cada Ministro, cada director atiende á su ramo principalmente, y no atienden todos á la generalidad, al conjunto que forma y constituye la gobernacion del Estado. Vuelvo á decir que de esta causa, que no hago mas que apuntar, nacen muchísimos males. Se ha querido dar gran ensanche buscando el perfeccionamiento á la instruccion general, buscando lo mejor; pero se ha ido mas allá de donde se debia ir en punto á las dotaciones.

Hablaria del mismo modo, como he indicado, de la gran cuestion de aranceles, que voy á tocar dedicándole poquísimas palabras, porque ya tuve ocasion de hablar de ello meses anteriores al Senado, haciendo indicaciones respecto de la balanza de comercio, lo cual fué combatido aqui por un Sr. Senador muy ilustrado que participa de otras opiniones.

Señores: lo que hay respecto de la balanza de comercio es una cosa muy sencilla. Bajo cierto aspecto, mirándola bajo cierto punto de vista, la balanza de comercio no tiene importancia ni significacion alguna, absolutamente ninguna, porque al fin y á la larga es imposible, materialmente imposible, que se introduzca en un pais mas de lo que se exporte; pero ¡ay del pais en que se llegue á este caso! Ese pais está en la ruina, en la miseria. Hoy (yo creo, supongo exactos los datos de balanza de comercio) se importa mas de lo que se exporta, y el exceso necesariamente se paga en dinero, porque no hay otra cosa con que pagarlo: y así como es un axioma en economía política que las mercancías se pagan con mercancías, así tambien es un axioma que cuando hay exceso en la introduccion de mercancías se ha de pagar este exceso con plata ú oro, porque no hay otra cosa con que pagar. Si España fuese productora de plata ú oro como el Perú, seria natural y nada perjudicial pagar con oro y plata; pero en un pais no productor de esos metales, pues no merecen el nombre de produccion los 10, 15 ó 20 millones que se puedan suponer que se producen de plata y oro, si es mas lo que se importa que lo que se exporta, el oro y la plata se tiene que ir extinguiendo poco á

poco: no hay remedio; se tienen que llegar al punto de que la importacion sea pequeña, porque no haya con que pagar; pues como no se dan de balde las mercancías, no se importará, ó se importará únicamente lo que pueda exportarse, lo que pueda pagarse con las mercancías naturales y propias del país; y entonces habremos llegado ya á la última miseria. Yo deseo, al hacer las observaciones, que se procure no llegar á ese caso. A él se llegaría si abriésemos completamente ó demasiado la mano á la introduccion, bajando los derechos.

La introduccion de los efectos, de las mercancías que no se producen en el país, claro está que debe dejarse libre, ó sujetarse únicamente á un derecho fiscal: mas para compensar ó pagar esa introduccion se deben fomentar en el país las producciones agrícolas ó industriales propias para verificarlo, y si no se procura y se consigue, estamos perdidos, vuelvo á decir. Esta es la regla, y segun esta regla se debe obrar respecto de los derechos de los aranceles.

Concluyo pues diciendo que yo no hago oposicion al Gobierno de S. M., ni combato el presupuesto. Cuando me tóque su turno, mi voto lo tiene el presupuesto; mas no por eso puedo ni debo decir que lo encuentro bien, ni que debe seguirse el mismo sistema: no por eso debo dejar de decir que si seguimos por el mismo camino (y supongo que sea verdad el presupuesto; aunque temo que no haya de serlo en todo), vamos á la ruina.

El resúmen, mas bien, la fórmula de mi discurso es que no tenemos mas que 2.180 millones y gastamos 2.700: que así no se puede continuar mucho tiempo, porque esta no puede ser la situacion normal de ningun país; que continuando en este camino vendremos á la miseria y á la ruina; que en lugar del remedio que el Sr. Pastor encuentra en su farmacopea, como dije ayer, yo encuentro otro, que pueden encontrar todos, que no es remedio sugerido por la ciencia, á saber; rebajar el presupuesto: que si no se rebaja en 400 ó 500 millones, para lo cual es necesario ánimo mas fuerte que para tomar una batería, estamos perdidos; proposicion á la cual se ha reducido y se reduce todo mi discurso, y con la cual concluyo.

:

El precedente discurso fué combatido en lo general por el Sr. Ministro de Hacienda, Alonso Martinez, y en lo relativo á la balanza de comercio por el señor Senador Pastor. Este dió lugar á varias rectificaciones habiendo versado la primera acerca de lo que expuso el Sr. Pastor, quien habló inmediatamente despues de pronunciado aquel discurso, haciéndolo en el sentido de sus opiniones, é impugnando por consiguiente lo que en el discurso se habia manifestado respecto de la balanza de comercio.

PRIMERA RECTIFICACION.

(*Id. id.*)

Esta es la segunda vez que el Sr. Pastor nos ha referido en este sitio lo que los economistas nos dicen para demostrar que hay un error grande en tomar por tipo la balanza de comercio para los cálculos que se deben hacer y las disposiciones que se deben adoptar. Dice el Sr. Pastor, y hace tiempo que lo hemos visto en Bastiat y otros muchos economistas: la balanza de comercio es un engaño: prueba visible de ello y de que es una cosa hasta ridícula, es el siguiente ejemplo: sale de una nacion un buque cargado de mercancías, y se apunta en la explotacion: se pierde: no hay ni puede haber importacion correspondiente á la exportacion.

Por el contrario, sale el buque con mercancías por valor de 100.000 francos y el comerciante, el especulador es tan afortunado en la especulacion, que aquellos géneros vendidos en el pais para donde los exporta le valen 150.000 francos. Se pierde el buque, se perdieron por consiguiente los 150.000 francos. Figura por lo tanto una pérdida: lo que se puso en la balanza es la exportacion: sabiéndose que el pais ha exportado 100.000 francos; y no figuran los 150.000 de importacion, porque se han perdido, se los ha tragado el mar, y no han venido. Pues lo que es una

gran desgracia que puede producir la miseria de una familia opulenta, eso figura como una gran felicidad y prosperidad para el país.

Esto nos dicen los economistas, y para responder á esto me permitirá el Senado, aunque sea un ejemplo vulgar, que refiera lo que pasaba en la guerra de la Independencia. Cuando se daba alguna accion ó batalla, naturalmente salian los ciegos pregando el triunfo que habian conseguido los españoles, y el número de franceses que habian muerto. Uno, un poco despierto, se acercó al ciego y le dijo: «y españoles ¿cuántos han muerto?» A lo que este le contestó: «eso, que lo digan los ciegos de Paris.»

Pues lo mismo digo yo al Sr. Pastor; S. S. supone que sale el buque de España para Inglaterra y que se pierde en el camino. ¿Y por qué no supone S. S. que se pierde el retorno? Pues qué ¿no vienen de otros países á España buques que se pierdan? ¿Tenemos en España el odioso privilegio de que sean nuestros buques siempre los que se pierdan, y no los de Inglaterra, Francia, Bélgica ú otra nacion? ¿No conoce el Sr. Pastor, no conoce todo el mundo que en eso ha de haber igualdad? Podrá haber alguna excepcion en contra ó en favor de algun país; pero lo general es que haya igualdad.

Véanse los inconvenientes de tomar este ejemplo para probar nuestro error al adoptar como tipo la balanza de comercio. Y para acabar de demostrar esto diré al Senado que de la balanza del comercio publicada en España resulta por término medio en contra de la exportacion y á favor de la importacion 350 millones cada año: por término medio, digo, porque ha habido algun año, como el de 1855, en que la exportacion fué mayor. Ascendiendo la importacion á 1.120 millones tambien en año comun, y siendo segun S. S. ha dicho un beneficio la mayor importacion, resultará un beneficio de 350 millones. Necesariamente; porque lo exportado no ha de ser menos de lo que aparece, no hay interés ninguno en disminuir el precio de los valores que se exportan: lo contrario sucede respecto de la importacion, puesto que se pagan muchos derechos *ad valorem*, esto es, en proporcion al valor que se dá á los géneros, y si este se rebaja, se paga menos.

Pues bien: tomando por base ésta importacion de 1.120 millones por año, y siguiendo las doctrinas de S. S., que considera como un error la balanza de comercio, ha de haber un beneficio de 350 millones, es decir, que hemos de ganar treinta ó treinta y tantos por ciento. Si S. S. lo cree así, yo no estoy dispuesto á creerlo de ningun modo; ni es tampoco esto creible para las personas de buen juicio, mucho mas cuando á la importacion que se verifica pagando derechos de aduanas, hay que agregar el muchísimo contrabando que se hace, y cuando á esa diferencia en la balanza del comercio en favor de la importacion contra la exportacion hay que agregar tambien los centenares de millones, que no son menos, que salen para pago de los intereses de la deuda pública, y de las obligaciones de ferro-carriles.

El Sr. Pastor ha dicho que la mercancía se paga con mercancía y no es posible otra cosa: esta es una verdad eterna, como he dicho antes, conocida por todo el mundo: es imposible que deje de pagarse una mercancía con otra, supuesto que el oro y la plata son tambien mercancías. Méjico paga con plata el algodón, los tejidos, los frutos y los productos industriales que allí no existen y que se introducen en aquel país. El oro y la plata son una produccion en Méjico como el trigo es una produccion en España, lo mismo, absolutamente igual. En este sentido S. S. tiene completamente razon; pero la cuestion es si en un país no productor del oro y de la plata es conveniente pagar las mercancías con oro ó plata ó con otras producciones del país. Conveniente no es: porque, como he dicho antes, los que traen las mercancías han de haberlas pagado, ora con otras mercancías, ora en metálico.

En nuestro país ha sucedido (no sé si lo habrá advertido S. S.) que antes del descubrimiento de América era España una nacion que llevaba la bandera de la industria entre todas las naciones de Europa, en la cual los jornales eran baratos, y por tanto la fabricacion posible y provechosa. Desde el descubrimiento de América se traian de aquellas colonias muchos caudales todos los años, se hacia una importacion de oro y plata que surtia los mismos efectos que la produccion nacional: esto encareció los jorna-

les, y mató la industria, dando lugar á que otras naciones nos hayan adelantado en ella de tal modo, que por grandes esfuerzos que hagamos no las podemos ya alcanzar.

Pagábamos las mercancías que se introducían con el oro y la plata que venía de América; pero la pérdida de estas colonias, que por mucho tiempo habían estado suministrándonos caudales, trajo al país á un estado miserable; un duro valía mas que hoy dos. Esta es la verdad. Se había acabado aquello que venía de América, y si después se ha mejorado esa situación, ha sido porque han venido los capitales extranjeros á la golosina de los ferro-carriles y de las obras públicas, creyendo que habían de tener grande ganancia y provecho. Esto se acaba; ya no vienen tantos; vienen pocos, y quiera Dios que no se acaben del todo.

Como ese dinero ha venido de fuera, ha venido también un exceso de introducción en la balanza del comercio; pero esa mina, se agota, ese filón se corta; tenemos que pensar en otros medios para pagar lo que necesitamos de fuera, y estos medios no los hay en la producción propia del país. Es cierto, ciertísimo, en fin, que por mas que se calcule sobre la importación y exportación, definitivamente, en último resultado no puede ser mayor la exportación, porque no es posible que venga lo que no se puede pagar, y es también cierto é indudable que, marchando por este camino, habiendo poquísimo que exportar, debilitado nuestro comercio, llegaremos á la ruina del país.

SEGUNDA RECTIFICACION.

(28 de Junio de 1865.)

Antes de comenzar las rectificaciones que me veo en la necesidad de hacer, porque con la mejor voluntad me ha puesto en este caso el Sr. Ministro de Hacienda, debo comenzar por dar á S. S. las gracias mas expresivas por la atención y amabilidad con que se dignó tratarme. Los términos de esta discusión, las palabras que se cruzan entre uno y otro combatiente son las mas

cortesés: sin embargo, procurando, como era natural, el Sr. Ministro de Hacienda su propia defensa, me ha dirigido tan tremendas estocadas, que S. S. ha convertido el debate en un duelo á muerte, que yo acepto.

Dicho esto, voy á entrar en la discusion, rectificando los puntos que la exigen.

La primera rectificacion que tengo que hacer es relativa al estado del crédito. S. S., como era de su deber, pues todo Ministro de Hacienda tiene la obligacion de salir á la defensa del crédito, sostuvo que es muy necesario, que á toda costa debe mantenerse, que es una cosa sagrada.

Todo esto es cierto; pero dió á entender, ó mas bien expuso S. S., con toda claridad, que la pintura tétrica que yo habia hecho en mi discurso del estado de la Hacienda y de la situacion financiera era exagerada, porque yo habia manifestado que el estado financiero en que nos encontramos asusta, alarma y es peligroso y funesto para el país.

Esto nos dijo S. S., ó se desprende por lo menos de lo que S. S. manifestó; esto comprendieron de seguro todos los señores Senadores, y á esto principalmente me he referido yo cuando he hecho que dirigió S. S., aunque en propia defensa, estocadas al pecho.

Yo tambien, señores, hago mi propia defensa, y cuando tal se hace, la modestia está dispensada. Supuesto esto, que me concederá el Senado, yo pregunto al Sr. Ministro de Hacienda y á todos los Sres. Senadores: ¿conocen S. SS. alguna persona, en lo que llevamos de revolucion, que, con feliz ó infeliz éxito, haya hecho mas en favor del crédito que yo? Que se me responda: arrojo el guante; que lo levante S. S. ¿Ha habido algun español, repito, algun Ministro de Hacienda, algun hombre público en España, que haya hecho mas que yo en favor del crédito, aunque haya sido debido tal vez á la fortuna, á las circunstancias, pues en ello no me atribuyo mérito ninguno? Pues, señores, el hombre que tiene esta conciencia, que levanta muy alta su voz, para que llegue á todas partes, diciendo que es la perso-

na que ha hecho mas en favor del crédito, aunque haya sido con desgracia, esta persona, repito, ¿debe sufrir pacientemente que se le diga que ataca el crédito, que pronuncia un discurso que es funesto para el crédito, que vá á matar el crédito?

Yo dije en mi discurso, repito y diré siempre hasta que me muera mientras no varie la situacion (yo puedo errar, ser un ilusorio; y el país se reirá de lo que digo si no es verdad, si no hay razones en que fundar lo que manifiesto), dije, repito; que si no se hace en los presupuestos una rebaja considerable de 500 millones por lo menos (luego la explicaré) caminamos á la ruina. Pues bien, señores: el hombre que mas puede trabajar en favor del crédito es el que proclama la nivelacion de los presupuestos: este es un medio de aumentar el crédito; yo no conozco otro: si alguno sabe otro medio mas á propósito para ese fin, que lo diga, y si es en efecto mejor que el que yo creo, me alegraré y le besaré los piés. El que tenga medios de nivelar los presupuestos y los nivele, es el que hace mas que nadie en favor del crédito. Yo repito que no conozco otro medio, y lo he dicho: y el que manifiesta lo que, en su entender, en su conciencia es lo mas á propósito y ventajoso para el crédito, ¿ese vá á matar el crédito, lo va á perjudicar?

Como dije en mi discurso del otro dia (y hago esta digresion); si hay quien encuentre recursos para poder nivelar los presupuestos sin bajar en nada los gastos, antes bien aumentándolos, yo le veneraré y me alegraré mucho y tendré placer en poder decir á mi patria, aquí en el Senado donde todo el mundo nos oye, que estaba equivocado, que estaba en un error. Sigo mi discurso,

Como iba diciendo, el que realice la nivelacion de los presupuestos en España, es el que mas hace en favor del crédito. Si mañana, señores, viesen los extranjeros que España tenia un presupuesto nivelado, yo aseguro al Senado que tendríamos tanto crédito como Francia, ó Inglaterra. Por consiguiente, á quien ha obrado y hablado como yo lo he hecho, no se puede decir, ni en propia defensa ni de ningun modo, con razon, con exactitud, que trabaja en contra del crédito, y que dice cosas peligrosas por

el crédito, ¡Por Dios no se confundan las cosas Sres. Senadores! Aquí tenemos un enfermo con una llaga muy honda; hay una persona que para curar esa llaga levanta el lienzo que la cubre: á esta persona ¿se le puede decir que es la que ha causado la llaga? ¿La he abierto yo? Ni el actual Ministro de Hacienda, ni yo, ni ninguno de los Sres. Senadores la hemos abierto: el que levanta el lienzo que la cubre, ese no la causa, no hace daño al paciente: al contrario, le hace muchísimo bien, procura, por lo menos, el remedio oportuno si es que lo hay.

Dijo tambien S. S. que yo he hablado y obro en perjuicio del crédito y con peligro del mismo, que es la única tabla de salvacion del Estado. ¿Dónde estamos señores? El que, siendo Ministro de Hacienda desde el año 1850 á 1852, varió la forma de los presupuestos, y á la deuda pública que ocupaba una seccion muy subalterna la colocó en la seccion tercera; el que habla de la deuda como se habla en esa Memoria, debida á la brillante pluma del Sr. D. Alejandro Olivan (y tengo mucha complacencia en publicar esto y manifestar que á S. S. se debe ese brillante escrito, y lo llamo brillante porque no es mio); el hombre que hace todo esto por la deuda pública, cuyas obras están en consonancia con sus palabras, porque desde el año siguiente á su entrada en el Ministerio de Hacienda, inmediatamente despues del arreglo de la deuda pública, ha pagado á todo acreedor todo lo que se le reconoció, fuera mas ó menos de lo que debia reconocerse (esta no es cuestion); el que creia, cree y dice que antes de dejar de pagar á los acreedores del Estado debemos todos los que cobramos sueldo del Estado dejarlo de percibir; que todos vosotros, señores Senadores, entre los cuales hay algunos que dignísimamente y por servicios recomendables cobran sueldo del Estado, debeis dejar de percibirlo antes de dejar de pagar á los acreedores del Estado; el que dice todo esto en este sitio, vuelvo á repetir, y lo manifiesta tan alto, con tal convencimiento, ¿merece que se le acuse de que va á perjudicar ó matar el crédito?

Fundábase el Sr. Ministro de Hacienda, para las observaciones que hizo y reflexiones que adujo, vuelvo á decir, en defensa

propia, en la manifestacion de haber yo recargado el cuadro en demasia al proponer que se hicieran muchas economías, cuando estas economías no eran posibles.

Otra imputacion (lo digo en buen sentido) fué atribuirseme por S. S. lo que no estaba en mi ánimo, imputacion, Sres. Senadores, que no es justa, no es verdadera, y por lo tanto me ha llegado al alma. ¡Decir que viene aquí á proclamar economías imposibles el hombre que ha dicho públicamente en el Parlamento español que en España *se quiere vivir á la moderna y pagar á la antigua*; el que ha dicho tambien en el Parlamento y en impresos publicados que en España se paga poco; el que, siendo Ministro de Hacienda, proclama economías, y cuando es Diputado ó simple particular sostiene que se paga poco ó se paga menos de lo que se debia pagar! El que ha dicho todo esto (y buen testigo de ello son los *Diarios de sesiones* y los impresos que están en las librerías) ese no merece que se diga que proclama economías imposibles, que viene á seducir al país, á producir una alarma en el país, un descontento contra el Gobierno y las instituciones porque proclama lo que él conoce y sabe que no es posible.

Yo he hablado de economías; he pedido una gran economía que tengo por posible, por muy posible.

Rechazando esto, la prueba que el Sr. Ministro alega de esa imposibilidad es excitarme á que yo diga cuáles son los capítulos en que deben hacerse las economías, cuáles economías se deben hacer. Yo no tengo ese deber, esa posibilidad: lo dije el primer día y lo repito hoy. El que se halla en ese sitio es el que tiene la posibilidad y el deber: no troquemos los medios, no queramos que el Senador haga el oficio de Ministro ó que el Ministro haga oficio de Senador.

He dicho y repito que he pedido una gran economía porque la creo posible, pero no he dicho que todos los impuestos estén llevados al último grado. S. S. así lo supuso, porque ó no me oyó anteaer, ó leyó rápidamente mi discurso, ó no lo leyó, atribuyéndome por consiguiente lo que no dije, lo que no está en él. Hablé de algunos impuestos, especialmente del de consumos, del

cual se habia ocupado el Sr. Pastor diciendo que se habia elevado al último grado, cuya idea confirmé yo, y manifesté que lo tenia por verdad. Es cierto, sí; pero que todos los impuestos se hayan llevado al último grado y que no puedan establecerse otros ni hacerse aumento en los productos, en los ingresos, yo no lo dije, y si lo dije, ó materialmente dije algo de lo que pudiera deducirse, lo retracto, lo retiro, digo que me equivoqué. Bien claro dije que al que elevara los recursos al grado que se necesita para nivelar los gastos, yo lo veneraria. Tambien dije clara y expresamente que habia tres medios para llegar á la nivelacion. Primero: economías ó disminucion en los gastos. Segundo: aumento en los ingresos. Y tercero: los dos medios combinados, lo uno y lo otro. Por consiguiente, no he excluido de ninguna manera el aumento posible en los ingresos, en todo ó en parte, y sobre este punto se sobreentendia; era una cosa entendida, pero que ampliaré para que no haya equivocacion. Tenga entendido el señor Ministro de Hacienda (respecto de mí hablo) que si se puede conseguir el aumento de ingresos no disminuyendo los gastos, lo acepto; si se puede conseguir el aumento de ingresos en parte con disminucion de los gastos, lo acepto tambien. Tenga á la vez entendido que cualquiera aumento de ingresos que S. S. proponga aquí, cualquiera nueva contribucion que tenga á los Sres. Senadores en su apoyo, debe contar con mi voto, la voto desde ahora sea quien quiera quien se siente en ese banco, aunque sea de opiniones políticas las mas contrarias y diversas á las mias. Creo que no se puede ser mas explicito en esta materia.

El Sr. Ministro de Hacienda hasta apeló al ridículo, séame permitido esto (no hablo de la intencion de S. S., pero sus palabras conducian á ese resultado) hasta apeló al ridículo: y yo lo demostraré. Para probar que las economías son imposibles, que ni yo mismo podia hacer las economías, dijo S. S. que yo habia hablado de la dotacion de los maestros de escuela, de los sueldos ó dotaciones de la instruccion pública. Yo hablé, señores, de esto por incidencia y como por vía de ejemplo, nada mas que aduciendo uno de los centenares de ejemplos que pudieran aducirse para

demostrar que aquí se ha llevado el lujo hasta el mayor grado en todo. Por lo demás, pidiendo una economía de 500 millones ¿había de encontrar esa economía en la dotacion de los maestros de escuela? ¿No es esto ridículo? Pues á este ridículo digo yo que conducia lo que manifestó el Sr. Ministro de Hacienda.

Adujo una circular del Sr. Galiano siendo Ministro de Fomento. Esa no es de mi responsabilidad. El Sr. Galiano podia en aquella circular haber manifestado lo que estimára oportuno, y seria muy cierto, exacto, fundado; pero tal vez no seria conforme con mis opiniones, aunque estas sean raras. Por consiguiente, ese no es argumento contra mí. Por lo demás, al hablar de eso, lo hice por vía de ejemplo; que si aquí se discutiesen los presupuestos, se hablaría de esta materia, como de aranceles y de otras muchas materias.

Y ahora, para que pueda juzgar S. S. con entera exactitud, le diré que tal vez en instruccion pública, en algunos de los profesores ó empleados, las dotaciones son mezquinas como lo son generalmente en España; pero hay sin embargo muchísimos abusos que corregir, ya porque hay mayores empleos que los que debe haber (hay mas profesores que los que debe haber; porque en España tenemos 11 universidades, y ciertamente si hubiera buena administracion, que ninguno de los que hemos pasado por ese sitio hemos procurado, y por consiguiente recae sobre mí como sobre los demás esa censura, con cuatro ó cinco universidades habia bastante) ya por otras causas. Calcule S. S. el ahorro que esto podia producir; porque, por ejemplo, se ha traído á Madrid la universidad de Alcalá, lo cual ha aumentado muchísimo el gasto, y se han hecho otras cosas por este estilo. El Sr. Ministro de Hacienda, manifestando que todos los Ministros del ramo, como es verdad y yo lo reconozco, todos los que se han sentado en esa silla han tenido el mas vehemente deseo de hacer economías, que no se había hecho ninguna, que aun las Córtes constituyentes, animadas del mejor y mas vehemente deseo tambien para la consecucion del mismo objeto, no lo realizaron, pues lo que hicieron trajo consecuencias funestas y fué mal hecho; y por

último, que yo mismo, que habia proclamado las economías, no pude hacerlas porque los presupuestos de 1850 á 53 estuvieron en déficit; S. S., repito, en prueba de que las economías son imposibles, leyó una nota ó estado que arrojaba el estado de las cuentas en aquellos años. Este punto es grave tambien, señores, y me interesa hacer sobre él lo único que se puede hacer hoy, plantear la cuestión y dirigir un reto al Sr. Ministro de Hacienda. Lo que S. S. leyó ayer, y lo que es exacto por el resultado de las cuentas, es lo siguiente: «presupuesto de 1850: ingresos, 1,272 millones y pico (no leo mas que los números redondos); gastos, 1.282; déficit 9 millones y pico. Presupuesto de 1851: ingresos, 1.257 millones; gastos, 1.397; déficit 139. Presupuesto de 1852: ingresos, 1.349 millones; gastos, 1.402; déficit 53.»

Vé pues el Senado, como ha visto el Sr. Ministro de Hacienda cotejándolo con sus estados (y los habrá hallado conformes) que de estos y de las cuentas, porque esos estados no son mas que el traslado ó la expresion sacada de las cuentas, resulta que en el año de 1850 hubo un déficit de 9 millones; en el de 51 de 139; en el de 52 de 53. Pues bien, señores: el reto se reduce á lo siguiente: Yo, en este dia, que debe ser notable para S. S. porque se le hace un solemne reto, en pleno Senado, públicamente arrojo el guante y le doy á S. S. de término hasta la próxima legislatura, pues no exijo un repenton, para que, haciendo concurrir y trabajar á todas sus oficinas y dependencias, venga á contradecir las siguientes proposiciones. Primera: en los tres años de 1850, 51 y 52 no hubo déficit, sino sobrante. Segunda: acaso esos tres años son los únicos del tiempo de la revolucion desde principio del siglo en los cuales no ha habido déficit en los presupuestos. Parece una cosa aventurada, porque resultando esto como resulta de las cuentas, no parece fundado asentar las proposiciones contrarias y desafiar al Sr. Ministro de Hacienda para que, reuniendo todos los datos que posea en sus oficinas, contradiga esas proposiciones.

✓ Pero la explicacion es muy sencilla, muy clara, y fundándose en la verdad (de lo cual no pueden juzgar ahora los Sres. Sena-

dores, pero podrán hacerlo viendo las cuentas, y tambien el señor Ministro de Hacienda cuando quiera luego que vaya á su despacho), la demostracion es matemática, es evidente.

Es cierto que, comparados los ingresos que hubo en esos tres años con los gastos que entonces se hicieron, los ingresos fueron menores que los gastos, y por consiguiente cabe decir que hubo déficit en las cantidades que se han indicado; pero si en esos tres años se hicieron pagos ó gastos de obligaciones, de atenciones que no eran de aquellos años, que venian de atrás, que eran de otros y se cargó á ellos con una obligacion, con un pago que no era propio de ellos y sí, descartados estos pagos, resulta un sobrante, ¿hay déficit entonces? Pues esta es la explicacion.

Y eso está demostrado desde el año de 1853, desde que publicó la reseña histórica de la Hacienda de España el Sr. Senador D. José Sanchez Ocaña, que nos está oyendo. Allí está demostrado desde aquella fecha, sin que se haya contradicho por nadie absolutamente: cuando el Sr. Ministro encuentre datos bastantes para contradecirlo, puede venir, como digo, en la próxima legislatura, porque en esta no habrá tiempo para ello, y entraremos en el debate. El descubierto, dijo S. S., que resultará despues de aplicar los 600 millones que se acaban de negociar los billetes hipotecarios y todo, será de 1.000 millones. Lo acepto: no puedo contradecirlo, en primer lugar porque no tengo datos, y en segundo porque me basta que S. S. lo indique para creerlo. Esto, añade S. S., no debe asustar: á lo cual respondo que ni ese déficit, ni el cuádruplo de él me asustaria, dada una condicion; pero que, no existiendo esta condicion, eso y la mitad de eso y la cuarta parte de eso me asusta. Si estuvieran nivelados los presupuestos, entonces, señores, no me asustaria; miraria con indiferencia un déficit ó un descubierto de 1.000, de 2.000 millones ó mas, porque 1.000 millones los podria yo llevar en el presupuesto ordinario apelando al crédito, por alto que fuese el tipo á que se contratara, con 60 millones de reales; 2.000 con una cantidad doble, y así sucesivamente, lo cual, estando nivelados los presupuestos, no significa mucho: un esfuerzo cualquiera produce

un aumento en esa cantidad para seguir con crédito y en bonanza. Pero cuando tenemos en los presupuestos un déficit constante de 600 millones; cuando ese déficit es creciente; cuando amenaza llegar á unas proporciones que asombra, es preciso levantar el lienzo para que se descubra la llaga, á fin de aplicar el remedio. Ese descubierto es muy grande y llega á asustar mucho. El señor Ministro de Hacienda creía que no debía asustar este descubierto, ni tampoco el aumento que han de tener los gastos en lo sucesivo, con lo cual hay que contar también, aumento que procede, ya de los 600 millones efectivos que se han negociado últimamente emitiendo deuda consolidada, ya de los que han de venir por subvenciones de férro-carriles y por otros motivos de aquí á ocho ó diez años, en cuyo tiempo subirán los gastos á mas de 200 millones anuales, segun han manifestado otros señores mas competentes que yo y que no pueden ser sospechosos para el señor Ministro de Hacienda.

Para que el Senado no crea que hablo de memoria, y para que el Sr. Ministro de Hacienda no crea tampoco que me valgo de datos que no son fidedignos, leeré lo que dice sobre este punto el Sr. D. Pedro Salaverría en una publicacion que hizo en Diciembre del año pasado.

«Es necesario, dice, incorporar á nuestros presupuestos en la
»sucesion de los años hasta 1870, 32 millones para totalizar la
»consolidacion de la deuda diferida. Habrán tambien de compren-
»derse en mayor plazo sobre 50 millones que podrán suponer,
»además de lo que ya figura en el presupuesto, los intereses de
»las inscripciones todavia emisibles en equivalencia del valor de
»bienes desamortizados y á favor de las corporaciones civiles. De-
»berán figurar en los presupuestos ordinarios tambien en el tras-
»curso de varios años, de 90 á 100 millones, réditos y amortiza-
»cion de obligaciones del Estado por subvenciones de ferro-carri-
»les. Tambien vendrán á presupuestos en un término mas breve
»36 millones de reales, intereses de la emision á 3 por 100, au-
»torizada para extinguir los descubiertos del Tesoro hasta fin de
»Junio último, para los cuales hay que contar en parte con la

»compensacion que podrá obtenerse en el capítulo de intereses de la deuda flotante.»

La totalidad de estas sumas, se dice, enseguida que supone sobre 200 millones de reales. El autor del folleto contaba con 36 millones para los intereses de la emision de deuda consolidada para obtener 600 millones efectivos, y por desgracia el tipo ha sido mas bajo, y son mas de 43 millones. De manera que, uniendo una cosa á otra, son 220 millones lo que, segun el Sr. don Pedro Salaverria, en el espacio de ocho á diez años habrá que aumentar ó incorporar á nuestro presupuesto: ahí está el déficit. Pero el de ingresos va creciendo, se dice. Crece tambien, ha venido en una progresion rápida ciertamente. Yo lo diré todavía con mas exactitud que lo dijo S. S. El presupuesto de ingresos del año 53 importó 1.400 y pico millones de reales; para el año próximo se presuponen 2.186: hay un aumento de mas de 700 millones de reales.

Este aumento, señores, en ese tiempo, es ciertamente prodigioso; un aumento, que lo digo francamente, ha sido mayor, mucho mayor de lo que yo esperaba, de lo que yo me prometia, de lo que yo anunciaba: esa es la verdad; pero hay otra verdad muy triste para ponerla al lado de aquella. Es verdad que los ingresos han aumentado 700 millones en doce años; pero es tristemente verdad que los gastos han aumentado en mas de 1.000 millones, porque los gastos del presupuesto del año de 1853 fueron, con corta diferencia, con pequeño déficit, de unos 50 millones, los mismos 1.400 millones, no llegando á 1.500; y los gastos para 1865 á 66 se presuponen en 2.747 millones. De 1.500 á 2.747 van 1.247 millones; de modo que si los ingresos en ese tiempo han aumentado (cosa prodigiosa y que yo no creia, cosa muy lisonjera tambien) 700 millones, los gastos públicos han aumentado mas de 1.200 millones; y si el Sr. Ministro de Hacienda dice, y que acierta en sus pronósticos, que seguirán tambien creciendo algo, aunque no tanto como en lo pasado los ingresos, yo digo á S. S. que seguirán tambien creciendo, y por desgracia en mayor progresion, los gastos; con lo cual no se adelanta nada,

porque yo no adelanto nada con que mi renta se duplique, por ejemplo, si mis gastos se triplican: la situacion será cada vez peor. Que el aumento de los ingresos no puede ser tan rápido como lo ha sido hasta el presente lo veo claro, y tengo para decir esto las dos razones siguientes: Primera: una parte, y muy considerable, del aumento de los ingresos ha provenido del pago puntual de los sueldos, que se viene verificando desde el año 1850, y no se verificaba antes, si bien con un descuento hasta 1857; descuento que desapareció por disposicion del Ministro de Hacienda señor Barzanallana; es decir, el pagar á los empleados públicos, á los que reciben asignaciones del Estado con uno ú otro nombre, en una ú otra forma, que son infinitos, que constituyen una importante parte de la nacion, íntegros sus haberes; aumenta los consumos, aumenta las rentas y productos eventuales, y por consiguiente aumenta los ingresos. Esta ha sido una causa extraordinaria del notable aumento que han tenido las rentas. Segunda, todavía mas principal: que en los años de 1855, 1856 y los sucesivos han venido muchos capitales extranjeros y se han promovido muchas, muchísimas obras, que todavía están en su mayor parte pendientes; y esto aumenta tambien muy considerablemente los consumos, porque se aumenta el número de jornales, el precio de los mismos, y se aumentan por lo tanto los medios de una infinidad de familias para adquirir el tabaco, la sal, el vestido, el pan y todo lo que se consume, y viene por consiguiente á pagar al Erario.

De manera, Sres. Senadores, que como estas causas no pueden ser progresivas, porque el pago íntegro de los sueldos se hizo una vez y no se puede hacer otra; y los capitales extranjeros no han de seguir viniendo con tanta abundancia como han venido hasta aquí, el aumento no puede ser tan rápido y cuantioso como lo ha sido hasta el dia. El Sr. Ministro de Hacienda debe darse por muy contento sí, á pesar de lo que ha sucedido en años pasados, en que se dice que, por término medio, han ascendido las rentas á 60 ó 70 millones de reales, obtiene en lo sucesivo la mitad de esta suma. Si pues el aumento de los ingresos no puede

ser tanto cómo ha sido hasta hoy; y el aumento de los gastos ha de ser por desgracia y necesariamente mayor que el que ha sido hasta ahora, yo no veo ese motivo para confiar en lo que se anuncia y se espera.

Me queda el último punto, relativo á los recursos con que se cuenta, esto es, la desamortizacion. S. S., que tiene datos que yo no poseo y cuya autoridad por tanto es muy respetable, mientras que yo no tengo ninguna, alegó que podian valuarse esos recursos en 2.500 ó 3.000 millones, naciendo este aumento respecto á cierto estado que yo lei, de dos causas principalmente. El estado que yo lei procede de las oficinas del Gobierno: el Gobierno lo ha suministrado; no es controvertible; pero S. S., dijo que se han exceptuado y continúan exceptuándose, con abuso notorio y fuera de los términos de la ley, muchísimos bienes con el carácter de comunales, que deben venderse y cuyo importe es de mucha consideracion. Esta es la primera causa.

La segunda es que en dicho estado y en la parte relativa á los bienes del clero, no estaban comprendidos los de aquellas diócesis, cuya relacion no se habia recibido en el mes de Febrero, fecha que lleva aquel estado.

Vuelvo á decir que nada tengo que oponer contra ese dato. Pero de esto se deduce que, segun el estado en que nos hallamos gastando todos los años 500 ó 600 millones mas de lo que tenemos, habrá para cuatro ó para cinco años en vez de tener para dos ó para tres años. Admitido tambien; pero en un estado en que se disfruta una mina que produce pingües recursos para el sostenimiento del Tesoro, y se sabe que esta se agota á los tres, cuatro ó cinco años, porque el término es para mí indiferente, ¿no es necesario adoptar medidas, procurar recursos, prever, tomar disposiciones? Este ha sido mi argumento. Llegados á ese caso, para cuando eso suceda, ¿cuál es el remedio? ¿El aumento de los recursos? He demostrado y acabo de demostrar (y el que no se convenza de esto es porque no tiene gana de convencerse,) que el aumento progresivo que puede haber no es posible que sea tan rápido y cuantioso como seria preciso, por las razones mani-

festadas; que el aumento que han de tener los gastos ha de ser mayor todavía, y por consiguiente, nos hemos de encontrar en vez de un remedio una posición peor que la presente. Menester es por tanto pensar en otro remedio. ¿Es el aumento de los tributos? ¿Es el recargo de los existentes? Los que sean racionales, los que S. S. encuentre oportunos, realizables sin vejación, sin matar la producción, la riqueza del país, porque S. S. no puede pensar en otros, los tiene votados por mí.

Esos recursos que han de aumentarse por tal medio, ¿alcanzan para todos los gastos? No hay que pensar en sobrantes. Las naciones tienen los recursos, no para atesorarlos ni guardarlos, sino para usar de ellos en todos los días, en todos los momentos. ¿No hay esos medios sino en parte? Pues en parte es menester buscar otros recursos. ¿No los hay ni en todo ni en parte? Pues en el todo es menester buscarlos. Y fuera de discursos oratorios, aunque tengan formas tan elegantes y cultas como las que usó S. S. ayer; prescindiendo de ello, tratando las cosas, digámoslo así, caseramente, la cuestión está reducida á esto. ¿Puede subsistir un estado permanentemente, es el estado normal de una nación tener presupuestos que no se hallen nivelados? S. S. no puede decir esa herejía: es necesario pues buscar la nivelación. ¿Hay otros medios que los indicados para obtenerla? Si los gastos son mayores que los ingresos, aumentemos los ingresos, disminuyamos los gastos, ó en parte hagamos lo uno y lo otro para llegar á igualarlos. Ni S. S. ni nadie en el mundo puede decir otra cosa. Adoptemos uno de estos medios. ¿Cuál? El que á S. S. le parezca mejor; no soy exclusivo: no se trata aquí de una cuestión de partido, de capricho ó de vanidad: aquí se trata del bien del país: el medio que se adopte para conseguirlo, ese tiene mi voto. Por consiguiente, los medios oratorios, todos los recursos de ese género, son completamente inútiles: hay que venir á este terreno, donde deben ventilarse las cuestiones de esta clase. Cuando se hacen políticas, como ayer, sin propósito de S. S., sin advertirlo S. S., sin quererlo, se hizo ó comenzó á hacerse, porque se habló de Gobierno, del crédito y de los medios de gober-

nar; entonces se pervierten completamente; entonces el acierto es imposible.

Concluyo rogando al Senado que me dispense lo mucho que le he molestado, impertinentemente tal vez, pero concluyo notando, porque no me es posible dejar de hacerlo, una contradicción palpable, evidente en que incurrió ayer el Sr. Ministro de Hacienda, sin advertirlo.

Como yo había pintado ayer la miseria de algunos pueblos, de pueblos subalternos, formando parangón con el gran lujo que se ha desplegado en las capitales de España, el Sr. Ministro de Hacienda dijo que no era esto exacto, que no había ese lujo exagerado, y que todavía nos faltaba mucho para vivir como los extranjeros. Me parece que hay exactitud en lo que digo. Pero S. S., que estaba pintando un cuadro y tenía en una mano la paleta con los colores y en la otra el pincel, poco más adelante, tratando de pintar otra parte del cuadro, fué á tomar el color, se equivocó, y tomó un contrario al que debía. Así, al finalizar su discurso, dijo expresamente (palabras textuales): «yo en mi clase, en mi modesta fortuna no puedo vivir, (para contradecir los medios de las economías, para probar que las economías son imposibles) yo no puedo vivir en mi clase y con mi fortuna, con menos del sueldo mayor que paga el Estado.» Pues ahora bien, señores: si en un país, en una capital hubiese una persona de modesta fortuna, como dijo S. S. que lo era, que ejerce tan noblemente y con gran reputación la profesión de abogado, de la cual yo me envanezco pues ha sido la de mi vida, que no puede vivir con menos de 6.000 duros, que este es el mayor sueldo que paga el Estado, en ese país, en esa capital, en ese pueblo ¿no hay lujo? En qué país, en qué capital del extranjero ha fijado S. S. la imaginación, en el momento en que hablaba, para probar que personas de una clase modesta de la sociedad no pueden vivir con menos de 30.000 francos que equivalen á los 6.000 duros? Me parece que en esto hay una contradicción visible, flagrante, y con hacerla notar, resumiendo todo lo que he dicho, concluyo.

TERCERA RECTIFICACION.

(*id. id.*)

Comenzando por donde ha concluido el Sr. Ministro, diré que para el reto último que S. S. acaba de hacer no hay materia, porque yo no he negado, (creo que lo habrán advertido los señores Senadores) que el capital nacional se ha duplicado, no ya aumentado, sino duplicado ó triplicado, y que la riqueza imponible ha seguido la misma proporcion, como la ha seguido el impuesto, porque cuando comenzó la época constitucional en el antiguo régimen, el presupuesto del Estado no pasaba de 500 á 600 millones, y en el día llega á dos mil ciento y pico. Véase pues si se ha triplicado y cuadruplicado el presupuesto. Por consiguiente, no hay en esto disputa: estamos enteramente convenidos.

En cuanto á lo demás, me sucede una cosa muy particular: el señor Ministro de Hacienda, refiriéndose á las cifras que le han suministrado las oficinas, halla déficit en los presupuestos de los años de 1850 al 52 inclusive, porque en aquellos años debió haber mas obligaciones ó gastos de los que hubo, ó porque no debían haber existido algunos recursos que existían. Si se hicieron pagos por 200 millones, por ejemplo, debieron hacerse por valor de 250 millones, se dice, y hay 50 millones de déficit. Se calcula además que 50 millones, que eran recursos naturales de aquel año, no debieron haber existido, y se sacan otros 50 millones de déficit: 50 de gastos que debieron hacerse, y 50 de productos que no debieron existir, total 100 millones de déficit. Aquí tiene el Senado la cuenta; y vaya la demostracion.

Importe de las pagas que dejaron de darse á los empleados públicos, ó de la rebaja que se les hizo. Es notorio y lo recuerdan todos los Sres. Senadores, que en el año 50 á los empleados activos se les dieron once pagas, y á los pasivos diez, y que las diez y las once pagas respectivamente eran las que figuraban en el presupuesto. Estas fueron las obligaciones que el Gobierno y

las Cortes aceptaron y aprobaron, y estas las obligaciones del presupuesto. Pues no señor, dice el Sr. Alonso Martínez, ó le han dicho las oficinas y S. S. acepta: «si no se hubiesen rebajado estas pagas, el importe de ellas habria tenido que pagarse; luego es un déficit.» Pues esto es lo mismo, lo mismo que lo siguiente: Hay una persona que un día no come, porque no tiene que comer: viene uno que le ajusta las cuentas al día siguiente, y dice 20 rs. por lo que ayer debió V. comer y no comió; y le cobra y le saca los 20 reales. Pues es igual, completamente igual á este déficit.

Tantos millones de obligaciones de bienes del clero, de los bienes que se habian vendido en época anterior que como se habian vendido á plazos, vencian anualmente algunas obligaciones. Las que vencian en el año 50, no obligaciones descontadas de años sucesivos que se hubiesen aplicado en aquel, sino las que vencian en 1850, se pusieron en el presupuesto del 50. Pues esto no se debe poner allí, ó no se debió contar con eso, porque no era un producto ordinario de todos los años. Por consiguiente, déficit. Si este es déficit, entonces lo hubo; pero es necesario (me parece que las oficinas han obrado con poco acierto) casi carecer de sentido comun para llamar á esto déficit. No me refiero á S. S. sino á las oficinas que han facilitado los datos en que S. S. se funda. Está mas claro que la luz (1).

(1) Sobre este punto hizo en el mismo día el Sr. Senador SANCHEZ OCAÑA, quien habia pedido la palabra al tratar del asunto el Sr. Ministro de Hacienda, la importante manifestación que sigue:

El Sr. SANCHEZ OCAÑA: Mi objeto al pedir la palabra ha sido para contestar á una alusion personal. El Sr. Bravo Murillo en su discurso manifestó que en los presupuestos de 1850 á 52 inclusive, aun cuando aparecen déficits por las cuentas generales del Estado, hecho el análisis de esos presupuestos, resultaba que comparados los gastos propios y naturales de esos tres años con los ingresos propios y naturales tambien de los mismos, lejos de déficit alguno, resultaba por el contrario sobrante. Y en comprobación de esta asercion suya me citó á mí como autor de una obra que publiqué el año de 1855 sobre la Hacienda y Tesoro público de España, en donde están analizados los presupuestos de los mismos tres años.

Despues el Sr. Ministro de Hacienda, para tratar de con-

Pero procedamos lógicamente, Sr. Ministro. ¿Cuánto va á durar la desamortizacion? Es un hecho, que S. S. no puede con- tradecir, que á los 600 millones que hay de menos en ingresos propios y naturales del año, á eso se ocurre con la desamortiza- cion. ¿Es un hecho cierto, ó no lo es? Pues ahora bien: ¿ha de seguir esto en los años sucesivos, ó no? Si S. S. me dice y me demuestra que el año que viene ó dentro de dos años no sucederá por tal ó cual razon, no ha de haber desnivel en los presupues- tos, han de igualar los recursos á las obligaciones, y yo me convenzo, no hablaré mas de ello; pero no hay razon ninguna, ó al menos yo no la alcanzo, ni S. S. la ha aducido, para creer que no suceda lo mismo el año que viene, y el otro, y el otro, y el otro. ¿Cuántos años vá á durar la desamortizacion? Fíjelos S. S. en los que quiera. ¿Cuatro, cinco, seis? Los que S. S. quiera; pero término ha de tener necesariamente. Pues se acaba de aquí á cuatro años. Convengamos en los que quiera S. S., en los que diga S. S. Para cuando llegue ese plazo, para cuando haya terminado la desamortizacion, los recursos del Estado ¿habrán crecido naturalmente en la cuantía de los 500 á 600 mil- llones que hoy tomamos de la desamortizacion? Si S. S. dice que sí, yo le digo á S. S. francamente (esa es mi conciencia) que no lo creo: yo dudo, ó mejor dicho, no creo que S. S. diga y sos-

tradecir la aseveracion del Sr. Bravo Murillo, ha presentado números y demostraciones para probar que el déficit de di- chos tres años de 1850 á 1852 era mucho mayor que el que resultaba por la liquidacion de las cuentas, mediante que dejaron de pagarse algunas obligaciones que eran propias de aquellos presupuestos; y como de esta manifestacion del se- ñor Ministro podria deducirse que los datos de mi publica- cion en 1855 no eran exactos, entonces fué cuando pedí la palabra para manifestar al Senado y á dicho Sr. Ministro que todas las cifras que ha leído al Senado están comprendidas en mi obra: que todas ellas están allí analizadas: que mi pu- blicacion está toda ella fundada en las cuentas generales del Estado, resultando con efecto ser cierto que los gastos pro- pios y naturales de los años de 1850 á 1852 en que el señor Bravo Murillo desempeñó el Ministerio de Hacienda, fueron inferiores á los ingresos propios y naturales tambien de los mismos años, ó lo que es lo mismo, que hubo sobrante, y re-

tenga aquí, á la faz de España y de Europa, que dentro de cuatro, cinco, seis años ese déficit de 600 millones habrá desaparecido por el aumento natural de los ingresos. Que lo asiente S. S. si cree que este es un dato fijo, y mucho tendremos adelantado.

Esto no va á suceder. Al contrario, aunque los ingresos aumenten, como he dicho, los gastos han de aumentar mas. Con que dentro de cuatro años nos encontraremos que nos van á faltar 500 á 600 millones para el presupuesto, para vivir como se dice que es preciso que vivamos, sin ser posible hacer economías. Concedido: todo lo que S. S. quiera. Pero ¿qué hacemos para ese tiempo? ¿Qué prepara el Gobierno de S. M.? ¿Se puede llamar Gobierno siquiera al que no prevee esta situacion que ha de llegar dentro de cuatro años, y no arbitra los medios con los cuales se ha de hacer frente á esa situacion? ¿Es esto abrir llagas á la patria? ¿Es esto ir contra su bien? ¿Se cuenta con medios? Dígaseme cuales. ¿Es aumento de ingresos? Yo lo voto. ¿Es disminucion de gastos? Yo lo voto. ¿Es lo uno y lo otro? Yo tambien lo voto. Pero veamos y sepamos algo: á esto está reducida la cuestion: en estos términos la planteo para que se discorra sobre ella.

sultando tambien que los pagos verificados por cuenta de obligaciones atrasadas, que no eran propios y naturales de aquellos años, importaron mas que los déficits que las cuentas del Estado arrojan, comprendiendo en su liquidacion unos y otros gastos.

Insisto pues en asegurar que la asercion del Sr. Bravo Murillo es cierta, á pesar de lo que en contrario ha manifestado el Sr. Ministro de Hacienda: que los números que éste ha leído al Senado, los he comprendido y analizado en mi citada publicacion, así como analicé todo lo que entonces se pagó por obligaciones atrasadas: que sostengo la verdad de los datos y demostraciones de mi publicacion, y no estoy ahora en el caso de justificarla y probarla, por dos razones: primera, porque no tengo aquí la obra en que se dice eso; y segunda, porque seria distraer al Senado demasiado y entorpecer el trabajo que le ocupa, que es la discusion de los presupuestos.

CUARTA RECTIFICACION.

(*id. id.*)

Tranquilizando al Sr. Ministro de Hacienda, diré que yo no he exigido (si acaso de mis palabras se ha desprendido eso, ó he dado motivo para que eso se entienda, lo rectifico), no he exigido, repito, ni podia exigir á S. S. que viniése hoy á manifestar los recursos con que habia de contar para lo sucesivo. Me habia parecido que S. S. se encastillaba en decir que las economías eran imposibles, y no indicaba que seria necesario pensar en otra cosa; pero una vez que S. S. reconoce la necesidad de pensar en eso, aunque todavía le diré que creo que no estima tan urgente como yo este asunto, una vez que S. S. piensa en eso, nada mas tengo que decir.

He indicado que creo urgente esto, porque, cuando se trata del establecimiento de nuevos impuestos, es necesario tomarse mucho tiempo para la preparacion, disposicion y distribucion de esos impuestos; es necesario atar muchos cabos, lo mismo que para las economías si se han de hacer bien. Es necesario hacer todo eso con mucha anticipacion, tanto mas, cuanto que pueden, por ejemplo, buscarse 200 millones que falten para el presupuesto del año que viene, contando con el medio A, y despues no producir este el resultado que se esperaba y ser necesario acudir al medio B. Todo esto sé perfectamente que el Sr. Ministro de Hacienda lo tomará en cuenta y no digo mas.

Tengo que rectificar otro punto muy esencial, que, por olvido, no rectifiqué la vez anterior. Dijo S. S. que si yo hubiera continuado en el Ministerio de Hacienda, los gastos públicos, poco mas ó menos, serian los mismos que hoy, porque el aumento que ha habido en ellos, procede de la consolidacion de la deuda diferida, de los ferro-carriles, carreteras, etc., todo lo cual representa esa cantidad. Para contestar á esto, señores, no es necesario mas que una sola palabra: todo eso que S. S. ha mencio-

nado específica y detalladamente de deuda diferida, ferro-carriles y carreteras, ¿no está comprendido en la deuda pública? La deuda pública ¿no asciende en la actualidad, con todos esos aumentos, á cuatrocientos y tantos millones de reales? ¿No ascendia en aquella época á ciento y pico de millones? Por consiguiente, el aumento natural que ha habido, procedente de todas esas causas, habrá sido de trescientos ó doscientos y tantos millones de reales. Pues entre 300 millones y 1.100 que han crecido los gastos, vea S. S. la diferencia. Vea S. S., por consiguiente, cómo no se puede decir que, si yo hubiera continuado en el Ministerio, serian hoy, poco mas ó menos, los mismos gastos.

QUINTA RECTIFICACION.

(1.º de Julio.)

Señores: ya conocerá el Senado que las poquísimas palabras que voy á dirigirle no pueden tener el espíritu de oposicion y que yo no venia preparado para esta cuestion. Ha surgido un incidente que es, ó al menos á mi me lo parece, de mucha gravedad, y que puede conducir á sentar una doctrina constitucional: sin que en esto haya censura de nadie, sin censurar á nadie, y menos al señor Ministro de Hacienda, porque si de censurar se tratara, ciertamente no seria á S. S. que ha desempeñado el Ministerio de Fomento sin excederse de los créditos en la época que lo ocupó. Aquí se trata de un hecho ó de un derecho. Hecho, si se han excedido ó no los créditos concedidos por las Cortes para el Ministerio de Fomento. El Sr. Sanchez Ocaña, individuo de la comision que ha defendido su voto particular, ha dicho, apoyado en estados que ha facilitado el Gobierno y que ha dado á los señores taquígrafos para que se inserten como *Apéndice al Diario de sesiones*, que habiéndose concedido al Ministerio de Fomento créditos por tres diversas leyes hasta la cuantía 1.371 millones, se ha comprometido por el Ministerio la cantidad de 1.845 millones.

Hay pues un exceso en los compromisos que ha contraído el Ministerio de Fomento de 474 millones respecto de la cantidad para que ha sido autorizado. Este es el hecho. Acerca de este hecho ha habido contradicción por parte del Sr. Ministro de Hacienda; ha dicho S. S. que sentía no haber traído un estado que tenía sobre su cartera, del cual resulta lo contrario de lo que se acaba de manifestar. Como el Senado conocerá, yo nada puedo decir acerca del hecho; no sé lo que hay de exacto; si son exactos los datos en que ha fundado su voto particular el Sr. Sanchez Ocaña ó si es exacto lo que acaba de manifestar el Sr. Ministro de Hacienda, siendo la cosa ignorada y de suma trascendencia, se puede averiguar dentro de poco tiempo: así pues, yo ruego al Gobierno de S. M., y especialmente al Sr. Ministro de Hacienda, que puesto que S. S. se refiere á un documento que tenía en su despacho, que el primer día de sesión se comunique al Senado por el Ministerio que corresponda, y que el hecho se purifique; estará la equivocación sin intención ni responsabilidad de nadie (todos podemos equivocarnos), estará la equivocación, repito, de parte de uno ó de otro; se sabrá la verdad; y el hecho se depurará (1).

En cuanto al principio ó derecho, que es cosa todavía para mí mas importante que el hecho, el Sr. Ministro de Hacienda ha manifestado que el Gobierno, que los Ministros de la Corona no están imposibilitados de contratar servicios públicos, de realizar contratos por mayor cantidad de aquella á que ascienda el crédito que se les ha concedido. ¿No es esto lo que S. S. ha dicho? En este punto la opinión de S. S. es diametralmente contraria á la mía.

Me fundo primeramente en la ley de contabilidad que determina lo que S. S. está leyendo: y en segundo lugar, sin necesidad de esa ley, creo que esto se halla establecido en las leyes

(1) En los días que siguieron hasta que terminó la legislación no comunicó el Gobierno documento alguno sobre el asunto.

fundamentales del sistema constitucional, en la misma Constitución del Estado. Esto es tan claro para mí como que el todo es mayor que su parte. Se ha pedido por el Gobierno de S. M. un crédito de 2.000 millones para invertirlos en ocho años: este es un hecho inconcuso; ahí está la ley. Poco tiempo después se pidió otro crédito porque aquel no alcanzaba para ciertos servicios; se había ya consumido ó iba á consumirse; hecho indudable también. En fin, se ha pedido por el Gobierno de S. M. y se le ha concedido por leyes hasta la cantidad de 2.818 millones de reales. Pues claro está: es una cosa indudable; palmaria, evidente que el Gobierno de S. M. no puede contratar servicios por mayor cantidad de esos créditos, porque si pudiera, entonces ha podido contratarlos sin necesidad de las leyes. Si el Gobierno por ser Gobierno, si el Ministro por su autoridad, porque le incumbe la gobernación del Estado puede contratar servicios públicos, contraer obligaciones y decir á un contratista: esta carretera me la hará V. por 20.000 duros que yo le pagaré dentro de uno, dos ó cuatro años: si puede hacer esto, además de lo que la ley le ha concedido, puede hacerlo sin ley. Porque ¿en qué ley se funda? ¿Lo puede hacer sin ley? Pues si lo puede hacer sin ley, allá va la alternativa, y espero que el Sr. Ministro de Hacienda busque la salida en medio de sus agudezas, que tiene muchas y grandes. ¿Queda el Estado obligado, ó no? ¿Queda obligado? Luego se ha contraído esa deuda, hay que pagarla, y se ha dispuesto de una cantidad sin el concurso de las Cortes: luego el Ministro de la Corona es árbitro del bolsillo del Estado en esa parte. ¿No queda obligado el Estado? Pues no hay obligación de construir la carretera; el Estado tiene necesidad de hacer aquello que ha contratado: entonces el Gobierno nada ha hecho. ¿Cuál es el medio de la alternativa? El Senado conoce que uno y otro extremo son absurdos: la salida es lo que yo deseo.

Ha dicho el Sr. Ministro de Hacienda que no se puede admitir esta doctrina, porque de admitirse no se construiría ningún camino de hierro; y no se puede concebir que para la construcción de un camino de hierro, que dura muchos años, un Ministro de la

Corona no tenga facultad de contratar servicios que importen mas que el crédito autorizado por las Córtes. La contestacion es muy sencilla: no se puede contratar la construccion de un camino de hierro sino en virtud de la ley general y de una ley especial; y tanto en una como en otra se autoriza al Gobierno para que haga contratas y contraiga obligaciones, por cien años si es necesario, si ha de durar ese tiempo la construccion del camino de hierro. Esto me parece evidente: puede ser que esté equivocado.

He dicho antes que el Sr. Ministro de Hacienda tiene grande ingenio, del que usa muy frecuentemente, y que con mucha facilidad emplea grandes agudezas de ingenio, que yo le reconozco, admiro y envidio, para tratar de estos asuntos. No es extraño que se aplique, no siendo tal vez la aplicacion muy recta, el modo de usar el ingenio á estos asuntos, porque S. S. ha pasado al Ministerio de Hacienda del bufete del abogado, como pasé yo; y es posible que los hábitos de abogar que S. S. ha contraído influyan en ello: y cuando yo digo esto, no censuro ningun defecto de S. S., porque claro es que entonces lo censuraría en mí. Vémos, como dice el proverbio, la mota en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro: tal vez tenga yo, y mas graduado, el mismo defecto que S. S.; pero á mí no me toca verlo en mis ojos, sino en los de otros; y digo esto á propósito de un argumento que hizo S. S. antes de ayer, me parece. Tratando S. S. de desenvolverse de la multitud de argumentos con que se le habia asediado, hablando de las economías y dirigiéndose á mí que fui el autor de este pensamiento, dijo: el Sr. Bravo Murillo sostiene aquí una teoría que es inadmisibile; dice que no le toca proponer: se excusa de hacerlo cuando yo le he excitado á que proponga los puntos en que se han de hacer las economías: dice que esa no es su obligacion, que no se han de confundir los oficios, que eso no es del Senador, sino es del Ministro. Y S. S. adujo el ejemplo de lo ocurrido en las Córtes constituyentes para la supresion de consumos, tratando de demostrar que cuando un Diputado ó Senador propone la abolicion de un impuesto tiene que proponer al mismo

tiempo e reemplazo de ese impuesto, si es necesario para la gobernacion del Estado.

S. S. no alcanzó la escuela escolástica antigua, en la cual, cuando se usaba de cierto género de argumentacion, llamada si-logismo, una de las satisfacciones que podia darse á las proposiciones era la de dejarlas pasar: *pase, transeat*. Yo digo al señor Ministro de Hacienda, aunque pudiera sostener que ese no es el deber del Senador ni del Diputado, *transeat*: lo reconozco, lo concedo, lo confieso, Pero, ¿es lo mismo pedir la supresion ó modificación de un impuesto, de una renta, de un ingreso, que pedir la supresion de un gasto? ¿Cómo ha de ser lo mismo? La supresion de una renta exige que se reemplace aquel ingreso con otra cosa, aunque yo creo que no es un deber en el Diputado ó en el Senador que indique el medio de suplir el vacío que deja la supresion de una renta; pero puede decir el Ministro á quien proponga la supresion de esa renta: no hallo con que reemplazarla; si V. no me dice con qué puedo sustituirla, no puede suprimirla. Concedo todo esto. Pero cuando se pide, no la supresion de un impuesto, porque ya he dicho á S. S. que le voto todos los aumentos en los impuestos y los impuestos mismos que S. S. traiga al Parlamento; cuando yo, aunque he manifestado, coincidiendo con el Sr. Pastor, que tenia por bastante recargada la contribucion de consumos en general, no he dicho que lo estén las demás: cuando yo digo ahora: soy propietario, pago la contribucion directa, no me considero descargado en ella; pero creo que la contribucion directa en general, puesto que hay algunos que pagan mas y otros menos de lo que deben, es susceptible de algun aumento; cuando digo que hay otros tributos en general que pueden anmentarse; pero digo al mismo tiempo: en general, los gastos se deben reducir, ¿es deber mio decir aquí en qué se ha de hacer la reduccion? ¿Es deber mio examinar el presupuesto, capítulo por capítulo, artículo por artículo, para decir: aquí se pueden suprimir 2 millones, allí 1 $\frac{1}{2}$? ¿Lo podria yo decir, aunque quisiera? Pues qué, el Diputado, el Senador, el particular, ¿pueden conocer la importancia y trascendencia de eso? ¿Están en situa-

cion de apreciar el valor de los servicios públicos que se van á lastimar con la supresion de tal ó cual partida? Eso ya se conoce que es imposible. Pues aquí estuvo la agudeza de ingenio del señor Ministro de Hacienda, en hacer una especie de juego de manos muy hábil y sagazmente, en *deducir* de un principio, no muy detenidamente examinado, que corre como cierto, á saber, que cuando se propone la abolicion ó disminucion de un ingreso, hay que proponer su reemplazo, deducir por consecuencia que cuando se pide la disminucion de un gasto es menester tambien proponer en qué se ha de hacer esa disminucion; cosa que S. S. ve y conoce muy bien que es tan diferente de la otra como el cielo de la tierra. Además hay la circunstancia de que yo he propuesto la reduccion de los gastos en general, sobre cuyo punto dijo tambien S. S. hasta por dos veces, y yo creí que S. S. le dió cierta importancia, «el Sr. Bravo Murillo no querrá la reduccion del ejército.»

Despues de haberlo reflexionado me ha parecido que S. S. manifestó eso creyendo que yo habia de rehuir la impopularidad que pudiera resultarme de pedir la reduccion del ejército. Pues, señores, yo estoy muy acostumbrado á arrostrar todas las impopularidades: no tengo miedo á ninguna impopularidad: todas las consecuencias que puedan resultar de esa impopularidad me son hasta gratas. Por consiguiente, no tengo ningun inconveniente en aceptarlas; y ya que el Sr. Ministro de Hacienda ha pedido que indique los puntos en que pueden hacerse economías, diré que prescindiendo de las que pueden llevarse á cabo al examinar, partida por partida el presupuesto, las grandes reducciones que, á mi juicio, pueden hacerse, están en las clases pasivas, en la marina y en el ejército. ¿Lo quiere S. S. mas claro? Pues si yo soy aborrecido por decir esto, si soy impopular, séalo en buen hora. Yo creo (oígalo el Senado para que lo piense; no es cuestion para tratar en este día, sino para lo sucesivo), yo creo, repito, y he formado mi conviccion al cabo de muchos años, que mientras la cantidad que se aplica para las clases pasivas no salga fuera del presupuesto del Estado, no estará este bien arreglado, ni cami-

naremos bien lo que disfruten los jubilados, las viudas, los huérfanos, etc., debe ser un montepío, como el que hubo antiguamente, cuidando de que no dejere, como aquel degeneró; y esto es obra de una ley. Pero mientras no se saque esa gran partida, que hoy asciende, segun creo, á 160 millones, mañana ascenderá á 200, y así irá subiendo progresivamente el presupuesto, no se podrá marchar con él.

Segunda economía, la marina: tambien soy en esto lo mas impopular del mundo, porque el fomento de la marina, los beneficios que pueden resultar de que tengamos una gran marina, los recuerdos de la marina que tuvimos en otros tiempos, todo eso de algunos años á esta parte ha estado muy en boga; se ha puesto en moda, y sin embargo yo creo que de la marina que hay en España sobra mas de la mitad.

Creo eso y soy impopular: voy en esto contra la moda, voy á ser censurado; pero lo creo así, y lo digo. Respecto del ejército, creo tambien que puede sufrir una gran reduccion, una gran reforma; en justicia y sin lastimar los intereses legítimos: me parece cosa muy facil de hacer, y lo sabe mejor que yo, que no soy competente, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros; yo creo que á los soldados se les hace un beneficio con que vayan á sus casas con licencia, bien sea á la reserva, bien sea absolutamente: en cuanto á los oficiales, cierto es que no se pueden reducir, cierto es que no puede decirseles: deje V. de serlo y de cobrar; pero se podrian disminuir lentamente y S. S. tendria medios de reducir los sueldos algun tanto.

Una grande economía se ha propuesto en cierta publicacion de D. Pedro Salaverria, (pueden verlo los Sres. Senadores) para cuando las circunstancias de Europa permitan reducir la fuerza del ejército á 20.000 hombres: reduccion con la cual podria hacerse una economia de 80 á 100 millones de reales anuales. (El señor Presidente del Consejo de Ministros: Pido la palabra.) Eso ha dicho, y yo voy á decir, aunque mal, algo de lo que mucho mejor va á manifestar S. S.

La reduccion de 20.000 hombres en el ejército supone de 20

a 30 millones de reales, porque la reduccion no puede ser mucho mayor que el importe de lo que costaba el mantenimiento del soldado. En cuanto al sueldo del oficial, podria haber alguna reduccion, no mucha, porque el estado general del ejército, dejando a un lado el coste del soldado, seria el mismo; habria los numerosos generales, tenientes generales, mariscales, brigadieres y coroneles que habia anteriormente, y claro es que la reduccion no podria ser grande. En este sentido lo he dicho.

No crea S. S. que iba a decir otra cosa: no he hecho mas que arrostrar la impopularidad, manifestando en qué podrian consistir las economias, pero no he querido menar de ningún modo las atribuciones de S. S., que es el único juez competente cuando llegue el caso, y que podrá obrar oportunamente con los conocimientos y datos que S. S. conoce.

SEXTA RECTIFICACIÓN.

(S. del Indio)

Desde luego anuncio al Senado, y con especialidad al Sr. Presidente, que tendré que decir algunas cosas que no son estrictamente rectificaciones, y que si esto fuere motivo bastante para que no deba usar de la palabra en este momento, me reservaré pedirla en contra del primer artículo de los que contiene el proyecto de ley, en el cual se fijan los gastos del Estado, porque cuando de él se trate se podrá hablar de todo.

Tengo que hacer algunas rectificaciones al Sr. Ministro de Hacienda y al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, sintiendo que no se hallen en su banco el primero por una desgracia de familia, que lamento y que no solamente disculpa su ausencia, sino que la hace precisa; y el segundo porque algunas ocupaciones del servicio público le habrán impedido sin duda concurrir a este sitio. Así pues, sin hacer a ninguno de los dos cargo alguno por ello, digo que me alegraría que estuviesen presentes.

La rectificación que tengo que hacer al Sr. Ministro de Ha-

cienda es relativa al punto de que tan extensamente se ha ocupado el Sr. Sánchez Ocaña. Aunque S. S. ha demostrado de mil maneras, primero leyendo los artículos de la ley de contabilidad, lo cual bastaba, y segundo haciendo reflexiones oportunísimas y convincentes hasta lo sumo, que habiéndose excedido los créditos, aunque no se hayan excedido los pagos, se está fuera de la ley y es preciso venir á las Cortes para legitimar esto; aunque S. S. repito, lo ha demostrado hasta la evidencia, como el Sr. Ministro de Hacienda aludió á funcionarios dignísimos que habían comenzado su carrera en la Hacienda pública y la concluyen en la Hacienda pública también, que han encaucado en el servicio del Estado, como se valió también de algunas comparaciones, me ha sido y me es indispensable hacer aclaraciones respecto de este punto. En cuanto á esos dignísimos compañeros con cuya autoridad dijo S. S. que contaba, diré que ignoro cuál sea su opinión; aunque su opinión, que yo respeto, fuere contraria, la mía, y yo sostengo la que he formado á pesar de la autoridad de esos respetabilísimos funcionarios.

Ignoro quiénes sean esos señores, el número de los altos funcionarios de Hacienda se ha aumentado desde el otro día hasta hoy, pues no concurrieron á las sesiones anteriores tantos como han concurrido á ésta, pareciendo en cierto modo como que quieren robustecer con su presencia la autoridad de aquellos á quienes se refería el Sr. Ministro de Hacienda. Me parece que estos dignísimos funcionarios lo eran en el tiempo en que tuve la fortuna ó la desgracia de dirigir la Hacienda pública, y yo apelo á su testimonio para que digan si dejé de tratarles con toda deferencia, si les faltó en algo y si no respeté su autoridad siempre. Pero á pesar de su opinión y de las muchas deferencias que les he tenido y tengo, yo les digo que siento mucho tener que hacer hoy una excepción de la regla separándome de su parecer; pero siempre he mirado, siempre he atendido más á lo que me dicta mi razón que á la autoridad de los demás. Siglo
Para acabar de demostrar al Senado lo que he sostenido y lo que ha defendido el Sr. Sánchez Ocaña, como cada uno ve está

clase de cuestiones bajo un aspecto distinto, vuelvo á decir que las razones aducidas por el Sr. Sanchez Ocaña, son, en mi concepto mas que sobradas, yo voy á ocuparme de la cuestion bajo otro aspecto. ¿De qué tratamos aquí? De créditos abiertos por la ley de 2.000 millones y las posteriores. Lo mismo son los créditos que concedió aquella ley que los otorgados por otra cualquiera; yo hablo del caso concreto de aquella ley. Pues bien: yo no veo diferencia alguna (tal vez la habrá, y otros más perspicaces que yo la advertirán) entre el crédito concedido al Ministerio de Fomento para carreteras, ferro-cáriles y demás obras públicas, y los concedidos al Ministerio de Marina para construcción de buques, al Ministerio de la Guerra para fusiles, cañones, cuarteles, etc., y al Ministerio de Gracia y Justicia para templos: en una palabra, no veo la mas pequeña diferencia entre los créditos concedidos al Ministerio de Fomento, que es de lo que tratamos actualmente, y los créditos otorgados á los demás Ministerios. Ninguna absolutamente hay; al menos yo no la encuentro.

Ahora bien: ¿habrá ningún Sr. Senador, ¿qué digo Senador! habrá ningún español, habrá una persona de sentido común que diga que en virtud de la ley que concedió 2.000 millones para todas esas cosas, de cuya cantidad se dieron 100 millones al Ministro de la Guerra, por ejemplo, para cañones, fusiles, cuarteles, etc.; al de Marina 200 para construcción de buques; al de Gobernación 50 para presidios y cárceles; al de Gracia y Justicia 20 para reparación de templos; habrá alguno, digo, que sostenga, que el Ministro á quien se concedieron 100 millones tenía por este hecho abierta la puerta para contraer obligaciones por valor de 500? ¿Puede haber alguno que sostenga, como se ha sostenido aquí, que el Ministro de Fomento, á quien se concedieron créditos por valor de 1.371 millones, pues á esa cantidad llegan los concedidos por las tres leyes que hay sobre la materia podía contraer obligaciones por valor de 1.800 millones? El que diga esto tiene que decir tambien que el Ministro de Marina, á quien se concedieron 200 millones por ejemplo, para

construccion de buques, podria comprometerse por 600 millones; que el Ministro de la Guerra, á quien se concedieron 100 para fusiles, cañones, y cuarteles, podia haber gastado 500 en estas cosas, y asi de los demás Ministerios.

—25 Esto me parece evidente: no sé cómo pensarán esos funcionarios encanecidos en el servicio de la Hacienda.

—26 Repito: mi pregunta es: ¿hay algun Senador, algun español, alguna persona de sentido comun, que diga, que sostenga, que el Ministro de la Guerra, ó el de Gracia y Justicia, ó el de Gobernacion, ó el de Marina, han podido contratar, excediéndose de los créditos concedidos, de una manera válida, haciendo, que el Estado quede obligado, que haya que cumplir esos contratos, y que tengamos necesariamente que votar aqui 4.000 millones para atender al pago de esas obligaciones? Pues, ó esta es la consecuencia, ó quemó todos los libros en que he estudiado.

La cuestion me parece que no se puede llevar á mayor claridad: estoy en un terreno muy firme; pero me queda todavia que desvanecer una sombra que viene á formarse en la clara y penetrante vista del señor Ministro de Hacienda.

—27 Decia Sr. S.: ¿cómo es esto? ¿cómo se sostiene aqui una doctrina semejante? ¿Pues no se hace esto todos los años, en las contratas de tabacos y de arrastres de sales ó de otros efectos estancados? ¿No son válidas esas contratas, aunque están hechas sin una especial autorizacion de las Cortes? Pues del mismo modo que se contrata el suministro del tabaco ó el arrastre de algun efecto estancado, se puede contratar la construccion de una carretera.

—28 Esto lo dijo el Sr. Ministro de Hacienda, y sin duda lo creyó convincente: así aparece á primera vista, cuando no se reflexiona; pero luego se conoce, Sres. Senadores, que es una apariiencia que deslumbra y que no hay en ello exactitud alguna.

Vamos á la demostracion. La demostracion se reduce, como todas las verdades, pueden reducirse, en último término, á una fórmula. Las contratas sobre tabacos, sobre arrastres de sales ó de otro efecto estancado, tienen una autorizacion de las Cortes,

tácita, sí, pero tan válida, tan robusta, tan eficaz como si fuera expresa.

La razón de esto es muy sencilla. Se presenta, Srés. Senadores, el presupuesto de un año, en el cual vence la contrata pendiente sobre el tabaco ó sobre el arrastre de cualquier efecto estancado: esto lo saben las Cortes, porque consta de documentos oficiales que los Cuerpos colegisladores tienen á la vista, y con conocimiento de los cuales se discute y se vota el presupuesto, y no se concede una autorización especial al Ministro de Hacienda para la contrata de ese servicio, porque es una cosa convenida, porque dicta el sentido común y la razón natural que tiene que verificarse la contrata, y sería vicioso el conceder al Ministro tantas autorizaciones especiales como servicios tuviera que contratar. Lo que se hace es votar el presupuesto, atendiendo ó suponiendo que aquel servicio es una renta del Estado y que el Ministro de Hacienda cuidará de renovar su contrata cuando sea necesario.

De esta manera, aprobado y votado así el presupuesto, claro es que si en aquel ejercicio concluye, por ejemplo, la contrata del tabaco, el Ministro de Hacienda se halla autorizado legislativamente para su renovación, y las Cortes callan, porque consideran como dada esa autorización.

Ahora bien: puede decirse de buena fe que esta autorización, aunque tácita, es menos valédera y eficaz que si se hubiera concedido expresamente? Vea pues el Sr. Ministro de Hacienda cómo no es pertinente el ejemplo que adujo, y cómo en uno y otro caso hay una diferencia esencialísima, y cómo no tiene autorización el señor Ministro para la celebracion de una contrata especial sobre servicios extraordinarios, como la tiene para esos otros que se reputan ordinarios; no habiendo por supuesto abuso que sea notorio, en cuyo caso hay delito, y al Ministro que lo cometa se le exige la debida responsabilidad, y se le impone la pena de que se haya hecho merecedor.

Por lo demás, si están facultados los Ministros, el uno para hacer carreteras sin fin hasta el día del juicio, el otro para construir buques, este para construir cárceles, aquel para construir

templos; etc., etc. entonces, ¿para qué son los presupuestos del Estado? ¿qué significan los presupuestos? En ese caso las palabras presupuestos y gobierno representativo son las palabras vanas. Voy ahora a rectificar al Sr. Ministro de la Guerra.

Como se había hablado de economías, indiqué antes de ayer, rectificando al Sr. Ministro de Hacienda, los capítulos en los cuales creía yo que podrían hacerse economías (no obstante que creo podrían hacerse en todos; y que en el estado en que nos encontramos no es despreciable ninguna por pequeña que sea), y señalé especialmente los que recordará el Senado, á saber clases pasivas; Marina y Guerra.

Dije respecto de clases pasivas que (por supuesto no para ahora, sino para en lo sucesivo) deben pensar los Gobiernos en que no salgan íntegramente del presupuesto del Estado; que mientras no tengamos un montepío u otra institución con este ó el otro nombre, pero cuyo fin sea que del sueldo de los nuevos empleados se saque lo que ingrese en dicho montepío, para que después salga de este fondo lo que deben percibir los huérfanos y las viudas; que mientras no se llegue á este punto no tendremos un presupuesto bien arreglado. Este es mi modo de ver: será una extravagancia, una cosa ridícula; pero yo digo lo que siento, sin que me arredre el temor de que se tenga por una extravagancia.

Respecto al presupuesto de Marina, dije que sobran de él las tres cuartas partes. Esto ya se conocerá que no puedo medirlo, como no puedo medir tampoco la economía de 500 millones en el presupuesto general del Estado de lo que me hice cargo en las sesiones anteriores. Yo hablé refiriéndome á las economías posibles.

Relativamente al de Guerra manifesté que también creía que podía hacerse en él una grande economía. Con relación á este punto el Sr. Presidente del Consejo de Ministros contestó diciendo cosas que yo no puedo contradecir, que no ha contradicho nadie, á saber: que en el día, y especialmente después del descubrimiento del vapor, lo que sabe el Senado que fué á principios de este siglo, la defensa principal está en las costas, porque los puertos pueden ser atacados ó invadidos; que por consiguiente es me-

hóster acudir á su defensa; que en el estado de Europa, que es el de una paz armada, y por el descubrimiento del vapor se hacen vulnerables todos los puntos de la Península, que ya no tiene como antes la defensa en la frontera, y que por estos motivos y otros no era posible hacer economías.

Yo contestaré á S. S. sin embargo de que no está presente, (podrá leer mis palabras en el *Diario de las sesiones*, y además se las comunicarán sus compañeros de Gabinete) que lo que S. S. dijo todo, es verdad; que se necesita la defensa del territorio y la fuerza armada para ese fin; pero que S. S. debe encontrar medios para conciliar las economías con la defensa del territorio, del Estado y de la independencia nacional. Yo no puedo herir á ninguno de esos objetos; no puedo reclamar nada en perjuicio de esos objetos sagrados, absolutamente nada. Será tal vez otra extravagancia mía el creer que sin perjudicar esos objetos, tan caros para todos los españoles, tan sagrados, vuelvo á decir, se puede hacer una grande economía en el presupuesto de la Guerra. Lo creo así; no estoy llamado á decir el modo de hacerlo; no lo entiendo; no soy militar; pero creo que lo hay.

Debo decir ahora al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, al Sr. Ministro de Hacienda y á todos los demás Sres. Ministros que han tomado parte en la discusión que nos ocupa, que la defensa que han hecho, reducida á decir que no se pueden hacer economías, á mi parecer, señores, es una especie de sacrilegio, una especie de blasfemia: y voy á explicarme.

¿Qué se hace en una casa de familia en la cual los ingresos llegan á cuatro, por ejemplo, y los gastos ascienden á seis? El jefe de esa casa dice que no siendo posible hacer economías, deben seguir los gastos de seis? No, nadie dice esto, porque es contra lo que dicta el sentido común. Ordinaria, perpétua y constantemente no se puede gastar mas de lo que se tiene; y al decir esto, no hablo de situaciones excepcionales. En una casa de familia, como en un Estado, puede haber ocasion en que haya necesidad de un gasto excepcional, en que se deba contraer un empréstito, una deuda; y en tal caso, si hay medios de satisfaccion

en lo sucesivo, se hace perfectamente, porque en una casa, como en un Estado, es posible que en un día dado no haya recursos, pero que los tengan mas adelante, pudiendo esto ser cierto ó probable: si lo primero, se obra con seguridad; si lo segundo, se corre la eventualidad de que se adquieran ó no recursos; si no se adquieren, el acreedor se quedará sin cobrar; y si se adquieren, se le pagará. Pero habitual y constantemente, ser un sistema de Gobierno, decir: «tenemos cuatro, sigamos gastando seis», no se concibe. Ya sabe el Ministerio, y lo dije antes de ayer, que lo que voy manifestando no es en oposicion al proyecto de presupuestos, que se discute, porque seria la oposicion mas injusta, pues el Gabinete actual no los ha formado: contra el presupuesto, repito, que no ya nada es necesario votar, mi voto es el primero, pues no estamos en tiempo de formar otro, y de no haberlo formado, bien no es responsable el Gabinete actual. Aquí se trata de otra cosa, que es decir al Ministerio, y decirle con buena voluntad, con buena fé, procurando el bien del país, tal vez no acertando, pero con ese buen fin, decirle, repito, que por el camino comenzado es imposible continuar, absolutamente imposible, porque, teniendo cuatro, gastamos seis, y trazamos el gasto de ocho para los años sucesivos, cuando no tenemos mas que cuatro. Esta es la verdad pura. Lo que hemos de gastar el año que viene, ya sabemos que es mucho mas que lo calculado en el presupuesto ordinario de ingresos, lo que hemos de gastar en años sucesivos ya conocemos que ha de ser mas. Por esta razon se dice al Gobierno que no podemos continuar así; que nos debemos limitar á lo que tenemos. Y cuidado, que en este punto yo he dado facultades amplias, en cuanto puede usarse esta palabra: es decir, que manifesté mi asentimiento, mi conformidad á todo lo que el Ministerio encuentre mejor. Si encuentra mejor la disminucion de gastos, bien; si encuentra mejor el aumentar los recursos, tambien lo acepto: ¡ojalá los aumente hasta llegar al cielo! Cuento tambien con mi voto, con tal que los recursos no sean vejatorios al país, que no maten la riqueza pública, que no produzcan la miseria

general, lo cual no puede querer ningún Gobierno. Yo deseo que los recursos lleguen al cielo, si puede ser. Ni me opongo á que los gastos aumenten, si aumentan los ingresos, hasta allí estamos conformes; pero sea lo que fuere, que nos limitemos á lo que tengamos. Tenemos 2.000 millones: ¿podemos tener 3.000? Pues bien: lleguemos en los gastos á 3.000 millones, pero no pasemos de allí. Esto es lo que he dicho al Ministerio.

Contra esto han protestado los Sres. Ministros que han tomado parte en el debate, y han dicho que no se pueden hacer economías. ¿Cómo puede pasar el decir que no se pueden hacer economías? Posible será no hacerlas en algunos años, como viene siéndolo y lo será todavía por el sistema vigente; pero establemente, lo imposible (y téngalo entendido el Ministerio, pues esto no lo digo yo, sino Dios, porque lo ha dispuesto la naturaleza); es gastar perpetuamente lo que no se tiene; y que al Gobierno, dentro de algunos años, (tres, cuatro ó cinco: no serán más, á mi juicio, á pesar de lo que se ha dicho en contrá) le será imposible continuar la senda trazada.

Hablemos claros, y dígame una vez la verdad por todos. Nosotros estamos aplicando á los gastos del Estado ordinarios y extraordinarios, todos los productos de la desamortización. Lo que queda de desamortización el Senado lo ha oído; se le ha manifestado; pero sea un año antes ó después, la desamortización se acabará: en mi opinión quedarán, como he dicho, tres ó cuatro años, si bien en la opinión del Sr. Ministro de Hacienda, mas respetable que la mía (puede fundarla en datos mas seguros, puesto que los míos son mas bien cálculos que datos) podrá durar dos años mas; pero en fin, la diferencia estará en dos años: por mi opinión serán cuatro; por la del Sr. Ministro de Hacienda seis; pero en pasando seis años, no queda mas que un recurso para gastar como estamos gastando hoy, y es usar del crédito, contraer empréstitos. Esto es sabido: no es necesario que yo lo diga. Como la situación del Estado es trasparente y no se puede ocultar, el primer año se hará un empréstito á 10 por 100 de interés; el segundo ya será menester pagar el 12 por 100; el ter-

cero tendrá que pagarse el 15, y así seguiremos hasta que en pocos años no haya quien dé prestado. Esto es el Evangelio, lo que va á suceder; y cuando no lo haya ni se encuentre quien nos dé á ningun precio, ¿qué se hace? Entonces no hay mas remedio que limitarse á lo que se tiene, porque no se puede adquirir absolutamente. Yo desearia que no llegásemos á tal situacion, y para que no lleguemos á ella advierto ahora, doy la voz de alerta; voz amiga del Gobierno, mas amiga aun de mi patria; porque á la Nacion importa poco que los Ministerios tengan este nombre ó el otro, este dolor ó aquel; el bienestar general le importa de una manera esencial.

— Esto habia pensado decir al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y al mismo tiempo, aunque Si S. S. lo tomara como una especie de ofensa, que no pensase, pues se llevaria chasco, y el tiempo le desengañaria, que le esperaban otros cinco años como los pasados; porque en los cinco años pasados empezaba la desamortizacion, que era como el jóven que va creciendo y va llegando á edad madura. La desamortizacion va ya en decadencia, va á concluir, y eso lo debe tener presente S. S.

Con esto concluyo, rogando al Senado y al Ministerio que me dispensen mis impertinencias, mis repeticiones, los fastidios que le he causado; lo conozco que le habré disgustado; á un enfermo le duele muchísimo que le digan que está grave, por mas que lo esté; pues le parece que el decirle que está grave es causar la enfermedad; pero yo creo en mi conciencia lo que he manifestado, y creo que en manifestarlo cumplo con mi deber. Afortunadamente hoy se concluirá, lo á lo mas mañana, esta discusion; se acabará el conflicto, y podrá el Ministerio repetir aquello de «*Nocte pluit tota redeunt spectacula mane*»; «después una noche tempestuosa aparece refulgente el sol en el horizonte.» Queda un año al Ministerio que disfrutar el presupuesto votado; y para el año que viene se habrá olvidado de lo pasado en el actual, y podrá repetirse la misma funcion.

gastos, que consista que no tengamos que dar las gracias, y me honraré de alegar. Esto es lo que principalmente tenia que recordar al Sr. Ministro de Estado.

no sup. alad somringos iza y. El la oringaq sup. indus oteo
ol, oifegav. **SETIMA RECTIFICACION.**

son nainp etuonon as in ayad ol on obasus y; rebens a sv sup
oibemot sam yad on ason (3 de Julio.) as sup, oibeq angid a ab
da triuphs obou as on supioq, onit as sup ol a certisimil sup

y. El Sr. Ministro de Estado ha heredado una especie de inge-
niosidad del Sr. Ministro de Hacienda para combatir los angu-
mentos, digámoslo así, saliéndose por la tangente. El Sr. Minis-
tro se ha hecho cargo de la imposibilidad de hacer economías
hasta cierto grado. S. S. se ha olvidado de decir una palabra
acerca de que yo, al mismo tiempo que propongo economías (de-
jando al Gobierno muy abierta la puerta para hacer las que esti-
me convenientes) desco el aumento posible de los ingresos. Lo
que yo le pido únicamente es que gastemos lo que tenemos; que
no gastemos lo que no tengamos. Si el Ministerio actual puede
elear los ingresos a 4.000 millones, yo me alegraré mucho; ad-
he dicho nada en contra de que se puedan aumentar los ingresos;
al contrario, he dicho que creo que algunos pueden tener aumen-
to, aunque otros no sé como han de poder aumentarlo. En este
punto estamos conformes, pues la obargor, oyenon oiaa no O

sup. Dijo S. S. que no había podido yo realizar economías. Seño-
res, cuando entré en el Ministerio de Hacienda creí poder realizar
economías como cuatro, y no pude realizarlas mas que como tres;
pero fueran cuatro ó tres, conseguí una cosa; y yo felicitaré al
Gobierno actual si consigue lo mismo. Aunque no hiciera las eco-
nomías que me proponía, aunque me equivocara, aunque se supu-
siera que falté á sabiendas á la verdad, siempre resulta que en ese
tiempo de los tres años, como el otro día manifesté al Sr. Minis-
tro de Hacienda, y le provoqué á que, tomando los datos de las
oficinas, yenga á desmentirlo, que en los tres años de 1850, 1851
y 1852 no hubo de déficit ni un solo maravedí. Que el Ministerio
actual consiga, aunque no haga economías, sino aumentar los
gastos, que consiga que no tengamos déficit, y yo le veneraré,
le daré las gracias, y me llenaré de alegría. Esto es lo que prin-
cipalmente tenia que rectificar al Sr. Ministro de Estado.

PARTE SEGUNDA.

El presente de la Hacienda pública.

INDICE.

Asuntos que nos proponen resolver.	143
Gran descubierta del Tesoro público, y situación en que éste se halla, y ha de estar, por efecto de él.	145
Considerable desnivel que existe entre los recursos y las atenciones del Estado, por ser estas mucho mayores que aquellos; agravándose este mal con el resultado desfavorable de la balanza de co-	
	Páginas.

INTRODUCCION.	5
Imposibilidad de continuar por mucho tiempo en una tal situación.	

PARTE PRIMERA.

El pasado de la Hacienda pública de España.

SECCION PRIMERA.—Bases y estructura del edificio rentístico anterior al actual sistema tributario.—Administración pública en aquella época.—Abuso del crédito y sus resultados.	25
Sistema tributario establecido en 1845, y estado de la Hacienda pública como resultado de él.	41
Administración de los tres años, ó sea de 1850, 51 y 52.—Estado en que quedó la Hacienda, y el que tuvo hasta Julio de 1854.	45
Del estado de la Hacienda por consecuencia del movimiento político de 1854.	77
Administración de los cinco años.—Estado de la Hacienda en tiempo de ella y de las administraciones sucesivas hasta la actual.	80
Resultado de los presupuestos desde 1850 hasta el presente.	135

PARTE SEGUNDA.

El presente de la Hacienda pública.

Asuntos que nos proponemos esclarecer.	143
Gran descubierto del Tesoro público, y situación en que éste se halla, y ha de estar, por efecto de él.	145
Considerable desnivel que existe entre los recursos y las atenciones del Estado, por ser estas mucho mayores que aquellos; agravándose este mal con el resultado desfavorable de la balanza de co- mercio.	163
Imposibilidad de continuar por mucho tiempo en una tal situación.—Funestos resultados que produci- ría la continuación indefinida de la situación ac- tual, y el no comenzar desde luego á poner el oportuno remedio.	221
Dificultades que se ofrecen para la aplicación del re- medio.—Remedios necesarios, aunque dolorosos, para precaver funestos resultados.	231
Presupuesto del Estado para el año económico de 1865-1866.—Situación actual del Tesoro.	241

PARTE TERCERA.

El porvenir de la Hacienda pública.

Porvenir inmediato.	251
Porvenir lejano.	290
APENDICE.	
Discursos pronunciados por D. Juan Bravo Murillo, ante el Senado, en la legislatura de 1864 á 1865.	295

CAUSAS
ECONÓMICO ADMINISTRATIVAS

DE LOS MALES ACTUALES DE ESPAÑA.

PARTE SEGUNDA.

El presente de la Hacienda pública.

ANEXO que nos propone el autor	143
Gran descubrimiento del Tesoro público, y situación en que éste se halla, y ha de estar; por efecto de él.	145
Considerable desajuste que existe entre los recursos y las obligaciones del Estado, por ser estas mucho mayores que aquéllos; agravándose esta mal con el estado desfavorable de la balanza de comercio.	163
Imposibilidad de remediar por mucho tiempo en esta situación. Proposición preliminar que producirá la continuación indefinida de la situación actual, y el reanudar cada tanto el pensamiento oportuno remedio.	221
Dificultades que se ofrecen para la aplicación del remedio. Remedios necesarios, aunque diferentes, para paliar los males resultantes.	231
Presupuesto del Estado para el año económico de 1865-1866. Situación actual del Tesoro.	241

PARTE TERCERA.

El porvenir de la Hacienda pública.

Porvenir inmediato	251
Porvenir lejano	290

APENDICE.

Discurso pronunciado por Sr. Juan B. de Maza, ante el Senado, en la legislatura de 1864-1865.	295
---	-----